

de Fabio Delizzos

LA CATEDRAL DEL ANTICRISTO

*Un secreto que puede acabar con la Iglesia de Roma
está a punto de ser revelado...*



Lectulandia

Navidad de 1888: la ciudad de Turín se ve zarandeada por una serie de hechos misteriosos y macabros. El hallazgo de los cadáveres de dos recién nacidos con una serpiente marcada a fuego detrás de la oreja, el asesinato de un cardenal, el robo de una valiosísima pieza arqueológica en el Museo Egipcio. ¿Qué se esconde tras estos acontecimientos inexplicables? El coronel de los Carabinieri Reali, Giorgio Pural, es el encargado para dirigir una investigación que se promete compleja y peligrosa, entre masones, ritos satánicos e intrigas internacionales. Asesorado por el gran filósofo alemán Friedrich Nietzsche, que se halla en Turín escribiendo *El anticristo*, el coronel descubrirá que todos los casos guardan estrecha relación con una verdad pasmosa: algo que tiene que ver con el propio Nietzsche y que podría socavar las bases mismas en que se funda la Iglesia y cambiar el curso de la historia. Una revelación sobre la sábana santa de Turín y el cuerpo de Cristo.

Lectulandia

Fabio Delizzos

La catedral del Anticristo

ePub r1.0

Titivillus 27.07.2017

Título original: *La cattedrale dell'Anticristo*

Fabio Delizzos, 2011

Traducción: Bernardo Moreno Carrillo

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para Rosa

Muchas cosas aquí narradas no ocurrieron nunca; otras, sí, y otras deben ocurrir todavía.

Prólogo

Turín, diciembre de 1888

En *piazza* Castello aparece la suave aura de las farolas de gas: una corona de luz tenue, que por momentos se encoge y desaparece, engullida por la blancura intermitente de los rayos.

Los perros salen disparados, asustados por el redoble de los truenos.

La lluvia chisporrotea sobre los techos de los carruajes, que pasan veloces mientras el viento canta sobre las notas amortiguadas de las orquestillas encerradas en los cafés.

Adiós, otoño.

—¿Qué le sirvo esta noche, *Herr Professor*?

El cliente reflexionó unos instantes mientras movía los ojos como si quisiera repasar el menú en el pensamiento; después, con su seco acento alemán, respondió simplemente que tenía más apetito que de costumbre.

—Hay raviolis de carne recién hechos —sugirió el joven camarero, con una cabellera vaporosa y unas patillas que le bajaban por los carrillos.

—Me parecen muy bien los raviolis.

—Se los traigo enseguida. —Alisó el mantel con la palma de la mano vestida de blanco y depositó una ejemplar intonso de la *Gazzetta Piemontese*.

—¡Prospero!

—Sí, profesor.

—Sabes que el periódico me aburre. ¿No tienes ninguna historia que contarme?

El muchacho le hizo señas para que esperara un poco. Transmitió el pedido a la cocina y volvió enseguida. Lanzó un vistazo dentro para asegurarse de que el amo no lo estaba observando, extrajo un pequeño cuaderno del bolsillo y se puso a hojearlo.

—No —dijo pasando la primera página—. No —deslizó el dedo sobre la segunda y pasó directamente a la última página escrita—. Esta historia se la he oído a un tipo que estuvo sentado precisamente en esta mesa. Estoy seguro de que le va a gustar.

—Oigámosla, pues —convino el profesor, preparándose para oír con la expresión jubilosa que en realidad tenía reservada para cuando llegaran los raviolis.

—«Todas las noches, el sacerdote...», empezó a leer el joven camarero, con un ojo en su interlocutor para comprobar la reacción.

—¿El sacerdote? —exclamó el profesor alemán, saboreando anticipadamente la continuación.

El muchacho sonrió y volvió a dirigir la mirada al cuaderno.

El sacerdote aparece todos los días al anochecer, la cara blanca y lisa

como mantequilla, con su sempiterna expresión radiante y feliz, enmarcado por las ventanas verdes de su balcón, y, con una mano levantada y la otra en su hábito negro a la altura del pecho, sobre la cruz, prorrumpe: «¡Dios, yo te maldigo!». Un grito potente, furibundo. El aire atruena. Los gatos salen disparados a esconderse debajo de las calesas. Una nube oscura de palomas se eleva sobre el patio y se esparce sobre los tejados, dejando caer una lluvia de plumas, mientras el alzacuello blanco del sacerdote ahoga una poderosa voz de tenor. «¿Me oyes, Creador del universo? ¡Yo te maldigo!». Feroz, fragoroso, todas las venas hinchadas. Un alud de improperios lanzado contra algo que un sacerdote debería adorar más bien.

El profesor rio a gusto.

—¿Estás seguro de que no te lo estás inventando?

—Completamente seguro, *Herr Professor*. Como le he dicho, lo he oído contar en esta mesa, y he tomado la debida nota.

—Prosigue, entonces.

El muchacho siguió leyendo:

Me consta haber llevado una cuenta bastante exacta de sus apariciones; he anotado todas a las que he tenido ocasión de asistir, con sus horarios correspondientes. De lo que he deducido que el sacerdote endemoniado no se rinde nunca antes de pasada una hora. Después, entra en la casa. Y nadie sabe cómo ni por qué se le permite vivir allí, a pesar de su afición a la blasfemia. Sentado en el escritorio, lo oigo todas las tardes vomitar con todas sus fuerzas una lava de odio furioso contra el más allá; un más allá al que, de vez en cuando, hasta yo mismo me sorprendo dando las gracias por haber permitido la existencia de semejante musa en mi patio. El sacerdote escenifica enfurecido la más feroz de las rebeliones contra el abismo. Grita desde la nada, pasando de una profunda concentración —o de una mirada ausente— a la fuga en menos de un segundo. Las escasas ocasiones en que interrumpe su letanía de blasfemias es porque o bien él, o alguien dentro de él, decide dedicarse a monólogos delirantes pero no por ello carentes de fascinación.

El camarero sabía que a aquel cliente, el profesor Friedrich Nietzsche, no le iba a desagradar tanta blasfemia, pero no había esperado que iba a ser aplaudido.

—¡Felicidades! —profirió aplaudiendo—. ¡Excelente! Esta idea de ir robando historias por las mesas es realmente magnífica. Deberías reunirlo todo en un volumen, o incluso componer una novela con todo ello.

El muchacho se inclinó como un actor en el escenario.

—¿Está seguro?

—¡Segurísimo, muchacho!

—Es un honor.

—Y ahora... —el profesor Nietzsche se atusó su gran mostacho bigote y dejó de reír—, tráeme esos raviolis.

Primera parte

Lunes, 17 de diciembre de 1888

El manso fluir del Dora, que en aquel punto se deslizaba entre dos orillas de arena gris, parecía haberse interrumpido de repente. Nadie oía ya el leve chapoteo de las aguas, el perpetuo borboteo de la corriente.

El río parecía haber desaparecido.

La atención de todos estaba concentrada en un pequeño bulto blanco, del que sobresalía la cabeza de un recién nacido; tenía la cara contraída de dolor. Parecía aún presa de una pesadilla espantosa.

Como si se tratara de una cuna, las miradas incrédulas de los *carabinieri* estaban clavadas en la criatura que acababan de encontrar; sus ojos atónitos desprendían destellos de angustia.

—Levántalo —ordenó el coronel Pural al teniente Coretti, el cual se arrodilló, deslizó delicadamente los brazos por debajo del cuerpecito y lo levantó, dejando en el suelo la sábana que lo envolvía.

El médico forense, doctor Ugo Rossini, lo examinó con detenimiento.

—Presenta numerosas quemaduras en la espalda. Levántelo más, por favor.

El teniente obedeció.

—Aquí hay signos evidentes... —Agarró con dos dedos un bracito y lo giró para verlo por todas partes—. Estas huellas... —Después examinó el cuello—. Estos signos... —Y así siguió un buen rato, murmurando pensativo, incierto, explorando cada milímetro de piel del bebé, un varón, desnudo e inmóvil entre las manos de Coretti.

—Signos, huellas..., pero ¿de qué? —preguntó bruscamente el coronel Pural con el rostro sombrío y unos ojos recorridos por varios hilillos de sangre.

El doctor Rossini se lo llevó aparte y dijo entre suspiros:

—El pobrecito ha muerto como consecuencia de unas torturas horribles.

—Intenta ser más claro.

—Presenta quemaduras por todo el cuerpo, especialmente en la espalda y en la parte posterior de las piernas. En los brazos hay marcas de manos adultas, que le han producido numerosas fracturas.

Pural miró las articulaciones del niño, que se balanceaban de manera antinatural, para confirmar lo que le estaba diciendo Rossini.

—Lo han debido apretar con mucha fuerza.

—¿Podrías determinar la hora y causa de la muerte?

—En cuanto termine la autopsia...

Pural lo interrumpió para volver a preguntarle:

—De lo que acabas de ver, ¿puedes sacar ya alguna conclusión?

—El médico dirigió la mirada hacia el pequeño cadáver y se puso a meditar; era evidente que le costaba trabajo dar una respuesta racional.

—Se diría que unos adultos han estado torturándolo antes de intentar asarlo. Tiene el pelo completamente quemado, también en la parte frontal del cráneo. La parte posterior es la que aparece más quemada. —Se llevó una mano a la barbilla y sacudió la cabeza—. No puedo afirmar nada con seguridad. En mi vida había visto nada parecido. Una cosa es cierta: no se trata de un accidente. Si un niño así de pequeño cae en el fuego, se queda ahí hasta carbonizarse. Además, las marcas lívidas, las numerosas fracturas... Sinceramente, no sé qué decir.

En aquel instante, proveniente del río, por entre los ramajos que se plegaban sobre el agua, se oyó un grito sofocado.

—¡Coronel, coronel!

Pural se volvió y se dirigió corriendo hacia la orilla hendiendo la niebla baja que se le arremolinaba alrededor de los tobillos.

—¿De qué se trata? —gritó.

—¡Otro más! —le respondió desde una barca rastreadora un *carabiniere* agitando un remo para señalar la posición exacta.

A Pural se le heló la sangre en las venas.

—¿Puedes cogerlo?

—Creo que sí, coronel.

De repente, el cielo, como para impedir el hallazgo de un segundo bebé muerto, de una segunda vergüenza, de una segunda afrenta a la eficacia de Pural, o al menos para hacerlo más difícil como castigo, se nubló por completo, al tiempo que se levantaba un viento lleno de polvo, y el sol declinante, ya parcialmente engullido por el horizonte, quedaba velado por un enorme párpado plúmbeo.

El primer trueno se oyó tan cerca que hizo que todas las miradas se elevaran al cielo.

Una gota le cayó en la frente.

Otra en los labios.

Otra en un ojo, que se cerró de repente.

Una ráfaga de viento y una cascada de gotas, cual perlas desprendidas desde un collar roto.

El temporal arreció.

Subiendo, sin ayudarse de las manos, por el follaje viscoso, Coretti, con el cuerpo del bebé aún en los brazos, fue corriendo a ponerlo al abrigo hasta el carruaje que había acudido desde la morgue.

Se acercaba la navidad, y el teniente Coretti, que era un católico ferviente hasta la ostentación, posó sobre el asiento de madera el cuerpecito envuelto en la sábana arrugada, tristemente inmóvil y entumecido en la oscuridad de aquella especie de gruta que era el habitáculo del vehículo, y vio un pesebre de muerte.

Las nubes bailaban en lo alto de la Mole Antonelliana, la edificación más alta del mundo.

Debajo, los rayos temblaban en la niebla cual ascuas debajo de la ceniza. Una sombra deformada se deslizaba rápida sobre los muros.

El espectro de un hombre vestido con una ajustada capa negra, la cara casi completamente cubierta por una bufanda, la cabeza baja y cubierta por una chistera, avanzaba deprisa pero se detenía a menudo, amenazando con caerse a cada paso en la calle mojada. Se confundía con la oscuridad húmeda, fragmentada aquí y allí por las manchas de luz amarilla que bajaban del alumbrado urbano.

Al final de la calle, dos pequeños cubos luminosos, oscilantes, se volvían cada vez más grandes. Tras calcular con fatiga, el hombre dedujo que se trataba de unos faroles que se dirigían hacia él. Supuso que se trataba de dos guardias urbanos. Tenía unas ganas enormes de vomitar, de arrancarse la cabeza para que le cesara el dolor. Vaciló. Impactó con el hombro en la pared, llevándose *ipso facto* varios trozos de cal desprendida. Haciendo un esfuerzo extremo, consiguió enderezar la espalda. Se apartó de la boca la bufanda negra y tomó aire; unas respiraciones muy pequeñas, precursoras infalibles de la muerte. Escupió al suelo y miró hacia delante. Los cubos amarillos tenían ahora un color más intenso; casi se podía distinguir la llama en su interior. Le quedaba una esperanza: que no fueran guardias. Pero las lágrimas densas que le inundaban los ojos le nublaron la imagen. Tambaleándose, fue a dar a la otra parte: unos desconchones se despegaron de la pared como —y junto a— las salpicaduras de vómito que le salían de la boca, por debajo de la bufanda. Tenía los labios lívidos, la lengua mojada de saliva fría y salada. El estómago le ardía, le oprimía.

Los faroles seguían acercándose a ritmo lento, cansino: dos hombres con botas. Sí, eran guardias urbanos.

Su respiración se volvió más entrecortada todavía. Las piernas ya no obedecían a su mandato de caminar; cedían con cada paso. Casi rozaba el suelo con las rodillas; a ese paso, tendría que andar a gatas para conseguir avanzar un poco. Tropezó. Unos resplandores débiles se encendieron en su conciencia, unas conexiones exhaustas del pensamiento; se dio cuenta de que iba a caer de bruces; o tal vez no: tal vez iba a caer de lado y a desplomarse junto a la pared en aquella parte más oscura de la calle. Tal vez con un poco de suerte iba a terminar en aquella parte de la pared más oscura, un rectángulo negro que parecía una puerta, antes de la siguiente farola.

Eso esperaba, pues si superaba aquella farola sería el final.

En aquel momento, lo único que importaba era impedir que un haz de luz lo revelara a los guardias. Habrían encontrado un cuerpo sin vida y, al acercarse más,

habrían visto.

Hizo un último esfuerzo. Se dejó caer con todo su peso; se le entrelazaron los pies, pero consiguió dar dos pasos más... laterales, por suerte. Bajo la bufanda llena de espuma amarillenta que le subía del estómago afloró una débil sonrisa: se desplomaría en medio de la sombra. Una vez en el suelo, los guardias lo confundirían con un vagabundo o un borracho y tal vez pasarían de largo.

Se estaba cayendo, consciente de que ya no volvería a levantarse.

Caía, y al chocar su cuerpo contra el muro, siguió cayendo. Y siguió cayendo también con la pared a sus espaldas; consiguió adelantar un pie y prolongar así la caída unos metros. Ahora veía la realidad invertida con respecto a unos segundos antes. En lugar de una pared clara con un rectángulo oscuro en el centro, veía una pared negra con un rectángulo luminoso. Se percató: estaba viendo un segmento de callejón iluminado por las farolas. Había entrado en un porche sin luz.

Cayó golpeándose la cabeza y vomitando materia luminiscente. El sombrero cayó rodando. Con un último esfuerzo, se apoyó en un codo y miró hacia la calle. Dos guardias urbanos empuñando sendos faroles atravesaron riendo el rectángulo luminoso. No se volvieron. No se habían dado cuenta de nada. Le pareció una fotografía animada.

La imagen se difuminó antes de desvanecerse.

Tras una larga jornada en el café Giardino transportando bandejas cargadas de vasos y respirando humo de tabaco, y tras dejarse la vista leyendo las páginas de un viejo libro de astrología comprado en el Balon, Prospero estaba intentando dormir. Pero su vecina, la señora Maria, se había propuesto una vez más que aquélla era la hora más indicada para ponerse a buscar uno de sus gatos llamándolo a grito pelado.

Prospero se volvió al otro lado, metió la cabeza bajo la almohada y la apretó contra las orejas.

—¡Iside!

De no ser por ciertas rarezas y sobre todo por las noches en que lo molestaba llamando a sus numerosos gatos, la señora Maria hasta le habría caído simpática. No hacía mucho tiempo que Prospero vivía en aquel inmueble, donde Maria vivía desde que fuera niña, pero conocía bastante bien a todos los inquilinos, y ella era sin duda la única con la que le habría gustado intercambiar unas palabras de cuando en cuando. Pero no se lo permitía. La evitaba por miedo a que la cordialidad pudiera servirle de coartada a su mala educación, a que se sintiera libre para molestar al vecindario todo lo que se le antojara. Debía comprender que armar jaleo de noche no era propio de personas civilizadas. Por eso había decidido dejar de saludarla.

—¡Iside!

Su aversión hacia aquella mujer tenía unas causas bien precisas, y lo mismo cabía decir de ese poquito de simpatía que también sentía hacia ella. Debería existir algún tipo de relación entre personas interesadas por las mismas cosas, un interés que por cierto uno se ve obligado a ocultar a menudo. Por eso, saber que con ella habría podido hablar libremente del libro que estaba leyendo, de la manera como se fabrica un amuleto, de la inscripción de un talismán eficaz, de cómo se echa un mal de ojo o cómo se cura, era un motivo suficiente para trabar amistad.

—¡Iside!

Pero ahora mismo la odiaba más que nunca. Quería dormir. El pensamiento de enfrentarse a otro día de duro trabajo sin haber descansado lo suficiente lo ponía de los nervios.

Sí. Mejor no haber trabado amistad con ella.

Sintió la tentación de levantarse y asomarse para soltarle cuatro cosas, pero apretó más aun la almohada contra la cabeza.

—¡Iside!

Aquello no era justo, la verdad.

Como si no tuviera ya bastante con soportar todo el día las lamentaciones de los parroquianos y sus particulares ocurrencias...

—¡Iside! ¿Dónde te has metido?

Estrujó más aun la almohada y se tapó la cabeza con las mantas. Empezó a sudar, cada vez más nervioso. Se levantó como un resorte y se sentó en la cama. Encendió un fósforo y con mano temblorosa lo aplicó a lo que quedaba de vela en la mesilla de noche.

—¡Iside!

Estaba furioso.

Le aumentaron las ganas de asomarse a maldecirla.

Sí, se iba a levantar. Si Maria hubiera llamado otra vez al gato..., se habría armado la marimorena.

Se puso a escuchar, los dientes apretados. ¡Ah! ¿Ya no llamaba Maria a Iside? Tal vez había entrado en la casa y se había acostado.

¡Ah, no, señor! Prospero prefería ahora que hubiera seguido gritando. La frustración no le gustaba. La idea de tener que tragarse toda aquella rabia lo puso más nervioso todavía.

Pero Maria parecía haberse callado. Bueno, pensó, tal vez sea mejor así. Suspiró, se encogió de hombros y poco a poco el cansancio lo convenció de que lo mejor era sumergirse de nuevo bajo las mantas.

Volvió a afinar el oído. La paz de la noche.

Por fin había silencio fuera.

Alisó la almohada y posó sobre ella la nuca. Miró al techo apenas iluminado por la vela moribunda y, dejando vagar los pensamientos entre las sombras, esperó a que el sueño volviera a acariciarle la mente.

Sintió que los párpados empezaban a pesarle y sonrió.

Ya se había dormido cuando oyó a Maria lanzar un grito desesperado, y luego otro, y después una serie interminable de exclamaciones desgarradoras. Maria estaba pidiendo ayuda. Estaba aterrorizada.

—¡Dios mío, Dios mío, ayúdame, Dios mío!

Tal vez Prospero ya estaba soñando. Durante unos segundos, hizo votos para que así fuera.

Metió la cabeza debajo de la almohada.

—¡Socorro!

Francamente, aquello no era justo.

—¡Auxilio, socorro!

Maria parecía haberse vuelto loca.

—¡Oh, Dios mío, Dios mío!

Debía de haber encontrado algo no demasiado peligroso, pues llevaba varios minutos pidiendo ayuda.

Finalmente, Prospero, rezongando como un caballo de tiro, decidió levantarse e ir a ver. Cogió la colcha y se la echó por encima. Salió.

Recorrió el perímetro al que daban las viviendas de la planta superior. Pasó delante de la vivienda de la señora Maria, adyacente a la suya, echó una ojeada al interior (la puerta estaba abierta), bajó los pocos escalones por los que se accedía al patio y miró hacia las ventanas de arriba. En aquel mismo momento se corrieron muchas cortinas. Claro, pensó, la cosa no debe merecer su atención. Probablemente, Maria había encontrado muerto uno de sus gatos, y ya estaba él ahí para ocuparse del asunto: los señores podían volver a acostarse... Sus labios se endurecieron de la rabia.

Maria ya no vociferaba. Estaba gimiendo, de pie en un rincón del porche, con una mano tapándole la boca. Con la otra señalaba un bulto en el suelo, en un punto donde la oscuridad era todavía mayor.

—Señora Maria, ¿qué ocurre?

Maria estaba temblando. No conseguía articular palabra.

Siguiendo su dedo, Prospero distinguió una sombra en el pavimento; pero estaba demasiado oscuro.

Volvió deprisa a su casa por una vela.

Frotó el pulgar contra la cabeza del mixto, acercó la llama a la mecha y, armándose de valor, se acercó a la cosa oscura, despacio, sin respirar. El corazón se le había subido hasta la garganta. Conforme se acercaba, el objeto fue tomando la forma de una persona tendida en el suelo.

—¡Virgen bendita! —exclamó Maria, aterrorizada.

—¡Vuélvase a su casa! —le intimó.

Tocó el bulto con la punta del pie. Nada, ninguna reacción.

—¡Váyase dentro!

¿Estaba muerto?

Maria no quiso verlo y se fue corriendo.

Prospero colocó la vela encima de un poyo entre dos maceteros, al abrigo del viento, para que no se apagara. Protegiéndose con la colcha, se inclinó sobre el hombre y lo sacudió con fuerza.

—¡Eh, oiga, señor!

Nada, no respiraba.

—¡Señor!

No se atrevía a darle la vuelta para verle la cara.

Juntó las manos y sopló. Dio unos pasos atrás para comprobar si los vecinos seguían asomados. Era más prudente compartir con algún testigo el descubrimiento de un cadáver en el inmueble. ¿Nadie iba a ayudarlo?

La única cabeza que permanecía asomada se retiró al interior. La luz se apagó.

Se podía oír a la señora Maria rezando el rosario dentro de su casa.

Nadie bajaba a echarle una mano.

Decidió volver a investigar el caso.

Cual trapo al viento, la luz de la vela fluctuaba por el suelo envolviendo el cuerpo inmóvil. Prospero recogió la chistera que había salido volando, la miró y acarició el material. El hombre estaba bien vestido. Debía de tratarse de una persona importante. Vestía abrigo, pantalones de lana muy finos y unos zapatos relucientes. La cabeza, completamente calva, estaba salpicada de una reverberación luminosa, fría.

Le puso una mano en el hombro y tiró, listo para salir corriendo. Tenía tanto miedo que estuvo a punto de actuar al revés: escapar antes de verle la cara. Tomó aire, apretó los dientes para que no le rechinaran y volvió a tirar con más fuerza. El hombre permaneció unos segundos de costado, rígido, y después, con un ruido sordo, quedó boca arriba.

Le quitó la bufanda que le tapaba casi todo el rostro.

La vela vaciló, y en aquel momento Prospero vio, o creyó ver, algo que lo hizo estremecerse y caer al suelo.

Se incorporó masajeándose las nalgas.

Miró a ver si había algún vecino asomado. No, no había nadie. Todos habían vuelto a acostarse. Todos, menos él. El que más lo necesitaba... ¿Qué le iba a decir por la mañana al dueño del café para justificarse?

Nada.

Se acercó un poco. Se detuvo. Sopló la vela.

Aquello era lo más increíble que había visto en su vida. No, no estaba soñando, pues las nalgas le dolían de verdad, y el corazón le latía contra las costillas con una violencia tal que se habría despertado de estar realmente durmiendo.

Sí, estaba despierto. Del rostro del cadáver, lívido, rígido, con la boca abierta y los ojos cerrados, emanaba una luz. También brillaba la materia espumosa que le salía de la boca.

El patio se iluminó de repente, como si fuera de día. Se oyó un trueno y al poco empezó a llover. El olor a polvo mojado y el frío lo hicieron estornudar

Se encontraba a cubierto, pero no sabía qué hacer.

¿Llamar a los *Carabinieri*?

Sí, era lo mejor. Sin embargo, optó por lo peor. Lo devoraba la curiosidad. Se inclinó sobre el hombre. Se frotó las manos y, echando aliento en ellas, miró

alrededor; acto seguido, desabotonó el abrigo, el chaleco, y empezó a registrar.

No estaba robando, no lo haría nunca, encontrara lo que encontrara, por muy valioso que fuera.

Simplemente sentía curiosidad, una curiosidad por lo demás perfectamente legítima. Después de todo, aquel hombre había elegido su casa como lugar para morir; y, encima, relucía como una luciérnaga.

Lo palpó apresuradamente en busca de los ojales y los botones para descubrir lo que se escondía debajo. El hombre era todo pellejo y huesos. No respiraba. Parecía realmente muerto. Prospero era un manojo de nervios. Estaba a la vez excitado y atemorizado. Tenía que darse mucha prisa: nadie debía verlo registrando a un cadáver.

Nunca había tenido tanto miedo. Jadeaba, y el corazón le latía con tanta fuerza que todo el cuerpo temblaba a la vez. Pero tenía que mirar.

Era el momento más indicado para hacer un conjuro, invocar la ayuda de un espíritu amigo, apretar con fuerza un amuleto o recurrir a alguna magia.

Pero no recordaba ni una sola.

Para qué tantos libros comprados en el Balon, tantas noches pasadas en blanco leyendo y pensando en cosas que ahora de repente le parecían completamente inútiles...

Tronó.

Palpó un objeto que parecía un envoltorio de lana y que encerraba algo pequeño y duro. Más arriba, en el bolsillo interior de la chaqueta, tocó algo que parecía un sobre con una lámina o con papel muy grueso.

Lo cogió. Tenía las manos sucias de espuma luminiscente, con la que había embadurnado también la ropa del pobre hombre.

Los botones estaban manchados de luz.

Huellas de luz por todas partes.

Ahora sería imposible ocultar que alguien lo había estado registrando.

Debía ir corriendo a lavarse, a esconderse.

Lo negaría. Él no había hecho nada.

Secundando su deseo de agua para borrar cualquier huella de su mala conducta, empezó a llover con intensidad y los arroyuelos fangosos que discurrían entre las grietas del adoquinado se desbordaron rápidamente. Estaba mojado hasta las rodillas. Trató de lavarse las manos en el suelo. Después se dirigió a gatas hasta un charco, metió la cara y esperó a que cayera otro rayo. Las gotas que le caían del pelo distorsionarían su imagen en la superficie del agua en cuanto ésta apareciera. Se lo echó para atrás, atusándose con la palma de las manos, y esperó.

Susurró entre dientes:

—¡Un rayo, por favor!

Después de unos instantes, el cielo obedeció, crepitó y se iluminó.

Consiguió verse reflejado unos instantes. Vio las numerosas rayas luminosas que

le surcaban la frente. Se había manchado al tocarse; también tenía todo el pelo manchado de luz.

Sentía ganas de llorar y de reír al mismo tiempo.

Ahora debía calmarse y ponerse a pensar. Tal vez fuera una buena idea arrastrar al muerto hasta la calle. La lluvia y la noche harían el resto. Por la mañana, él iría a trabajar como siempre. Diría que no sabía nada, que no se había enterado de nada, que estaba durmiendo.

Para saber lo que había pasado aquella noche, ahí estaba la señora Maria. Era ella la que había encontrado algo en el patio. Todos la habían visto y oído.

Intentó tranquilizarse respirando hondo y convenciéndose de que aquellos pensamientos no denotaban cobardía, pues a una vieja como Maria terminarían perdonándole todo. Él ya tenía las manos bien lavadas, y si conseguía empujar el cuerpo hasta la calle, seguro que la lluvia, que caía con ímpetu, borraba en poco tiempo las manchas de la ropa.

Se inclinó sobre el muerto y esperó.

Un rayo.

Unos botones.

Un segundo rayo.

Otros botones más.

Con calma, y con la ayuda de los rayos, consiguió abotonar también el abrigo. Después lavó la bufanda: unos riachuelos fosforescentes jaspearon el suelo del porche en su carrera hacia la calle. Se la volvió a poner alrededor de la cara.

De puntillas, pegado al muro, se asomó a ver. Llovía a mares. La calle era una auténtica torrentera. Los canalones gemían bajo la presión del agua, el viento zarandeaba las contraventanas, el cielo parecía venirse abajo, y todas las consonantes del mundo parecían haberse dado cita para hacer ruido.

Al volverse, vio —o creyó ver— algo que lo hizo salir disparado al interior de su casa, rápido y conteniendo la respiración.

¿Se había movido el hombre?

¿Estaba vivo el muerto?

Como todas las noches, Giorgio Pural, coronel de los *Carabinieri Reali*, estaba sentado en su escritorio meneando las piernas nerviosamente con la mirada perdida en el vacío, en espera de otra mala noticia. Por regla general, no solía esperar demasiado, pero de unas semanas a esta parte los acontecimientos se sucedían a un ritmo particularmente acelerado.

Temía que los pobres bebés sacados del río fueran sólo los primeros de una larga serie. Le estaba dando vueltas al confuso relato del doctor Rossini, a las marcas que habían dejado en aquellos cuerpecitos. Inexorablemente, su cerebro, su alma, cada fibra de sus nervios, todo su ser se vio asaltado por el recuerdo cegador de Lidia, su hija pequeña.

Un ruido lo hizo salir del abismo.

Delante de él estaba plantado un soldado, agarrándose con una mano el borde de la chaqueta, en espera de una señal para poder hablar.

Pural ni siquiera levantó la mirada.

—Una cosa muy extraña, señor...

Lo interrumpió ordenándole que se fuera.

La carpeta que le había llevado estaba blanda a causa de la humedad. La abrió suspirando. Leyó rápidamente el folio que iba dentro y se puso a tamborilear sobre él con el dedo. Afortunadamente no se hablaba del hallazgo de nuevos niños. Se hablaba de la muerte del cardenal Martini. Como había imaginado, se trataba del hombre que habían encontrado muerto por la mañana en la escalinata de la iglesia de la *Gran Madre di Dio*. El reconocimiento, por la tarde, había corrido a cargo del arzobispo de Turín en persona, y, desde hacía unas horas, el cuerpo se hallaba en la morgue, donde estaba siendo examinado por el médico forense.

Según el *carabiniere* que había redactado el informe, el cadáver del cardenal presentaba unas cosas muy raras, muy difíciles de explicar. En el *dossier* había dos palabras subrayadas: el sustantivo «homicidio» y el adjetivo «desfigurado».

—¡Coretti!

El picaporte chirrió al instante. En un santiamén, estaba delante de la puerta un soldado delgado, de expresión austera.

—Sí, mi coronel.

—Voy a salir. Ve a decirle a Luigi que traiga el coche.

El recuerdo inundó de improviso su mente, como una riada. Su mirada se volvió fija y vítrea. El paso, mecánico. Era de noche. Pural estaba dentro de una morgue pero delante de sus ojos había una viña en un soleado día de vendimia.

Los miembros de la familia estaban todos atareados cortando racimos y colocándolos con cuidado en los capachos, disputando sobre cuál era el más grande, riendo sobre las viejas anécdotas repetidas año tras año y conservadas para la ocasión como un vino añejo, y de cuando en cuando levantaban la espalda dolorida no tanto para descansar como para supervisar a la pequeña Lidia, que estaba jugando sola bajo una encina.

Aquel día, Pural quitó una piedra de debajo de la rueda de un carro, en ese momento sin bueyes, con la intención de moverlo a fin de que todos pudieran pasar más cómodamente con los capachos repletos de uva y cargarlos.

De repente oyó gritar.

—¡Lidia!

El carro empezó a moverse. Primero lentamente, después, ayudado por su enorme peso y la pendiente, superó fácilmente una protuberancia del terreno y una depresión, sólo lo que se necesitaba. Después, Pural tiró de él con furia, y con un pie volvió a encajar la piedra debajo de la rueda.

Tal vez fue aquel gesto, o tal vez el haber pasado demasiado tiempo doblegado entre las hileras recogiendo uva: un cuchillo se le clavó en la espalda, o eso le pareció. Un dolor intenso, crudo.

El carro, repentinamente, se le escapó de las manos y tomó velocidad.

—¡Lidia! —seguían gritando desde las hileras.

Sin pensar, se apoyó en la vera, contraído por el dolor, desesperado. El mundo se estremeció con violencia. Las ruedas chirriaban, desprendiendo un olor a chispas.

—¡Lidia, apártate!

Ahora comprendía por qué llamaban a Lidia, pero era demasiado tarde.

Fue una eternidad que duró un instante.

Lidia, su pequeña, su adorada hija única, con su carita pálida enmarcada por largas trenzas rubias, la boquita rosa siempre a punto de decir algo bonito y gracioso, pasó por delante, inasible.

Pural contemplaba el vivo recuerdo de aquella belleza inestimable, tornada más radiante y resplandeciente de perfección aun por el imperdonable remordimiento.

Lidia tenía entonces cinco años y pocos meses.

Desde entonces Pural revivía día tras día aquella trágica mañana de principios de septiembre. Aquel carro se le escapaba una y otra vez. Y, oyendo los gritos de todos («¡Lidia!»), la buscaba desesperadamente con los ojos pero no conseguía verla,

obligado como estaba a retorcerse de dolor, sacudido con violencia, superado por la irrefrenable y fatal carrera de aquel vehículo fuera de control. Agarrado a la vera como si fuera una última esperanza, sólo conseguía ver briznas de imágenes, confusas como colores mezclados en la paleta de un pintor: una vorágine de hojarasca y largas rayas de tierra.

—¡Lidia, no!

Como siempre, el recuerdo terminaba allí, en aquel punto preciso donde el carro concluía su bajada frenética chocando contra un árbol recio, en el punto en el que hoy se encuentra la lápida de la pequeña Lidia.

Cuando se recuperó, Pural se dio cuenta de que iba avanzando en medio de la oscuridad lívida de la morgue, el lugar en el que la había visto por última vez y la vida se había convertido para él en una pesadilla.

Se secó las lágrimas con una manga del abrigo, apretó los puños y exhaló un grito dentro de sí.

—Mira aquí —llamó su atención el doctor Rossini, que le había precedido en medio de la penumbra.

El pavimento del vestíbulo que daba acceso a la sala en la que se realizaban las autopsias y se conservaban los cadáveres estaba salpicado de ataúdes destapados y de otros objetos, que la luz tenue del farol, sostenido por el médico, no permitía reconocer fácilmente.

En el aire flotaba un olor irrespirable a polvo húmedo, a putrefacción dulzona, a cal y... a excrementos.

El doctor guio a Pural hasta una mesa donde había un bulto cubierto por una pequeña sábana. Alzó el farol y levantó la tela.

—Los han matado de la misma manera.

Los cadáveres de los dos bebés rescatados del Dora, un varón y una hembra, yacían uno junto a otro, los brazos pegados a los costados, la piel jaspeada por una infinidad de equimosis y salpicada de quemaduras, y los ojos piadosamente cerrados.

—Ahora ya puedo decirte algo más.

—Te escucho.

—No han muerto ahogados. No hay agua en los pulmones. Además, he podido establecer el momento del fallecimiento: pocas horas antes de ser encontrados. Después de la muerte, los cuerpos pierden alrededor de un grado de temperatura cada hora, pero el enfriamiento corpóreo en este caso se ha visto acelerado por el agua gélida del río. Luego he examinado la sustancia gelatinosa de los ojos, y por el nivel de potasio aún presente puedo decirte casi con certeza que han muerto hace menos de veinticuatro horas. Los han asesinado al menos dos personas. —Alumbró mejor e invitó a Pural a constatar lo que le estaba explicando—. Como puedes ver, los apretones de dos, tres, tal vez más individuos han roto los capilares, dejando unas marcas bastante claras. Deben de haber estado jugando con los cuerpos de los niños mientras aún estaban vivos, de manera violenta.

—No entiendo. ¿Qué quieres decir? —preguntó Pural con la vista clavada en los cuerpecitos, con rabia.

—Parece como... como...

Se dirigieron una mirada atónita.

—Vamos, Ugo, ¿cuánto tiempo hace que nos conocemos?

El doctor se encogió de hombros.

—Pues ya ni me acuerdo.

—¡Pues eso! Conmigo puedes aventurar cualquier teoría, hasta la más estrafalaria. ¡No soy un compañero tuyo de la universidad!

—No es eso. Es que me parece que no voy a decir cosas razonables, eso es todo.

Sacudieron la cabeza sin dejar de mirar a los bebés. Exhalaban un largo suspiro.

—Como si no tuviéramos que vérnoslas con casos incomprensibles —articuló Pural con tono lánguido—. No hacemos más que formular hipótesis ridículas. Es cierto que no estamos suficientemente preparados para enfrentarnos a este tipo de situaciones. Aquí está pasando lo mismo que en Londres con el Destripador. Oscuridad. Oscuridad. Y sólo oscuridad.

El doctor Rossini le hizo sentir el calor de su mano en el hombro.

—He pensado durante mucho tiempo, y sólo hay una cosa que puede explicar este tipo de lesiones.

Pural se volvió para mirarlo.

—Deben de haberlos usado como una pelota. Se los han lanzado unos a otros, ¿lo entiendes?

—No, no lo entiendo. ¿Acaso puedes entender tú una monstruosidad semejante?

—No, pero es lo que me ha venido a la cabeza mientras examinaba a estos pobrecillos.

—Y las quemaduras, ¿cómo las explicas? —Pural se inclinó para observarlas más de cerca.

—Este juego demencial deben de haberlo practicado sobre un fuego.

Era evidente que formular hipótesis tan poco verosímiles le producía al doctor cierta turbación.

Pural trató de sonsacarle más cosas.

—Lo siento, mi capacidad de imaginación acaba aquí —sentenció el doctor Rossini—. Sin embargo... —levantó la cabeza de uno de los niños—. Mira esto.

Los ojos de Pural volaron hacia la oreja derecha de la víctima.

—Una serpiente —aseveró el doctor—. Una serpiente grabada a fuego. —Levantó la cabeza del segundo niño y la volvió hacia la otra parte—. Han marcado a los dos de la misma manera.

—Ya veo. —Pural veía, pero era como si estuviera dirigiendo los ojos hacia un mar de tinieblas—. ¿Qué puede significar?

—No tengo la más mínima idea. Tú eres el *carabiniere*. Yo sólo puedo decirte que la marca tiene un centímetro de largo por medio de ancho, y que la han hecho

con hierro candente cuando los pequeños estaban todavía vivos. El resto te toca a ti averiguarlo.

—Gracias. Si te viene a la cabeza algo más, no tengas el menor escrúpulo en compartirlo con un viejo amigo.

—Descuida. —El doctor echó la sábana sobre los dos pequeños cadáveres y se dio media vuelta. Se acercó a otra mesa y dirigió la luz débil y oscura del farol hacia otra sábana más grande, bajo la cual debía de encontrarse el cuerpo de un hombre robusto. Sin duda el del cardenal Martini.

—Y aquí tienes a tu hombre. —Hizo volar la sábana—. Aún no he realizado la autopsia. Te lo he dejado tal y como estaba.

Pural se tapó la boca con el brazo y apartó la mirada.

—Ya, es horrible —asintió el doctor.

—¡Apesta a excrementos!

El doctor Rossini le pasó un frasco con crema de alcanfor para que se la aplicara debajo de la nariz. Pural se echó un poco, ensuciándose como siempre, el bigote.

—Te escucho.

—No tengo mucho que decir. No se necesita la autopsia para ver que lo han matado rompiéndole el cuello, y que lo han ahuecado y vaciado como a larvas famélicas. Un trabajo hecho de manera concienzuda, por manos expertas, un trabajo de taxidermista. El trato que le han dado hace difícil, por no decir imposible, determinar la hora del fallecimiento. Pero por la descamación de la mano (nosotros lo llamamos desenguantado), yo diría que lleva entre cuatro y cinco días muerto. —Hundió la yema de un dedo en el alcanfor y se la restregó por la parte baja de la nariz—. Tienes razón, huele a mierda.

Mientras el doctor pasaba el farol por encima del cadáver, a la mente de Pural afloró todo lo que había leído en los periódicos sobre los crímenes del tristemente famoso Jack el Destripador. También en aquel caso se trataba de víctimas a las que el homicida había extraído algún órgano, pero aquí, en el caso del cardenal Martini, el asesino o asesinos habían ido más lejos: el cadáver estaba sin ninguno de sus órganos internos; lo habían vaciado como a un muñeco de cartón piedra.

—¡En mi vida había visto nada así!

—Ni yo tampoco.

—¿Qué querías decir con lo de trabajo de taxidermista?

—Al cardenal le han extraído los órganos internos y le han aspirado el cerebro por la nariz. No lo he examinado todavía, pero es evidente que... —sopesó la cabeza—, está vacío.

Pural lo comprobó él también.

—Lo que han hecho recuerda la fase preparatoria a un embalsamamiento y a una momificación, a la manera de los egipcios. —El doctor lo miró con aire perplejo—. ¿No te has preguntado por qué un hombre tan importante viajaba sin escolta?

—No lo sé. —Pural se alisó el bigote y rizó una punta—. Imagino que un hombre

tan importante puede hacer lo que le apetezca.

—Eso creo yo también, pero...

—Ya, llevas razón. Hay límites. De hecho, lo estábamos vigilando. Y por lo que hemos podido saber, creo que volvía de un festín nocturno cuando asaltaron el carruaje.

—Desde luego, no es un trabajo de maleantes —observó el doctor.

—No, no lo parece. —Ahora que, gracias al alcanfor, el olor del cadáver era menos intenso y repugnante, Pural aventuró a inclinarse sobre el cuerpo—. Ilumíname un poco.

La empuñadura del farol chirrió al acercarse.

Pural cogió un ojo del cardenal entre el pulgar y el índice y lo abrió.

—Ilumina aquí, por favor.

En cuanto la vacilante claridad del farol se deslizó por la frente del cardenal, Pural se estremeció y quitó la mano de repente.

—¿Qué pasa?

El doctor se alejó.

—Espera.

Pural lo oyó hurgar entre el instrumental y después vio que volvía con una pinza en la mano.

—Ahora lo descubriremos. —El doctor entregó el farol a Pural y con mano firme introdujo las pinzas en cada una de las órbitas. De la izquierda extrajo un pequeño pergamino enrollado; de la derecha, un...

Un...

La luz, pese a estar próxima, no ayudaba. El objeto carecía de forma: blando, huido. Instintivamente, Pural y el doctor arrimaron la nariz a la punta de las pinzas, pero el alcanfor anublaba el olfato. Lo tocaron, sacaron un trozo y lo restregaron entre las yemas de los dedos; olfatearon más aplicadamente.

—¡Es mierda!

Martes, 18 de diciembre de 1888

Con la cabeza debajo de la manta para no ver entrar por la ventana las primeras luces del alba, Prospero esperaba con terror que se hiciera de día.

Hacía varias horas que no dejaba de rumiar lo que había hecho y, sobre todo, lo que había visto. No lograba encontrar una explicación plausible de la luminosidad que desprendía la piel del hombre encontrado en el porche, ni de la materia espumosa y reluciente que le salía de la boca. Pero seguía empeñado en buscarla: era la única manera de ahuyentar el miedo.

Pronto vendrían a llamar a la puerta. Estaba arrepentido de haber cedido a la curiosidad, pues estaba convencido de que aquello le iba a acarrear un gran disgusto. Pero ya no se podía dar marcha atrás. Había decidido no ir a trabajar: no quería que los guardias fueran a por él al café y se lo llevaran esposado a la vista de todo el mundo: del dueño, de los clientes. Además de la libertad, perdería la reputación. No tenía otra elección. Aunque era consciente de que así podría despertar sospechas, no, aquella mañana no iría a trabajar.

Había concebido un plan. En cuanto llamaran a la puerta, se golpearía la frente con un bastón que había metido debajo del colchón y luego daría la versión de que había salido de casa al oír los gritos de ayuda de la señora Maria, de que había visto a un hombre tendido en el suelo y de que se había desmayado del susto. Que no recordaba nada más. A causa del golpe recibido en la cabeza al caer, al volver a su casa ya no recordaba nada: se había olvidado incluso de ir a trabajar. Le dolía mucho la cabeza.

Tuvo la tentación de levantarse para ir a ver si aún era de noche, pero la manta le pesaba como una losa.

¿Qué iba a hacer ahora?

Tenía un secreto, que le habría gustado ocultarse también a sí mismo. ¿Y si todo había sido un sueño? Metió la mano debajo del colchón. El bastón seguía ahí. Sus dedos se hundieron en un envoltorio de lana pequeño, blando, con algo duro dentro. Luego rozaron los bordes de un sobre hinchado. Recordó haber visto lo que contenía: cuatro fotografías de un cadáver en descomposición, un hombre con el pelo largo.

Sí, todo era verdad.

Lo más sensato ahora —eso le parecía— era esperar y seguir preguntándose inútilmente cómo era posible que un hombre desprendiera luz y que hubiera otro hombre tan estúpido como para ponerse a registrarle y robarle a la vista de todo el vecindario.

Tres golpes rápidos en la puerta lo hicieron sobresaltarse. Se destapó una oreja y

escuchó; pero la sangre le latía con demasiada fuerza en los tímpanos.

Más golpes.

Era el momento que tanto había temido a lo largo de la noche: estaba perdido, desahuciado para siempre. Saltó de la cama, sacó el bastón de debajo del colchón, inspiró, lo agarró con fuerza, cerró los ojos y se golpeó en la frente.

Llamaron otra vez.

Se tocó. No sangraba; no le dolía mucho. No satisfecho, se golpeó otra vez, con más fuerza, demasiada, y cayó al suelo.

Llamaron.

—¡Señor Prospero!

Tenía un ojo ensangrentado.

—¡Señor Prospero!

Estaba aturdido; el cráneo le resonaba como si hubieran dado una campanada dentro.

—Sé que está en casa, no lo he visto salir esta mañana.

Reconoció la voz. Era la de la señora Maria. Sonrió, y un hilillo de sangre caliente se le infiltró por los labios.

Se levantó con dificultad, quitó la cadena de la puerta, pero enseguida tuvo que sentarse en el suelo: la cabeza le daba vueltas.

—Entre, por favor —profirió dolorido.

La luz del día llenó la estancia. Maria se inclinó sobre él y le levantó la cabeza.

—Señor Prospero, pero ¿qué se ha hecho?

—Me desvanecí anoche al ver a ese hombre en el porche.

—¿Y eso de ahí? —Señaló el bastón ensangrentado.

Se incorporó lamentándose y refunfuñando.

—Me caí también encima.

—Voy a llamar a un médico.

La sujetó de un brazo.

—No, no, no debe llamar a ningún médico. Estoy bien. Es sólo... un golpetazo, nada grave. —Le quitó el bastón de las manos y cerró la puerta.

—¿Qué desea?

—He venido por el asunto de anoche.

—¿Por el asunto de anoche? —Prospero descorrió las cortinas y miró al exterior. No llovía; al contrario, hacía una mañana espléndida. A juzgar por la posición del sol, debían de ser las nueve de la mañana; es decir, que hacía dos horas que debía llevar trabajando. Se sentó, con la cabeza entre las manos—. ¿De qué me está hablando?

—Pero ¿cómo? —exclamó Maria con los ojos como platos y las manos en las caderas—. ¿Acaso no lo vio usted también? Pero si lo acaba de mencionar...

—No sé de qué me está hablando. —Prospero metió un trapo en la palangana, lo escurrió y se lo aplicó a la frente.

—Señor Prospero, por favor, es evidente que está mintiendo.

—Haga usted el favor de ir al grano. Llego al trabajo con retraso. Debe saber que pierdo la memoria cada dos por tres.

—Usted vio a ese hombre, anoche.

Prospero protestó.

—Yo no he visto a nadie. Me desmayé con sólo pensarlo.

—Parecía muerto... —Maria señaló con la mano el exterior mientras dirigía hacia Prospero su rostro decrepito por los años y perplejo.

—Yo no lo vi.

—¡Cómo que no lo vio!

—Demuéstrémelo. Si había un muerto anoche, debe seguir ahí. Los muertos no andan.

Maria se quedó parada. Lo miró enmudecida.

—¿Cómo sabe que ya no está?

Prospero gimió al limpiarse la sangre de la frente y escurrir el trapo en la palangana.

—¿Que cómo sé qué?

—Que el cadáver ya no está. —Maria lo miró con recelo—. Que ha desaparecido. —Reculó hacia la puerta hasta tocarla y, con las manos que tenía a la espalda, agarró el picaporte—. ¿Lo ha hecho desaparecer usted?

—¡Pero qué me está contando! —Prospero lanzó el trapo al agua y se dirigió a la puerta, apartó a Maria y abrió. Se protegió los ojos contra la luz con una mano y entre los dedos vio al caballerizo que estaba cuidando los caballos y a un cochero que estaba empujando su calesa para aparcarla bien.

Antes de salir, miró hacia arriba, después asomó la cabeza para ver el porche. A continuación, aunque Maria lo estaba mirando con un guiño satisfecho y asintiendo con la cabeza como si hubiera comprendido algo gordo, bajó las escaleras que unían la puerta de su piso con la planta del patio y dio unos pasos para poder ver mejor el porche, perennemente oscuro.

Se volvió hacia atrás, estupefacto.

Maria cruzó los brazos y dijo:

—¿No ve? Ha desaparecido.

Prospero volvió hacia ella con paso rápido, la asió de un hombro y la empujó dentro de la casa.

—Usted y yo tenemos que hablar. —La hizo sentarse en el rugoso diván relleno de paja, cuyos numerosos y oxidados muelles crujieron como huesos rotos.

—¡Qué modales son éstos! —protestó Maria.

—Tengo prisa, tengo que ir rápidamente al café, de lo contrario pierdo el puesto de trabajo. —Abrió al armario quitando una puerta, que apoyó en la pared—. Espero que no le moleste si me cambio y hablamos mientras del asunto.

—No, no me molesta.

La sombra de Prospero detrás del biombo, haciendo equilibrios sobre un pie solo,

encogió un calcetín hasta reducirlo a un anillo, por donde introdujo la punta del pie.

—¿Qué, no tiene ninguna explicación? —Repitió la operación con el otro calcetín y se quitó el batín.

—Yo esperaba que tuviera usted alguna, señor Prospero.

—Yo no he visto absolutamente nada. Para mí que era un borracho que se había refugiado en el porche. ¡Para qué iba yo a buscar problemas! —Jadeaba mientras hablaba, y de vez en cuando su voz quedaba amortiguada por prendas de vestir que le tapaban la boca.

—El señor del piso de arriba dice que lo vio entretenerse en el porche.

Prospero reaccionó con tono categórico:

—Pues debió de ver mal. Yo me desmayé.

—Si usted lo dice... —Maria no insistió, calló y miró alrededor, mientras Prospero, que de vez en cuando se miraba la herida de la frente en el espejo, terminaba de vestirse.

—Para estar usted soltero, tiene la casa muy ordenada.

—Gracias, pero es simplemente porque nunca estoy en ella. —La herida consistía en un corte superficial, rodeado de una hinchazón lívida. El dolor era soportable—. Almuerzo siempre en el café.

—Debería casarse. ¿A qué está esperando usted, con lo buen mozo que es?

Prospero se paró a mirarse de cuerpo entero en el espejo y tuvo que constatar que Maria llevaba razón: era un buen mozo, de estatura media y bien proporcionado; además, parecía un tipo fiable y honrado. Se preguntó qué le impedía dedicarse al otro sexo o soñar con fundar una familia. Sus ojos se dirigieron hacia el libro bajo la vela que había apagado por la noche. Suspiró.

—Sólo tengo diecisiete años.

—Podría ser nieto mío.

—Le juro que no lo soy.

Maria rio. Apartó la palmatoria que descansaba sobre la cubierta arrugada del libro de Prospero y leyó el título: *La magia de los astros*.

—¿Por qué no viene a cenar a mi casa un día de éstos? Preparo un conejo.

Prospero retiró el bombín del perchero y se acercó a la puerta. No le hacía gracia la idea: se había empeñado tanto en no darle confianza... Sabía que así no se la quitaría nunca de encima. Además, ¿cómo iba a trabar amistad con una persona tan maleducada, que se ponía a llamar a sus gatos a gritos en plena noche? ¿Cómo iba contarle semejante cosa a un amigo? Imposible. Pero también le parecía imposible rechazar su invitación, pues Maria, que lo miraba ahora con aire maternal, en el fondo le caía bien, y sobre todo porque —estaba seguro— era mejor tenerla bajo control, al menos hasta que se esclareciera aquel asunto del hombre luminoso. Se sentía orgulloso por la versión que había pergeñado, enhebrando sus mentiras con lo que Maria le había manifestado sobre lo acaecido la noche anterior, lo que compensaba al menos un poco su estupidez por haberse golpeado la cabeza con el bastón.

Abrió la puerta y la empujó. Cerró con doble vuelta de la llave.

—En cuanto tenga un día libre voy a cenar a su casa —expresó mientras empezaba a correr, con el bombín en la mano.

—¡Cuento con ello, entonces! —gritó Maria.

—¡Prometido!

Como nunca había llegado tarde al trabajo, el dueño del café Giardino decidió hacer una excepción y lo perdonó, aunque dejándole bien claro que, si volvía a ocurrir, aunque fuera una sola vez, lo despediría sin dudarle un momento, ni pagarle. Estaba furioso y despechado, pero como las navidades, ya próximas, suponían más trabajo que de costumbre, y como además el local ya estaba lleno de clientes, no se entretuvo demasiado en el rapapolvo.

—¿Qué le ha pasado en la frente? —le preguntó.

—Nada, anoche me di con la cabeza contra la pared, en la oscuridad.

—Ale, vaya rápidamente a atender a las mesas —le ordenó lanzándole el delantal blanco; a continuación volvió a sus ocupaciones de propietario con un gesto ofendido y la nariz hacia arriba—. ¡Vamos, vamos!

Prospero, feliz y sonriente, inclinó la cabeza en señal de obediencia y salió disparado a tomar nota de los primeros pedidos de la jornada, la cual prometía ser más larga y fatigosa que la anterior.

Las mesas humeaban como teteras. Vio una con los vasos vacíos y una conversación animada pero mantenida en voz baja.

Se acercó.

—¿Los señores desean tomar algo?

Fingió que escribía «un coñac».

—¿Y para el señor?

Una *grappa*.

—¿Y usted, señor, no toma nada?

Otra *grappa*.

Dio unos pasos hacia la cocina para alejarse un poco de la mesa pero no demasiado para poder seguir oyendo. Se detuvo como para terminar de anotar en el bloc el pedido y el número de mesa. Afinó el oído para oír bien lo que estaban diciendo aquellos tres. Como ya estaba entrenado en aquella práctica, podía oír bien incluso a una distancia considerada de seguridad por quien no quisiera ser escuchado. Los tres estaban hablando de un cadáver encontrado en la escalinata de la *Gran Madre di Dio*. Como en línea recta no estaba lejos, señalaban una y otra vez el punto exacto del hallazgo, como si hubiera sido allí mismo, en *piazza Castello*.

A tenor de lo que decía uno de ellos, se trataba de un cardenal. El que parecía estar más informado del grupo insistía en el lamentable estado en el que habían dejado el cuerpo del pobre e indefenso eclesiástico.

Para ganar tiempo y seguir escuchando, Prospero fingió ponerse a ordenar algo cerca de allí. Con el rabillo del ojo trató de asegurarse de que el dueño no se estaba dando cuenta de su lentitud... Pero en aquel instante entró un gaitero para alegrar a

los parroquianos con motivo de la navidad, y le resultó imposible oír ya lo que se estaba diciendo en aquella mesa.

Decepcionado, pero decidido a saber más sobre aquel extraño caso, comenzó el habitual e incesante vaivén entre la sala y la cocina.

Por fin, el gaitero recogió las monedas del sombrero y salió reculando, inclinándose varias veces en señal de agradecimiento.

La puerta del local no tardó en volverse a abrir. Nada interesante. Unos minutos después, se abrió de nuevo. Nada.

Nada.

Nada.

Nada.

Nada.

Nada.

Después, dos clientes a los que no había visto nunca.

—¿Has leído en el periódico lo que pasó la otra noche? —venía diciendo un joven a su amigo de más edad mientras lo invitaba a entrar primero. Una vez dentro, los dos se miraron para decidir qué mesa era la más apropiada para charlar del asunto.

—Buenos días, señores, ¿qué desean tomar? —les preguntó Prospero en voz baja como si no quisiera interrumpir el interesante diálogo que los dos iban a iniciar.

—Chocolate caliente, por favor.

—Para mí también.

—Lo traigo enseguida —enunció tomando nota en el bloc (sólo que no anotó el pedido sino «pasó la otra noche»).

Unos segundos después, ya estaba de vuelta con los chocolates humeantes, que sirvió sin darse prisa.

—No, yo no creo en absoluto que sea un canope —estaba diciendo uno de los dos clientes mientras le señalaba a su amigo una noticia que venía en un periódico arrugado.

Robo en el Museo Regio de Antigüedades Egipcias.

—¿Qué te hace pensar eso? —preguntó el otro levantando la taza—. Si las autoridades han declarado que, afortunadamente, se trataba sólo de un canope, pues debe ser así.

El más joven de los dos, pero también el más distinguido, sopló al chocolate y escudriñó a su amigo desde detrás de la cortina aromática que se elevaba de la taza caliente.

—Entraron en el museo sin que nadie se diera cuenta. Podían coger lo que querían... ¿y se limitaron a un canope? —Sacudió la cabeza con decisión—. No me convence.

Su amigo sorbió con calma. Era evidente que, para él, no había nada nuevo en la actitud decidida y apasionada de su interlocutor.

—Tal vez eran ladrones de poca monta. —Sorbió con el aire sabio de un monje

que bebe té—. Tal vez entraron sin saber bien lo que buscaban y arramblaron con lo primero que encontraron antes de echar a correr creyendo que habían robado quién sabe qué.

Prospero dejó en aquella mesa los chocolates (además de sus oídos) y se puso a limpiar con flema la mesa contigua.

—Yo te digo que ésos... —el hombre agitó el periódico enrollado como si los ladrones estuvieran dentro y los tuviera en el puño—, ésos eran unos profesionales. No los vio ni oyó nadie. No forzaron la puerta del museo, no se notó ningún movimiento sospechoso en la calle... Pero unos hombres que salen con una caja del Museo Egipcio, de noche, deben hacer ruido y llamar la atención, ¿no? Aunque hubiera sido realmente un canope, debía tener unas dimensiones considerables.

El amigo asintió y aplicó los labios al borde de la taza.

—Vamos a ver. Yo soy un ladrón que entra en un museo obligado a elegir a toda prisa un objeto al azar. ¿Qué hago? ¿Me llevo una caja pesada y voluminosa? No, mi querido amigo, no se ha tratado de un canope.

Con un suspiro que delataba aburrimiento, su amigo lo invitó a revelar la verdad.

—En mi opinión, puede que robaran una momia —concluyó el hombre bajando la voz pero no lo suficiente para que no llegara hasta los tímpanos de Prospero.

—¿Una momia?

La noticia del robo en el Museo Egipcio de Turín había entrado en el despacho de Pural sin hacer ruido. El informe había ido a parar al último cajón del escritorio, siendo rápidamente olvidado.

Un caso completamente irrelevante si se comparaba con la interminable secuencia de homicidios macabros, suicidios inexplicables, desapariciones, violencia, secuestros, asesinatos de bebés...

Pero ahora la mano de Pural volvió despacio hacia ese mismo cajón y registró por el fondo; parecía moverse de manera autónoma, pues la atención de Pural estaba puesta en el título de la *Gazzetta Piemontese*:

Robo en el Museo Regio de Antigüedades Egipcias.

Al igual que en el papel fotográfico de una cámara oscura, en su mente apareció la imagen del cardenal Martini en la mesa de la morgue. Resonaron de nuevo las palabras del doctor Rossini: «Un trabajo de taxidermista».

Él no era experto en arqueología pero sabía que los antiguos egipcios utilizaban los canopes para conservar en ellos las vísceras de los cuerpos momificados.

No podía tratarse de una coincidencia.

La mano de Pural encontró el informe sobre el robo. Lo sacó, lo puso delante de su rostro y lo leyó con atención; pero no decía nada sobre lo que habían robado exactamente: tal vez los expertos del museo no estaban aún en condiciones de afirmarlo con toda seguridad en el momento en el que habían redactado el informe.

Pero ¿por qué, entonces, se había informado a la prensa de manera tan perentoria? ¿Por qué no lo habían puesto al corriente enseguida a él?

Un canope...

Metió el informe en un cajón, ahora el de arriba, y salió.

Tenía que hacer algunas pesquisas.

En el espacio de una hora consiguió que lo recibiera un consejero municipal, el profesor de arqueología de la universidad, el fundador y presidente de la Sociedad de Arqueología y Bellas Artes, el director de la Escuela de Magisterio de la Facultad de Filosofía y Letras, el presidente de la Academia de Ciencia, el fundador y presidente de la Sociedad para la Cremación, el venerable maestro de la logia masónica Dante Alighieri y el director del Museo Egipcio.

Todos estos cargos los ostentaba un único individuo: Ariodante Fabretti.

Nacido en Perugia, setenta y dos años cumplidos en octubre, hombre carismático, personaje pintoresco, intelectual influyente, en opinión de muchos, propincuo senador del reino de Italia.

En la fotografía anexa al fascículo que tenía Pural en sus manos, el profesor Fabretti dirigía al objetivo un rostro oliváceo, plácido, liso, simétrico, enmarcado por

debajo por una poblada barba blanca que le caía por el pecho tapándole parte de la camisa, y por encima por un fez negro que le coronaba la cabeza. El venerable masón vestía abrigo de lana y pantalones anchos de rayas verticales y lucía una gran cadena de plata que describía una curva sobre el chaleco antes de desaparecer en un bolsillo. Su mano derecha reposaba sobre un libro con, si se miraba bien, el índice intencionadamente apuntando a un símbolo estampado en el lomo. En medio de la oscuridad de la carroza que lo transportaba a la cita, Pural no logró descifrarlo. Pero había notado que la cubierta del libro sobre la que reposaba la mano del venerable estaba tapada con un paño blanco para impedir leer el título. Un hombre sin duda amante de lo oculto.

Y con una gran pasión: la muerte. Lo cual lo había llevado a fundar la Sociedad para la Cremación y al mismo tiempo lo convertía en un individuo más que idóneo para ocupar el cargo de director del Museo Egipcio de Turín.

En puridad, se le habría podido confundir con un egipcio de no ser por su inconfundible acento umbro, o piamontés, según qué palabras pronunciara.

—Usted dirá, coronel, ¿qué desea saber? —Voz tierna pero que denotaba autoridad.

El coronel dejó de mirar alrededor: el estudio de Ariodante Fabretti parecía un auténtico prontuario de símbolos ocultos.

—Ah, son tantas las cosas que me gustaría saber... —Recibido el asentimiento del dueño de la casa, encendió un puro—. Lo digo en general: me gusta aprender.

—Eso hace que nos parezcamos bastante, coronel.

Una bocanada de humo abandonó los labios de Pural.

—Bien, profesor. El robo se produjo el 11 de diciembre, hacia las tres de la mañana, ¿no es cierto?

—Así es.

—Unas horas después, su asistente, el doctor... —buscó el nombre en su memoria—, el doctor...

—¿Francesco Rossi?

—No, me parece que se llamaba...

—Lanzone.

—Sí, eso es. —Pegó una calada—. Tiene un nombre demasiado inquieto para guardarlo en mi memoria.

—Se llama Ridolfo Vittorio Lanzone, una persona que goza de mi plena confianza.

—Pues bien, su asistente declaró que no estaba en condiciones de decir con exactitud qué habían robado, pues el objeto pertenecía a una serie de objetos todavía sin catalogar. ¿Es cierto?

—Así es. —El venerable suspiró cruzando los brazos—. Estamos trabajando con alacridad en la elaboración de un catálogo completo de todos los objetos, pero la cantidad de material aún sepultado en los almacenes es ingente.

—Entonces, ¿qué les permitió saber en tan poco tiempo qué habían robado y por qué lo comunicaron a la prensa?

Fabretti asintió a la legitimidad de la pregunta.

—La prensa estaba encima de nosotros.

—¿Está usted seguro de que se trata de un canope?

—Sí. La caja robada pertenecía a un grupo de canopes. Me explico: los embalajes no habían sido catalogados todavía uno a uno, pero el grupo como tal sí. Aquella ala de los almacenes estaba a punto de ser examinada y numerada, y ya se había hecho un examen preliminar con vistas precisamente a la catalogación. No puede tratarse más que de un canope.

—Se diría que los ladrones estaban al corriente de esta inminente clasificación del material.

—Es poco probable, pero no imposible.

—¿Y cómo explica que actuaran sin forzar nada?

—Puede que tuvieran un cómplice que les suministró una copia de las llaves.

—¿Quiere decir... alguien que trabaja en el museo?

—Un guardián, por ejemplo.

—No lo creo. —Pural volvió a dar vida al puro—. Mis hombres dicen que todo estaba en perfecto orden después del robo.

—Es cierto. Los ladrones no tocaron nada.

—¿Quiere decir que no tocaron nada más?

—Exacto. —Fabretti empezaba a sospechar que sospechaban de él.

Pural no hizo nada para desmentir aquella sensación.

—Si, como ha manifestado usted a la prensa, los ladrones hubieran arramblado con lo primero que encontraron y después hubieran huido a causa del miedo o de la excitación... —Le mostró el artículo del periódico con sus palabras entrecomilladas—. Usted habla aquí de excitación.

—¿Y bien?

—Perdóneme, profesor, pero por lo que leo aquí usted sostiene que puede que fuera la ocasión lo que tentó a los ladrones. Así pues, no se trataría de un robo premeditado sino de un fruto de la tentación. Y dice también que la manifiesta incompetencia arqueológica de los delincuentes ha resultado ser una bendición para el museo.

—Cierto, así es —aseveró el director—. Imagínese que las llaves hubieran caído en manos de un entendido con malas intenciones.

—Yo me inclino a pensar que los ladrones sabían lo que buscaban y sabían también el lugar exacto donde se encontraba.

—¿Qué le hace afirmar eso?

—Si el ladrón hubiera sido yo, seguro que habría producido un poco de desorden. Habría abierto muchas cajas en busca de oro. Es pesado, pero ocupa poco espacio, y su valor es el mismo para un profano. En cambio, aquí se plantea la pregunta de

cómo consiguieron ustedes percatarse del robo.

—Como ya le he dicho, la zona de los almacenes apenas había sido inspeccionada a efectos de archivo. Aquella noche, el guardián oyó ruidos procedentes de esa parte. Por eso nos percatamos.

—Comprendo. —Difícilmente hubiera podido expresar una palabra más falsa que aquélla—. Mis hombres dicen también que es imposible deducir la altura y profundidad de la caja a partir del hueco dejado al sustraerla. También dicen que los embalajes del grupo de los canopes (repito lo que ha dicho usted mismo) tenían formas y dimensiones diversas. Así pues, no hay sólo canopes en ese grupo de objetos. Corríjame si me equivoco.

—No todos los canopes son iguales, coronel. Yo confío en encontrar el objeto. Además, debe saber que, a consecuencia de lo sucedido, la vigilancia del museo se ha visto considerablemente reforzada. —Se puso de pie de un salto, rodeó el escritorio y señaló en dirección al pasillo—. Una cosa así no volverá a ocurrir nunca más. Ahora, lo siento, pero debo dejarlo.

Pural sofocó el puro en el cenicero y se levantó.

—Sí, ya me voy, ya le he causado demasiada molestia. Gracias por la disponibilidad.

—No hay de qué.

—Sólo una última cosa.

—Entre paréntesis —insinuó el director con una risita—. No estará usted sospechando de mí, ¿verdad?

—¡Cómo que no, usted es el principal sospechoso! —respondió Pural afectando el mismo tono bromista.

—Entonces merezco un interrogatorio más largo. Pregunte cuanto sea necesario.

—Según usted... —Se detuvo, como si quisiera darle tiempo al masón para concentrarse—. Según usted, ¿es posible que la caja saliera del museo por una vía distinta de la puerta principal?

—No le sigo.

—¿Podrían haberla sacado a través de los subterráneos de la ciudad?

Ariodante Fabretti se acarició la barbilla y miró al techo con actitud reflexiva.

—Interesante suposición. —Hizo bailar el índice. Reflexionó un poco más asintiendo con creciente convicción—. Esa idea podría explicar muchas cosas, en efecto. Por los sótanos se puede acceder a la red de alcantarillado y desde ahí a la vasta red urbana. Pero ¿quién podría hacer semejante cosa? Nadie posee un plano completo de los subterráneos. El que lo intentara se perdería ahí abajo. En cuyo caso ya no lo encontraríamos nunca. Sería imposible.

Pural se dejó acompañar hasta la puerta. Antes de que la abriera el director, se detuvo.

—Una última cosa, ahora de veras.

—Adelante.

—Usted es masón, ¿no es cierto?

—Así es.

—¿Conoce por casualidad al profesor Nietzsche?

—No en persona, pero sé quién es. ¿Por qué me lo pregunta?

—¿Puedo preguntarle qué relación existe entre los masones y la derecha antisemita alemana?

—¿Los neopaganos *volkisch*?

Durante unos instantes, a Pural le pareció que la mueca del director dejaba de ser inescrutable.

—¿Ninguna relación?

—Ninguna. No se llame a engaño, coronel. Nietzsche no es antisemita. Por eso lo han aislado. Vive en la más completa soledad.

—Lo sé.

—En fin, que entre los masones y los defensores de la superioridad de la raza aria no puede haber ninguna amistad.

—O sea, que no existe ninguna relación cultural.

—No. Los orígenes de la masonería se remontan a la construcción del templo de Salomón en Jerusalén. ¿Cómo podríamos estar de acuerdo con los antisemitas?

—Sin embargo, me consta que el profesor Nietzsche ha dado algún seminario a los hermanos de no sé qué logia.

—No a la mía, desde luego; de lo contrario, yo lo sabría. Pero podría ser también que lo hubiera invitado a hablar el gran maestro. Nosotros estamos culturalmente abiertos a las novedades al igual que nos sentimos muy aferrados a nuestra tradición. En fin, insisto en que Friedrich Nietzsche es cualquier cosa menos un antisemita, o un *volkisch*, si lo prefiere. Si tiene ocasión de verlo, pregúntele por su hermana y verá lo que piensa de los *volkisch*. Y ya de paso salúdelo de parte de un admirador. —Abrió la puerta y lo despidió con una inclinación despaciosa, haciendo oscilar el colgante negro del fez como la varilla de un reloj de pared. El tiempo de que disponía Pural había expirado.

El hombre que acababa de asomar por la puerta, un señor distinguido y muy reservado, no frecuentaba mucho el café, si bien lo hacía con la misma regularidad que ponía en cada gesto, hasta el punto de que Prospero podría adivinar la secuencia exacta de sus acciones en cuanto traspasara del todo el umbral.

Era el general de los *Carabinieri Reali*.

Probablemente venía para llevárselo detenido.

Hizo votos en lo más íntimo de su ser para que lo ignorara, como de costumbre. Lo siguió con una mirada cargada de aprensión mientras se dirigía hacia la izquierda (a un reservado junto a la pared) y se sentaba con su habitual y mal disimulada circunspección exhalando un largo suspiro antes de cruzar las piernas y zambullirse en las noticias de la *Gazetta Piemontese*.

—¿Desea tomar algo el señor?

El periódico bajó despacio, haciendo frufnú y descubriendo una masa de cabellos cromados y, a pesar de la edad (ya pasada la cincuentena), aún espesos y abundantes.

Ahora, estaba seguro Prospero, lo miraría a su manera habitual, extraña y equívoca, como si fuera a decirle algo y, pensándolo mejor, enarcaría una ceja haciendo que el monóculo se precipitara sobre la palma de una mano.

—Tráeme... —dijo el general fingiendo indecisión, antes de pedir lo de siempre—. Tráeme un chocolate caliente y dos cruasanes con mermelada de castaña.

Como siempre.

Hacer votos en lo más íntimo de su ser parecía dar resultado.

Sin embargo, cuando Prospero volvió con el pedido, el general hizo (dijo) algo que no había hecho nunca.

—¿Has dormido bien, jovenzuelo?

¿Jovenzuelo? Así que los *Carabinieri* sabían... Estaba definitivamente perdido.

Inclinó la cabeza para que no se viera lo colorado que se había puesto.

—No mucho, por desgracia.

—¿Y eso?

—Los gatos de mi vecina no hacen más que maullar estas últimas noches. — Pensó que media verdad prestaría algo de sinceridad a su tono de voz.

El general dobló rápidamente el periódico y se inclinó hacia delante, intrigado.

—¿Y por qué no maullaban igual antes?

Prospero lanzó una mirada al dueño, el cual le sonrió como respuesta. Si hubiera estado perdiendo el tiempo con Nietzsche se lo habría echado en cara; pero con el general..., era distinto.

—Antes maullaban raras veces —contestó—, se les oía sólo en período de celo. Pero desde hace unos días, bueno, desde hace unas noches —se corrigió—, no paran

de maullar.

—Un fenómeno hartamente interesante.

—Sin duda lo es para usted, señor, pero para mí es una auténtica calamidad.

El general esbozó una sonrisa.

—¡Llevas razón, llevas razón!

Prospero hizo una rápida inclinación y esperó un poco.

—Que aproveche, señor —balbuceó al fin dando media vuelta y diciendo para sus adentros: «Ojalá que no me llame otra vez». Lo repitió con tanta intensidad que sólo un dios malvado habría podido decepcionarlo.

—¡Espera, muchacho!

Se detuvo, tomó aire y se volvió con gesto abatido, resignado.

—Diga, señor.

Le estaba indicando la silla libre que había a su lado.

Ya estaba: lo iba a detener a la vista de todos. Todo había terminado. Caminó despacio hacia la silla y se sentó con aire desconsolado.

—¿Qué viste anoche?

—No vi nada, señor.

—Quería decir *a quién* viste.

Prospero sintió un ligero mareo.

—A un borracho tirado en el suelo en el porche de la finca. Armó mucho ruido.

—¿No habían sido los gatos?

El dueño del café, al verlo sentado a la mesa del general, hizo un signo de aprobación y orgullo teñido con una nota de asombro.

—Bueno, los gatos también, señor. —La voz de Prospero se había reducido de repente a un hilillo casi imperceptible.

—¿Viste de cerca a ese borracho del que hablas?

—No, señor, sólo me asomé, luego volví a la cama.

—O sea, que sí has dormido.

—Un poco.

—Mira, muchacho, yo me estaba preguntando si por casualidad no habrías visto algo que me interesa mucho. No tengo ninguna intención de causarte problemas. Al contrario. Siempre y cuando decidas ser mi amigo.

Intentó que sus miradas se cruzaran, pero Prospero tenía los ojos fijos en la superficie de la mesa.

—¿Quieres ser mi amigo?

—Sí, señor.

El general esperó.

—En determinado momento... salí a ver —empezó Prospero—. No conseguía conciliar el sueño y quería comprobar si el borracho se había marchado.

—¿Y se había marchado? —preguntó el general animándolo a proseguir.

—Sí, afortunadamente.

—No, no afortunadamente, más bien por desgracia. —El general cerró una mano y la fue bajando lentamente—. Sí, una auténtica desgracia. Yo creía que era el delincuente que andábamos buscando y que tú podrías haber encontrado algo interesante en su poder...

—¿Yo? —Puso los ojos en blanco.

—Un vecino afirma que te vio prestar ayuda a un hombre que debía sentirse mal. Dice que te vio desabotonarle la chaqueta, sin duda para que así respirara mejor. En fin, yo esperaba que..., pero bueno, dejémoslo, si te parece. —Le puso un billete en la mano y se la cerró—. Si se hubiera tratado del hombre que buscamos y hubieras encontrado algo, te habría pagado muy bien. —Se levantó. Ni siquiera había tocado los cruasanes. Y el chocolate ya no humeaba.

Se colocó el periódico bajo el brazo e hizo ademán de irse.

Pero Prospero lo detuvo.

—No sé si es el hombre que andan buscando —expresó—, pero cuando me asomé el borracho ya no estaba. Mi vecino cotilla es un embustero. Pero a aquel hombre se le debió caer esto —terminó entregándole un sobre.

El general volvió a sentarse, muy despacio, como sobre un barril de pólvora, abrió el sobre y escudriñó las fotografías con la agudeza de un jugador de cartas.

—No he resistido a la tentación de miraras —confesó Prospero—. Es un cadáver humano, ¿verdad?

No le respondió. Parecía completamente ausente. En los intrincados recovecos del cerebro del general, algo parecía haberse aflojado a la vista de aquellas fotografías.

Prospero esperaba una recompensa inmediata, según lo prometido, o por lo menos unas palabras tranquilizadoras que le permitieran pensar en un perdón por el delito cometido.

Pero el general, sin mirarlo, preguntó con tono grave:

—¿Has visto estas fotografías?

Prospero sacudió velozmente la cabeza.

—¿Qué fotografías?

—Muy bien —zanjó el general dejando caer unas monedas por los cruasanes y el chocolate. A continuación, se levantó mecánicamente y salió sin añadir palabra, con la mirada perdida en el vacío.

Un vacío que, a juzgar por su expresión, absorta, debía estar lleno de cosas.

El aire fresco y seco y el cielo constelado de pecas luminosas invitaban a caminar, a perderse por las calles de la ciudad. Pural le dijo al cochero que llevara el vehículo al depósito del cuartel y se retirara a su casa, que él iba a seguir a pie. Tenía necesidad de pensar, de quitarse de la cabeza la imagen de aquellos dos niños martirizados, y la del cardenal, al que habían matado de manera tan grotesca.

Anduvo un buen rato, pero cualquier dirección le producía más desaliento todavía.

Habían pasado quince meses desde que el general Linzi le confiara el mando de una sección secreta, la DIO (División de Investigación de lo Oculto), promovida por el rey Umberto a instancias del Vaticano, con la misión de indagar «homicidios extraños que parezcan oficiados según rituales satánicos», «otras abominaciones de carácter religioso» y «cualquier otra cosa de la que se pueda sospechar razonablemente una matriz esotérica».

Quince meses de trabajo en vano, y catorce de infelicidad.

Un mes después de la creación de la DIO, había perdido a Lidia en un accidente del que era presunto culpable. Al poco tiempo, Matilde, su mujer, ahogada en su propio mar de lágrimas, había sido internada en una institución para enfermos mentales.

Su vida se había ido definitivamente al garete.

No era supersticioso ni creyente ni ateo...; no era nada. La única ley a la que daba valor era la que él mismo debía hacer respetar. Y sin embargo, el pensamiento de que pudiera haber algún nexo entre sus investigaciones y la mala suerte que se había cebado con él y con las personas y cosas que más quería, se convertía en una pesadilla noche tras noche.

Tal vez fuera eso lo que le hizo seguir los alegres y seductores sonos de una musiquilla lejana. Parecían provenir de un órgano *calíope*: un circo.

La siguió.

La perdió.

La volvió a encontrar.

Se dejó guiar hasta una explanada en cuyo centro se alzaba una carpa con franjas verticales blancas y rojas, circundada de antorchas chispeantes.

El viento, que olía a estiércol, vapuleaba dos banderolas sobre las que campeaba el rótulo CIRCO LA FLEUR.

Se acercó a la carpa y oyó las largas vocales de admiración del público que la llenaba, sus gritos (ora de miedo ora de entusiasmo liberador), la música inconfundible y evocadora del órgano *calíope*. Bordeó la carpa vibrante y se encontró

en el campamento de la tropa circense, donde borboteaban los sonidos de una lengua para él incomprensible pero familiar: el romaní de los *sintos*.

También había vida en aquella zona fangosa, apenas iluminada por las ventanillas de los carromatos en hilera: un payaso con aire contrariado salía de uno y se metía rápidamente en otro dando un portazo, un acróbata fumaba en solitario, un enano ganaba una mano a las cartas al hombre forzado y se llevaba una copita como premio...

Era un curioso país en miniatura, un país sobre ruedas listo para replegarse en un santiamén y salir rumbo a otra parte.

Notó que a sus espaldas se abría de par en par la puerta de un carromato, expandiendo su tufo por la zona circundante.

Aquel combinado de olores desconocidos lo obligó a arrugar la nariz.

No se volvió para mirar. No quería que lo tomaran por un fisgón ni tampoco ponerse a discutir con quien fuera por haberse infiltrado en una realidad paralela. Decidió alejarse de aquel lugar efímero, que pronto desaparecería en la nada como un espejismo.

—¡Coronel Pural! —Una gitana lo llamaba desde el carromato. ¿Cómo era posible que conociera su nombre?

Se volvió y la miró pero sin el menor ademán de respuesta.

La mujer llevaba una vela encendida en la mano. Lo estaba invitando a entrar.

—Permitidme que os lea la mano. Os dará buena suerte.

Dos sentimientos encontrados, la desesperación y la curiosidad, se disputaban el ánimo de Pural.

La gitana había vuelto a entrar en el carromato, dejando la puerta abierta.

—Por favor, coronel, entrad —se la podía oír.

La idea de dirigirse a una adivina, sólo por «probar», le había rondado en la cabeza más de una vez. Las dudas habían hecho que vacilara a menudo. Se sentía culpable de no haber hecho ninguna tentativa. Tal vez estaba volviendo la espalda a la posibilidad de saber algo de Lidia, a la posibilidad de oír su voz, de hablarle... Pero nunca se había atrevido.

Se decía a sí mismo que si daba aquel paso se creería loco, más aun, se volvería loco de verdad. Y si uno pierde la razón ya no puede saber si lo que ve y siente es real o imaginado.

Pero ahora la locura había dado el primer paso, y allí estaba él, ante la puerta abierta de un carromato, que lo reclamaba de manera irresistible.

No decidió entrar. Entró.

La mitad del espacio estaba ocupado por una cama inmensa, salpicada de cojines resplandecientes y de colchas arrugadas. Un olor entre rancio y fragante impregnaba toda la estancia. Mientras la vieja, diminuta, la piel recubriéndole los huesos, apoyaba la vela en el centro de una mesita redonda, Pural dejó vagar los ojos por aquel universo de baratijas, fetiches, bolas de cristal, barajas y otros objetos inclasificables.

Después, sin hablar, cerró la puerta y se sentó.

—Yo me llamo *madame* La Fleur —enunció la mujer, que estaba sentada enfrente, la voz cambiadiza como las sombras que bailaban bajo sus pómulos.

—¿Cómo es que sabe mi nombre?

La gitana rio, mostrando dos incisivos de oro, brillantes al resplandor de la llama.

—Yo os ayudaré a vos si vos ayudáis a mi gente.

—¿Cómo es que sabe quién soy?

La mujer extendió las manos.

—Butyakengo, nuestro espíritu protector. Santa Sara la Negra. Jesucristo. Ellos hablan, yo escucho. —Le cogió la mano y la estrechó.

Él dejó hacer.

—¿Cuánto dinero me va a pedir después?

—Yo no quiero dinero.

—¿Qué es entonces lo que quiere?

—Yo os ayudo y vos nos ayudáis a nosotros.

—Explíquese.

Lo miró durante un buen rato y después habló:

—Nosotros no hemos robado esos niños. Nosotros, los *sintos*, amamos a los niños más que a nosotros mismos. Pero ahora la gente nos echa la culpa a nosotros. Nos echa la culpa siempre que desaparece un niño. Pero nosotros no hemos sido.

—Entonces no tienen nada que temer —aseveró Pural.

El rostro de la gitana permanecía serio. Tenía el pelo liso y encanecido por los años, una nariz larga y ganchuda, labios delgados surcados por una serie de pequeñas arrugas verticales.

—Coronel, unos hombres muy malvados os han echado la maldición.

Durante unos instantes, sintió ganas de retirar la mano, pero no lo hizo.

—Vuestra hija... —Los ojos de la gitana empezaron a girar bajo los párpados—. Vuestra hija es muy guapa.

Reprimió de nuevo las ganas de retirar la mano.

La vieja la tenía bien sujeta entre sus dos manos, la cabeza dirigida hacia lo alto, los ojos cerrados pero agitados; había empezado a respirar de manera fatigosa. La llama se estremecía delante de ella.

—Yo veo en vuestra vida.

Silencio, unas leves sacudidas. Pural sintió calor por todo el cuerpo.

—¿Qué ve? —preguntó.

—Ahora veo a vuestro espíritu protector. A vuestro padre.

—¿Cómo se llama?

—El capitán de los *Carabinieri* Antonio Pural.

Pural retiró la mano con decisión y se levantó como un resorte.

—¿Cómo ha conseguido saber esas cosas?

—Yo veo en la vida.

—Yo no creo en esas tonterías —objetó Pural como si acabara de volver en sí de repente—. ¿Puede ver también dónde están esos niños?

—Tal vez.

—¿Qué quiere decir con «tal vez»?

—Debo tocar algo que les pertenezca. —Señaló la silla—. Por favor. —Abrió las manos para recibir de nuevo la de Pural.

Sin saber por qué, él obedeció. Volvió a sentarse y le entregó el papelito que había extraído de la cavidad ocular del cardenal Martini, pero sin revelar este detalle.

La gitana lo tomó y lo apretó contra el pecho.

—Ah, esto no es de un niño... —murmuró. Cerró los ojos. Respiró hondo, hasta caer en un sueño ligero pero agitado. Y empezó a ver. Un sendero en medio del campo, la colina de Superga, acontecimientos ocurridos unos pocos días antes.

Un carruaje levantando una nube de polvo.

Un cardenal que rozaba la mano blanca y fina de una mujer invitándola a posarla sobre la suya. Repetía que no lo creería hasta que no lo viera.

Un hombre en el asiento opuesto, los ojos medio cerrados como puñales, le contestaba diciendo que después de verlo lo creería todavía menos.

El cardenal no estaba tranquilo. No se fiaba. Tenía miedo.

El hombre le aseguraba que pronto tendría la Iglesia el santo cadáver que deseaba; a continuación, ordenó al cochero que se detuviera.

En pleno campo.

El carruaje se detenía en medio del camino; la nube de polvo iba disminuyendo... lentamente. Subía hacia el cielo, como si quisiera reunirse con las nubes que amenazaban lluvia en lontananza.

La mano láctea de la mujer asomaba por la puerta, leve haz de dedos.

Todos bajaban.

El cochero acariciaba el cuello sudado de los caballos.

El hombre rompía de un tirón el del cardenal.

Pese a estar el invierno ya a las puertas, el aire era cálido, silencioso.

El vehículo que se balanceaba como una cuna, más el efecto de dos cápsulas de polvo de Dover (estaba claro que el farmacéutico no le había escatimado el opio), hicieron que unas ganas de dormir muy grandes se apoderaran del cuerpo exhausto del Friedrich Nietzsche.

El hilo de voz de la persona que tenía enfrente le llegó como desde ultratumba.

—¿Qué tal está, *Herr Professor*?

Demasiado polvo. No había hecho falta, estaba seguro. Nunca se había sentido tan bien. Una cápsula habría bastado para hacerle pasar una eventual agitación; pero, como de costumbre, había cedido a la tentación.

Sacudió el cuerpo para mantenerse despierto.

Abrió de par en par los ojos para percibir bien la forma del hombre que estaba sentado enfrente.

—¿Se encuentra bien en Turín?

—Es la única ciudad en la que podría vivir. —Bostezó.

—¿Vive en una casa digna de usted?

—Me alojo en la casa de una buena familia, un piso céntrico. —Entre los dedos de Friedrich relampagueó un mixto y sus pupilas se retrajeron de repente. Movié la llama para ver a su interlocutor: delgado, distinguido, la chistera ligeramente ladeada, patillas pobladas que le bajaban hasta una mandíbula huesuda. Llevaba lentes, y el reflejo del fósforo en los cristales le impidió ver su mirada—. El dueño de la casa tiene un quiosco en una esquina de *piazza* Carlo Alberto. —Le acercó el mixto y una fotografía—. Ésta, a su lado, es su mujer. —Y después otra fotografía: un retrato de familia—. Tienen tres hijos.

Mirando la foto al resplandor de la llama moribunda, el hombre apenas tuvo tiempo para constatar que el número de los halos oscuros, que se podía intuir que eran personas, se correspondía con éstas mismas. El mixto se apagó. El olor a fósforo inundó la cabina.

—Yo no revelo nunca a nadie mi dirección y, menos aun, facilito información sobre la amable familia que tiene la paciencia de soportarme en su casa; pero al tratarse de un amigo de mi hermana se puede hacer una excepción, ¿no? Estoy seguro de que Elisabeth, que tiene ojos y oídos para todo, ya os ha informado de lo habido y por haber...

—No sé de qué me habla, *Herr Nietzsche* —respondió el hombre resoplando brevemente por la nariz—. Pero me alegra saber que es bien tratado.

—Él se llama Davide Fino. La mujer, Bianca Gandolfo...

—¿Y los hijos...?

Friedrich vaciló.

—¿Por qué está tomando notas?

—El señor me ha encargado entregarle un regalo a su familia anfitriona.

Estaba seguro de que se trataba de una idea de Elisabeth.

—Los hijos se llaman Ernesto, Irene y Giulia. Irene, la mayor, toca muy bien el piano.

El hombre estaba listo para tomar notas con rapidez.

—¿Qué podría gustarles a estas excelentes personas?

—Nada que no posean ya. El señor Fino, además de vender periódicos junto al edificio de Correos, desarrolla una pequeña actividad como editor: propaganda anticlerical, principalmente opúsculos y cualquier cosa que coadyuve a la causa. Pasamos ratos muy agradables de vez en cuando, generalmente por las tardes. Es un hombre muy digno y de una inteligencia admirable. Estoy seguro de que puede prescindir perfectamente de los regalos del barón von Hermann.

—Bien. —El hombre de la chistera dejó el lápiz y el papel.

—Es una familia muy reservada, lo cual me agrada. —Friedrich respiró profundamente—. Espero que falte ya poco.

—El castillo del barón se encuentra a escasos kilómetros de la ciudad. Dentro de poco habremos llegado.

Hubo un largo silencio, durante el cual Friedrich dejó que sus ojos se cerraran.

El balanceo del carruaje le removió el opio en la sangre.

Les concedió a sus ojos unos minutos de descanso, el placer de sentir cómo el escozor remitía bajo sus párpados húmedos.

Cuando los volvió a abrir, tenía la cabeza echada hacia atrás, y un hilillo de baba fluyéndole por los labios. Violento por haberse ausentado unos instantes, repitió:

—Espero que quede ya poco.

El hombre sonrió, sin responder. Los gritos del cochero eran inequívocos: los caballos resoplaron mientras el vehículo parecía detenerse. Siguieron unas oscilaciones de estabilización. Ya habían llegado.

Alguien abrió la puerta desde fuera. El hombre bajó primero. Friedrich se caló las lentes y de repente vio muchas cosas. Un botones joven con cintas decorativas hizo una inclinación ante el hombre con chistera. Ahora conseguía verlo mejor, además porque a sus espaldas se alzaba una montaña de velas partida en dos por una escalinata, ésta misma recubierta de varias filas de luces y de antorchas que se extendían vivarachas por las balaustradas. Limpió los cristales de las lentes con un pañuelo y se las volvió a poner con avidez.

Las antorchas estaban dispuestas de tal manera que formaban una enorme esvástica.

El hombre con hilillo de voz, frac, chistera un poco ladeada y guantes negros de piel reluciente se desplazó ligeramente mientras lo invitaba a apearse.

—Lo están esperando, *Herr Nietzsche*.

Éste posó un pie en el estribo y asomó la cabeza.

Tenía los ojos llameantes. Dos esvásticas luminosas relampagueaban en el centro de sus pupilas.

¿Adónde lo habían llevado?

A lo largo del tramo entre el carruaje y la puerta principal del castillo no dejó de repetirse a sí mismo que no debía fiarse de Elisabeth. Lo sabía bien. Pero lo que no sabía tan bien era por qué había aceptado entrevistarse con estas personas, por qué se había dejado aconsejar por ella.

Tal vez estaba aún a tiempo de echar marcha atrás.

Bastaba con llamar la atención del hombre pintoresco que estaba delante de él (¡no hay que fiarse nunca de los hombres pintorescos!) y susurrarle bajo el ala de la chistera que él se marchaba. Después de todo, el hombre no había tocado todavía la campanilla. Seguro que podía llegar a un acuerdo con él: por unas cuantas liras tal vez aceptaba decirles a sus ilustres señorías que el profesor Nietzsche había sufrido un contratiempo.

Y se volvía a Turín.

En aquel momento le pareció lo más sensato. Alargó la mano, rozó el brazo del hombre, que estaba a punto de coger la cuerda que pendía de la pequeña campana.

Lo tenía decidido: haría el camino inverso.

El reloj marcaba las veintidós.

Miró a su alrededor.

Pensó.

Si entraba allí, se arrepentiría durante el resto de su vida. Lo sabía. Lo creía. Este pensamiento zarandeaba con fuerza su mente. Había cometido un error. No le cabía la menor duda sobre el tipo de personas que iba a encontrar en el castillo. Y el hecho de que Elisabeth le hubiera ocultado que se trataba de un castillo no hacía sino reforzar sus sospechas.

Volkisch, ésa era la clase de gente que estaba a punto de conocer. Probablemente amigos de Förster, el marido de Elisabeth, fundador en Paraguay de la colonia antisemita «Nueva Germania».

¿Zaratustra tenía amigos en Paraguay? No.

Entonces ¿por qué estaba allí?

Antes de tocar al hombre de la chistera, que ya alargaba el brazo hacia la cuerdecilla, se volvió rápidamente hacia el cochero, que revisaba el bocado de los caballos para reemprender el regreso, sujetó al hombre por el brazo y dijo:

—No toque la campana, por favor.

Pero en aquel momento la puerta empezó a girar sobre sus goznes con un gran crujido.

—¡Zaratustra!

Frente a él, un grupo de personas con las manos vueltas hacia arriba exultaba ante su llegada:

—¡Zaratustra! ¡Zaratustra!

El corazón le dio un vuelco. Las manos empezaron a sudarle de la emoción. Sin saber cómo comportarse, se limitó a mantener la cabeza erguida y a saludar con la mano.

El coro volvió a entonar:

—¡Zaratustra! ¡Zaratustra! ¡Zaratustra!

Friedrich, inclinado en señal de reconocimiento, pensó que, fueran quienes fueran aquellas personas, le estaban regalando una dulce ebriedad.

Siguió el murmullo excitado, pero entonces un hombre se separó del grupo y dio unos pasos adelante, produciéndose un completo silencio. Hasta el aire gélido se quedó inmóvil. Sólo se oía el crepitar de la grava bajo los pies del barón von Hermann, que iba al encuentro de Friedrich, y de las antorchas encendidas sobre los muros del castillo mientras, más allá, el viento percutía contra el hielo y ululaba entre las hendiduras.

El amo de la casa era un rico compatriota suyo, antiguo embajador en Francia y en Italia, ahora artista y poeta del *Volk*. Alto, robusto, modales impecables.

—Bienvenido, divino Zaratustra. Tu espíritu esté con nosotros. —Y, presentándolo al grupo que observaba en silencio, exclamó—: ¡princeps Taurinorum!

Todos volvieron a entonar el nombre de Zaratustra.

Friedrich entregó a un criado el tartán que llevaba siempre colgado de un brazo y se acercó a estrecharles la mano a todos. Estaba a la vez excitado y desorientado, irritado y jubiloso, ufano como un joven dios y débil como un prisionero. No sabía qué decir ni qué pensar. Esta vez, Elisabeth sí había logrado sorprenderlo.

Se estaban postrando delante de su mano.

—Marqués Antonio Rusceli.

Un tipo pálido y enjuto.

—Ubaldo degli Ubaldeschi.

Un hombre grueso y desmañado.

—*Madame Adam*.

Mejillas de porcelana, labios de coral y cabellos en filigrana de oro.

Todos lo asían, lo miraban, le besaban la mano manchándola de saliva, y retrocedían con la cabeza inclinada para dejar el puesto al siguiente.

Se comportaban como fieles.

—Brunilde von Hermann.

¿Había creado Zaratustra una grey?

Se sentía como una hoja transportada por un torrente, pues eso era aquella multitud excitada, que no dejaba de lanzarlo al aire gritando su nombre. Aunque él encogía los músculos y, tal vez, habría terminado orinándose encima de alguna cabeza, lo cierto es que nunca se había sentido más feliz.

No se había equivocado. Elisabeth le había preparado un encuentro con fanáticos *volkisch*, racistas, antisemitas, como lo eran ella misma y su marido.

Pero había algo extraño, algo que no encajaba del todo.

—¡Dios ha muerto! ¡Larga vida a Friedrich Nietzsche, larga vida a Zaratustra!

En cualquier caso, estaba invadido por un sentimiento de felicidad, de exultación; se sentía el hombre más vigoroso del mundo, lleno de ebriedad, cual guerrero que viene de ganar una batalla, vitoreado por sus paisanos. Tendía a pensar que sus ingentes esfuerzos realizados recientemente (en sólo tres meses había escrito unas obras que normalmente habrían necesitado años enteros) estaban recibiendo el justo premio. O tal vez se equivocaba. Lo cierto es que se estaban desviviendo por él, que le habían reservado una acogida digna de Zaratustra. Tal vez debía verlo simplemente como lo que parecía: un bonito regalo de parte de Elisabeth.

—¡Zaratustra!

Pero no era estúpido. Creer en la buena fe de Elisabeth Förster Nietzsche y de sus amigos *volkisch* era también excesivo para un hermano en la cresta de la satisfacción.

De repente, el barón, que encabezaba la procesión, se detuvo y levantó la mano.

—¡Hermanos, que comience la fiesta! —gritó.

Y a Friedrich lo bajaron, dándole libertad para caminar y unirse a los demás con vistas a la gran francachela que acababa de anunciarse.

Los músicos, ataviados con ropajes medievales, atacaron una melodía de sabor antiguo. Sobrevino una nevada de confetis negros mientras se abría un telón en un graderío que se convirtió rápidamente en una cascada de agua burbujeante y chispeante.

Dionisos, bendito seas. La piel de los tambores, aporreada, exultaba. Se iniciaron las danzas. Éxtasis.

—Venga por aquí, profesor. —Una mano se había posado en su espalda. Era de una mujer de una belleza cautivadora, que lo miraba con unos ojos húmedos y una leve sonrisa de coral. Su voz le recordó los trinos de un pajarillo—. Debe cambiarse para la fiesta.

—¿Cambiarne? —Friedrich arrugó las cejas.

—Permítame que lo lleve a una *toilette*. —Cogiéndolo de una mano, se abrió paso entre la multitud de invitados. La sala era ya un torbellino de personas: fragor, gritos y música, muchos cantando y dando palmas. Una pléyade de sirvientes iban y venían

cargados con los abrigos de los señores y las señoras, que ahora se lanzaban a danzar desenfrenadamente ataviados con sus vestimentas medievales.

Friedrich se dejó llevar por la vestal. El volumen de la música se fue reduciendo estancia tras estancia, hasta convertirse en un lejano rumor.

—¿Puede repetirme su nombre, *madame*?

La joven le respondió mientras abría un baúl y sacaba un disfraz de romano y un par de sandalias de cuero.

—Le aconsejo que se vista deprisa y no se pierda ni un solo segundo de la fiesta.

—¿Hay algún motivo por el que mantenga en secreto su nombre, *madame*?

—Tal vez, pero lo ignoro —dijo alargando la mano para que la besara—. Me llamo *madame* Adam. Lo espero ahí, profesor. Ya verá: se va a divertir más que en toda su vida. —E, indicando con la barbilla los ropajes que Friedrich tenía en la mano, añadió—: Esta noche usted será Nerón, el refulgente Apolo.

—¿Un César?

—El César.

La aparición de Friedrich vestido de César, con el aspecto fiero de un César, avanzando hacia el centro de la gran sala, hizo volverse a muchos, y provocó también muchas risas, de las que él hizo caso omiso atribuyéndolas a sus lentes de oro, accesorio objetivamente nada adecuado para el rostro de un antiguo romano.

Friedrich, el pecho sacado, un pie por delante del otro, poniendo atención para que las sandalias no le hicieran tropezar, observaba estupefacto la puesta en escena de aquel banquete pagano, dionisiaco. Chispas, verdes como el ajeno, relampagueaban en los cerebros, caldeando la fiesta. Y a algunos, hombres y mujeres, les lamían ya las llamas de la orgía. No había ningún crucifijo ni ningún rostro piadoso, sino mucha piedra, madera, águilas de hierro forjado y esculturas de divinidades nórdicas iluminadas por dentro, esvásticas, runas grabadas.

El barón von Hermann asomó por detrás y le dijo:

—Esta fiesta es en su honor, profesor, en honor de su *Así habló Zaratustra*, la biblia de los próximos milenios. Usted es nuestro César, el refulgente Apolo.

—Gracias. —Al inclinarse, Friedrich reparó en sus blancos pies embutidos en las sandalias de cuero—. Muchas gracias, barón.

Los labios del barón, que llevaba a la espalda una piel de lobo (la cabeza del animal apoyada en la suya propia), se abrieron con una sonrisa.

—¡Lo dejo a la atención de la mujer más bella de cuantas asisten a la fiesta! —manifestó excitado antes de volver hacia el centro del jolgorio.

Madame Adam lo cogió de una mano y lo condujo hacia un punto de la gran sala donde el estruendo de la fiesta fue atenuándose poco a poco hasta dejar paso a un refrescante cuchicheo en cascada.

—¿Zaratustra no nos ve bien? —preguntó *madame* a Friedrich al fijarse en sus lentes empañadas.

Él se volvió con una sonrisa y, tras una larga pausa, respondió:

—Veo muy bien lo que vale realmente la pena de verse. Usted es una vestal espléndida, señorita. —Marcó otra pausa, sin quitarle la mirada—. ¿O debería decir señora?

—¿Zaratustra haciendo de cortejador?

—No me malinterprete, yo...

Su boca fue durante unos instantes prisionera de los labios húmedos y calientes de *madame Adam*.

Cuando hubo olvidado por completo lo que iba a decir en el momento de ser interrumpido, cuando sus venas eran puros canales de deseo, *madame* se levantó de golpe, alegre y enérgica.

—Venga conmigo. —Le alargó la mano—. La fiesta no ha hecho más que

comenzar. ¡Esta noche nos vamos a divertir de lo lindo!

—Francamente, yo ya me estoy divirtiendo asaz —confesó Friedrich.

—Bueno, venga y verá. —Los ojos de *madame*, centelleantes a causa de los reflejos argentinos del agua, se volvieron hacia el cielo.

Friedrich fue obligado a ponerse en pie de un tirón y la siguió hasta el centro de la sala, donde los cuerpos sudados de ajeno generaban más calor al rozarse. Y se puso a bailar con ella. Después lo hizo también con otras personas. Cogió unos cubitos de licor verde, se los llevó a la boca y los bebió. Al poco tiempo ya había olvidado que estaba en medio de unos desconocidos que habían entrado en contacto con él por sugerencia de Elisabeth, su hermana, la mujer más malvada del universo. Ahora, cual bestia herida recién salida de la madriguera en que se hallaba escondida, se sentía fuerte. No se hacía preguntas. Ni recibía ninguna respuesta. Un escalofrío continuo e irrefrenable le recorría todo el cuerpo, fermentando con el paso de los minutos y con las incesantes vueltas y piruetas. Media hora después, bailaba con los ojos cerrados, mientras la lengua túrgida de *madame* Adam aplicaba azúcar empapada de ajeno a la suya.

Entornó los ojos y, entre las pestañas semicerradas, entrevió el discurrir de la fiesta, y a *madame* bailando delante de él, sensual, perlada de sudor, repartiendo sonrisas, un torbellino de cabellos rubios.

Bebió agua fresca. Abrió suavemente los ojos.

Puede que sean unos *volkisch* estúpidos, unos paganos que rinden culto al pangermanismo, unos fanáticos racistas, antisemitas, ignorantes, pero...

Bailaba enroscado en su propia sonrisa, dejándose llevar por el torbellino de la francachela.

—¡Baldur!

Puede que sean una panda de nostálgicos frustrados, convencidos de la superioridad de la raza aria y de que, al pertenecer a ella, tienen la obligación de liberarla de la contaminación que la aflige.

—¡Frigga! —exclamó alguien a su lado—. ¡Wotan! ¡Thor!

Eran demonios, eran sus peores enemigos, pero por lo menos no eran cristianos. Eran capaces de aparecer con el rostro de *madame* Adam.

Y él estaba en éxtasis.

El porte austero, las manos detrás de la espalda agarrando bien los guantes, el físico enjuto pero robusto, una elegante levita negra con guarnición rosa, un triunfal casco con penacho rojo y azul sobre su cabeza erguida, unos broches de plata en su pecho hinchado, pantalones sin un pliegue de más, botas negras de montar relucientes y pegadas a las pantorrillas: Pural vestía el uniforme de los *Carabinieri Reali* con la fiereza y dignidad adquiridas tras muchos años al servicio de su majestad el rey. La mirada siempre triste, el rostro tenso, su desempeño lacónico, todo ello unido a sus numerosos éxitos profesionales le conferían un aura de respetabilidad que iba mucho más allá de su grado de coronel.

El general era consciente de ello. Había asistido en persona al crecimiento del carisma que Pural ejercía sobre el cuerpo de los *Carabinieri* y estaba al corriente de cuanto se comentaba sobre él en los corrillos de los cuarteles.

Pural no duerme nunca.

Pural no se vende.

Pural no se equivoca.

Nada ni nadie escapa a Pural.

Merecía una promoción. De esto no le cabía ninguna duda al general. Sí le cabía, empero, la de que un enésimo ascenso fuera a borrar la tristeza de su rostro, que ahora estaba viendo reflejado en el cristal de la ventana, mientras fuera hacía furor una tormenta.

—Coronel Pural.

El coronel se volvió y se cuadró.

—A sus órdenes.

El hombre que avanzaba hacia él, hacia la ventana que de vez en cuando se iluminaba a sus espaldas, traía en la mano una pequeña palmatoria de plata sobre la que temblaba la llama de una vela que lo hacía parecer espectral.

Pural fue a su encuentro y se detuvo en el punto en el que cualquier humano está obligado inclinarse en presencia de un rey.

El general levantó la vela para hacerse ver.

—Póngase cómodo, por favor.

Al levantar el coronel la cabeza, lo escudriñó de arriba abajo. Siempre impecable y altivo, el general Pietro Linzi tenía el pelo plateado y mucho oro repartido por su uniforme.

Tomó una bocanada de aire para mantener erguido el pecho y esperó con la mirada fija en la nada.

—Dios parece haber rociado el cielo de pólvora —comentó el general empujándolo amigablemente hacia la ventana.

—Eso parece, en efecto —convino Pural señalando al cielo con la barbilla—. Pero el viento permite presagiar que se trata de una tormenta pasajera.

El aguacero invitaba a pensar que estaban echando baldes de agua contra los cristales. Las ráfagas de viento peinaban a los árboles. La calle estaba desierta, y debajo, dentro de las poternas incrustadas en el muro, los guardias oponían una tenaz resistencia al frío y a los aguerridos enjambres de gotas que les acribillaban la piel.

—Quería hablar conmigo, ¿verdad?

El general asintió con la cabeza.

—A propósito de los recién nacidos, ¿verdad?

—Imagino que se ha tomado este caso especialmente a pecho.

—Pues sí, así es.

—¿Hay novedades?

—Pocas, por desgracia. El secuestrador parece interesado exclusivamente en retoños de personas que trabajan al servicio de señores muy acomodados. —Se detuvo. Dirigió su mirada melancólica, reflejada en el cristal, a la mirada benévola del general, que se reflejaba al lado.

—¿Y bien, coronel?

Pural suspiró.

—Los dos encontrados en el río fueron quemados con fuego y tienen un extraño símbolo grabado detrás de la oreja.

—El general escuchaba con la mirada clavada en la ventana.

Después de un silencio largo, estupefacto, Pural continuó:

—Ha habido más secuestros. O, mejor dicho, hemos descubierto otros, pues ninguno de los padres ha presentado denuncia. Es un tanto extraño, ¿no le parece? ¡Cómo es posible que les roben un hijo y no reaccionen! Los he interrogado yo mismo. Rostros tensos, exangües, bocas cosidas, ojos llenos de miedo pero resignados. Pobre gente, señor. Los que les proporcionan trabajo, sus jefes, han hablado en su lugar en todos los casos y...

De nuevo un largo silencio, tan largo que obligó al general a volverse hacia él.

—Coronel, le ruego que no se entretenga demasiado..., no me tenga en ascuas.

Pural asintió con ademán grave.

—Se diría que todos se han puesto de acuerdo, pues cada uno de esos señores asegura que los niños nacieron ya muertos y que no fueron secuestrados.

—Pero nosotros estamos seguros de que esos señores no están diciendo la verdad, ¿no es cierto, coronel? —El general lanzó una ojeada, ambigua, una mezcla entre sospecha y amenaza.

—Estoy convencido, señor.

—¿En qué se funda su convencimiento?

—Hemos recibido billetes anónimos de gente que tiene miedo a decir a las claras lo que sabe. Los primeros secuestros no los habríamos descubierto nunca sin esos billetes. Y dichas informaciones han encontrado confirmación después en los

testimonios de gente normal y corriente, completamente ajena al caso. Los niños nacieron vivos. Muchos juran haberlos oído llorar, y durante varios días. Además, serían excesivos los casos de niños muertos al nacer en un lapso de tiempo tan breve.

Un sonido profundo resonó en el pecho del general.

—Además, señor, en la investigación surgen complicaciones a cada paso. Es como si existiera un... —Sopeso si usar o no la palabra que tenía *in mente*.

—¿Quiere decir «un complot»?

Aquella no era la palabra pero...

—Sí —asintió—, es como si hubiera un complot entre esos señores adinerados. Tengo que llegar como sea hasta el fondo del asunto. La noticia de los secuestros ha trascendido. Toda la ciudad habla de ella, y está inquieta. Quiere a un culpable.

El general se sentó y se ajustó los puños de la levita antes de cruzarse de brazos.

—Le escucho, coronel, prosiga.

—Los billetes anónimos que hablan de secuestros, junto con la totalidad de los padres de los niños secuestrados que no muestran el debido dolor, sino sólo mucho miedo..., todo ello debe significar algo, ¿no?

—Pero ¿cómo es posible que no sientan dolor? —Más que una pregunta nacida de la curiosidad sonó como un desafío a la inteligencia de Pural.

—No sé qué decir. —Se sentó frente a él y lo miró fijamente—. No lo sé, sinceramente.

—Permítame que le dé mi opinión, coronel, pero creo que le vendría bien un poco de descanso. Desde que usted y su mujer sufrieron esa terrible desgracia, no se ha recuperado del todo. Entregaré el mando de la DIO a otra persona. Seguro que no faltarán pretendientes, ya verá.

Pural sacudió la cabeza con decisión y le puso una mano en el brazo.

—Desde hace quince meses, cuando empecé a investigar los casos de satanismo, mi vida ya no es la misma. He perdido a una hija, y a una esposa. He dejado de dormir. No me haga esto, general. Soy yo quien debe resolver estos casos.

—Pero ¿qué dice? —Como si quisiera tomar distancia de las palabras de Pural, el general se puso en pie bruscamente y se acercó a la ventana—. Usted desvaría, coronel.

—Sólo estoy pidiendo que se me permita proseguir con mi trabajo. —Se puso en pie y permaneció inmóvil junto a la silla—. Sólo pido un poco de confianza de su parte.

—Yo... —El general empezó el juego de alzarse sobre las puntas de los pies y dejarse caer sobre los talones con una cadencia regular—. Yo... —Arriba, abajo—. De acuerdo, coronel Pural. Siga con la investigación, si es tan importante para usted.

—Gracias, general.

Se oyó al mismo tiempo el choque de un talón contra el otro.

—Bueno, es que yo le tenía preparado otro encargo. Algo más tranquilo. ¿Está seguro de haber tomado la decisión? ¿No quiere tomar en consideración un encargo

que podríamos definir de vital importancia y al mismo tiempo distraído?

—Sea lo que sea, también me ocuparé de él. Pida y lo haré, general.

—¡Oh! —Le dio una palmada en la espalda—. Éste es mi Pural. Ahora lo reconozco.

—¿De qué se trata?

—Antes quisiera saber si fue realmente el cuerpo del cardenal Martini el que encontraron en la escalinata de la *Gran Madre*. Sé que ya se ha pasado por la morgue.

—Sí, es él. Lo ha reconocido el arzobispo en persona. Aunque no sé cómo ha podido. El cuerpo de su eminencia se hallaba en un estado terrible.

Un rayo cayó en el cuartel. El suelo se estremeció. Todos los cristales vibraron.

—Al cardenal le han extraído todos los órganos. Lo han vaciado con una precisión increíble, desangrándolo hasta la última gota.

—¿Cómo? —El general se volvió de repente hacia Pural y lo miró durante un buen rato.

—He encontrado esto en una de las cavidades orbitales. —Le entregó un pequeño pergamino enrollado, manchado de sangre.

El general lo desenrolló y lo acercó a la vela.

—Son unos signos incomprensibles.

—Son runas, señor —le comunicó Pural—. Un alfabeto nórdico.

—Sí, es cierto, se trata de runas. —El general miró las extrañas letras escritas sobre el pergamino con aire pensativo—. Un nombre tan altisonante para una grafía tan ruda...

—Es un alfabeto hecho para ser grabado en piedra y madera —aseveró Pural recuperando el pergamino—; por eso las letras se forman con simples líneas rectas y parecen tan elementales.

—Muy bien. —Lo miró con admiración—. Usted, coronel, siempre tan preparado y tan atento.

—Gracias, señor. Es sólo que tengo una buena memoria y la buena costumbre de pedir ayuda a personas preparadas.

—Estoy seguro de que quien mató al cardenal será detenido y de que usted y sus hombres resolverán los casos de los que se están ocupando.

—La verdad es que tenemos mucho trabajo últimamente. Es evidente que la buena acogida dispensada a los herejes aquí, en Turín, cuando estuvimos en guerra contra el Vaticano nos está causando ahora algunos problemas suplementarios. En el cuadro, aún incompleto, que me he formado de la situación, estoy seguro de que el homicidio del cardenal tiene relación con los secuestros.

—Pero no sabría explicar cómo y por qué.

Pural había comprendido que el general estaba decidido a contentarlo sólo dentro de ciertos límites. Pero él no se rindió. Tenía su respuesta preparada.

—Descubriré la manera como se hallan relacionados.

—Me siento tranquilo cuando sé que es usted quien lleva un caso. —Lo agarró

con fuerza de un brazo y suspiró—. Y ahora vayamos al motivo por el que quería hablarle. Se trata del profesor Nietzsche.

—Lo controlamos con regularidad, señor. Por peligroso que pueda parecer, le aseguro que es una persona completamente inofensiva y asocial.

—Lo sé, lo sé, pero me gustaría que abandonara cuanto antes la ciudad. —El general se alzaba sobre las puntas de los pies y se dejaba caer de nuevo sobre los talones mientras hablaba mirando a la oscuridad más allá de la ventana.

De repente, la oscuridad blanqueó.

Tras unos segundos de vacío y de silencio, centenares de cañones dispararon al unísono por entre las nubes.

—En mi opinión, debería marcharse de Italia cuanto antes, por su propio bien. Pero no podemos expulsarlo. No ha cometido ningún delito.

—Todavía no.

—Encendió un fósforo. El humo denso y aromático de la pipa del general se arremolinó bajo la nariz de Pural. En su rostro ovalado y mostachudo predominaba la expresión de quien quiere comprender algo. Sus ojos parecían empujados desde dentro.

—Este profesor Nietzsche —prosiguió el general—, sabemos que se trata de un individuo un tanto extraño, pero, como confirma usted mismo, coronel, parece ser una persona inofensiva. Sin embargo, no le quitaremos el ojo de encima, y si lo pillamos en una falta lo expulsaremos. Lo digo sobre todo por su propio bien. —Le entregó al coronel una pila de libros—. Tenga. —Las manos de Pural bajaron bajo el peso mal calculado de los libros—. ¿No ha leído nada de él?

—Sí, un par de libros, de los primeros, pero sin mucha atención.

—Lea éstos más recientes. Nietzsche ha sufrido, por así decir, una especie de transfiguración. Se ha convertido repentinamente en un genio, malvado pero genio; de eso no cabe duda. Compruébelo usted mismo.

—Eso haré, mi general.

—El alemán muestra un odio visceral hacia todo lo cristiano. Se ha pasado de la raya; y si se queda aquí en Italia, correrá grave peligro. Lo matarán. Lo envenenarán. Lo encerrarán en un manicomio. Aunque, a decir verdad, a mí me parece que ya está loco. Es evidente que es un fanático. Basta con leer cualquier pasaje del *Así habló Zaratustra*. —Tamborileó con los dedos en el dorso del volumen—. Superhombres que azotan a mujeres, que hacen la guerra a diestro y a siniestro y después se quitan la vida como zánganos, ¡he aquí el retrato de su mundo ideal! —El general lanzó dos grandes nubes de humo, se izó sobre la punta de los pies y se dejó caer sobre los talones—. Por extraño que pueda parecerle, se trata de un asunto de máxima importancia. Le pido que se dedique personalmente a Nietzsche. Creo que nos hemos entendido, ¿verdad? —Y le recordó lo mucho que lo estimaba con una mirada intensa.

Pural se cuadró y se tocó la frente con la mano extendida.

—Puede estar tranquilo, señor. —Giró sobre sí mismo, preciso como un compás, y se encaminó hacia el pasillo con los libros bajo el brazo.

Así habló Zaratustra.

El crepúsculo de los ídolos.

Y las pruebas tipográficas del último escrito de Friedrich Nietzsche: *El anticristo*.

Miércoles, 19 de diciembre de 1888

Se volcó por completo en la lectura. No soltó *El anticristo* desde la primera página. Desde aquel momento, las velas se fueron consumiendo deprisa, una tras otra: bajaban cual émbolos de una jeringuilla, que le inyectaban un ardor desconocido en las venas.

Leyó durante horas y horas sin interrupción, salvo unas cuantas apariciones en el despacho del celoso Coretti, para mantenerlo informado de los desplazamientos del profesor Nietzsche. Y cuando la luz del día barrió de las páginas del último libro el débil espectro de las llamas, se dio cuenta de que ya casi había terminado.

Si a Pural no se le podía definir como a un hombre de letras, distaba mucho no obstante de ser un hombre inculto. Y, a pesar de la noche pasada sin pegar ojo (tras una larga jornada que había empezado antes del amanecer), y de la prolongada lectura bajo una luz mortecina, ahora se sentía más afianzado. El escozor en los ojos le parecía en aquel momento algo bueno, como unas ligeras agujetas tras una sana actividad física.

Se desperezó en la silla. Miró fijamente la pared de enfrente, blanca como una enorme página vacía, y cerró el libro apoyándolo en el pecho. Faltaban sólo unas páginas para llegar al final, pero sentía necesidad de pensar. Una sensación de paz y de gratitud lo recompensaba ahora más que cualquier reposo. Por primera vez en muchos meses, había pasado una noche sin el tormento del remordimiento. Había logrado olvidar durante unas horas: algo se había regenerado dentro de él.

Las últimas obras de Nietzsche tenían un no sé qué que las hacía distintas de las anteriores, algunas de las cuales Pural había hecho el esfuerzo de leer. Las últimas eran el sueño de un hombre nuevo, un sueño expresado a cañonazos.

La vida es lucha, y por eso el hombre, si quiere ser feliz, debe ser fuerte, debe ser guerrero.

Para un militar como él, aquello le parecía un planteamiento correcto; y para un padre afligido por la culpa como él, un acicate para mantener alta la cabeza. Algunas palabras de Zaratustra tenían el sabor del veneno, de acuerdo, pero era un veneno fatal y regenerador a la vez; lo que decía Nietzsche en sus últimos escritos era una maldad necesaria para la vida, el llamamiento al suicidio del mundo entero como un primer paso para el renacimiento.

Volvió a leer, y el tiempo volvió a pasar.

Llegado al final, cerró el libro, se levantó de la butaca, dio una vuelta por la habitación mientras se alisaba su pelo engominado y volvió a sentarse.

Nietzsche.

Friedrich Nietzsche.

No había un solo recoveco de su cabeza donde no resonara aquel nombre.

Volvió a pensar en las extrañas órdenes que había recibido del general. Desde hacía tiempo, Pural sabía que el profesor de Basilea tenía ya listas para la imprenta dos obras en las que atacaba con ferocidad al cristianismo, lo que había hecho que el nombre de Nietzsche se colara en su expediente sobre los satanistas. En su seguimiento de Nietzsche, había descubierto que éste había acudido varias veces al templo de la masonería para impartir allí algunas conferencias, y que el anfitrión no había sido otro que el propio general Linzi, gran maestro de la Gran Logia del Toro.

¿Por qué, entonces, quería que Nietzsche abandonara la ciudad?

¿Era realmente para protegerlo?

Después de todo, no corría más peligro que tantos otros. Nietzsche no era nada peligroso comparado con la multitud de fanáticos anticlericales, satanistas, ocultistas, magos y demás heréticos que pululaban por la ciudad. Un laberinto en el que Pural se había adentrado hacía tiempo y donde se había perdido enseguida.

En lo sucesivo sería más prudente y desconfiaría de todo el mundo, incluido el general Linzi. Y desconfiar del general significaba desconfiar del cuartel en su conjunto, empezando por Coretti.

Durante la noche, el teniente había llamado tres veces a la puerta de su despacho para leerle en voz alta sendos telegramas enviados por el *carabiniere* desplazado hasta el castillo del barón von Hermann para dar cuenta de lo que conseguía ver desde fuera. En realidad, lo que se dice ver pudo ver muy poco. Pero sí pudo oír, coadyuvado por el profundo silencio de la noche.

Telegrama:

*prof. N. llega horas 22 / stop / Castillo barón von H. gran gala / stop /
Muchos invitados ilustres / stop / Gran fiesta tema saga nórdica / stop /*

Aquellas pocas palabras permitían imaginar que se trataba de una gran fiesta organizada en honor del filósofo alemán.

Tensó los músculos entumecidos y se acercó a la ventana para mirar fuera. El sol hacía que saliera vapor de la tierra empapada de lluvia mientras una brisa ligera hacía que los árboles rociaran las paredes de agua.

Decidió proseguir la lectura después.

Era miércoles, el día más bonito y más triste de la semana, porque iba a visitar a Matilde.

—¡Coretti!

La puerta se abrió al instante.

—A sus órdenes, señor.

—Me voy a mi casa a tomar un baño caliente.

—Muy bien, mi coronel.

—Después iré a visitar a mi esposa.

—Muy bien, mi coronel.

—Tómate el día libre; vete a ver a tus hijos. —Pural se echó hacia atrás su pelo untado de ámbar y colocó encima el sombrero.

—Gracias, señor.

—Te lo has ganado.

Coretti bajó la cabeza.

—Saluda a tu familia de mi parte.

—Les alegrará cuando se lo diga, señor.

Pural, un halo oscuro y húmedo, abandonó el despacho, franqueó la puerta del cuartel y se puso a andar bajo el sol.

La clínica Turina. Las once y treinta, recién terminado el almuerzo. Los enfermeros hacían la habitual ronda para retirar los platos sucios de los enfermos.

El profesor Turina, de pie junto a la puerta, miraba atentamente al comedor para asegurarse de que todo estaba en orden antes de dar a los familiares permiso para entrar. Sus ojos se movían sobre las cabezas de los pacientes como la luz de un faro sobre el mar, en busca de algo que pudiera desentonar. Era una precaución que tomaba no tanto por miedo a que uno de los enfermos escapara al control de los enfermeros —en esta ala de la clínica se hallaban hospitalizados los casos menos graves y los temperamentos más apacibles— como porque aquí se hallaban concentrados los huéspedes socialmente más importantes.

Matilde no había comido, y el plato de patatas hervidas se le había enfriado en el regazo.

El profesor suspiró esbozando una sonrisa de resignación.

Matilde hacía siempre lo mismo. No tocaba la comida: mientras que los demás la devoraban afanosamente, ella permanecía sentada en silencio en su mecedora, meciéndose frente a la cristalera de la galería. Lo hacía siempre de día, a la hora en que el sol lucía por aquel lado: su imagen no se reflejaba en los cristales y podía ver el exterior. Su mirada se posaba en los paseos arbolados que bordeaban la clínica, se adelantaba a los enfermos que deambulaban por ellos a paso lento cogidos del brazo por un enfermero o un pariente, se adentraba en los campos allende el bosquecillo y llegaba hasta los viñedos agarrados a la pendiente más empinada de la colina.

Nadie se atrevía a sacarla de su ensoñación para recordarle que tenía que comer.

El profesor Turina se le acercó por detrás sin hacer ruido, se detuvo y le acarició la cabeza. A continuación, se inclinó y le susurró al oído:

—Ahí está Giorgio. Ha venido a verte.

Matilde no mostró la menor reacción.

El profesor giró su silla para que mirara al corredor.

—Mira, por ahí viene tu marido. ¿No te acuerdas de él?

Matilde no respondió. Ni un solo músculo de su cara alteró la sonrisa tenue y melancólica con la que parecía estar mirando perennemente la nada.

—Buenos días, mi amor. ¿Qué tal estás hoy?

La misma pregunta desde hacía un año. Sin obtener nunca respuesta alguna.

—¿Qué tal te sientes?

—Lidia está en el campo hoy. Es la vendimia, se lo pasará bien. Está con papá; y están también los tíos. A ella le gusta mucho la vendimia.

Pural giró la mecedora de Matilde hacia el ventanal y se sentó a su lado.

—Te he traído un regalo.

Matilde ni siquiera se volvió esta vez.

—Me lo ha dado Lidia para ti. —Meció un racimo de uva delante de sus ojos. Los granos de cristal tintinearón y brillaron a la luz del sol—. Lo ha cogido para su mamá.

Con un movimiento lento, interminable, Matilde alargó una mano y empezó a tocar los reflejos polícromos con la punta de los dedos. Sonreía. Parecía una felicidad auténtica.

Pero ¿cuáles eran sus pensamientos?

¿Experimentaba alguna emoción?

¿No reconocía de verdad a su marido?

El doctor Turina no había conseguido nunca dar una respuesta convincente a éstas y otras preguntas que Pural le hacía de vez en cuando. Pero éste no se quejaba. Al contrario, le parecía mejor así, pues al menos las teorías vagas, expuestas con la falta de convicción y con el inevitable encogimiento de hombros por parte del doctor, dejaban viva su esperanza de ver a su mujer curada, algún día.

Pues, sin aquella esperanza, Pural no habría podido vivir.

Retiró el plato que reposaba sobre las rodillas de su mujer y en su lugar colocó el racimo de cristal. Después le cogió una mano y empezó a acariciarla, dirigiendo hacia fuera la mirada junto con ella, como siempre, a la hora y en los días en que el sol entraba por la balconada y la ausencia de reflejo permitía ver más allá de la vidriera, de los árboles, del campo yermo..., hasta la lejana viña.

El barón von Hermann fue el primero en despertarse. Se desenredó de la maraña de brazos y piernas bajo la cual había dormido y se levantó restregándose los ojos.

Después se despertó Friedrich. Apartó el brazo de *madame* Adam, que seguía durmiendo profundamente apoyada en él.

Sonó una bocina.

Una voz blanca anunció:

—¡Ya están listos los baños calientes para las señoras y los señores en sus respectivas habitaciones!

La bocina volvió a sonar:

—¡Después del baño, se servirá el almuerzo en la gran sala del hidromel!

La voz repitió una vez más este anuncio.

Los invitados, con aire alelado, desorientados, se fueron levantando uno tras otro. Unos estaban completamente desnudos, otros seguían con el traje puesto.

Un revoltijo de cuerpos suaves, rosáceos, circundaba a Friedrich.

Se encontraba en medio de un campo de batalla sembrado de cuerpos, que iban resucitando uno a uno y ponían rumbo a la Valhalla, donde caían en brazos de Odín.

Era como si un *volkisch* hubiera querido hacer realidad sus sueños. A modo de protesta, exclamó a voz en grito:

—¡Ave, César!

El almuerzo transcurrió en su mayor parte en silencio. Los comensales, sosegados, saciados, prefirieron no intercambiar miradas. Al final, el barón von Hermann se levantó y, golpeando el mango de un cuchillo de plata contra el reborde de un cáliz rebosante de vino tinto, exclamó:

—¡Señoras y señores, pido un poco de atención!

El murmullo cesó al instante.

—Propongo un brindis a la salud del profesor Nietzsche, para darle las gracias por haber honrado nuestra fiesta con su presencia.

Todos se alzaron para aplaudir.

El barón, las manos sobre la mesa y la expresión satisfecha, esperó a que cesaran los aplausos; pero, viendo que aumentaban más bien en intensidad, como respuesta a las reiteradas inclinaciones de Friedrich, decidió volver a llamar la atención general dando de nuevo unos golpecitos en el cáliz, que alzó acto seguido.

—¡Amables invitados, brindemos a la salud del profesor Friedrich Nietzsche, el espíritu más adelantado de esta época, y a la muerte de Dios!

Se oyó un coro de hurras. Aquí y allá, se oyó gritar:

—¡Por el superhombre! ¡Viva Nietzsche! ¡Dios ha muerto!

Friedrich torció la nariz pero no protestó. Aquella gente desconocía su verdadero pensamiento, o lo había malentendido. En parte, lo atribuía a la febril propaganda antisemita que Elisabeth estaba llevando a cabo a base de tergiversar sus obras.

Más tarde, en otro escenario, pensó, le diría al barón lo que pensaba de aquella absurda interpretación de sus escritos. El momento de marchar, de despedirse de todos, sería el más indicado para desligarse públicamente tanto del movimiento *volkisch*, esa absurda fijación por la preeminencia alemana sobre los demás pueblos, como de las obras de los numerosos ocultistas que estaban tratando de hacer entrar de nuevo el cristianismo por la ventana cuando él lo estaba expulsando a patadas por la puerta. Se desligaría de todos los alemanes y de todos profetas que en el futuro pretendieran hablar en su nombre. Pondría las cosas en su sitio de la manera más clara. Pero no ahora. No, no era el momento más indicado.

Alguien lo tocó por la espalda.

—¿Me permite, profesor?

El barón le entregó un bastón de caminar adornado con lazos encarnados. Friedrich comprendió que se trataba de un regalo y lo aceptó con mucho gusto. Lo examinó con emoción, desde el pomo hasta la punta, ambos de oro, y se quedó unos instantes sin saber qué decir. Era idéntico al bastón que, en su libro, regalaban a Zaratustra sus seguidores: el pomo era un globo solar resplandeciente, alrededor del cual se enroscaba una serpiente.

—Es un bastón animado. ¡Sol, hazlo girar!

Haciendo lo que le sugería el barón, el pomo se separó del bastón, y éste se transformó en una funda. En medio de su total asombro, Friedrich extrajo de ella una espada reluciente.

—Le estoy sumamente agradecido, barón. —Se miró en la hoja afilada—. Un regalo magnífico.

Lo mostró a los presentes balbuceando que no sabía cómo darles a todos las gracias; después, se puso a dar unos pasitos ayudándose del bastón, lo que provocó la hilaridad general.

El barón le susurró al oído:

—Si me permite, profesor, me gustaría intercambiar unas palabras en privado con usted antes de irse. —Después, prosiguió en un tono que todos podían oír—: Sé que desea regresar a Turín. Ya he dado orden de que le traigan un carruaje a la puerta.

—Gracias infinitas, barón; le estoy sumamente agradecido por tan magnífica acogida. Ha sido una fiesta inolvidable. Debo marcharme ahora, pues tengo mucho trabajo pendiente.

—Ha sido un inmenso placer. Sígame.

Abandonaron la sala del hidromel, desfilando por delante de unos rostros a la vez asombrados y obsequiosos: parecían estar contemplando un retrato colgado de la pared.

—Por aquí, por favor. —El barón se le adelantó un par de metros y se detuvo frente a una puerta cerrada.

Friedrich siempre se había declarado escéptico, pero nunca se había sentido tanto como en aquel momento, delante de aquella puerta.

La habitación, caldeada por la chimenea, estaba presidida por dos armaduras medievales provistas de sendas lanzas.

—Acomódese, *Herr Professor*. —El barón lo dijo en alemán, invitando así a Friedrich a conversar en la lengua común a ambos.

Friedrich, agradecido, se acomodó en una butaca.

—¿Se ha divertido?

—Sí, mucho. Creo que me he enamorado de esa espléndida joven.

—¿*Madame Adam*?

—Sí, ella misma.

—Vive en Turín. —Garabateó algo en un trozo de papel y se lo alargó—. Le aconsejo que vaya a visitarla.

—Muchas gracias —contestó Friedrich metiéndose el papel en el bolsillo con indiferencia. La actitud del barón lo indujo a pensar que *madame* era una prostituta. Se sonrojó. Se sentía indignado, aunque, en el fondo, la cosa no le desagradaba demasiado. Bajó la mirada y se puso a jugar con el bastón.

El barón carraspeó.

—Querido profesor...

—Dígame.

—Sé que lo que voy a decirle podría no contar con su aprobación, pero para nosotros ha llegado el momento de saber de una vez de qué parte está.

—¿Yo?

—Sí, usted.

—¿De qué parte estoy..., en qué sentido?

—Usted quiere abatir al cristianismo a golpe de martillo...

—Sí, en efecto.

—... Algo que también quiero yo.

—¿Y bien?

—Pues que el mundo nunca podrá ser ario si no se conquista antes el poder. Y que nunca podremos conquistar el poder si no contamos con el apoyo político de las masas. Para lo cual debemos presentarnos como cristianos, o, mejor aun, como católicos. ¡Sólo con el catolicismo podremos unificar y expandir Alemania! Desde luego, profesor, a las masas alemanas no podremos cambiarlas de la noche a la mañana. Son cristianas y parecen poco dispuestas a convertirse al ateísmo de usted o a mi amor por la antigua cultura pagana de los sajones. ¿Entiende lo que quiero decir?

Lo miró con una expresión amenazadora.

—Yo no soy ateo ni me privo de nada, barón, salvo de las convicciones. Las

convicciones, si quiere que le diga la verdad, pueden llegar a ser unas enemigas más peligrosas que la mentira. ¡Las convicciones son cárceles!

El barón von Hermann le mostró su desacuerdo:

—Se trata de una necesidad, de un mal necesario.

—No lo creía tan vil.

—No soy vil, soy pragmático. —El barón empezó a inflamarse—. Si fuera por ustedes, los intelectuales, ¡no se conseguiría que saliera ni un solo ratón del agujero!

—¿Y cuál sería su propuesta para curar de la enfermedad del cristianismo primero a Alemania y después a la sociedad occidental? —Con las dos manos en el pomo del bastón, apoyó encima la barbilla y se le quedó mirando—. ¿Cuál sería? Venga, dígamelo

El barón dio unos pasos hacia Friedrich.

—Otro cristianismo.

Un velo de estupor cubrió el rostro de Friedrich.

—Un cristianismo gnóstico, basado en un evangelio gnóstico y en otros textos secretos del cristianismo primitivo, tan primitivo que transmiten lo que Cristo dijo realmente. De un solo golpe, dejaremos fuera de juego a la Iglesia de Roma, a los protestantes y a toda la cultura semítica...

—Friedrich no reaccionaba.

—Sí, podemos hacerlo. Hace tiempo que poseemos un evangelio gnóstico perteneciente a los caballeros templarios. —Le brillaban los ojos—. Y poseemos también la prueba de que Jesús no era Dios.

—Usted delira, barón. —Se levantó con gesto cansado y dio unos golpecitos en el suelo con el bastón—. Si no le importa, tengo que irme. Tengo mucho trabajo.

—¿No ha oído hablar nunca de los Hijos de la Luz?

—Sí —rezongó—. Los primeros cristianos decían conocer los misterios del reino, la sabiduría oculta que Cristo había reservado a los apóstoles, considerados por el maestro los únicos dignos de acceder a la verdad.

—«Hay tesoros ocultos que sólo se pueden legar a los Hijos de la Luz», es decir, a los guardianes de la tradición oculta del cristianismo, o lo que es lo mismo, a los escasos hombres de Iglesia dignos de ellos. El cristianismo original no consideraba a todos los hombres iguales, porque el propio Jesús no los consideraba así.

—No le sigo.

—El verdadero cristianismo divide a la humanidad en castas: la luz de Dios sólo vive en unos pocos hombres espirituales. El verdadero cristianismo es gnóstico, y en cuanto tal antisemita, pues, como usted sabe perfectamente, el gnosticismo siente aversión hacia el Dios creador de los hebreros. Aunque el gnosticismo está reservado a nosotros, los elegidos, también ejerce una gran fascinación sobre el pueblo, los excluidos de la redención. Al tener la fuerza de una religión más pura, prende rápidamente en la gente. Piense en el éxito que tuvo el catarismo en la Edad Media: los Perfectos cátaros tuvieron una acogida popular de tal magnitud que se hizo cátera

media Francia en tan sólo unos decenios, obligando a la Iglesia a lanzar contra ellos una cruzada, la única por cierto lanzada contra otros cristianos.

Una ola de aburrimiento se había apoderado de Friedrich, que para entonces había dejado de escuchar.

Pero el barón no se percató. Con la mirada perdida en lontananza, prosiguió:

—Nos hemos unido a la Iglesia gnóstica de Turín, que tiene unos orígenes muy antiguos. Lo cual, amén de sentar las bases para un nuevo catolicismo anticristiano, nos está permitiendo entrar en contacto y colaborar con los Hijos de la Luz. Todavía los hay en el seno de la Iglesia de Roma. Entre ellos se cuentan sacerdotes de las distintas órdenes. ¿No lo sabía? Hace siglos que los verdaderos cristianos esperan resurgir del olvido y conseguir que la nave de la Iglesia recupere su verdadero rumbo: vengarse de Yahvé. Los verdaderos cristianos reniegan del Dios de la Biblia, de la Creación, del Antiguo Testamento, de la idea de pecado, de la igualdad entre los hombres, del privilegio de los más débiles en detrimento de los fuertes... ¿No le parece esto una música dulce? Nosotros nos uniremos a ellos. Crearemos una nueva Iglesia cristiana que aniquile al Dios de la Biblia y a sus adoradores, los hebreos. Y vendrá un nuevo cristo, con unas ideas que serán completamente de su agrado, *Herr Nietzsche*. Seremos unos pocos elegidos. Esperaremos al mesías. Y fundaremos una nueva nación alemana..., ¡pura, tan grande como la Tierra misma!

El Vaticano

El papa León XIII había convocado a sus aposentos al cardenal Rampolla para departir acerca de Jesús.

Las ideas sobre la superioridad de la raza indoeuropea respecto a la semita se estaban extendiendo como una mancha de aceite, y el odio hacia los hebreos no hacía más que aumentar. De seguir las cosas así, no se tardaría mucho en Alemania en asistir a la toma del poder por parte de los neopaganos (el cardenal secretario de estado podía presentar escenarios verosímiles *ad hoc*). Pero también en Italia soplaba un viento gélido que traía del norte unas noticias nada tranquilizadoras para la Iglesia de Roma.

Por doquier se oía decir que la Biblia era un texto hecho por tratantes de ganado y mercaderes hebreos.

Y que Jesús era judío.

Sí, pero ¿qué Jesús?

Ésta fue precisamente la pregunta que formuló el papa al cardenal Rampolla:

—¿A qué interpretación de Jesús os referís? Pues sabemos que existen varias.

El secretario respondió:

—Era precisamente ahí adonde quería llegar. Yo me estoy refiriendo al Jesús de los evangelios canónicos, santidad.

—Así que, según vos, dentro de unos años, una Iglesia que quiera ser realmente popular deberá tener en cuenta estas ideas antisemitas...

—Excelencia —lo interrumpió el cardenal—, no hay otra alternativa. El Jesús que debe predicar la Iglesia a partir de ahora no debe tener connotaciones hebreas, si no queremos ver peligrosamente reducida nuestra esfera de influencia.

—Pero ¿cómo podemos hacer semejante cosa? Jesús era hebreo, y si ocultamos este hecho estaremos ocultando a Jesús al mismo tiempo.

—Los antisemitas se están adhiriendo al gnosticismo para soslayar ese problema.

—Ésta... —Su santidad levantó las manos como si quisiera sostener toda la bóveda celeste. Tenía la mirada furiosa y la voz siniestramente calma—. ¡Ésta es la santa Iglesia católica apostólica romana, no una banda de herejes cualquiera!

—No tenemos otra alternativa, santidad. La extrema derecha alemana no tardará en tomar el poder. Debemos tomar medidas y estar bien preparados, o de lo contrario se nos adelantarán los protestantes.

—¿Tenemos noticias de ese Nietzsche?

—No, desde hace varios días.

El papa suspiró al tiempo que juntaba las yemas de los dedos.

—He reflexionado al respecto desde todos los puntos de vista y debo deciros que ese anticristo podría sernos de gran utilidad el día menos pensado.

—¿Qué queréis decir?

—Me refiero a su filosofía. Puede que un día agradezcamos el influjo que ese hombre ejerce sobre la derecha alemana.

—Me gustaría saber qué os hace pensar eso.

—Nietzsche se ha desvinculado de Richard Wagner y de su círculo pangermanista y antisemita. Lo cual no le ha gustado nada al movimiento *volkisch*. Incluso la hermana del filósofo ha hecho pública su indignación por los últimos escritos de su hermano y por lo que éste difunde en sus cartas. —Marcó un paréntesis con tono de complicidad—: Es un auténtico grafómano. Hasta ha elegido una casa próxima a la oficina de correos como lugar de alojamiento...

—Lo sé —murmuró el cardenal.

—Sea como fuere —prosiguió el papa chocando las yemas de los pulgares—, lleváis razón: pronto llegarán los antisemitas al poder en numerosas naciones. Y, tal y como sopla el viento actualmente, Alemania será sin duda la primera. Aunque los *volkisch* se declaran paganos, no podrán renunciar al cristianismo, si se tiene en cuenta que las masas alemanas se sienten en el fondo cristianas, ¿no os parece?

—Sí, en efecto.

—Por lo tanto, este hipotético gobierno no podrá ser de confesión protestante. —Y prosiguió con gesto de desagrado—: Los protestantes se hallan muy ligados al Antiguo Testamento. Leen mucho las Sagradas Escrituras y están fragmentados en pequeñas confesiones. No tienen una larga tradición...

El cardenal asintió.

—El fasto medieval de nuestra Iglesia católica, en cambio, ejerce gran atracción sobre los ideólogos del *Volk*. Además, si queremos, los católicos podemos desenterrar interpretaciones y teologías milenarias para modelar nuestra fe a tenor de las aspiraciones de los *volkisch* y ayudarles así en su designio nacional-patriótico. Podemos cambiar y adecuarnos a los tiempos, esperando mejores...

El cardenal volvió a asentir.

—O correr el riesgo de ser aniquilados por el capitalismo o, peor aun, por las teorías marxistas, que están enardecendo los ánimos de los trabajadores de medio mundo. —El papa ocultó el rostro entre las manos—. Estoy considerando seriamente la posibilidad de publicar una encíclica contra el socialismo.

—Sí, no sería mala idea. —El tono de voz nada natural del cardenal delataba los pensamientos que se ocultaban detrás de aquel comentario lacónico: las encíclicas publicadas por su santidad alcanzaban ya un número tan considerable que suscitaban cierta hilaridad en los corrillos de la Santa Sede.

El papa no lo recriminó.

—Con los materialistas de extracción marxista no puede existir diálogo alguno. Allí donde sus ideas se plasmen en un gobierno, la Iglesia no tendrá nada que hacer.

Son nuestro peor enemigo.

—Pero también debemos resguardarnos contra los vientos democráticos que soplan por el oeste —aseveró el cardenal—, y hacer cuanto esté en nuestra mano, aquí en Italia, para conservar la monarquía que tenemos, aunque no sea de nuestro total agrado. Por el este... —extendió el brazo derecho— tendremos a los socialistas; por el oeste... —extendió el izquierdo—, a los capitalistas masones, liberales, hebreos. No nos queda más que el norte: los *volkisch* son siempre mejor que los materialistas o que, ¡Dios nos libre!, los masones. Con los antisemitas podemos dialogar. En el fondo, a los católicos no nos gustan tampoco mucho los hebreos. Los Hijos de la Luz ya han entablado contacto con los antisemitas alemanes a fin de reservarse un puesto en el *Reich* venidero. Tengo la sospecha de que en Turín se está fraguando una asociación por el estilo. Si la curia romana no toma medidas, quedaremos rezagados; es mejor anticiparnos. Podríamos convocar un gran concilio ecuménico para promover una profunda revisión teológica.

—No creo que la toma del poder por los antisemitas alemanes sea tan inminente —observó el papa—. Ciertamente, no hay que bajar la guardia; pero tampoco hay que actuar con precipitación.

El cardenal asintió.

—Tenemos tiempo de sobra para prepararnos en este sentido.

—Sí, es cierto. —El papa hizo bailar sus enormes orejas—. Yo soy el primer papa desprovisto de poder temporal; por eso ¡debo hacer trabajar el cerebro! —Se tocó su espaciosa frente e invitó al cardenal a compartir unas risas.

Mandaron llamar a uno de los últimos cantantes castrados que aún quedaban, un pálido recuerdo, desentonado y chillón, de la dorada época en que brilló el arte canoro de los eunucos eclesiásticos. Se llamaba Alessandro Morescchi, un solista del coro de la capilla Sixtina cuyo aspecto, untuoso y atocinado a pesar de los ojos maquillados, no tenía, a diferencia de su voz, nada de angelical. El *castrato* llegó sin hacerse esperar, alcanzó el pianoforte de puntillas, se sentó y empezó a cantar el *Ave María*.

Con aquellos gañidos de fondo, el cardenal ofreció al santo padre unas pastas que le habían mandado desde Viena. Las comieron poniendo las manos en forma de cuenco junto al pecho para recoger las migajas que se deslizaban copiosamente sobre el crucifijo de plata, mientras se miraban sonrientes como si fueran a encontrar todas las respuestas sin necesidad de hablar.

Rampolla se alisó su mata de pelo oscuro y bajó la cabeza. Miró al papa de reojo mientras cavilaba sobre cómo se habría conducido él de haber estado en su lugar. Tal vez habría abierto el ala radical a la que pertenecían los miembros del clero antisemitas, que profesaban cautelosamente un cristianismo primitivo de cariz gnóstico y antihebreo: los denominados Hijos de la Luz. Procedían de una tradición tan antigua como la Iglesia misma, y en una situación histórica tan apurada como la que se vislumbraba podrían salvar de la catástrofe a la institución eclesiástica

suministrando a los futuros regímenes antisemitas un catecismo depurado de la denominada «mentira hebrea», el cual les serviría para gobernar con el consenso y apoyo de las masas campesinas. Algo que sería imposible con el neopaganismo de los *volkisch*. La gente no lo entendería, no lo aceptaría. Y, sin el pueblo, el movimiento *volkisch* sería una paradoja en sí mismo.

Entre tanto, el papa, que masticaba ya la segunda galleta vienesa, dirigía una mirada suave, absorta, al secretario de estado, preguntándose qué estaría tramando en aquel momento.

—Si su santidad tuviera la intención de dar un paso atrás en cuanto a la severidad a adoptar con Nietzsche, no debería preocuparse: el rey Umberto ha elegido para seguirle la pista al filósofo a un coronel de los *Carabinieri*, un tipo apático y melancólico.

—¡Un coronel, ni más ni menos!

—Se llama Pural.

—Bueno, tal vez tenga un buen método. ¿Cómo podemos nosotros juzgar desde aquí?

—Tal vez, pero yo tengo mis motivos para no ser tan optimista. Ese coronel es el mismo que investiga desde hace más de un año a los satanistas y el ambiente ocultista de Turín, sin haber conseguido sacar nada en claro. Y, por si ello no bastara, tiene sus facultades mermadas desde que mató a su hija involuntariamente.

El papa hizo el signo de la cruz.

—Su mujer está internada en una clínica psiquiátrica. No ha podido asimilar la pérdida de la hija.

—Es comprensible. Pobre mujer...

—Ya, pero eso no convierte al tal coronel Pural en la persona más adecuada para ocuparse de un caso tan delicado.

El papa se pasó una mano por su barbilla sin pelo.

—Pues yo creo, sin embargo, que deberíamos dejarle que siguiera.

—Sé de buena tinta que Nietzsche tiene intención de aliarse con la comunidad hebrea de Turín. Al parecer, tiene una urgente necesidad de dinero con vistas a una masiva divulgación de sus escritos a nivel internacional. Lo han visto frecuentando el templo de la masonería.

—Eso no hace sino reforzar mi idea. —El papa se frotó las manos, que tenía heladas—. No saquéis de su sueño a ese coronel, por favor. Si Nietzsche sigue en su línea antiantisemita, les resultará muy molesto a los *volkisch*. Y la noticia de que lo hemos dejado trabajar en paz podría sernos beneficiosa un día.

La astucia del pontífice provocó un asentimiento admirativo en el secretario de estado vaticano.

—Esta tarde me entrevistaré con el rey Umberto. Le referiré lo que hemos estado hablando.

Y, sin decir nada más, se marchó.

Turín

Caían las primeras nieves con una gracia incomparable.

Vestido de paisano, con un pie apoyado en la pared, Pural se caló la gorra y fingió leer el periódico.

Horrores mezclados con las noticias habituales:

El rey Umberto I y la reina Margarita...

Sigue el misterio del caso de los niños desaparecidos. La gente protesta por la lentitud de la investigación.

Y eso que la gente aún no conocía el hallazgo de los dos niños muertos, ni del cadáver del cardenal Martini... Por su parte, la Iglesia también estaba dando largas a la prensa.

Crispi aprueba la ley...

El vaso robado en el Museo de Antigüedades Egipcias podría haber salido ya de Italia.

La prensa insistía en lo del vaso.

Los gitanos abandonan la ciudad.

Aún se desconoce el rostro de Jack el Destripador, el asesino de Londres...

El hombre al que estaba esperando salió finalmente del Caffé Giardino.

No se trataba de una detención. Sólo quería hacerle unas preguntas. Plegó el periódico, lo deslizó debajo del brazo con indiferencia, se metió las manos en los bolsillos, apartó el pie de la pared y echó a andar silbando. Iba a seguirlo.

Eran demasiadas las cosas que se le estaban escapando de las manos últimamente. Sentía como si se le estuviera entumeciendo la voluntad.

El doctor Turina se lo repetía sin cesar: necesitaba un largo período de descanso.

También sus hombres debían de haber notado su melancolía, su total desinterés por la vida, lo que tal vez había favorecido en ellos una mayor dejadez. No les echaba rapapolvos; se reprochaba a sí mismo haber contado demasiado con su apoyo. Había sido un ingenuo. El humor de sus hombres dependía del suyo; su eficacia, de su presencia. Lo sabía, pero tenía la mente atollada en la tristeza. Su conciencia aguantaba un peso excesivo. Pural no lograba quitarse de encima el sufrimiento de Matilde. Y pensaba constantemente en Lidia: la mataba todos los días, todas las noches.

El traqueteo frenético de un carruaje lo hizo volver a la realidad.

El muchacho giró a la derecha, hacia los soportales de *via Po*. Tomó unos atajos y después giró a la izquierda. Avanzó a paso sostenido hasta la Mole Antonelliana, giró nuevamente a la izquierda, enfiló una calle estrecha y, bastante después, a la altura de

un vado permanente, entró en un porche oscuro.

Pural se apoyó en la pared y asomó la cabeza. Entre los copos de nieve cada vez más espesos y carnosos, lo vio atravesar el gran patio, al que daban los establos, subir unos peldaños que llevaban a la balconada de la entreplanta, buscar la llave mientras miraba con recelo a su alrededor e introducirla en la cerradura. Pero debió de pensarlo mejor pues acto seguido retrocedió, se detuvo frente a la puerta contigua, miró a su alrededor y llamó.

—¡Señora Maria! ¿Está en casa?

Procurando que nadie lo viera, Pural dio un salto y se escondió en la sombra densa de la pared.

El muchacho llamó con mayor decisión.

—¡Señora Maria! ¿Está en casa?

Parecía preocupado. Se estaba poniendo nervioso. Se movía con especial circunspección. Se le notaba indeciso. Levantó la vista hacia las ventanas y volvió a llamar.

—¡Señora Maria!

Como no recibía ninguna respuesta, pegó la oreja a la puerta para intentar captar algún ruido en el interior.

Pural carraspeó y le tocó la espalda.

—¿Puedo saber qué está haciendo?

Prospero se volvió de repente y, al ver la imponente silueta de Pural, cayó al suelo, golpeando la puerta con la espalda.

—Yo, yo... —balbuceó. Estaba aterrorizado; se había tapado los ojos con un brazo, como para espantar una pesadilla.

Pural le tendió una mano.

—¿Por qué está tan nervioso?

Prospero recobró el valor y lo miró.

—¿Quién es usted? —preguntó apoyándose en la puerta para incorporarse. Se sacudió el polvo del trasero—. Me ha asustado.

—Le pido disculpas.

—No tiene importancia. Pero ¿puedo saber con quién estoy hablando?

—Soy Giorgio Pural, coronel de los *Carabinieri*. Me gustaría intercambiar unas palabras con usted, si no le importa.

Todo el ser de Prospero se había quedado detenido, en silencio. Tenía el rostro blanco, tensado como una cuartilla sobre la mesa. Después empezó a balbucear algunas frases inconexas prolongando las vocales.

—Podemos acomodarnos en su casa, si le parece bien.

—¿En mi casa? —El muchacho sacudió la cabeza y esbozó una sonrisa.

—Yo no vivo aquí.

Pural enarcó una ceja y alargó una mano.

—¿De veras? ¿Le importaría darme las llaves?

Prospero relajó de repente todos sus músculos y suspiró con la cabeza gacha.

—Quería decir que no vivo aquí, sino al lado. —Dio unos pasos, metió la llave en la cerradura y abrió la puerta.

Pural miró adentro, pero sin entrar.

—¿Vamos primero a comprobar si está en casa la señora Maria?

—¿Por qué? —preguntó Prospero frunciendo el ceño.

—Eso me lo debe decir usted, señor...

—Me llamo Prospero. —Miró hacia arriba haciendo votos para que no estuvieran asomados los cotillas de siempre—. Entonces ¿desea entrar o no?

Pural franqueó la puerta.

—¿Su apellido?

—No tengo.

—No tiene apellido —repitió Pural sacando del bolsillo un cuaderno y un lápiz y empezando a anotar—. ¿Dónde trabaja? —Apuntó la respuesta—. ¿Dónde vive su familia?

Prospero se sintió repentinamente desinflado, envilecido.

—No tengo familia.

Ante aquella respuesta, Pural abandonó de golpe su actitud de coronel.

—¿Has perdido a tus padres? —Cerró el cuaderno y se sentó mirando a Prospero directamente a los ojos.

—No. No llegué a conocerlos.

—Lo siento.

—Me abandonaron en el portal de una casa a los pocos días de nacer. —Leyendo en el rostro del coronel un alivio injustificado, Prospero agregó—: Fue en la casa de un hombre mayor, que estaba enfermo. Murió al año siguiente.

—¿Y tú dónde te criaste?

—Ese señor, al que no conocí nunca, me dejó su casa en herencia. Alguien, no sé quién, la vendió para pagarme un buen orfanato primero y un colegio después. —Prospero bajó la mirada y cerró los ojos; hizo votos para que el coronel se hubiera olvidado del motivo por el que había venido. Con las manos estrujadas entre las rodillas, esperó a que dijera algo. Pensó en Maria: qué raro que no estuviera en casa... Abrió tímidamente los ojos y levantó la cabeza despacio, como quien espera una explosión: Pural seguía con su mirada ausente, los ojos inyectados de sangre, el rostro marcado por una tristeza gris. El reflejo diáfano del suelo producido por la luz que se filtraba por la ventana jugueteaba entre sus pómulos pronunciados, sus mejillas tensas, sus orejas demasiado alejadas, sus ojos demasiado próximos y oscuros.

Prospero no se atrevió a sacarlo de su ensoñación. Le habría gustado que no se despertara nunca, que no recordara nada relacionado con el motivo por el que había ido a su casa.

¡Nada menos que un general y un coronel se estaban interesando por él! Lo que

había visto en el porche debía ser algo realmente gordo.

No se movía. No respiraba, casi. Permaneció un buen rato mirando a Pural, preguntándose por la misteriosa causa de su infelicidad. Su melancolía era desgarradora. Le entraron incluso ganas de contarle lo del hombre luminiscente: tal vez así conseguía hacerlo sonreír.

Unos minutos después, Pural dirigió sus ojos claros hacia él.

—¿Cuántos años tienes?

Prospero se tocó el pecho.

—¿Yo?

Pural asintió con la cabeza.

—Diecisiete.

—¿Cómo es que eres amigo del profesor Nietzsche?

—Acude a menudo al café donde trabajo. ¿Por qué me lo pregunta?

—Os he visto charlar juntos. —Pural hablaba suavemente, con una entonación monacorde y la mirada todavía perdida—. No puedes negar que tienes confianza con él.

—Pues..., no sé... —Prospero se levantó de la silla y se puso a andar por la habitación—. Usted me ha estado siguiendo, ¿no?

Pural, inexpresivo, dijo que sí.

—¿Un coronel siguiendo a un chaval como yo?

No recibió respuesta.

—Bueno, de acuerdo. —Prospero resopló e hinchó los carrillos. Estaba harto, cansado de ocultar algo que, en el fondo, ni él siquiera sabía lo que era. Y, sobre todo, estaba deseando compartir con alguien su increíble experiencia. Al fin y al cabo, en aquel momento Pural parecía la persona más adecuada para ello.

Al ver Pural que Prospero empezaba a contar cosas que no le había pedido, comprendió enseguida que el muchacho estaba deseando quitarse un peso de encima. Ojalá hubiera podido hacerlo él también, y con aquella sencillez que había observado a menudo en quienes confesaban sus culpas...

Pero ¿a quién podría él confesar las suyas?

Lo escuchó sin interrumpirlo: su dura jornada laboral, su libro de astrología adquirido en el Balon y leído a la luz de una vela, con el consiguiente cansancio, la señora Maria buscando a su gato Iside a grito pelado y por tanto impidiéndole dormir, el hombre luminiscente...

—¿Luminiscente? —Pural parpadeó mientras se le acercaba un poco más—. ¿He oído bien?

—¿No me cree?

En aquel momento se enfrentaron dos miradas asombradas.

—¿No lo sabía usted? Yo creía que sí, y que por eso me estaba buscando.

Parecía como si Pural estuviera empezando a divertirse un poco.

—¿Le registraste los bolsillos?

Un rubor traicionero afloró nuevamente a las mejillas de Prospero.

—¿Qué encontraste?

—Nada —contestó—. Nada.

Pural formuló la pregunta de nuevo.

—¿Me meterán en la cárcel por robar a un hombre que parecía muerto? —preguntó triste, el cuello inclinado hacia delante como quien se resigna a ser decapitado.

—No irás a la cárcel —lo tranquilizó Pural—. ¿Y qué encontraste?

—Lo tengo aquí, en el bolsillo —dijo empezando a registrarse—. No creo que tenga mucho valor. —Sacó un rollo de lana y se lo entregó—. Creo que es oro, pero no es por su valor por lo que me lo he quedado. —Se rascó la cabeza con aire desconcertado mientras el coronel introducía los dedos en un pequeño tubo de lana y extraía un objeto que a primera vista parecía un pequeño sello para lacrar—. Yo no quería robar. Tenía miedo de que, si decía que había encontrado esto...

Pural le ordenó callar. Estaba furiosamente concentrado en lo que tenía en la mano, tan concentrado que parecía que fuera a incendiarlo con la mirada.

—¿Sólo llevaba esto encima?

—Sólo esto, señor —respondió Prospero—. Un calcetín de bebé con un extraño sello de bronce dentro. Nada más, lo juro. Lo registré bien. ¿Iré a la cárcel?

—No, si haces lo que te pido.

—Pídame lo que quiera, coronel.

—Tienes que presentarme al profesor Nietzsche.

Prospero fingió sopesar la petición y contestó:

—De acuerdo. Pero no crea que lo conseguiré a la primera, pues no tengo tanta amistad con él como usted cree: sólo soy su camarero, y aunque a veces parece darme confianza, eso no significa que quiera hacerme un amigo íntimo. Por cierto, últimamente he notado que se ha vuelto un poco raro. A veces tiene... no sabría cómo decirlo..., como unos ramalazos de locura, que se le reflejan en los ojos.

—Me gustaría hablar con él.

—Me consta que da siempre un buen paseo después de comer. Va al parque Valentino, o al Michelotti. También se le ve paseando a menudo bajo los soportales de *via Po*.

—Me gustaría no despertar ninguna sospecha; no quisiera que se asustara presentándose como un *carabiniere*.

—¿Por qué no va a su casa? Vive... —Prospero se interrumpió y sonrió—. Bueno, sabe de sobra dónde vive.

—No quiero causarle ninguna molestia al señor Fino ni a su familia. Sería mejor si nos encontráramos de manera fortuita. Le dices, por ejemplo, que soy tu primo y que pertenezco al ejército.

Prospero reflexionó y decidió:

—Mañana por la tarde. Probaremos en el Valentino. Si él va, seguro que pasa por

el burgo medieval.

—¿Puedo fiarme de ti? Se trata de una misión muy importante. Estás ayudando a un coronel de los *Carabinieri Reali*. Estás sirviendo a tu rey. ¿Eres consciente de ello?

—Descuide, coronel. Se puede fiar de mí.

—Entonces, trato hecho. —Le estrechó la mano y la columpió durante unos segundos—. Si colaboras, no te arrepentirás. —Le apretó la mano con más fuerza—. Pero si se lo cuentas a alguien, mandaré que te ahorquen.

Prospero tragó saliva y retiró su mano lívida.

—Y ahora dime por qué estabas espiando en la puerta de la señora Maria.

—Le había prometido ir un día a cenar a su casa.

—Entonces, vamos a ver si ha vuelto. De lo contrario, deberíamos tratar de averiguar dónde se ha metido.

Había dejado de nevar. El cielo, ahora más bajo, parecía una prensa amenazadora color gris metálico. La luz llegaba debilitada, abrumada por el aire seco, entre las formas redondeadas de una nieve blanquísima, que amortiguaba los sonidos y prestaba al patio un aspecto surrealista.

Pural llamó a la puerta de Maria y puso el oído.

—No contesta.

—¡Qué raro! —comentó Prospero—. No sale nunca de la casa, menos por la mañana, para comprar cuatro cosas en el mercado...

—Echemos un vistazo.

La puerta estaba cerrada con llave. Pural le propinó un pequeño empujón, y fue suficiente: la madera cedió a la altura de la cerradura, crujendo como un hueso roto. La puerta quedó entreabierta, retenida por una cadena.

—Está cerrada por dentro. Puede que no se sienta bien... Ahora después llamo a alguien para que repare la puerta —agregó propinándole otro empujón. La cadena se rompió. La estancia se iluminó *ipso facto*—. ¡Señora Maria! ¿Se encuentra usted en casa?

Prospero lo siguió hasta el interior frotándose las manos.

—Han desaparecido también los gatos —observó.

—¿Los gatos, qué gatos? —Pural abrió una puerta que daba a un pequeño trastero atestado de baratijas varias y volvió a cerrarlo.

—Tiene seis. —Prospero abrió la puerta que daba a la alcoba de Maria.

—¿Cómo pueden desaparecer seis gatos? —preguntó Pural reparando en un pequeño altar repleto de velas, símbolos e instrumentos esotéricos—. Los gatos no suelen alejarse de las casas.

Prospero, inmóvil, seguía con la puerta en la mano. Le temblaban las piernas.

—Coronel... —trató de articular. Pero se había quedado sin voz.

Una visión imposible, irrazonable.

Los seis gatos estaban allí. Estaban sobre el cadáver de Maria, tendido en el suelo en posición supina, los ojos abiertos de par en par de terror, la cabeza circundada de sangre y la cara estriada de rasguños.

Los animales, hambrientos, enloquecidos, le estaban arrancando del cuello tiras de carne. Al intentar Prospero espantarlos con una escoba, se enfrentaron a él bufando con ferocidad. Lo miraban con ojos resplandecientes, los hocicos relucientes de sangre.

En Turín hubo un tiempo en que la desaparición de un solo niño paralizaba toda la ciudad; en que el menor ataque a un cardenal, por mujeriego y licencioso que fuera, producía tanto revuelo que oscurecía cualquier otra noticia; en que cuando un objeto antiguo entraba en un museo ya no salía; en que los gatos no mataban a sus amas ancianas, ni la piel de las personas era misteriosamente luminiscente.

Ese tiempo no era muy lejano si se consultaba el calendario: unos pocos meses nada más. Sin embargo, habida cuenta de los cambios trascendentales producidos en su vida, en todo cuanto lo rodeaba, aquellos meses eran como años.

Pero, a pesar de que su vida había quedado devastada por un destino tan cruel, Pural conservaba aún suficiente memoria para recordar cómo había sido el mundo entonces, cuando aún tenía una familia.

Entonces impartía órdenes desde su despacho con la desenvoltura de un coronel. Pero ahora, tras haberse manchado el alma, debía mancharse las manos, esperando no perder ese poco que le quedaba: fundamentalmente, la esperanza de que Matilde volviera en sí, primero, y volviera después a casa.

Siguió por la acera, las manos en los bolsillos, esforzándose por poner en marcha la pesada maquinaria de sus pensamientos. Funcionaba mal. Hacía ruido. Ofrecía unas soluciones defectuosas.

Tal vez la señora Maria se había sentido mal, y al caer se había golpeado la cabeza..., lo que explicaría el cerco de sangre... Pero no: él mismo había visto su cara desfigurada por los arañazos de los animales.

Tal vez los gatos la habían arañado simplemente a fin de reanimarla... Absurdo.

Pensar sin comprender le producía una terrible flojera. Todo esfuerzo por formular una hipótesis, con la indefectible frustración subsiguiente, tenía para él el mismo efecto que una calada de opio. Pensar era como inyectarse droga en las venas. Todo su ser le estaba pidiendo a gritos una rendición inminente. De su cuerpo cansado se había apoderado un fuerte deseo de ceder, de abandonarse, de tirarse al suelo y no volver a levantarse.

Pero unas pulsaciones en la garganta le calentaron también los ojos y le recordaron que no tenía intención alguna de rendirse.

Estaba dispuesto a volver a fallar.

Los pensamientos volvieron a flotar ante él como espejismos, unas ondeantes reverberaciones de imágenes que se confundían las unas con las otras: el cadáver de la señora Maria flotando sobre el Dora, pillado entre la vegetación; dos bebés con la piel arrugada por la edad; gatos egipcios eviscerados y embalsamados maullando por la noche; unas serpientes sibilantes acogotando a un cardenal, encaramándose a un altar y enroscándose alrededor de una cruz.

El renqueante cerebro de Pural parecía una vieja locomotora subiendo a duras penas una cuesta y que al bajar se quedaba atascada en un túnel lleno de humo y vapor.

Un túnel muy largo.

¿Por qué habían arrojado al río a los dos pequeñitos? Los asesinos habrían podido enterrar a sus víctimas a la manera habitual, con una elevada probabilidad de que nadie los encontrara. El que los cadáveres de los bebés hubieran sido encontrados en un río sólo podía significar que alguien lo había planeado así, quién sabe si para favorecer precisamente la investigación.

Todo invitaba a pensar que los bebés habían sido sacrificados en el transcurso de un ritual oficiado por personas luminiscentes, bajo tierra y alrededor de un fuego. Pero Pural no tenía la mente acondicionada para visualizar semejante absurdo. Sólo podía imaginar a la secta más allá de sus extravagancias: secretos inconfesables, vejaciones, la crueldad del grupo, la imposibilidad —bajo pena de muerte— de abjurar del mismo, y alguien que se rebelaba y que arrojaba los cuerpecitos al río con la esperanza de que al final todo acabara descubriéndose, sabiéndose.

Ideas, suposiciones estériles, interrumpidas por un caballo al galope que se acercaba por la calle pavimentada produciendo el mismo ruido que cuatro martillos endemoniados.

El jinete lo alcanzó y tiró con fuerza de las riendas. El animal protestó.

—¿Es el coronel Pural?

—Sí, el mismo.

El hombre jadeaba como si hubiera corrido a pie.

—Perdone, pero es que llevo buscándolo desde esta mañana.

—¿Quién es usted?

—Trabajo al servicio de los señores Rusceli. Seguro que ya me andan buscando para azotarme, o para algo peor, escudándose en que he sacado el caballo sin permiso. Pero yo ya no vuelvo. Ya no aguanto más.

Le alargó una mano.

—¿No quiere subir?

El hombre le entregó las riendas con gran contento y se sentó detrás.

Pural montó con agilidad encogiéndose una pierna y espoleó al caballo.

—¿Qué ha ocurrido?

No obtuvo respuesta.

—¿Qué ha ocurrido? —insistió alzando la voz.

Lo oyó sollozar.

—Mi mujer... —balbuceó—, mi mujer... —Rompió a llorar.

—¿Le ha ocurrido algo a su mujer? —gritó Pural contra el viento.

La respuesta no llegó enseguida.

—Anoche se quitó la vida.

El caballo que se había llevado de la cuadra de sus amos era joven y brioso: en

pocos minutos se encontraban ya en el despacho de Pural. El ambiente militar le hizo sentirse protegido, y una copita de licor le desató la lengua.

—Me llamo Lucio Lanfranchi. —Pausa—. Mi mujer se llamaba Caterina. —Pausa—. La obligaban. —Pausa—. Los señores la obligaban a participar. —Una pausa más larga—. Yo no sé nada de sus extrañas reuniones. —Bebió—. Por ahí se comenta...

—¿Y por qué iban a obligar a su mujer a participar en esos encuentros... esos señores?

—Porque era muy guapa.

—¿Cuándo ocurría eso?

—Ocurría a menudo. Yo no entiendo de esas cosas, pero creo que las fechas tenían que ver con... —señaló al techo—, no sé, creo que dependía del cielo, del sol, de la luna... O sea, del calendario.

—¿La última vez?

Bajó la mirada.

—No lo sé. No me mantenía al corriente de las fechas.

—Prosiga.

—Ella resistía, aguantaba. Pero luego, después del parto...

Al oír aquella palabra, Pural se erizó como un felino ante su presa.

—Después del parto —prosiguió Lucio—, Caterina se apagó. —Lanzó una ojeada a la copita vacía—. Yo estaba contento de que le hubieran quitado el niño. No era mío, no era fruto de nuestro amor, sino del abuso. En cambio, ella reaccionó muy mal, se rebeló. Amenazó con hablar y contárselo todo al coronel Pural. Mencionó su nombre; por eso lo he buscado después de enterarme de la tragedia. Los señores ya se habían puesto manos a la obra para arreglar el asunto. Caterina se tiró por la ventana, anoche. Murió en el acto. Ellos le pusieron un trapo en la mano y dijeron que había resbalado mientras limpiaba los cristales. Pero yo no me creo eso. Ni nadie de la servidumbre se lo cree, a excepción de la fiel Rosalia.

Pural le rellenó la copa y le enseñó el calcetín que Prospero había encontrado en la ropa del hombre luminiscente.

El hombre sacudió la cabeza.

—No podría decirlo. Nunca vi al niño de cerca. Podría ser de cualquier niño.

—¿Cómo es posible que no lo viera nunca, que no lo cogiera nunca en brazos?

—Yo... —Pausa—. Yo lo odiaba.

El Vaticano

Hacia el atardecer, la sombra del obelisco de la plaza de San Pedro, inmenso reloj de sol, lamía el extremo izquierdo de la columnata (según se sale de la basílica). En la columnata opuesta, el rey de Italia, Umberto de Saboya, vestido de paisano, y el cardenal Rampolla deambulaban con paso grave y expresión recogida, el primero con las manos a la espalda y el segundo con las manos juntas pegadas al vientre liso.

—A su santidad le encantaría —estaba diciendo el cardenal— un mayor compromiso de su parte a la hora de reprimir las logias anticristianas y otras cosas que se están produciendo en Turín.

El rey carraspeó.

—Nuestro compromiso al respecto es máximo, eminencia.

—Permítame que le exprese mis dudas. Si vuestro compromiso fuera máximo, como decís, Majestad, la crónica de Turín no hablaría de bebés secuestrados, y el cardenal Martini seguiría aún vivo. Pero no sólo éste ha sido bárbaramente asesinado, sino que además lo ha sido a manos de gente anticatólica, anticristiana... —Dejó colgando una mano flácida—. Turín presta cobijo y apoyo a muchos de estos exaltados. Ya ha pasado bastante tiempo desde la brecha de Porta Pia. ¿No os parece que ha llegado ya el momento de acometer una limpieza en profundidad?

El rey se detuvo.

—Espere un momento, eminencia. —Gesticuló moviendo hacia delante y hacia atrás un racimo de dedos.

—Decidme... —La voz del cardenal parecía una boqueada de perfidia con tintes de timidez—. Pero sigamos andando, por favor.

El rey Umberto se ajustó la chaqueta refunfuñando mientras alcanzaba al cardenal.

—¿Me habéis citado sólo para transmitirme la habitual regañina de parte del pontífice?

—No. —El cardenal dirigió la vista hacia el obelisco y siguió su sombra hasta el punto en el que ésta lamía el borde de la plaza. Respiró profundamente—. Pero sí quería comentaros algo... Ese tal Nietzsche, el filósofo que ha elegido Turín para concluir su obra... —Dejó en suspenso la frase y olisqueó los perfumes invernales transportados por la tramontana.

—¿Y bien?

—No ha sido alejado todavía.

—Ni lo será. Se halla bajo constante vigilancia. No hay ningún motivo de peso para justificar vuestros temores. No comprendo por qué os preocupa tanto ese pobre

hombre.

—Ya, tal vez tengáis razón, Majestad.

—El profesor Nietzsche lleva una vida solitaria, os lo puedo garantizar. Es un hombre humilde que pasa todo el día trabajando. Además, goza de gran aceptación entre la aristocracia local, y no sólo entre ésta. No se le puede expulsar así como así, sin un motivo de peso.

—Gran aceptación... ¿entre qué clase de gente? —El cardenal rio burlonamente tapándose la boca con sus dedos esqueléticos—. ¡Entre los masones; sí, como me oís, entre los masones! Ésa es la clase de gente que dispensa buena acogida a esta bestia. ¿Sabéis cómo va a titular su último escrito? —Se alisó una parte de su poblada cabellera.

El rey reflexionó unos instantes.

—Lo he olvidado.

Rampolla lo miró fijamente, y esperó unos minutos para decírselo:

—Lo va a titular *El anticristo. La maldición del cristianismo*.

Había en aquel título algo que hacía palidecer al rey cada vez que lo oía, y al mismo tiempo un no sé qué que le agradaba hasta el punto de producirle un leve movimiento del labio superior, lo que trató de ocultar acariciándose la barbilla, como si se hubiera puesto a meditar.

—Nietzsche quiere que le traduzca una obra suya esa víbora de Carducci —abundó el cardenal.

—¡Vamos, vamos, por favor! ¡No creo que el Vaticano se vaya a tambalear por una poesía!

Su eminencia se detuvo y lanzó una mirada torva al rey Umberto.

—¿Una poesía definís vos *El himno a Satanás* de Carducci? —Sacudió los hombros, furioso—. ¿Una poesía? Eso explica por qué Turín está plagado de diablos.

El rey atenuó el tono de su voz.

—No sé qué más se puede hacer, eminencia, pero os aseguro que a Nietzsche lo mantenemos bajo constante y estricta vigilancia. —Juntó las manos pálidas de Rampolla—. No lo hemos perdido nunca de vista desde que llegó a Turín, en abril. No debéis preocuparos.

—Cada vez estoy más convencido de que lleváis razón, Majestad. Hasta puede que Nietzsche acabe resultando provechoso a la Iglesia, si sus obras tienen un eco lejano, un mañana. Después de todo, ¡habla de nosotros! —Rio—. Dejémoslo, pues, en paz. Por el momento, hay cosas más graves en que pensar.

—Diga al pontífice que el tremendo asesinato del cardenal Martini no va a quedar impune, que se esclarecerá todo lo ocurrido y no se repetirá. Tenéis mi palabra.

Su eminencia respondió con un hilillo de voz:

—Su santidad le estará agradecido.

—Transmitidle mis saludos.

—Eso haré. El santo padre debe de estar ahora rezando por el alma de esos pobres

niños.

—Eso sí debe preocupar a un hombre de Iglesia —corroboró el rey levantando la barbilla—, y no la vida gris de un profesor alemán de paso por Italia. Pero, en fin, no me crea un ingenuo: el santo padre ni siquiera se digna venir a nuestro encuentro. Se toqueteó los botones de la chaqueta, como si quisiera cerrarlos de nuevo, e inclinó la cabeza con gesto seco.

El encuentro había terminado.

Se despidieron bajo la sombra del obelisco, mirándose recíprocamente entre las columnas. Segundos después, un látigo restalló, y la carroza real, escoltada por *carabinieri* a caballo, empezó a moverse.

Turín

Madame La Fleur cogió el calcetín de bebé que le tendía Pural, lo apretó contra el pecho, cerró los ojos, y vio.

El interior de una casa señorial.

Cerca de *piazza* Castello.

Algo que debía de haber ocurrido unos días atrás.

Vio a una mujer joven, de una belleza sólo comparable a la inmensa tristeza que le oscurecía el rostro, a su infinita desgracia de ser una sirvienta obligada a padecer en silencio lo indecible y a convivir con la vergüenza. A la pregunta de si se llamaba Caterina, no supo qué responder.

Su marido (imposible adivinar su nombre) entreabría la puerta de la habitación para dirigirle un saludo silencioso: una mirada inexpresiva al vientre.

La joven estaba a punto de dar a luz.

Todos esperaban impacientes a que de su bello rostro desapareciera la tristeza y, finalmente, sobrevinieran los dolores.

El reloj de pared daba las doce de la noche.

La campanilla empuñada por una criada anciana sonaba entre los repiques del reloj.

Las caras embotadas por el sueño de las demás criadas, que se asomaban a las escaleras remetiéndose la ropa, se buscaban mutuamente tratando de saber en qué punto estaban los dolores para acudir rápidamente a la habitación.

Tras posar la campanilla, la primera criada reavivaba el fuego, dejado encendido para la ocasión, y ponía a calentar agua encima; a continuación preparaba unos paños limpios y sujetaba con fuerza la mano de la joven. Ya había avisado al señor de la inminencia del parto.

La parturienta se tragaba los gritos de dolor. Sabía que éstos procuraban placer al señor.

Jueves, 20 de diciembre de 1888

Su resuelta manera de hollar los senderos del parque Valentino era como un fuerte viento que hacía volar los cabellos e inclinar las cabezas de cuantos se cruzaban con él.

—Buenos días, profesor.

—Mis respetos, profesor Nietzsche.

—Un honor encontrarlo —le decían mientras él seguía caminado con porte digno y orgulloso, deslizándose con sus botas negras algo gastadas, envuelto en un abrigo de lana oscuro, las manos enfundadas en guantes ingleses y la mirada de quien ve por delante algo que los demás no alcanzan a avizorar.

Iba canturreando la musiquilla de una opereta francesa, y sólo el casi imperceptible movimiento de su enorme mostacho a lo Vercingétorix delataba el inmenso placer que le producían las reverencias.

Un mostacho poblado y alargado supone cierta molestia para la boca, no cabe duda. Pero, a veces, dicha molestia se ve recompensada con creces. Ahora, por ejemplo, el mostacho le cosquilleaba los labios, realzados por el viento cada vez que dirigía la mirada hacia la perfecta pintura que era el cielo de Turín.

Paseaba, pero, como siempre, sus pensamientos eran como balas de cañón disparadas a discreción.

«¡Dios ha muerto! ¡*Kaput!* No ha tenido la voluntad de poder necesaria para ser Dios. ¿Y yo? ¡Ah, yo! Sí, habría podido seguir de profesor en Basilea en vez de estar aquí, en Turín, tratando de rehacer el mundo cual nuevo demiurgo. ¿Habría podido? Tal vez no. Entre dos deseos, ¿no elige siempre el hombre el más acuciante?».

—¡Friedrich!

—Es la voz de mi adorada madre. O tal vez la de mi hermana. A veces las confundo.

—Dime, madre, ¿eres tú?

—Pues claro que soy yo, hijo mío. ¿Estás bien, mi querido Friedrich?

—¿No ves con qué orgullo camina tu hijo ante la mirada asombrada de esta maravillosa ciudad? Tengo un paletó nuevo, forrado en seda, y unas lentes doradas..., pero eso ya lo sabes. Lo que no sabes es que tengo también un bastón nuevo, magnífico, con pomo y cantera de oro macizo. ¡Ojalá pudieras verlo, madre!

—Friedrich.

—Sí, madre.

—No deberías trabajar tanto ni vivir tan solo. Te vendría bien una pausa de vez en cuando, visitar amigos... No hablas italiano, en Turín no frecuentas ni a un alma, y

eso no es bueno, hijo mío.

—Te equivocas, querida mamá. Hablo italiano correctamente.

—No es posible, Friedrich, estás desvariando; vuelve a casa. Elisabeth me ha escrito diciendo que pronto volverá de Paraguay y que tiene muchas ganas de verte.

—¡Mentira! Es una víbora a la que sólo le interesan mis escritos.

—No digas eso. Te quiere mucho. Y sí, claro que le interesan tus escritos, como a todos los que te profesamos cariño.

—¡La fama me sonríe, mamá!

—Vuelve a casa, hijo mío.

—Ya no soy tu hijo. Aquel hijo tuyo ya no existe. Su lugar lo ha ocupado la voluntad, una voraz voluntad de poder. Tu hijo, mamá, es como la cera de una vela: aparentemente lo es todo, pero en realidad sólo existe para ser pasto de la llama. Y mi llama está encendida desde hace tiempo.

—¡Profesor!

Friedrich no pudo saber si aquella voz procedía de su interior o del exterior, del parque. No se volvió. Todo el mundo lo miraba, así que no tenía por qué volverse sin un motivo especial.

Cuando interceptaba alguna de las numerosas miradas que se posaban en él, respondía con un movimiento de cabeza y una sonrisa.

¡Qué ciudad tan estupenda! ¡Nadie había intentado todavía timarlo ni robarle! En Niza, eso había sido para él un problema constante; aquí, todo el mundo se mostraba afable. La verdulera le guardaba los racimos más dulces, Prospero lo servía como a un rey... El propio rey debía de haber dado instrucciones para que se le profesara un respeto especial.

Rebosante de satisfacción, cerró los ojos y aspiró el aire húmedo que subía del Po.

—¡Profesor!

Otra vez aquella voz, pero ahora más cercana. Le pareció que la conocía y que no reverberaba en su cabeza al igual que los pensamientos. Se volvió con los ojos entrecerrados.

—¡Profesor! —Prospero se acercaba a gran velocidad, con un brazo levantado.

—Mis disculpas, iba distraído...

—¡No se disculpe: siempre que se distrae le vienen grandes ideas! —Se puso a su misma altura. Iba sacando pecho, respirando a pleno pulmón, pero con una extraña expresión en el rostro. Se sentía muy orgulloso de pasear en compañía del ilustre profesor, pero era evidente que algo lo inquietaba.

—¿Qué es lo que te hace parecer tan ambiguo, Prospero?

—No, nada. Es sólo la agradable sorpresa de haberlo encontrado en este parque tan espléndido, *Herr Professor*.

—Sí, especialmente espléndido en esta hora temprana de la tarde.

—Como bien sabe, por el día yo estoy siempre en el trabajo. Hacía tiempo que no

venía al parque a esta hora. —Prospero se frotó las manos y se las metió en el bolsillo. El ilustre profesor alemán no dejaba de asombrarlo: siempre prefería los conciertos de las bandas municipales piamontesas a la gran música de la época, un árbol pequeño a cualquier monumento, la compañía de un joven e insignificante camarero a la de un intelectual de renombre como él. Suspiró lleno de admiración—. Lo veo especialmente en forma, *Herr Professor*.

—Nunca me he sentido mejor, mi querido Prospero. Tengo el alma perfectamente tranquila, digiero como un dios, duermo como un niño, doy grandes caminatas, y me gusta la gente de aquí.

—Turín es una ciudad grande y hermosa —admitió Prospero—; quizá un poco turbulenta también.

—Eso es vida —respondió Friedrich—. Debes estar orgulloso de haber nacido aquí. Es la única ciudad del mundo que ha declarado y promovido la guerra al estado de la Iglesia, ¿no lo sabías?

—¡Cómo no iba a saberlo! Fue en 1870. Yo no había nacido todavía, pero... —La mano de Friedrich se le posó en el pecho y lo detuvo.

—¿Conoces a ese hombre?

Prospero miró hacia donde señalaba Friedrich y vio al coronel Pural caminado hacia ellos con los brazos abiertos.

—Sí, lo conozco muy bien —respondió, listo para interpretar su papel—. Es mi primo.

Debería haber sabido cómo se llamaba el coronel; pero no se habían puesto de acuerdo.

—¡Hombre, Prospero, qué tal estás! —exclamó Pural sonriendo pero con la vista puesta en Friedrich mientras se quitaba un guante para presentarse.

—Me llamo Giorgio Pural, encantado. —Al quitarse el sombrero, un efluvio de loción al ámbar se extendió por todo el lugar.

Friedrich, que no le tendió la mano, lo escudriñó con gesto de sospecha.

—Es un militar del ejército —le informó Prospero.

—Soy un suboficial.

—¿Un suboficial?

—Exactamente —respondió Pural cuadrándose.

—Usted tiene más bien aspecto de oficial —repuso Friedrich mientras, como para tomar distancias, se disponía de nuevo a caminar.

—Lo considero un gran cumplido.

—Lo es, señor. Usted tiene el aspecto de un hombre nacido para mandar.

—¿De veras?

—Yo entiendo de esas cosas. —Friedrich levantó la barbilla y lo miró de reojo—. Yo también fui militar. Y como usted ya no tiene la edad para poder serlo... —Hizo una larga pausa.

—¿Para poder ser qué? —quiso saber Prospero.

—Para ser oficial. —Friedrich se detuvo y se volvió para tener a los dos en el mismo punto de mira—. Prospero, ese hombre no es tu primo.

—Pero...

—Ni es suboficial.

Pural se volvió serio de repente.

—Muchacho, gracias por todo. Ahora, ya puedes irte.

Prospero asintió con la cabeza y salió disparado.

Temiendo que Friedrich llamara la atención de la gente montando alguna escena, Pural lo agarró de un brazo y lo apartó del sendero, hacia una zona más próxima al río.

—Profesor, no pierda la calma, se lo ruego.

—Pero ¡qué modales son éstos! —protestó Friedrich.

—Es un honor conocerlo, *Herr Professor*. Soy un gran admirador de su obra.

—Usted... —Le dirigió una sonrisa desdeñosa—. Usted no es un suboficial.

—Lleva razón. No lo soy. Le ruego me disculpe.

—¿Se puede saber entonces quién es usted? —Friedrich se atusó el mostacho rezongando de satisfacción—. Su encuentro con Prospero me ha parecido una escenita muy poco creíble.

—¿Le importa que paseemos unos minutos?

—Yo he venido aquí para disfrutar del parque, señor. Si no fuera por la inoportuna interrupción por parte de extraños insolentes, yo... —Friedrich se puso a caminar de nuevo a buen ritmo y con la cabeza erguida, algo habitual en aquellos días de especial bienestar para él. No se sentía así desde que era un muchacho. Podía, pues, superar y redimensionar perfectamente un incidente como aquél—. Le reprocharé esto a Prospero cuando lo vea otra vez. No volverá a disfrutar de mi confianza.

—Prospero no tiene ninguna culpa, profesor. No ha hecho más que cumplir una orden.

—¡Ya decía yo que tenía usted aspecto de alguien acostumbrado a mandar!

—¿Puedo pedirle que se siente en aquel banco?

Friedrich volvió a poner mala cara.

—¿Sentarnos? Pero ¿quién es usted? Yo no lo conozco de nada. —Aceleró el paso—. Y ahora le pido que me deje en paz, señor. Tengo cosas que hacer.

—Se lo ruego: espere un momento.

—¿Quién lo ha mandado? Mi hermana, ¿no es cierto? Usted es uno de sus extraños amigos, ¿no es cierto? Pero ¡qué digo! No, usted tiene la piel demasiado oscura para los gustos de esa intrigante.

—¿Por qué habla de su hermana en esos términos?

—Ah, si la conociera... —Un resoplido de fastidio le bastó para dar a entender el final de la frase.

Aquel dandi una pizca demasiado serio para ajustarse al cliché, aquel hombre al que Pural siempre había visto como un objeto marginal de su trabajo, de cerca le parecía un buen tipo, un individuo inofensivo y también un tanto ingenuo.

En cualquier caso, un personaje fuera de lo común.

Se veía enseguida que no estaba del todo bien. Un extraño reflejo provenía de la densa oscuridad de sus cavidades oculares, que parecían antros impenetrables de dos fieras, dos fieras relucientes en lugar de pupilas.

Su nombre había aparecido en los fascículos de la DIO (División de Investigación de lo Oculto) el mes de abril con motivo de su primera visita a Turín, volviendo a aparecer después en septiembre, tras su decisión de establecerse en la ciudad de manera definitiva. Su expediente, con informaciones varias sobre su persona, sus desplazamientos, sus amistades..., se titulaba *El anticristo*.

—No me ha dicho aún con quién tengo el placer de pasear.

Tapándose la boca con la mano, como mandaba la buena educación, Pural carraspeó.

—Es cierto, no soy primo de ese muchacho y, por otra parte, no soy suboficial sino coronel. —Lo miró, y, consciente de haber dado en la diana, agregó—: Sé que usted fue artillero de caballería.

Tal y como había previsto, Friedrich se estremeció ligeramente antes de exclamar con orgullo:

—¡Lo fui, lo fui! —Le echó la mano por encima del hombro, manifiestamente feliz—. Pero sólo llegué a capitán. —En un segundo, sobre el foso que lo separaba de Pural había bajado un puente levadizo—. ¡Digamos, entonces, que es usted un amigo!

—Soy un gran admirador suyo, *Herr Professor*. Precisamente acabo de terminar la lectura de *El anticristo* y *El crepúsculo de los ídolos*, y ya he empezado la de *Así habló Zaratustra*.

—¡No! —El rostro de Friedrich se infló de estupor—. ¡No! —Dio unas palmadas—. ¿De veras?

—Sí, profesor.

Como si no necesitara ya de las manos, al haber dado la situación un giro favorable, Pural las colocó detrás de la espalda y redujo el paso.

—Sabía que usted conocía a Prospero; por eso le pedí al muchacho que me buscara una ocasión propicia para poder entrevistarme con usted. Le metí miedo diciéndole que era coronel, ya sabe... El muchacho no tiene culpa alguna... Me sabe muy mal haberle estropeado el paseo, profesor.

—¡Oh, basta ya de disculpas! —Dejó de caminar, inspiró profundamente y reanudó la marcha—. Considérese perdonado.

—Ya debe de tener usted suficientes problemas —insistió Pural.

—¿A qué se refiere?

Pural reflexionó unos instantes. Se preguntó si no estaba cometiendo un grave error. Pero necesitaba a Nietzsche, casi tanto como éste lo necesitaba a él.

—Profesor... En fin, no sé cómo decírselo...

—Diga lo que tenga que decir, y ya está —expresó Friedrich nuevamente con su tono de voz suave, sin estridencias.

—Soy del cuerpo de los *Carabinieri* y estoy muy preocupado por su integridad física.

Friedrich se detuvo de golpe y lo miró con ojos desorbitados.

—¿Un *carabiniere*..., mi integridad física?

—Así es.

—¿Qué disparates está diciendo, si se puede saber?

Pural se le acercó y le habló en voz baja.

—Debe cubrirse bien las espaldas, profesor. Es el momento de sacar provecho de todo lo que aprendió durante su paso por el ejército.

—Pero... ¡por favor! —Molesto, se apartó de Pural, pero unos segundos después dio un paso adelante y susurró—: ¿Qué le hace pensar eso?

—Oh, nada en particular, no se alarme demasiado. Son deducciones lógicas por mi parte. Ya sabe, vivimos en una Italia demasiado joven, concretamente en la ciudad que hace dieciocho años declaró la guerra al papa, y usted escribe contra el cristianismo con una pluma mojada en veneno. Sólo ya eso lo convierte en blanco del odio de mucha gente. Yo en su lugar no me fiaría de nadie.

—Seguiré su consejo y me fiaré de usted, coronel.

Pural le habló con tono apremiante.

—Soy la única persona de la que puede fiarse ciegamente.

Un largo mugido fue la respuesta.

—¿Conoce éstos? —Pural le enseñó una varilla de madera con la punta amarilla y rugosa.

—Un mixto —respondió Friedrich con suficiencia.

—Un mixto Lucifer, para ser más exactos.

—Son de la misma marca que uso yo —dijo Friedrich frunciendo el ceño—. ¿Adónde quiere ir a parar, coronel?

Pural siguió con los ojos dos hojas empujadas por el viento que parecían perseguirse entre sí a la vera del sendero.

—Los mixtos Lucifer están hechos con fósforo blanco. Es un producto muy en boga porque son los únicos que no necesitan de una superficie *ad hoc* para encenderse por fricción.

—¿Y bien?

—Unos mixtos estupendos, *Herr Professor*. Pero el fósforo blanco es sumamente tóxico. He oído comentarios sobre los obreros que fabrican estos mixtos... —Pural encendió uno pellizcándolo con los dedos, consiguiendo así que Friedrich se volviera hacia él—. He oído decir que esos desdichados padecen unos trastornos y dolores indecibles. Necrosis de los huesos, degeneración y pérdida de la mandíbula... Algunos llegan a sentirse tan mal que prefieren suicidarse. Sólo Dios sabe cuántos mueren cada año.

—Me estáis siguiendo, ¿no es cierto?

—Así es. —Pural se detuvo y miró alrededor para asegurarse de que nadie lo oía—. Pero yo soy un admirador suyo, y tengo necesidad de su ayuda, de su cultura y de su inteligencia. Si acepta ayudarme, le explicaré todo, pero en un lugar más reservado. No me pida más por ahora, fíese de mí y haga caso de lo que le he dicho: usted tiene muchos enemigos.

Asintió.

—Mi hermana en primer lugar.

—¿Por qué iba a desear el mal de su hermano?

—¡Porque dentro de unos años mis libros se venderán como rosquillas!

—Sí, eso es cierto, pero se trata de su hermana, y estoy seguro de que lo quiere mucho.

—Sí, claro que me quiere. Como yo la quiero a ella. Pero, a pesar de todo, la odio y sé que soy odiado a mi vez. Aunque sé que hace todo lo posible por halagarme.

—No sabía que hablara tan bien italiano.

—Lo he aprendido durante estos meses, pero finjo no hablar más que alemán. Eso facilita enormemente mi soledad.

—Vaya que sí, lo habla muy bien, *Herr Professor*.

El pequeño burgo medieval del Valentino quedaba ya a sus espaldas y se alejaba

deprisa junto a las voces que rebotaban contra sus muros. Para entonces, Friedrich había olvidado ya que hacía sólo unos minutos que conocía al sedicente coronel de los *Carabinieri*.

—Bueno, voy a presentarme como se debe —dijo tendiéndole una mano—. Mucho gusto. Le ruego disculpe mis malos modos.

—Giorgio Pural. —Le estrechó la mano con la formalidad de quien firma un contrato—. ¿Me ayudará?

—Si puedo, lo haré con mucho gusto.

—Las personas que encontró la otra noche, en el castillo...

—Era una fiesta organizada en mi honor.

—¿Personas del mundillo de su hermana?

—Digamos más exactamente conocidos, afinidades vagas, objetivos comunes, amistades moldeadas por el interés, círculos, clubes, partidos políticos..., todo salvo personas.

—¿No lo trataron bien?

—¡Cómo que no! Muy bien. Demasiado.

—Creo saber que el organizador de la fiesta, el patrón de la casa, es nada menos que un antiguo embajador, el barón von Hermann.

Friedrich adoptó una pose fotográfica.

—Exactamente.

—Debe de haber algo más atractivo que el desprecio hacia ellos para haberlo empujado a aceptar la invitación —observó Pural.

—Coronel, veo que sabe todo de mí.

Pural no respondió.

—Sí —admitió Friedrich sacando las lentes del bolsillo del paletó y verificando la nitidez de los cristales—, me han embaucado. —Les echó vaho y las limpió con un pañuelo blanco—. Las hermanas tienen el arma de la sorpresa. A una hermana que te dice «fíate, es una sorpresa», no puedes exigirle explicaciones.

—Le aconsejo vivamente que abandone Turín en cuanto pueda, pero antes estoy seguro de que usted podría ayudarme a esclarecer algunas cosas.

Friedrich se estremeció.

—¿Y por qué debería marcharme? Estoy bien aquí. Aquí vivo solo bastante bien. Pural suspiró.

—Porque aquí no está seguro.

—Usted no sabe lo que está diciendo.

—Le ruego me permita volver a verlo esta noche.

—¿Esta noche?

—Sé que padece insomnio, ¿me equivoco?

—No se equivoca.

—Entonces, ¿acepta?

—¿Y quién me asegura a mí que es usted realmente un *carabiniere* y no alguien

que quiere aprovecharse de un pobre intelectual alemán?

Le enseñó la documentación.

—De acuerdo, coronel Pural. No podría esperar una invitación más agradable.

—Estupendo. Le mandaré un carruaje después de la cena. Tengo algunas cosas que quiero enseñarle, y espero que usted me pueda ayudar.

—¿No puedo saber de qué se trata?

—Ahora no, profesor. Se trata de algo que exige la mayor reserva.

Se detuvieron e intercambiaron una expresión solemne, como para sellar el acuerdo, y se estrecharon una vez más la mano.

En aquel punto, el parque se abrió al tráfico urbano y terminaba la tranquilidad.

La amabilidad mostrada por la familia Fino para con Friedrich había llegado hasta el punto de instalar en su habitación uno de los dos pianos que había en la casa para que así pudiera tocarlo y dedicarse a la composición en cualquier momento, incluso cuando se hallara de visita algún selecto huésped. Una de las dos hijas, la señorita Irene, tocaba también el piano con gran provecho, esperando ser un día profesora de música más bien que concertista pues no le gustaba la vida errante y fatigosa que esto último acarreaba. A veces Friedrich y la señorita Irene tocaban a cuatro manos, cosa que habían dejado de hacer desde hacía ya varias semanas: al profesor le había dado por trabajar con mayor intensidad hasta el punto de que no contaba ya las horas que pasaba encorvado sobre el papel.

Levantó la tapa del teclado, rozó la nota más aguda y se sentó en el taburete de espaldas a las teclas. Todo debía producirse lo antes posible. No había ya tiempo, ni música, que poner entre la destrucción del cristianismo —del mundo entero— y la voluntad.

Pronto se contarían los años de una nueva manera; pronto advendría el año cero.

Se acercó al escritorio y se sentó. Se miró la mano con desconfianza, con terror.

Ahora todo le salía bien, con facilidad.

Llevaba sólo cuatro meses en Turín y ya había redactado no una sino tres, cuatro, cinco obras. El trabajo que a cualquier estudioso le habría llevado la vida entera él lo había concluido en unos pocos meses.

Todo le parecía sencillo.

Tomó el manuscrito de *Ecce homo*, su último trabajo, su autobiografía, la esencia de cuarenta y cuatro años de vida escrita en veinte días de furor, y lo sostuvo un rato entre las manos. Imaginaba el venturoso y cercano día de su publicación. Ese día partiría en dos a la humanidad; sería el primer día de la nueva cronología, y Friedrich Nietzsche el primer hombre de una nueva historia.

Manipulando el manuscrito con la prudencia que se emplea con la dinamita, lo guardó en el escritorio bajo llave.

Su nuevo editor había manifestado: «Un hombre normal juzgaría al menos de mal gusto la idea de escribir la propia autobiografía en la flor de la vida».

«Hay que vivir cada día como si fuera el último», fue la respuesta que le hizo llegar Friedrich por correo.

Sacó de un cajón una vela y un mixto. Antes de encenderlo pensó en el coronel Pural y en lo que le había contado sobre el fósforo y los peligros que corría quedándose a vivir en Italia.

Se miró en el espejo, pletórico de orgullo.

—¡Soy un César!

Encendió otro mixto e inhaló su humo venenoso mientras se observaba acariciándose la cabeza con la punta del dedo como si estuviera siguiendo el curso de un pensamiento, que se materializó en sus labios con esta frase:

—Envenenado como un César.

Expulsó su imagen del espejo y se dejó caer en el diván.

No debí acudir a la fiesta de los *volkisch*. ¡Cómo pude ser tan ingenuo y desprevenido!

Su cabeza..., siempre puesta en sus escritos..., su distracción..., su excesiva fe en su hermana y en sus amistades..., su poca preocupación por sí mismo...

Llamaron a la puerta.

—¡Adelante!

—Profesor... —La voz tímida de la señorita Irene se abrió paso por la puerta entreabierta—. Frente al portal, hay un carruaje que os está esperando.

Friedrich dio un paso hacia ella y tosió antes de articular con tono sosegado:

—Dígale que ya bajo.

—Muy bien —respondió Irene, pero sin retirar la cabeza de la rendija de la puerta.

—¿Qué ocurre, señorita? ¿Le preocupa algo? —preguntó Friedrich sin mirarla.

—Nunca os ausentáis a estas horas.

Su tono cohibido y atrevido al mismo tiempo era sin duda producto de su sincera preocupación por la integridad física del profesor. Éste contestó enseguida diciendo que no había motivo alguno para preocuparse, que lo habían invitado unas personas de paso por Turín y que, a pesar de su aversión a este tipo de compromisos, había decidido someterse por una vez a la voluntad de los acontecimientos y pasar una velada en compañía de viejos amigos de su familia, como haría cualquier persona normal.

La señorita Irene no quedó del todo tranquila.

—¡Ah, no sabe cuánto me alegra! —expresó mientras el rubor afluía a sus mejillas—. ¡Espero que se divierta mucho!

Friedrich se puso el paletó de manera expeditiva, metió las lentes en un bolsillo, recogió su bastón nuevo y salió de la habitación.

—Seguro que me voy a divertir, *madamin*. De todos modos, gracias por su amable aprensión. La valoro en sumo grado.

Irene lo acompañó hasta la puerta. Estaba muy preocupada, pero no podía impedirle salir. No dijo ninguna palabra más por miedo a romper a llorar, y lo saludó con un abrazo apresurado pero fuerte.

De espaldas a la pared, inmóvil y temblando en medio de la perenne oscuridad del porche, Prospero miraba ora la puerta de la casa de la señora Maria ora el punto en el que había encontrado al hombre luminoso.

Presa del pánico, aterrorizado de sólo pensar en poner los pies en su casa, no podía hacer otra cosa que arrimarse lo más posible a la pared húmeda y, no contento con esto, mirar hacia atrás cada cierto tiempo.

¿Y si dentro lo estaba esperando un asesino?

Miró al precinto colocado por los *carabinieri* delante de la casa de Maria. Cerró los ojos y se representó la escena de los gatos destrozándole el cuello con las uñas.

Horrorizado y sollozando, se arrodilló y miró de nuevo a la puerta de su casa.

No tenía valor para entrar; imposible hacerlo en aquel momento. Había pensado entrar a toda prisa, coger lo imprescindible —un trozo de queso, un salchichón, un libro— e irse de allí corriendo para pasar otra noche al raso: debajo de un puente o en el banco de un parque. No llovía. No era una perspectiva muy halagüeña, pero sin duda mucho mejor que correr el riesgo de acabar como la señora Maria.

Pero ¿por qué se empeñaba en pensar que lo estaba esperando un asesino? Además, ¿por qué habían precintado el apartamento si lo habían encontrado cerrado por dentro? Todo hacía pensar que la señora Maria se había caído ella sola, golpeándose la cabeza. El asesino no habría podido salir más que por la puerta, pues el apartamento de Maria era como el suyo: no tenía ventanas que dieran a la parte trasera, sólo una ventana que daba a la fachada —justo al lado de la entrada—, la cual también estaba cerrada por dentro.

Se concentró en los ruidos del patio y no oyó maullar ni un solo gato. Tal vez los habían sacado de allí los *carabinieri*.

Pero ¿dónde se encontraba ahora el cuerpo de la señora Maria? ¿Quién había pagado sus exequias?

¿Tenía dinero, acaso?

Tal vez era una de esas viejas que guardan el dinero debajo del colchón, que llevan una vida miserable pero, precisamente por ello, acumulan grandes riquezas.

¿Por qué no entrar en la casa de Maria en vez de en la suya propia? Allí seguro que no había nadie. El precinto intacto era la mejor prueba. De paso, miraría debajo del colchón, a ver si encontraba algo de dinero.

Lo pensó con tal convicción que el corazón empezó a latirle de manera desenfrenada. Miró a las ventanas de arriba para ver si estaba asomado el fisgón de turno. Se armó de valor.

Estaba decidido.

Sólo faltaba dar la orden a las piernas para que echaran a andar.

A los pies para que se despegaran del suelo.

Y a las manos para que se despegaran de la pared.

Pero siguió donde estaba, escudándose en que habrían limpiado el apartamento y ya no encontraría dinero ni nada que llevarse a la boca, ni tampoco un buen libro que poder leer a la luz de una farola.

El cansancio sacó partido de su indecisión: las piernas empezaron a flaquearle y, poco a poco, el sueño acabó venciendo al miedo.

—Aquí no se ve nada —protestó Friedrich moviendo la cabeza en la oscuridad, como un periscopio.

—Lo siento. Ya viene. Pero siga hablando, por favor.

—Como iba diciendo, para el cristianismo Dios se hizo hombre, pero para mí es el hombre quien debe hacerse dios. Para el cristianismo, lo divino se encuentra en la persona enferma, débil, sufriente; para mí, se encuentra en la persona sana, fuerte, gozosa. Hay quien me dice: «Tú sólo sabes criticar, razonar, observar la vida, pero no sabes ayudar al hombre a comprender el sentido...».

El crujido del picaporte lo interrumpió.

—¡Disculpe, coronel! —Coretti entró jadeando con un farol en la mano. Lo colocó en el centro de la mesa. Las sombras empezaron a bailar sobre las paredes, y los rostros de los tres se reflejaron en los cristales de la ventana.

—Gracias, teniente.

Coretti chocó los talones y salió.

—Un buen muchacho —comentó Friedrich.

—Sí, a veces demasiado incluso.

—¿Cómo es que no hay lámparas de gas aquí?

—Ha habido una avería. La instalación se va a reparar lo antes posible.

—Y bien, coronel... —Friedrich movió una silla y se sentó junto a la mesa—. ¿Qué era eso tan interesante que me quería enseñar?

Se miraron más allá del farol, los rostros deformados por el resplandor caliente que fluctuaba suavemente.

—Lo hemos interrumpido, profesor. Estaba diciendo algo acerca del cristianismo...

—No importa. Quiero ver eso.

Pural sacó algo de un cajón del escritorio y lo puso sobre la mesa.

Friedrich se esforzó por ver el objeto.

—Nada, estoy más ciego que un topo.

—Ya, ya lo sé. —Pural se acomodó en la silla y empezó a enroscarse el bigote por la punta—. Yo sé todo de usted.

—Eso no es posible —objetó Friedrich con una mueca burlona—. La mayor parte de mí está todavía por suceder. —Apoyó los codos en la mesa y se inclinó hacia delante—. Pero vayamos al grano. ¿Qué es exactamente eso que tiene entre las manos?

Pural quitó la tapadera de una cajita de madera y extrajo un trozo de pergamino.

—Se trata de esta bolita de papel. —La desplegó y deslizó sobre la mesa hacia donde estaba Friedrich.

Pero Friedrich no la veía bien; la cogió con una mano mientras con la otra se palpaba el pecho en busca de las lentes.

Pero ya las tenía puestas. Se acercó el farol e intentó leer.

—¿Conoce esa escritura? —preguntó Pural levantándose y colocándose a su espalda.

—Sí —contestó Friedrich—. Esas letras son runas.

—Runas... —Para invitar a Friedrich a decir más, Pural pronunció aquella palabra como si lo hubiera hecho por primera vez.

—Un alfabeto nórdico, coronel.

—¿Entiende lo que está escrito?

—Bueno... No soy experto en la materia, pero... —Tocó cada letra con la punta del índice—. E...

Pural agarró la lámpara e iluminó mejor.

—C...

—Otra C —estatuyó Pural leyendo a espaldas de Friedrich, el cual asintió mientras seguía repasando las letras.

—E... —No veía bien. Entre las lentes que estaban sucias, la poca luz, las tachaduras sobre el pergamino...

—H —lo ayudó Pural.

—Pero si las sabe leer —se quejó Friedrich—, ¿por qué me pide a mí que las lea?

—Está escrito *ecce homo*, profesor.

Friedrich se sobresaltó y casi cayó de la silla.

—¿*Ecce homo*? —exclamó atónito. El trocito de papel que tenía entre los dedos era la apabullante confirmación: estaba escrito *ecce homo*.

—¿Le dice algo, profesor?

—¿Que si me dice algo? —Dejó caer el trozo de pergamino manchado de tinta y sangre—. ¡*Ecce homo* es el título de mi último libro! —exclamó Friedrich con voz queda y monótona, la mente distante—. Mi autobiografía.

—¿Una autobiografía a los cuarenta y cuatro años?

—Es libre de opinar lo que quiera, pero le garantizo que cuando lo haya leído nada le parecerá ya como antes.

—Juan 19, 5 —recitó Pural—. «*Ecce homo*, He aquí el hombre», fueron las palabras pronunciadas por Poncio Pilatos cuando les mostró Jesús a los judíos después de la flagelación, dando a entender así que había hecho lo que le pedían.

Friedrich asintió con la cabeza.

—Los evangelios cuentan que Pilatos lo mandó flagelar, pese a considerarlo inocente, por la insistencia de los judíos y que, después de mandarlo flagelar, lo mostró en público pronunciando esas dos palabras. —Apartó el farol que pendía de la mano de Pural y lo miró a la cara—. ¡He aquí el hombre! Miradlo bien. Lo he castigado tal y como me habíais pedido.

—Pero a los judíos no les bastó con la flagelación —glosó Pural.

—Lo querían muerto.

—Y Pilatos lo mandó crucificar.

En la pared del despacho, iluminada por una claridad naranja y tapizada de sombras, se alzó de repente la silueta de Friedrich moviendo las manos en el aire.

—¿Dónde lo ha encontrado?

—Han asesinado a un cardenal y estragado su cuerpo de manera espantosa. — Calló. Se acercó a la ventana y espiró fatigosamente.

—Sí, pero ¿dónde estaba este papel? —Friedrich se acercó también a la ventana y le devolvió el trozo de papel—. ¿Qué relación tiene con esa historia del cardenal?

Pural contestó con tono grave:

—Lo saqué yo personalmente de una de las cavidades oculares del cadáver de su eminencia.

Un escalofrío violento tensó los músculos de Friedrich. No sabía qué decir. No sabía qué pensar. Empezó a barajar hipótesis y a descartarlas antes incluso de ponerlas a examen mientras paseaba nerviosamente alrededor de la mesa resoplando y balbuciendo extrañas interjecciones.

—La otra cavidad ocular —prosiguió Pural— la llenaron de excrementos.

La cabeza inclinada y las manos detrás de la espalda, Friedrich seguía caminando alrededor de la mesa sin dejar de farfullar.

—Lo vaciaron, como si fueran a embalsamarlo.

—¡Coronel Pural! —La voz de Friedrich vibró en la oscuridad llenando todos los rincones de la estancia—. No me gustaría que usted pensara que yo tengo algo que ver con este suceso tan terrible sólo porque odio a los curas y he escrito un libro titulado *Ecce homo*. —Su figura era curva sobre el globo de luz generado por la lámpara; unos anillos de oscuridad ceñían sus ojos desorbitados.

—No. —Pural suspiró y se le acercó para invitarlo a sentarse—. Puede estar tranquilo, profesor. No lo pienso en absoluto.

Un sonido profundo vibró más allá de los labios cerrados de Friedrich.

—No le he quitado el ojo desde que puso el pie en Turín por primera vez, y nadie sabe mejor que yo lo inocuo e inocente que es usted. Sus ideas me parecen incluso razonables y considero algunos de sus escritos auténticas obras maestras.

—¿Algunos? —protestó Friedrich. Pero lo que tenía realmente importancia en aquel momento era poder explicar que hubieran introducido en el ojo de un cadáver el título de su último libro. En el ojo de un cardenal.

Una situación tremenda.

Visiblemente apesadumbrado, trató de razonar deprisa.

—Las palabras *ecce homo* han sido desde siempre expresión del odio de los cristianos a los hebreos. Los hebreos no creyeron en Cristo, y mataron a Dios.

—Lo escucho, profesor —articuló Pural—. Prosiga.

—Quien mató al cardenal firmó su homicidio con este papel. Podría ser el mensaje de alguien, tal vez de un fundamentalista hebreo, dirigido a la Iglesia de

Roma. —Tomó de nuevo el pergamino y lo relejó con atención—. Pero ¿por qué un judío iba a escribir con runas, el alfabeto favorito de los antisemitas alemanes, los *volkisch*? —Estuvo meditando un buen rato, mientras Pural lo miraba con gesto confiado.

—Si la víctima fuera un hebreo, me inclinaría a pensar que el asesino es un integrista cristiano; pero en este caso la víctima, como se puede ver, no es un hebreo. Las runas me habrían hecho pensar en la obra de un fanático cristiano de extrema derecha movido por las mismas ideas que mueven a mi hermana: la superioridad de la raza blanca indoeuropea, la impureza de la semita, etcétera. —Lo miró directamente a los ojos—. ¿No ha oído hablar nunca de esas ideas extrañas, de la antroposofía, de la mítica Thule, de Agharti?

—Sí, claro —contestó Pural.

—Y si menciono el gnosticismo, ¿se le enciende algo en la mente?

—He tratado de documentarme lo más posible, pero he de confesar que esto sigue siendo para mí un caso oscuro a más no poder.

Friedrich se oprimió la cabeza con las manos y apoyó los codos sobre las rodillas.

—Nada más coherente, nada más incoherente, coronel Pural. Podría tratarse de un contubernio entre antisemitas alemanes y fundamentalistas cristianos, considerados herejes por su radicalismo. A los primeros los conozco un poco, por desgracia. En cualquier caso, aunque estos movimientos presentan constantemente formas nuevas, estamos ante una disputa que viene de muy antiguo: ante una batalla cósmica, me atrevería a decir.

—Estoy convencido, profesor Nietzsche, de que es consciente de encontrarse en el centro de este conflicto. Su nombre sale a relucir en muchas partes, y su pensamiento es saludado como un evangelio en los ambientes antisemitas.

—Yo me he distanciado.

—Si lo ha hecho, no ha sido con la suficiente claridad, profesor.

—Tienen miedo precisamente de esto, coronel. Les horroriza la idea de que yo pueda echar por tierra todo. Pero yo diré claramente lo que pienso de los alemanes, lo mucho que los desprecio y la gratitud que siento, en cambio, hacia la comunidad hebrea, la cual se ha mostrado muy amable conmigo. —Hizo una larga pausa, cogió de nuevo el trozo de papel y volvió a reflexionar.

Callaron. Reinó un gran silencio.

Después se oyeron largos ululatos de perros y cantos de aves rapaces entre ramas zarandeadas por el viento. La noche aprovechó su absorto mutismo para dejar oír las voces de las tinieblas.

—Tal vez la explicación esté en otra parte —prorrumpió Friedrich retirando la mirada de la superficie de la mesa—. El cristianismo es un caleidoscopio de estupideces, coronel. Es una religión plagada de credos diferentes, que se profesan un odio recíproco. Ni siquiera el catolicismo es un bloque único, uniforme.

—El cardenal Martini —le informó Pural— era un personaje que estaba en boca

de todos, un mujeriego, un pecador empedernido. Una persona influyente y con mucho dinero.

—Eso podría explicar su asesinato por parte de otro cristiano, un extremista católico. Pero ¿por qué habría escrito entonces *ecce homo*?

Pural lanzó una hipótesis:

—Tal vez para recordar que la conducta del pobre cardenal no era digna de la pasión de Cristo.

—Sí, podría ser —articuló Friedrich sin demasiada convicción—. ¿Ha dicho que en el otro ojo le habían metido excremento?

—Así es —respondió Pural—. No cabe duda de que se trata de un ultraje. Un gesto de extremo desprecio.

—Me gustaría poder decir «me rindo», coronel. —Friedrich suspiró mientras se incorporaba lentamente—. Pero no puedo. Mire, si a un sabio se le plantea un enigma, debe encontrar la solución. Es como si le fuera la vida en ello. Es la ley de Apolo. Homero murió de pesar al no haber sabido resolver un enigma. —Friedrich pintó la escena en el aire con los dedos—. No supo de qué estaban hablando unos rapaces que le dijeron mientras se espulgaban: «Dejamos lo que hemos tomado y nos llevamos lo que hemos dejado».

—¿Y qué quiere decir? —preguntó Pural tras pensar un poco, ansioso por conocer la solución de aquel acertijo.

—Quiere decir que si no resuelvo el enigma que me ha planteado usted esta noche, coronel, moriré o me volveré tan loco que más me valdría haberme muerto.

—No es un enigma planteado sólo a usted, profesor. —Se señaló a sí mismo y extendió los brazos—. Este enigma me está quitando el sueño también a mí, a los *Carabinieri*, a todos.

—*Ecce homo* es el título de mi autobiografía. En cierto modo, es un mensaje dirigido a mí: de parte de quién y por qué, eso no tiene ninguna importancia; la verdad coincide con los hechos, mi querido coronel.

La sonrisa abandonó el rostro de Pural cual ola espumeante que abandona la playa, descubriendo una expresión triste.

—Pero el homicidio del cardenal —enunció— no es el único hecho del que le quería hablar. En estos últimos meses han ocurrido muchas cosas, la mayoría de las cuales carece aún de una explicación aceptable. Cosas muy extrañas, profesor.

Un búho se puso a cantar.

—¿Qué cosas, si se puede saber?

—Numerosos recién nacidos han desaparecido de sus cunas. Por ahora, la gente baraja la hipótesis de que se trata de secuestros perpetrados por gitanos, hipótesis que se vería reforzada por su fuga en masa de la ciudad. Pero yo estoy seguro de que ellos no tienen nada que ver. —Pural se pasó las manos por la cabeza—. O sea, que todavía desconocemos el paradero de estos niños.

Veía a Lidia en cada una de aquellas pequeñas víctimas. Creyó que lo volvían a

llamar desde el antro de su pesadilla. Siguió hablando de los niños desaparecidos con la mirada ausente y los labios pálidos, insistiendo en cuánto le habría gustado hacer algo por encontrarlos, por salvarlos..., hasta que finalmente las lágrimas se abrieron paso entre sus párpados endurecidos.

Al verlo, Friedrich sintió una sincera compasión hacia él.

—¿Algo lo turba, coronel?

—No es nada. —Se restregó la nariz con un pañuelo—. Una vieja historia, no me haga caso —apostilló dando así carpetazo al asunto—. Ah, también hay un extraño personaje circulando por el subsuelo.

—Ah, esa historia me gusta —exclamó Friedrich dando un golpe con las manos—. Sí, me gusta. —Se volvió de repente hacia Pural, dejándole ver la luz que repentinamente se había encendido en su mirada—. El barón von Hermann y su hatajo de *volkisch*... —Resopló batiendo de nuevo las manos y basculando el busto—. Están convencidos de que hay supervivientes de una raza superior en el subsuelo. Todo forma parte de su extraña teoría. —Apuntó con el dedo a la superficie de la mesa—. Creen que el interior de la Tierra está recorrido por una infinidad de canales que unen todas las partes del globo, y que en el subsuelo vive el Rey del Mundo. Además, escriben con runas y evocan a los dioses de los antiguos germanos. No lo dude, coronel, no hay mayor sospechoso que el barón von Hermann. ¿Sabe? Me habló de varias cosas...

—¿De qué cosas?

—Del futuro de Alemania y de un nuevo cristianismo de inspiración gnóstica con el que gobernar a las masas: delirios de loco. Es el loco al que andan buscando, no me cabe la menor duda. Él y la víbora de mi hermana. Pero hábleme de ese individuo salido del subsuelo.

—He mandado rastrear los canales, las cloacas y toda la red subterránea de la ciudad; pero por ahora no han encontrado nada.

—¿Qué sabe sobre esa extraña persona?

—Que reluce.

Los ojos de Friedrich devinieron en sendas ampollas blancas a punto de estallar.

—Sí, ha oído bien. Hay un testigo que dice haber visto a un hombre que brillaba en la oscuridad. Dice haberlo tocado, incluso.

Friedrich, la barbilla en la mano, asentía con sumo interés.

—Pero eso no es todo. Le voy a mostrar lo que me dio el susodicho testigo. —Pural sacó un pequeño objeto del cajón del escritorio y se lo entregó.

—¿Qué es? —preguntó Friedrich impaciente.

—El calcetín de un bebé —respondió Pural mientras el otro ya se había puesto a analizar el contenido.

Lo sopesó.

—No parece oro...

—No, es bronce. Un pequeño sello o marchamo sin mango, parecido a los que se

usan para lacrar, con una minúscula serpiente en altorrelieve. Imagino que la empuñadura necesaria para usarlo la tienen los de esa organización.

Friedrich confirmó que el altorrelieve era la figura de una serpiente.

—Sin duda se trata de un símbolo...

—Usted tiene un bastón en el que aparece la figura de una serpiente enroscada a un sol de oro, ¿no es cierto?

—Así es —confirmó Friedrich, atónito y fascinado ante lo complicado del enigma que le se planteaba.

—Y, por si no bastara todo ello, el testigo, el único que ha conseguido ver de cerca a uno de esos hombres luminiscentes e incluso tocarlo, es un conocido suyo, *Herr Professor*. Lo ve todos los días. Una de las pocas personas con las que habla cuando va al café Giardino.

Reflexionó unos segundos, y después, asombrado, exclamó:

—¿Prospero?

—Sí, Prospero —confirmó Pural—. Es algo que no consigo explicarme. —Se puso a caminar por el despacho gesticulando—. Qué curioso, profesor, lo tengo a usted vigilado día y noche, cualquier desplazamiento suyo queda registrado; pero sobre todo sé cómo pasa sus días aquí, en Turín: todos igual, con suma reserva, casi enteramente dedicados al trabajo y a los indefectibles paseos. Y, sin embargo, no consigo comprender cómo puede estar usted implicado en semejante asunto. Desde luego, debo reconocer que existes asombrosas coincidencias.

—Pues sí, yo también debo reconocerlo.

—Pero eso no es todo.

—¿Todavía hay más?

—Hemos encontrado a dos de los bebés secuestrados.

Friedrich se irguió de pura alegría.

—¿Cuándo? —exclamó impaciente—. ¿Dónde?

—Hace unos días, en el río. Muertos de una manera horrible.

—No. —Friedrich sacudió la cabeza de rabia—. ¡No puede ser, no es posible! —Propinó unas patadas al suelo.

—El forense ha encontrado cosas muy raras en sus cuerpecitos martirizados. Tienen marcados en la piel los dedos de unas personas adultas que debieron apretarlos fuertemente durante mucho tiempo. También les aplicaron fuego: presentan graves quemaduras, especialmente en la parte posterior del cuerpo. —Pural suspiró mirando a Friedrich a los ojos—. Espero que también pueda aportar usted alguna luz sobre este caso. —Le pasó una cuartilla—. Es el dibujo que ha hecho el forense del símbolo que tienen los niños detrás del lóbulo de la oreja derecha. Otra vez una serpiente.

—Una serpiente... —murmuró Friedrich acercando el dibujo a la luz—. Detrás del lóbulo derecho, ha dicho... —agregó tocándoselo.

—Así es. Marcada con hierro candente. La presentaban los dos cadáveres. Y

marcada estando aún vivos.

—Horrible, horrendo... —Friedrich enumeró varios sinónimos más.

—El dibujo del sello que encontró Prospero en el bolsillo de aquel hombre corresponde plenamente. ¿Le dice algo una serpiente marcada detrás de la oreja?

—No sabría qué decir —respondió Friedrich indignado, como si fuera una pregunta inoportuna frente a tanto horror.

—Reflexione un poco: una serpiente como la que se enrosca en el puño de su bastón.

—Los *carpocracianos* —pensó en voz alta—. Una antigua secta gnóstica... Sus seguidores llevaban una serpiente marcada con hierro candente detrás del lóbulo de la oreja.

—¿Una marca como la de los niños?

—Difícil asegurarlo, pero creo que sí. Muchas sectas cristianas de los orígenes marcaban con fuego las orejas de los bautizados, convencidos de que así seguían el verdadero ejemplo de Cristo, a tenor de las palabras de Juan Bautista: «Yo os bautizo con agua, pero quien viene detrás de mí os bautizará con el espíritu y con el fuego».

Durante unos instantes, Pural sintió el corazón en la garganta.

—¿Qué más sabe? Antes dijo que el barón von Hermann le había hablado de un cristianismo de inspiración gnóstica.

—Los *volkisch* van por ahí hablando de un cristianismo de los orígenes... ¿Sabe que Richard Wagner, el gran compositor amigo íntimo mío, fallecido hace poco, era un rosacruz? ¿Comprende ahora por qué estoy aquí en Turín, yo solo? —Le tocó el brazo y susurró—: Si quiere un consejo, espíe al barón y a los *volkisch* que circulan por aquí, en Italia. Tal vez su investigación termine también con la orden de detención de mi hermana y de su víctima predilecta, su marido Bernhard.

—Ya veré lo que se puede hacer. El barón von Hermann es un extranjero se mueve como pez en el agua por las altas esferas; no será nada fácil. —Suspiró y miró al reloj—. Ya lo he entretenido demasiado. Me ha sido de gran ayuda, profesor. Le estoy muy agradecido. ¿Volveremos a vernos?

—Con mucho gusto —respondió Friedrich incorporándose—. Entre tanto, intentaré estrujarme el cerebro. —Se puso el abrigo y esperó a que Pural le abriera la puerta.

—Le pido la máxima discreción.

Asintió con los ojos solemnemente cerrados.

—Le haré saber cuándo nos volvemos a ver. Le mandaré un carruaje a la misma hora que hoy.

Respondió que le parecía bien, aunque él habría preferido bajo los soportales de *via Po*.

Pural le agarró una mano.

—Esos niños son mi gran prioridad, profesor. El resto sólo me interesa porque podría existir una relación. Quiero echarles el guante a los secuestradores, a los

asesinos. Quiero verlos colgados de la horca. Y no renuncio a la idea de que se pueda hacer algo también para encontrar a los otros bebés, con un poco de suerte todavía vivos.

—De acuerdo.

—¡Coretti!

El picaporte chirrió dos segundos después.

—Sí, mi coronel.

—Llama a alguien para que acompañe al señor a su casa.

El *carabiniere* le rozó la espalda con la punta del pie.

—¡Eh, tú!

El bulto oscuro pegado a la pared del porche no reaccionó.

—¡Eh, tú!

La respuesta fue un mugido quejumbroso. Después, el que tenía todos los visos de ser un vagabundo se volvió del otro lado y siguió roncando pesadamente.

—¡Levántate, muchacho! —Le plantó una bota en el costado, produciendo un ruido sordo—. ¡Despierta!

Prospero abrió los ojos como platos y retrocedió arrastrándose por el suelo.

—¿Quiénes sois? —profirió reculando más todavía—. ¿Qué queréis? Yo no he hecho nada —balbució aterrorizado, sin saber aún si estaba del todo despierto.

—Somos *carabinieri* —contestó una de las dos siluetas masculinas que tenía encima—. ¿Qué haces aquí?

—Vivo ahí —respondió Prospero tímidamente señalando la puerta de su casa, separada sólo por una ventana del apartamento precintado de Maria—. Justo ahí.

Uno de los dos *carabinieri* se agachó y le tendió la mano.

—Vete a dormir dentro; aquí hace frío. —Se echó vaho en sus guantes de cuero y los frotó.

—Por la noche me da miedo entrar —alegó Prospero mirando hacia su casa—. Han matado a mi vecina. —Agarró la mano del *carabiniere* y dejó que lo ayudara a incorporarse.

—¡Vamos, entra en tu casa, estamos nosotros!

Prospero lanzó una mirada al otro *carabiniere*, que se limitaba a cambiar de pierna de apoyo a intervalos regulares, haciendo tintinear el metal que llevaba encima.

—No hay nadie dentro de la casa, muchacho.

Antes de meter la llave en la cerradura, se volvió. Uno de los dos, zapateando fuerte el suelo, le gritó:

—¡Venga, vamos! ¡Buuu! —Y rio.

Estimado señor Federico:

Esta carta se le debió caer al salir de la oficina de correos. La ha encontrado un señor y la ha entregado a mi papá junto al quiosco de los periódicos.

Buenas noches,
Irene

No recordaba haber retirado más cartas que las que había llevado a casa y leído con el placer habitual. Sin embargo, el rectángulo de papel que sostenía en la mano era más concreto que su memoria, y la curiosidad por leer una carta inesperada, en un horario en el que por lo general eso era un acontecimiento imposible, fue para él más urgente que ponerse a pensar en posibles incongruencias.

No leyó el remitente por mor de la sorpresa, pero la sonrisa se esfumó de los labios en cuanto abrió la carta.

Mi queridísimo hermano:

Espero de todo corazón que esta carta te llegue desde Paraguay a tiempo para desearte unas muy felices navidades.

No hay un solo día, hermano mío, en el que no alce los ojos al cielo y haga votos para que tus días sigan siendo por siempre tales y como los describes en tu última carta. Te imaginaba, te veía mientras te describías: con buen color, elegante, rebosante de ideas y de paz interior, con porte aristocrático...

Te estás convirtiendo en un hombre famoso, y eso me hace sentirme muy orgullosa.

Estoy segura de que la confraternidad del barón von Hermann se ha sentido honrada con tu presencia en la fiesta. Es algo que te agradezco profundamente, pues necesitamos vivamente del apoyo de esas personas. Son muy especiales, Friedrich, y espero que te hayas encontrado a gusto con ellas, pues podrían ser muy útiles, incluso para ti. ¡Verás cuánto empeño ponen en ensalzar tu apellido, nuestro apellido, tus ideas, las de todos nosotros!

Debes cuidarte al máximo. Es importante que te conserves con buena salud a fin de que nadie pueda dudar de la lucidez del divino Zaratustra. Recuerda, Fritz, que eres el profeta de la voluntad de poder: sería indigno de un ario de tu rango no tener fe en las expectativas. Cuídate mucho. Hazme llegar tu dirección. Nadie sabe dónde vives, pero como yo creo conocerte bastante bien, estoy casi segura de que estás alojado cerca de una oficina de correos. He preguntado a tus amigos Overbeck y Gasti, pero tampoco ellos saben dónde vives.

Otra cosa, Fritz, a propósito de las amistades. Gasti me ha hablado de algunas cosas que, según él, se han escrito sobre ti, y que me han dejado, por así decir, un tanto extrañada. El señor Gasti sostiene haber recibido una carta tuya en la que le manifestabas tu intención de dirigirte a la comunidad hebrea (¡escribo esta palabra con el mismo disgusto que estarás sintiendo tú al leerla!).

Asimismo, una amiga íntima mía dice haber oído comentar que Zaratustra frecuenta en Turín a los masones.

Yo ya no le dirijo la palabra. Sé que es una mentirosa. Y, en cuanto a Gasti, puedes considerarlo un traidor.

Aunque Bernhard sabe que lo desprecias, me ha pedido que te mande sus saludos y dice también que le encantaría verte por Paraguay. Está muy orgulloso del trabajo que estamos realizando aquí, en la colonia, aunque a veces lo encuentro muy cansado y demasiado preocupado por el dinero. Nueva Germania no prospera en Paraguay por la naturaleza del terreno, que no se adapta a nuestras técnicas de cultivo; además, los medios de transporte son lentos, dificultosos, y las enfermedades no dan tregua a los campesinos.

Ven a vernos, Friedrich. A pesar de las dificultades, hemos conseguido crear un verdadero paraíso ario, que estoy segura de que te gustaría mucho.

Aquí no se hace otra cosa que repetir: ¡Dios ha muerto! ¡El superhombre está a punto de nacer!

Cuídate mucho, Friedrich.
Tu hermana que te quiere,
Elisabeth

Rompió el sobre para que no quedara ni rastro. Después, la carta se convirtió también en una lluvia de confeti, manchas de papel que se confundían con las vetas blancas y negras del suelo jaspeado de mármol.

Tal vez con la ayuda de una cápsula de polvo de Dover conseguía dormir un poco; de lo contrario, pasaría toda la noche pensando en ese Pural y en su extraño enigma.

Tomó dos: regaliz, opio...

Una gran quietud se apoderó de todas las cosas.

Ya se anunciaba la aurora.

Viernes, 21 de diciembre de 1888

¿Pasos?

Prospero abrió bien los ojos pero no se movió ni un milímetro. Mirando al techo, se reprochaba haberse quedado dormido. ¿Cómo había podido ser tan imprudente? Después se sentó en la cama prestando suma atención (puso toda su alma en los oídos). Tenía el corazón en un puño, y la cabeza le pulsaba tanto que no podía oír con la precisión que le habría gustado. Pero una cosa era segura: aquel ruido acompasado procedía del exterior: sí, eran pasos, tierrecilla triturada por suelas de cuero.

Volvió a aguzar el oído. En aquel momento vio también cómo la noche se iba de su dormitorio mientras las primeras luces del día se filtraban por las rendijas de las contraventanas, empezando a definir el contorno de los objetos.

Pasos de nuevo. Cada vez más próximos.

Asió con fuerza la manta mientras oía que alguien subía los escasos peldaños que conducían a la base del patio.

Algo se deslizaba ahora por delante de la ventana.

¿Una nube?

Una sombra más allá del cristal.

Se levantó sin hacer ruido y, conteniendo la respiración, avanzó de puntillas hasta la cocina, tiró de un cajón tratando de no hacer tintinear los cubiertos que contenía y sacó un cuchillo de cortar carne. Sin cerrar el cajón, volvió a la otra —y única— habitación de la casa.

El cuchillo le abría paso en medio de la penumbra. Vio delante de la ventana una figura oscura cuyos contornos pudo distinguir con nitidez.

No era una nube.

—¡Quién está ahí! —gritó.

El espectro oscuro se desplazó sin responder; alrededor de Prospero, todo se iluminó.

—¿Quién es? —repitió pegándose al marco de la puerta y afinando el oído—. ¡Ay, Dios mío! —susurró observando la hoja del cuchillo que le temblaba en una mano y oyendo pasos cada vez más cerca—. ¡Quién es! —aulló con una rabia que más que producir temor delataba su propio miedo.

Silencio, y de nuevo pies arrastrándose por el suelo.

Respiró profundamente tratando de mantener la calma.

Debía pensar, pero no podía expulsar de la mente la idea de que se trataba del asesino de la señora Maria, que ahora había venido por él. Inspirar y espirar despacio no le sirvió de mucho; pensar que a la señora Maria no la había matado nadie,

tampoco. Podía haber sido un espíritu maligno. Se convenció a sí mismo de que sólo una posesión demoníaca podía explicar la piel fosforescente de aquel extraño individuo, la cadena en la puerta, el precinto...

¿Y si el diablo había pasado de su cuerpo al de Maria?

No estaba muerto, tal y como le había parecido al principio; era obvio que se había movido: no había sido una ilusión fruto del miedo. Eso explicaba la ausencia del cuerpo a la mañana siguiente. El hombre había perdido simplemente el conocimiento, marchándose de allí en cuanto lo hubo recobrado.

Allí estaba. Había vuelto para coger sus cosas. Estaba ahí fuera. Era el diablo en persona.

Ahora oía una respiración afanosa, maligna, a menos de un metro de su oído. Le entró un escalofrío. Era como si, en la otra parte, el hombre tuviera la cabeza pegada a la puerta. Sólo el espesor de aquella madera carcomida lo separaba de la muerte.

Con los dedos acorchados apretó el puño del cuchillo mientras se esforzaba por recordar alguna oración. Era un momento propicio para el arrepentimiento.

Vio que el picaporte empezaba a girar.

Su espalda empezó a bajar a lo largo del marco; temblando, se quedó agachado. Ordenó a los labios articular de nuevo «¿Quién está ahí?», pero el miedo lo había dejado afónico.

—Padre nuestro —empezó— que estás en los cielos... —Entrecerró los ojos—. Santificado sea tu nombre.

De repente, la respiración afanosa se apartó de la puerta. ¿Tan eficaz era la oración? Oyó que los pasos se alejaban.

¿Más eficaz que la magia?

Sin salir de su pasmo, abrió los ojos. Se sacudió y empuñó el picaporte. Abrió. Afortunadamente, era demasiado tarde: sólo consiguió divisar el borde de una chaqueta oscura de paño antes de que desapareciera definitivamente tras la esquina del porche. Corrió hasta la calle, miró a derecha e izquierda, pero no vio a nadie. Fuera quien fuera, se había volatilizado, engullido por la nada.

Volvió sobre sus pasos sacudiendo la cabeza y jadeando. No sabía qué lo asombraba más, si la eficacia de la oración o la certeza de verse aún entero, vivo.

Miró hacia las ventanas de arriba.

Seguro que alguien lo estaba observando y llamando a los demás vecinos para que se asomaran deprisa a contemplar a un loco paseándose descalzo por el patio, en calzones de dormir, con un cuchillo largo en la mano.

Días oscuros en Turín. La muerte como respuesta a la muerte. Nunca se había ejecutado con tanta frecuencia la pena capital. Reos descuartizados, ahorcados, guillotizados, mutilados, torturados..., una serie sin fin. Era lo único que sabían hacer las autoridades para aplacar la ira de los ciudadanos como quiera que se veían incapaces para encontrar a los culpables del secuestro de innumerables recién nacidos y de otros muchos actos violentos, entre ellos la muerte del cardenal Martini, la cual, a pesar de la reserva mantenida por la curia, no se había podido mantener oculta al ojo siempre vigilante de la prensa.

La población estaba indignada por todo lo que iba sabiendo. Los periódicos se habían hecho eco de la situación reinante con tono muy airado. Después de misa, los feligreses se quedaban en el porche de la iglesia hablando de la caza del delincuente.

Cada día resultaba más evidente por qué no había quedado ni un solo gitano en la ciudad: tras hacer un abundante acopio de bebés, habían huido para evitar ser linchados.

Eran muchos los que tenían miedo: las madres, los padres, los clérigos... Y los demás tampoco vivían demasiado tranquilos.

Desde hacía varios meses, lo primero que hacía la gente por la mañana era ir corriendo a informarse sobre lo último que había pasado; y, una vez informada, se quedaba muda.

¿Qué más se podía decir?

Aquello era el infierno.

Pero, de todo aquel ruido, sólo un leve eco llegaba hasta el espacioso y musical salón de *madame Adam*.

Madame tocaba el piano acariciando las teclas suavemente, como si las notas fueran pompas de jabón que no había que romper para que siguieran suspendidas en el aire el mayor tiempo posible.

—Tenéis una visita, condesa —anunció con ternura una camarera.

El pecho erguido, la mano deslizada entre los botones del abrigo, Friedrich se apartó de la puerta de la antecámara, donde estaba espiando.

¿Una condesa?

—Por favor, podéis entrar —lo invitó la camarera abriendo una gran puerta de cristal.

En el centro de la amplia estancia, junto a un piano de cola negro, lo esperaba el dorso de la mano de *madame Adam*.

—¿Qué hace usted aquí?

Friedrich tomó sus dedos aún temblorosos por haber tocado, perfumados de música y con un leve aroma a vainilla.

—Es un placer, *madame*. No he podido resistir a la tentación de volver a verla. — Hizo como que se acariciaba el mostacho, aunque en realidad era una excusa para esconderse detrás de la mano—. Lo que ocurrió entre nosotros en la fiesta —agregó—, espero que no sea en absoluto motivo de turbación.

Madame volvió a sentarse y se puso a arpeggiar.

—¿Turbación? ¡Pero qué dice! Sólo que... no recuerdo haberle dado mi dirección.

—¿Me da su permiso? —Friedrich se sentó a su lado y se puso a tocar él también—. No me la dio, en efecto.

—¿Quién lo hizo, entonces?

Escamoteó la pregunta.

—Me divertí mucho en el castillo del barón.

—Los participantes en ciertas fiestas tienen el deber de observar la máxima reserva.

Friedrich retiró los dedos de las teclas. Tras unos minutos admirando su perfil delicado, seductor, iluminado a contraluz por la ventana, se convenció definitivamente de que era su deber ponerla en guardia.

—No debería frecuentar a cierta gente.

—¿No fue debidamente acogido? —preguntó *madame* esparciendo notas sobre el teclado con los ojos cerrados—. Ha dicho que se divirtió mucho.

—Sí, pero sólo gracias a usted.

—Yo formo parte de las personas que tanto desprecia usted.

—No me lo creo, *madame*. Los *volkisch* son unos locos. De acuerdo, no niego que saben divertirse. Sí, fue una fiesta estupenda. No niego tampoco que sus ideas tengan muchas cosas buenas: no en vano me consideran un mentor. Pero me han malentendido. Yo estoy de parte de la ciencia y del saber, no de la magia. ¡Yo no me considero superior por el solo hecho de ser alemán! ¡Qué locura! Cualquiera, incluidos los arios, aun suponiendo que exista semejante raza, puede resultar ser un individuo estúpido, vil, decadente. La historia de Alemania lo demuestra. Lutero lo demuestra; el estúpido *Reich* que tenemos desde hace dieciocho años lo demuestra. Los alemanes no son mejores que nadie. En mis obras yo hablo de ideas que hay que abatir y de hombres que hay que cambiar y mejorar, no de razas que haya que exterminar o sangre que purificar. Yo soy un escéptico que practica su sarcasmo y pretende aniquilar una religión y una civilización, no un mesías del *volk*. Esté bien alerta, *madame*, pues usted no es alemana y, aunque sus rasgos sean vagamente arios, no tiene nada de la típica mujer nórdica. Llegado el momento, la estúpida megalomanía de esa gente se ensañará también con usted.

Madame se desplazó hacia las notas más agudas, obligando a Friedrich a dejarle libre todo el taburete.

—¿Y bien? —profirió con gesto altivo y distanciado.

—Dejo a usted que saque las conclusiones. Yo sólo quería hacerle saber quién se

oculta detrás de las máscaras de Thor, Odín, Baldur y Frigga, de los guerreros sajones y de otros parecidos engendros de su fantasía. Los *volkisch* que usted frecuenta se han metido en la cabeza unas ideas cuanto menos enfermizas. Tengo motivos para creer que practican cierto culto gnóstico, que se han adherido a una secta secreta aquí en la ciudad, que hacen cosas terribles...

—No lo entiendo —protestó *madame* Adam esforzándose por mantener la calma y escuchar su propia música.

—Como prefiera, condesa —expresó Friedrich dándose por vencido—. Yo sólo quería advertirla, por su propio bien. Usted es muy joven... —Miró alrededor—. Y vive sola...

—Soy la última superviviente de una familia desafortunada.

Friedrich suspiró con resignación y calló.

—Diga, entonces —reanudó *madame* unos segundos después—, ¿qué sabe que yo no sepa a propósito de los amigos del barón von Hermann? —Sus arpegios se desgranaban lentamente.

—No se trata sólo de un grupo de amigos —precisó Friedrich tratando de ser más persuasivo—. Es una red inmensa. Los *volkisch* están por todas partes, en todos los rincones de la Tierra, y se inspiran en grupos ocultistas con ideas muy confusas. Repito: muy confusas. No se deje engañar, *madame*. Pronto los *volkisch* se quitarán la máscara.

Madame retiró las manos del pianoforte y le dirigió la atención. Después, cuando Friedrich volvió a hablar, fue a sentarse en el diván.

—Hace unos meses, nació en Londres el círculo ocultista llamado *Golden Dawn*, o Alba Dorada, ¿no ha tenido conocimiento?

—No —expresó ella impacientada y curiosa al mismo tiempo.

—Se trata de una secta secreta —le informó Friedrich—. Nadie lo sabe. Pero yo, sí. Y tengo buenas razones para sospechar de ese grupo de obsesos compuesto por personas de la alta sociedad y muy influyentes, a causa de las cosas terribles que están sucediendo en Londres últimamente.

Madame se mordió un labio.

—Habla de...

—Hablo de los homicidios rituales atribuidos a ese fantasmal Jack el Destripador.

—¡Oh, Dios mío! —*Madame* se levantó de golpe—. ¿Ha venido aquí para aterrorizarme?

—Escúcheme bien: no frecuente a esas personas. Si conociera a fondo sus ideas demenciales, se alejaría. Practican la magia, están convencidas de que en el Himalaya se encuentran hombres descendientes de la raza aria, de que ésta existe aún y vive en el interior de la Tierra. Creen además que esa raza ha dominado el mundo en el pasado y que eso otorga a los alemanes de hoy el derecho a volver a dominarlo. Allí donde ven una runa —y, cuidado, ellos creen que la esvástica es una runa—, aseguran que en ese lugar han dominado sus antepasados arios y que allí deben volver a

dominar los alemanes. La nobleza y la aristocracia son para ellos mera cuestión de sangre. Según ellos, la raza aria, dueña del poder mágico de las runas, fue corrompida por la sangre hebrea, y a la pérdida de su pureza siguió una drástica disminución de sus poderes sobrehumanos. —La miró fijamente—. Y esto que acabo de decirle, *madame*, es poco comparado con la inmensidad de su locura.

—No veo qué hay de monstruoso en ellos —repuso *madame*—. Tienen unas ideas extrañas; bueno ¿y qué?

—Pues que puede que tengan mucho que ver con la desaparición de los pobres recién nacidos y con el homicidio del cardenal Martini..., y con quién sabe cuántas cosas más.

—Sé que hacen sesiones de espiritismo —concedió *madame* los brazos cruzados, impasible—. Sé también que practican unos rituales antiguos y extraños, pero nunca he tenido la impresión de meterme en cosas que no comprendía. Me llaman cuando tienen necesidad de mí, especialmente cuando celebran una fiesta, pues soy joven y atractiva, y nada más. Usted me habla de cosas cuyo significado se me escapa.

—Es mucho más que una joven atractiva —expresó Friedrich.

Madame miró a la pared y después al suelo fingiendo timidez.

—Yo no sé nada de esas cosas que usted me está contando, *Herr Nietzsche*. Yo sólo velo por mis intereses. Después de todo, aún no tengo marido y, a pesar de las apariencias, no nado precisamente en oro.

—He oído decir que su padre, el señor Carlo Adam, era un hombre muy rico.

—Lo era.

—Poseía fábricas de mixtos, si no estoy mal informado.

—¿Y bien?

—Pues..., supongo que usted conoce los efectos del fósforo blanco en el cuerpo humano.

—No sé de qué me está hablando.

—Se habla de que ronda por la ciudad cierto hombre luminiscente.

Madame posó las manos sobre el regazo, bajó la mirada sólo dos segundos y a continuación dijo con altanería:

—Usted piensa sin duda que yo soy de algún modo responsable de la muerte de esos niños, pero un día cambiará de opinión. Yo estoy convencida de que existe una justicia al final de los tiempos, y entonces quien deba saber lo que he hecho lo sabrá.

Friedrich cruzó las piernas y la miró.

—¿Qué quiere decir?

Pero ella miró con desenvoltura al reloj de pared para hacerle comprender que había llegado el momento de dejar de molestarla.

—No, nada. No quiero decir absolutamente nada. Ya he hablado demasiado.

Él la secundó.

—Bien, ahora debo marcharme, *madame*.

—Profesor, le ruego que mantenga cerrada la boca.

—Tiene mi palabra, pero ¿con respecto a qué?

—Yo no he tenido nunca el honor de recibir en esta casa a un tal profesor Nietzsche.

—¿Y por qué debería usted negar esto?

—No quiero líos.

—Yo puedo protegerla.

Lo empujó hacia la puerta.

—No es necesario, gracias.

—¿Puedo pedirle al menos que cenemos juntos un día de éstos?

El portazo a sus espaldas —un sonido seco y definitivo— le dijo claramente que no.

En el cuartel se había presentado un joven, un estudiante sin blanca que afirmaba haber visto a una mujer arrojar algo al río Dora la madrugada del 17 de diciembre. Se acordaba de ello, le había dicho a Coretti antes de que llegara Pural, por haber tenido lugar tras despedirse de sus amigos una vez terminada la celebración de su cumpleaños.

Pural se figuraba que delante de él, además de su escritorio, tenía a Raskólnikov, el protagonista de *Crimen y castigo*: parecía salido directamente de la novela de Dostoievski, hasta el punto de que se preguntó si todo aquello no sería mero producto de su imaginación.

A juzgar por su aspecto (curtido, envejecido, la ropa sudada y gastada)... A juzgar por el hecho de que había tardado cuatro días en acudir al cuartel a testimoniar... Considerando que desde el primer momento se había prometido una recompensa a quien proporcionara una información útil sobre el caso de los niños secuestrados... Pural se reafirmó en su convicción de que escucharlo sería perder simplemente el tiempo.

Sacó el reloj del bolsillo: las 19:00; el tiempo pasaba de manera inexorable. Se sentó en un rincón, en la sombra. Encendió un puro.

—Venga, vamos —urgió Coretti al estudiante, que estaba sentado delante de él—, cuéntale todo al coronel, con pelos y señales. ¿Qué viste exactamente, y cuándo?

—¿Puedo fumar uno? —preguntó el joven siguiendo con ojos ávidos las volutas del humo denso.

Pural se levantó y le regaló un puro.

—Así que aquella mañana estabas borracho —le dijo—. Aún no has contado nada y ya no te creo. —Le dio fuego y volvió a sentarse.

El estudiante se llenó la boca de humo aromático.

—No estaba borracho. Lo recuerdo todo muy bien. —Hizo un aro con el humo—. Debían de ser las cinco de la mañana. —Aro—. Mejor dicho, las cuatro y media, todavía no había amanecido. —Aro—. Yo pasaba por allí, volvía de... —Se interrumpió para pegar una chupada, y empezó a hacer una nueva secuencia de aros—. Como ya les he dicho pasé la noche de ronda con los amigos. Pero no bebí —reiteró mirando fijamente a Pural. Levantó la barbilla y observó con satisfacción el humo denso que salía de sus labios—. En determinado momento, cuando me dirigía al puente Mosca, sobre el Dora, veo que se detiene un carruaje y baja una mujer con algo en los brazos. Me pareció una sábana abullonada, un bulto de estas dimensiones aproximadamente. —Describió un espacio de cuarenta centímetros entre una mano y otra—. Estaba todo oscuro. La única luz, los fanales del carruaje. Con todo, pude ver que la mujer tenía la cara cubierta por un velo. Debía de ser una señora de la alta

sociedad. Me detuve, sin hacerme notar, y me quedé mirándola, embobado por su elegancia. En aquellas horas, al alba, parecía una visión mágica.

—Ve al grano, muchacho —lo apremió Coretti—. ¿Qué viste?

—Pues que..., se acercó al parapeto del puente con el hatillo en la mano, miró hacia abajo y lo tiró al río. Después volvió al carruaje, sacó otro parecido y repitió la operación. Al final, se subió al coche y se fue a toda prisa.

—¿Serías capaz de reconocerla?

—No. Como he dicho, tenía la cara cubierta.

—¿Y al cochero?

—No lo miré, por desgracia; estaba completamente embebido en lo que hacía la mujer y...

—¿Y el carruaje?

Se concentró.

—Era negro. —Después, tras reflexionar un poco más, agregó—: modelo landó, cerrado, con faros cúbicos, tirado por dos caballos. Cuando pasó cerca de mí..., vi que llevaba un emblema en la puerta. —Movié las lentes hacia arriba para ver si recordaba algo más—. Era una serpiente o algo parecido.

Una serpiente en el costado. El testimonio del muchacho estaba resultando más interesante de lo esperado.

—¿Conseguiste ver lo que arrojó al río? —preguntó Coretti.

—Creo... —vaciló—. Creo que eran dos recién nacidos.

Seguda parte

Sábado, 22 de diciembre de 1888

—«Dijo Jesús a sus discípulos: “Comparadme con alguien y decidme a quién me asemejo”». —Valentino (el apellido no lo conocía nadie), nacido en 1847, internado en 1881 por frecuentes crisis nerviosas en la clínica Turina, de la que no había vuelto a salir, llevaba unos minutos dando gritos por los pasillos y las salas como quiera que uno de los internos le había felicitado las navidades—. «Comparadme con alguien...».

Todavía no era navidad, pero ya estaba cerca, y como Valentino no la soportaba y hasta se ponía hecho una fiera, alguien se divertía felicitándolo todos los años unos días antes. Pero ésta era la primera vez que reaccionaba así.

—«¿A quién me asemejo?» —gritaba.

Dos asistentes de confianza del doctor Turina, uno enjuto y huesudo y el otro con la cara tan redonda y picada que parecía la luna, espaldas muy anchas y una serie de porras nudosas en lugar de dedos, se las veían y deseaban para lograr reducirlo.

—«Simón Pedro le dice: “Te asemejas a un ángel justo”».

El flaco iba detrás de él esgrimiendo una horquilla para enfermos alterados. El otro, el más robusto, lo seguía también empuñando una correa inmovilizadora, abierta para ponérsela.

Valentino se movía y escurría como pez en el agua; sus gritos llegaban a todos los enfermos, repentinamente reanimados por aquel insólito comportamiento.

—«Mateo le dice: “Te asemejas a un filósofo sabio”».

La horquilla, consistente en un mango de madera largo y grueso como el de una azada y media luna de hierro oxidado en la punta, lo rozó sin más resultado que el de provocar un escalofrío en el enfermero que la blandía.

Valentino, esquivando hábilmente el tejido de cáñamo y los brazos de cuero, escamoteó también con facilidad la correa inmovilizadora, que el enfermero más recio mantenía abierta cual caña de pescar.

—«Tomás le dice: “Maestro, mi boca es completamente incapaz de decir a quién te asemejas”».

Las reacciones de los demás enfermos tratados por el doctor Turina diferían a tenor de sus correspondientes trastornos. La mayoría se iba excitando paulatinamente mientras escuchaba con avidez cada palabra salida de los labios de Valentino.

Uno empezó a reírse tanto que le entró un tembleque y cayó al suelo cuando Valentino pasó a su lado gritando: «No soy tu maestro, ya que has bebido, te has embriagado del manantial burbujeante que he repartido al medirlo».

—¡Sigue, sigue! —le suplicaba desde el suelo presa de una felicidad inenarrable

—. ¡Sigue!

También los otros se lo pedían a gritos.

Tras volcar una cama y dejar al descubierto a un paciente que se escondía debajo, acurrucado y temblando, Valentino prosiguió:

—«Y Jesús lo lleva consigo, se retira y le dice tres palabras».

—¡Agárralo!

—«¡TRES PALABRAS!».

—¡Ahora!

—¡Maldita sea!

—«Tres palabras» —prosiguió Valentino a voz en grito—. «Y cuando vuelve Tomás con sus compañeros, éstos le preguntan...».

Un tercer enfermero, con una gran calva y dos mechones de pelo engominado pegados a sendas sienes, que lo estaba esperando furtivamente a sus espaldas con los brazos abiertos, casi consiguió atraparlo. Lo tiró al suelo, pero cuando iba a echársele encima y a sepultarlo bajo su peso, Valentino se puso en pie como un resorte, con una prontitud y una fuerza propias de un loco, y siguió corriendo para júbilo de los demás, los cuales, al verlo de nuevo libre, le preguntaban a grito pelado, sobreexcitados:

—¿Qué le preguntaron los apóstoles a Tomás?

—¿Qué?

—Que qué le preguntaron.

Y Valentino contestó:

—Le preguntaron: «¿Qué te ha dicho Jesús?».

—Sí, es cierto —estatuó un enfermo asintiendo con todo su cuerpo.

Otro tocó tímidamente la espalda de su vecino y le dijo:

—¿Sabes una cosa? Yo también le habría preguntado lo mismo.

Valentino continuó:

—«Si os dijera siquiera una de las palabras que me ha dicho...».

Se escondió debajo de una cama y volvió a salir poco después reculando como una goma elástica; de un salto, se incorporó de nuevo.

—¡Sigue, sigue! —le gritaban todos al unísono interponiéndose entre él y los enfermeros de manera que éstos no pudieran agarrarlo—. ¡Venga, sigue, sigue! —La excitación era tal que unos se mordían las manos, otros saltaban en el sitio, otros se quitaban el *sobretudo*...

—«Tomás respondió: “Si os dijera siquiera una de las palabras que me ha dicho” —gritó Valentino—, “cogeríais piedras para lapidarme”».

De repente, una lluvia de objetos llenó el dormitorio en el que Valentino se había detenido para pronunciar las últimas palabras de su extraño evangelio.

Volaban todo tipo de cosas.

Con gran estupor, Valentino se dio cuenta de que lo estaban lapidando.

Y lo hacían con cualquier cosa que encontraban al alcance de la mano.

—«Si os dijera siquiera una de las palabras que me ha dicho» —volvió a gritar Valentino—, «cogeríais piedras para lapidarme».

Y al pronunciarse de nuevo aquellas palabras, redobló el número de objetos voladores.

Esquivando los que podía, aceptando como milagros los que recibía en la cara y chupándose la sangre que manaba de las heridas que le infligían, Valentino entonó la conclusión:

—«¡Y fuego saldría de las piedras para quemaros!».

En aquel momento, el enfermero enjuto, dejando a un lado la horquilla inmovilizadora, se lanzó sobre él y consiguió aferrarlo por los tobillos. Fuerza bruta sin pensamiento. Le mordió con fuerza a ver si así sus piernas acababan cediendo, esperando que sus compañeros hicieran el resto. Sabía que en unos segundos se le echarían encima, y todo habría terminado. Pero fueron unos segundos interminables, pues Valentino oponía una resistencia sobrehumana y ni siquiera parecía dispuesto a perder el equilibrio.

El enfermero tuvo tiempo para mirar a través de las firmes piernas de Valentino a ver dónde estaban los otros dos.

—¡La correa, la correa! —gritó. Pero no los veía.

Después, con el rabillo del ojo vio algo que brillaba entre las manos de Valentino. Notó que unas gotas y un ligero chorrillo salpicaban sus carrillos, su pelo. Un líquido de olor inconfundible se extendió primero sobre él y después sobre la sábana.

Se produjo un silencio irreal, que se fue esparciendo junto con los vapores y el fuerte olor a alcohol.

Todos los enfermos se habían quedado quietos como estatuas, con la mirada puesta en él. Parecían esperar algo.

Pero no sucedía nada. ¿Dónde se habían metido sus compañeros?

El enfermero, sin soltar los tobillos de Valentino, giró ligeramente la cabeza a la altura de la mano y, finalmente, vio a uno de ellos. Pero su alegría no duró ni un segundo.

—¡No! ¡No lo hagas, no! —gritó el otro asistente alargando un brazo.

En los dedos de Valentino había un fósforo encendido.

Carácter dócil.

Sociable.

Jamás el menor problema.

Salvo aquella noche en que había ido de un lado a otro del dormitorio proclamando que el Dios creador de todas las cosas, visibles e invisibles, era maligno. O aquel domingo por la mañana, poco tiempo atrás, en el que se había puesto a berrear en plena misa.

El fósforo rozó inexorablemente el brazo del atónito enfermero y después prendió la sábana impregnada de alcohol.

Y fue el desastre.

El carruaje habría resultado demasiado lento. El mejor purasangre del cuartel, igual. También habría sido demasiado lento convertirse en bola de cañón o flecha de arco. Y aunque hubiera podido materializarse allí como un espectro, le habría parecido asimismo un trayecto interminable.

¿Estar allí antes de que ocurriera el hecho?

Demasiado tarde, demasiado lento.

Pero a Pural no le quedó más remedio que optar por el mejor purasangre que Coretti había conseguido encontrarle, que había ordenado ensillar para él (no demasiado deprisa) y en el que lo había ayudado a montar, impasible frente a su humor poco complaciente. Parecía como si el teniente fuera de los pocos que comprendían lo difícil que le resultaba mantener siempre la espalda derecha a pesar del enorme peso que estaba obligado a soportar y del remordimiento que lo estaba consumiendo día tras día, agravado por no haber logrado aún dar con la clave de los secuestros. Y, a pesar de todo su empeño, en los últimos tiempos la máscara de imperturbabilidad que se había colocado hábilmente en el rostro estaba haciéndose pedazos, dejando entrever cada vez más el profundo dolor que lo roía.

La impotencia, que le estaba envenenando el corazón, era la prueba más evidente de que era culpable: el cielo no dejaba de recordarle que era un padre asesino.

Demasiado tarde..., pero finalmente se plantó ante la clínica Turina. El fuego acababa de ser controlado, para gran alivio del doctor. Los daños del edificio no habían sido demasiado grandes. Afortunadamente, en una clínica psiquiátrica el mobiliario suele reducirse a lo esencial y todo está organizado en previsión de un eventual acto de locura. Así pues, tras las primeras llamaradas devoradoras de lo poco que habían conseguido encontrar, el fuego había acabado extinguiéndose por sí solo y los bomberos, que acudieron prontamente, no tuvieron demasiado trabajo que realizar.

El caballo relinchó.

—¡Deteneos! —gritó Pural desplazando todo el peso del cuerpo sobre el estribo izquierdo y poniendo ambos pies en tierra de un salto—. Quiero verlos.

Cuatro enfermeros se intercambiaron una mirada resignada y posaron al punto los dos cadáveres que estaban transportando.

—De acuerdo —expresó el enfermero más grueso.

—¿Son las únicas víctimas? —preguntó Pural arrodillándose para examinar los cuerpos.

—Sí —asintió el enfermero calvo con dos mechones de pelo pegados a sendas sienes pero ahora erizados a consecuencia de todo lo ocurrido—. Valentino ha prendido fuego a mi compañero. —Había reconocido al coronel de los *Carabinieri*, el

marido de Matilde—. Este otro es un paciente que ha muerto por no soportar tanta excitación.

—Podéis seguir —les dijo Pural con en el rostro ensombrecido pero aliviado tras saber que no le había ocurrido nada grave a Matilde.

Y se dirigió corriendo al interior del edificio para abrazarla.

El doctor Turina estaba en lo alto de la escalinata, junto a la puerta, con la cabeza entre las manos.

—¡Qué horror! —no dejaba de repetir—. ¡Qué desgracia tan terrible!

—¿Dónde está Matilde? —preguntó Pural jadeando.

—Se encuentra bien —respondió el doctor, desolado por todo lo demás—. El incendio se ha circunscrito al ala de los hombres —agregó siguiendo a Pural, que se adentraba a toda prisa en el edificio—. No logro explicármelo. Era un paciente tan dócil... A la derecha. —Los pasillos estaban irreconocibles por la cantidad de objetos amontonados y por la procesión de pacientes curiosos, seguidos por enfermeros asustados—. A la izquierda.

—Dígame cómo ha ocurrido.

—Valentino se alteró mucho después de que alguien le deseara feliz navidad.

—Hoy no es navidad.

Turina, pálido y demacrado, se encogió de hombros.

—Matilde está en esa habitación. —Le indicó una puerta cerrada—. Está descansando tranquilamente, no ha habido necesidad de sedarla, no se ha dado cuenta de nada.

Pural pegó el oído a la puerta y permaneció un rato escuchando con los labios entreabiertos por una sonrisa. Luego volvió a donde estaba el doctor, que tenía un aire serio.

—¿Puedo hablar con Valentino?

—Por supuesto —asintió el doctor Turina algo más aliviado al ver que podía hacer algo útil—. Sígame.

Al final de un pasillo largo en forma de L, se detuvieron frente a una puerta, un madero pesado y rugoso. El doctor sacó un llavero enorme de debajo de la bata y empezó a recitar una especie de rosario con las llaves.

—Todas son casi iguales —se lamentó, eligiendo finalmente una de las menos grandes. La introdujo en una cerradura pequeña situada en la parte alta de la puerta. Descorrió un cerrojo pequeño y abrió.

—Todo en orden —dijo con media cabeza metida en la ventanilla. Después repitió las mismas operaciones en orden inverso. Seleccionó del gran anillo una llave más pesada, la introdujo esta vez en la cerradura grande, descorrió el cerrojo, también más grande, zarandeándolo arriba y abajo, dio un empujón a la puerta e invitó a Pural a entrar primero.

Valentino estaba acostado en el centro de una extraña cama de hierro forjado, sobre un colchón fino, encajado entre dos flancos altos y macizos. Estaba completamente inmóvil, pero a juzgar por sus ojos, que se movían deprisa bajo sus párpados, y por las palpitaciones de su frente se podía colegir que estaba despierto.

—Una cama de contención para alterados —manifestó Turina respondiendo a la expresión atónita de Pural.

Unas abrazaderas de cuero unidas a una cuerda bloqueaban el cuerpo de Valentino, sujetándole el cuello, la espalda, los brazos y los tobillos. Respiraba fatigosamente, como sofocado, y de vez en cuando se estremecía, como sacudido por fuertes escalofríos.

—Dentro de unos días es navidad —le susurró Pural inclinándose ligeramente—. ¿Estás contento? —La mueca forzada con que reaccionó Valentino era, o eso parecía, un desesperado intento por sonreír.

—Valentino... —El doctor vaciló—. Siempre se ha portado bien. Ésta es su casa. Ayuda al jardinero a cuidar el parque y realiza otras tareas de gran utilidad.

Había algo en aquella explicación que a Pural no le cuadraba.

—¿No es un paciente?

—Sí, pero ya forma parte de la familia; es muy trabajador, y se gana sobradamente la comida y el alojamiento. Por mi parte, yo prefiero que esté aquí: todos le tenemos mucho aprecio. —Se tocó la nuca—. Y, como demuestra lo que ha hecho, no podría sobrevivir ni un solo día ahí fuera.

—Desátelo —profirió Pural.

El doctor protestó de manera enérgica.

—No, no es prudente, no se puede; es mejor no hacerlo.

—Desátelo —insistió Pural.

—No puedo hacerlo yo solo.

—Le ayudo yo.

—No, hay que llamar a los asistentes. Ellos tienen las llaves. —Lanzó una mirada al candado que descansaba sobre la correa que unía las abrazaderas de cuero.

—Entonces quítele la mordaza y déjenos solos.

El doctor se encogió de hombros y, con aire contrariado, hizo lo que le pedía.

—Nunca lo había visto así, coronel —comentó mientras quitaba el nudo a la mordaza—. Creo que le vendrían bien unas vacaciones.

—Gracias por el consejo, doctor. —La voz de Pural parecía lejana—. Perdóneme. Lo tendré presente.

—Ya está. Pero sea prudente. Como le decía...

—Puede estar tranquilo. —La culata del revólver reglamentario sobresalió por la

pistolera, una manera de asegurarle al doctor que podía creerlo.

A sus espaldas, la puerta giró sobre las bisagras y el cerrojo se deslizó por las anillas de hierro.

—¿Qué has hecho, Valentino? —preguntó sentándose a horcajadas de una silla con los brazos apoyados en el respaldo.

—Ya lo sabe.

—Sólo sé que querías prender fuego a la clínica y que casi lo has conseguido. Has matado a un hombre que quería ayudarte. Y otro ha muerto del sobresalto.

—Lo había avisado, coronel, pero usted no quiso prestarme oídos.

—Debes disculparme, pero no lo había comprendido.

—Usted es el *cabariniere* más amable que he visto en mi vida —expresó Valentino. Su tono algo infantil era una señal leve, pero clara, de que no estaba del todo normal, pero, por lo demás, Pural siempre lo había considerado un hombre simpático con quien a veces charlaba gustosamente en los momentos, siempre melancólicos, en que acudía a ver a Matilde.

—La última vez me contaste algo a propósito de Jesús, ¿lo recuerdas?

Balbuceó unas palabras inconexas y después dijo:

—Jesús no es el que todos creen que es. Yo lo sé bien.

—¿Por qué has prendido fuego a la clínica? Aquí te tratan bien; ésta es tu casa.

Valentino, que parecía obligado a mirar hacia arriba, miraba con tanta intensidad que parecía estar leyendo algo en el techo.

—Yo sé cosas que queman.

—¿Las puedo saber yo también? —Pural acercó el oído a sus labios—. ¿No quieres decírmelas?

—Lo quemarían, ya se lo dije.

—Ahora estás atado —repuso Pural—. No puedes hacer nada.

—¿Qué quiere saber?

—Quiero que me repitas la historia de Jesús y del Dios malo, la he olvidado. O la historia de los Hijos de la Luz. También la he olvidado.

—No me escuchó.

—Ahora sí te estoy escuchando.

Empezó a agitarse, pero suavemente.

—No puedo, no puedo.

—Sí que puedes. Quiero que me digas todo lo que sabes.

—Yo no estoy loco.

—Lo sé.

—Usted sólo quiere reírse de mí —dijo Valentino—. No me ha creído nunca.

—Yo te creo.

—No.

—¿Los Hijos de la Luz tienen la piel luminosa? No eres el único que los ha visto.

—Los Hijos de la Luz son sacerdotes de la Iglesia.

—¿De qué Iglesia?

—De la santa Iglesia católica romana.

—¿Están también aquí, en Turín?

—Sí... —Su cuerpo, oprimido por las cuerdas, empezó a estremecerse—. Yo era sacerdote, hace muchos años. Era uno de ellos.

—¿De veras?

—Sí. Como también lo era mi hermano.

—No sabía que tuvieras un hermano.

—Ahora ya lo sabe.

—¿Y qué pasó luego? ¿Por qué dejasteis de ser sacerdotes?

—Nos expulsaron. —Parecía haber recibido una descarga eléctrica. De repente, se puso hecho una furia. Daba la impresión de que iba a romper las anillas de hierro por las que discurría la cuerda. Después, la cuerda empezó a aflojarse. Lentamente, Valentino fue distendiendo los músculos. Parecía tener ganas de hablar.

Un inesperado momento de quietud.

Pural creía encontrarse en el ojo de un huracán.

—Te escucho —le dijo con tono cómplice y sosegado—. Si me cuentas lo que sabes, mandaré que te desaten.

—Los Hijos de la Luz siguen el verdadero evangelio. Son sacerdotes que se reúnen en secreto para practicar el cristianismo de los orígenes.

—¿Herejes?

—Sí. —Valentino rio.

—Explícamelo mejor —dijo Pural con tono persuasivo—. Yo no he estudiado teología.

—Existen unos evangelios más puros. El verdadero Cristo y el verdadero cristianismo son distintos de los predicados por la Iglesia. No son para todos: son lo contrario de lo que ha predominado a lo largo de los siglos. Los Hijos de la Luz sueñan con restaurar una verdad que han mantenido viva guardando celosamente los evangelios condenados.

—¿Las extrañas palabras que has gritado esta mañana provienen de uno de esos evangelios?

Respondió enseguida con aire feliz:

—Del Evangelio de Tomás.

—¿Los Hijos de la Luz poseen ese evangelio?

—La verdad es para unos pocos. No todos los hombres son iguales. ¡No arrojéis las margaritas a los cerdos! ¡Tres palabras! —Valentino volvió a agitarse. A gritar—. ¡No todos pueden comprenderlo, sólo aquéllos a los que les ha sido dado!

—¿Qué significa eso? —Pural estaba asistiendo al despliegue de furia que, pocas horas antes, lo había empujado a prender fuego al enfermero.

—Jesús dijo: «Yo comunico mis misterios a quienes son dignos de mis misterios. Tu mano izquierda no debe saber lo que hace la derecha».

Debía encontrar otra manera para salir de aquel laberinto de locuras.

—¿Sabes algo de una serpiente?

—El poder de Satanás —murmuró meneándose, la voz comprimida por el esfuerzo.

—¿Le rezan a Satanás?

—La serpiente es el bien.

—¿Les gusta la serpiente a los hombres luminosos?

—Sí. —Unos temblores violentos se apoderaron del cuerpo de Valentino—. Nosotros la amamos.

—Pero tú no eres luminoso, Valentino.

—La verdadera luz está escondida. Quien es luminoso por fuera es sólo un enfermo. La serpiente viene del reino de la luz, del Padre vivo, que está en el centro del *pleroma*. La verdadera luz está dentro de nosotros.

—¿Dónde puedo encontrar a los Hijos de la Luz?

—En todas partes.

—¿No viven debajo de la tierra?

—Los Hijos de la Luz, no. —Rio y empezó a sosegarse—. Los Hijos de la Luz son hombres y mujeres de Iglesia, sacerdotes, monjas, obispos...

—¿Y quién está bajo tierra, entonces?

—Bajo tierra está la nueva Iglesia de los Perfectos.

—¿Los Hijos de la Luz conocen a los Perfectos que viven bajo tierra? ¿Van a verlos?

—Sí.

—¿Sabrías decirme cómo se hace para ir bajo tierra?

—No lo sé.

—Háblame del Reino de la luz, Valentino. ¿Cómo está hecho?

—Conócete a ti mismo.

Pural sonrió.

—Me encantaría conocer a tu hermano. ¿Me quieres decir dónde vive? Iré a buscarlo y lo saludaré de tu parte. Le gustará.

—Jesús dijo: «El que no odia a su padre y a su madre, no podrá ser discípulo mío. El que no odia a sus hermanos y a sus hermanas, no será digno de mí».

—¿De veras dijo Jesús esas palabras?

—Las dijo a Judas Tomás Dídimio. Mateo las oyó.

—No sabía que Jesús fuera tan malvado.

—Jesús dijo: «Tal vez los hombres piensan que yo he venido a traer la paz al mundo y no saben que he venido a traer división, fuego, espada, guerra. Cinco estarán en una casa: tres contra dos y dos contra tres, el padre contra el hijo y el hijo contra el padre. Y ellos estarán solos».

El Jesús de Valentino le recordó a Pural al Zaratustra de Nietzsche.

—¿Dónde vive tu hermano? ¿Cómo se llama? —le susurró suavemente al oído.

—Usted conoce al que lo sabe.

—¿Quieres decir que yo conozco a quien sabe dónde vive tu hermano? De mí te puedes fiar. Yo soy amigo tuyo.

—Mi amigo coronel —confirmó Valentino calmándose de golpe con la misma rapidez con que se había arrebatado antes—. Nosotros somos amigos.

—Amigo —exclamó Pural encabalgando el dedo corazón sobre el índice.

De no haber estado atado a la cama de contención, Valentino habría intercambiado el gesto, como de costumbre, acompañándolo con una sonrisa pueril.

Se hizo perdonar dicha falta de correspondencia diciendo:

—Nadie sigue vivo si traiciona, si abandona. Pero el general nos defiende. El general es también un amigo. —Sonrió asintiendo con la cabeza—. Igual que el coronel.

Pural casi se cayó de la silla.

—¿El general..., qué general? —Lo agarró por el brazo—. ¿De quién estás hablando?

—De mi amigo.

—Si fuera amigo tuyo sabrías cómo se llama. ¿Lo sabes?

—No lo sé.

—¿El general protege también a tu hermano?

—Se porta bien con nosotros.

—¿Tiene algo que ver con los hombres luminosos?

—No, ya no.

—¿Quieres decir que antes, sí?

—Ahora todo ha cambiado. Ahora está todo en trance de cambiar. —Calló.

Pural lo zarandeó con rabia. Pero Valentino se había vuelto repentinamente ausente, como si el hilo sutil y acongojado que lo mantenía en contacto con la realidad se hubiera roto. Y empezó a repetir las mismas palabras:

—El cuerpo de Cristo. Amén. El cuerpo de Cristo. Amén.

Volvió a zarandearlo.

—¡Valentino!

—El cuerpo de Cristo.

Se levantó, le agarró la cabeza, lo miró a los ojos.

—Habla conmigo.

—Amén.

Era inútil.

—El cuerpo de Cristo.

Dándose por vencido, Pural se dirigió a la puerta, llamó y esperó a que la abrieran. Mientras, Valentino, con la mirada clavada en el techo, seguía entonando su melopea.

Tal y como le había asegurado el doctor Turina, Matilde se encontraba bien. Estaba sentada, como siempre, delante de la ventana, muda e inmóvil, salvo por los rizos que hacía con sus cabellos, que acariciaba despacio de arriba abajo, desenredándolos, mordiéndolos, absorta en sus impenetrables pensamientos.

Se puso a su lado, le tocó la barbilla y le levantó la cara. Estaba serena, menos pálida que de costumbre, los ojos vivos escrutando el exterior. Se llevó una sorpresa al ver que alrededor de sus labios, más rojos que de costumbre aunque agrietados como siempre, una ligera sonrisa revoloteaba como una mariposa, y que una leve pincelada de color le bajaba dulcemente de los pómulos.

—Hoy estás más guapa que nunca —le susurró.

Ella le tocó la mano, haciéndole enloquecer el corazón.

—¿Quién eres?

—Soy Giorgio, tu marido. ¿Cómo te sientes hoy?

Al oír aquellas palabras, levantó la cabeza como despertándose de un sueño. Sus largas pestañas aletearon delante de sus ojos claros al esforzarse por enfocar la imagen a contraluz de Pural.

—Quiero volver a casa.

—No hay cosa que más desee que verte de vuelta a casa, no pienso en otra cosa, te echo mucho de menos. —Le sembró el dorso de la mano de pequeños besos—. El doctor dice que estás mejor. Creo que pronto podrás salir.

Matilde asintió mientras miraba al sol que lamía el perfil de una nube.

—Quiero volver con Lidia.

El templo de la masonería era un espacio amplísimo, frío, con olor a moho y a humo de vela. Friedrich entró siguiendo el leve pero insoportable hedor que desprendía el hombre que le abría paso. Oyó como sus pasos reverberaban con cadencia cuasimetálica en el suelo de tablero de ajedrez y rebotaban entre los muros recubiertos de pizarra negra hasta una gran sala en cuyo centro había dos columnas distintas acanaladas de amarillo que descansaban sobre unos basamentos dorados. En lo alto, y en el centro, destacaba una vasija de bronce de la que salía una llama diáfana, detrás de la cual se entreveía un gran compás superpuesto a una escuadra, bordado sobre un paño rojo sangre.

—Bienvenido, *Herr Nietzsche*.

Friedrich no vio a nadie (más allá de cierta distancia, todo estaba envuelto por una oscuridad centelleante), pero la mano del hombre que lo había acompañado le indicó hacia dónde debía mirar.

—Buenas tardes, profesor. —La silueta borrosa de un hombre había salido a su encuentro—. Me alegra mucho recibirlo aquí; es realmente un gran honor.

Se estrecharon la mano.

—El gusto y el honor son míos, aunque no había imaginado que iba a entrar en un lugar como éste. —Creyó oír unos ruidos provenientes del fondo de la sala—. Puedo contar con su discreción, ¿verdad?

—Estamos en el templo de la discreción —respondió el gran maestro.

—Nadie debe saberlo, pues todavía no sé bien por qué he venido.

—La Orden lo ha invitado y usted ha respondido. Sabe lo que hace.

—Se han mostrado dispuestos a apoyar económicamente la publicación de algunas obras mías. Lo cual me interesa sobremanera. Por eso estoy aquí. —Levantó la mirada hacia la bóveda—. Pero yo no soy muy amigo de catedrales.

—Aunque no se haga usted masón, no le faltará nuestro apoyo, profesor Nietzsche. Su trabajo es muy importante para nosotros; su presencia aquí, en Turín, nos llena de gran alegría.

Friedrich movió la cabeza a un lado.

—Muy bien —dijo en voz baja. Aún le parecía oír murmullos en el fondo de la sala.

—Estamos solos —le aseguró el gran maestro—. Es el chorro de agua.

—Ah, muy bien.

—Quisiera hacerle ver una cosa, profesor.

—De acuerdo.

—Sígame.

—Haré como dice. —Tosió ligeramente, se estiró el cuello del chaquetón y se

dispuso a seguir al gran maestro silbando la *Habanera* de Bizet.

—La noticia de cada nuevo libro suyo que aparece llega hasta Roma con la rapidez de una bala de cañón —dijo el gran maestro con una clara nota de satisfacción.

—Yo soy pura dinamita —respondió Friedrich interrumpiendo su silbido y volviendo a reanudarlo.

—Entonces no sé si alegrarme por lo que estoy a punto de decirle.

—¿Y por qué no?

—Porque lo que le voy a enseñar corre el riesgo de echar agua sobre su pólvora.

—¿Qué quiere decir?

—No estoy seguro de que vaya a poder soportarlo. Después de todo, usted ha pasado sus últimos años guerreando contra el cristianismo, y descubrir de repente que existe en el mundo un arma capaz de aniquilarlo no debería procurarle mucho placer.

—No sé si usted se está divirtiendo —señaló Friedrich—, pero yo empiezo a tolerar mal todo este misterio. ¿Qué es eso tan maravilloso que quiere enseñarme?

—Un segundo solamente, y lo descubrirá.

Se detuvo delante de una mesa con patas de bronce grandes, curvas y esculpidas, y se echó a un lado para dejar a Friedrich que viera.

—Entre tanto, le agradecerá saber...

Friedrich aguzó la mirada.

—... Que hoy será finalmente retribuido por los encuentros, o llamémoslos seminarios, que ha celebrado con nuestros hermanos los pasados meses de septiembre y octubre...

¿Eran fajos de billetes de banco lo que despuntaba sobre la superficie de la mesa?

—... Esto le permitirá vivir tranquilo durante bastante tiempo, profesor Nietzsche, pudiendo así dedicarse a su trabajo libre de preocupaciones.

Se acercó apresuradamente a la mesa y obtuvo la confirmación.

—Dinero, profesor. El dinero que se le había prometido.

Friedrich tenía las manos llenas de fajos de billetes. Le relucían los ojos.

—¡Todo para usted!

—¿Todo? —Trató de contar los fajos pero se detuvo tras la primera decena. El corazón le latía a un ritmo desbocado.

—Estamos seguros de que hará buen uso de esto.

—Son ustedes muy amables, de veras. Desde que estoy aquí, en Turín, no he dejado de ser objeto de numerosas atenciones y cortesías, y difícilmente podrían negar ustedes ser los artífices del óptimo clima que me rodea.

El gran maestro se elevó sobre las puntas y se dejó caer sobre los talones.

—No niego que hemos hecho todo lo posible para que usted se sienta a gusto.

—No sé cómo podré pagarles.

—No está en deuda conmigo.

La última palabra cayó y sonó como una piedra en la superficie de un estanque,

llegando su eco hasta lo más alto.

—¿Y con quién entonces?

—Remití su petición a la comunidad hebrea.

—¿Y bien?

—Se ha declarado dispuesta a financiarlo. Han comprendido que no es un antisemita aunque sus obras sean tomadas como palabra de evangelio por quien odia a los hebreos, un odio que está creciendo y difundiéndose de manera preocupante por toda Europa. Y están preocupados con razón. —El gran maestro se alargaba en su discurso al tiempo que se frotaba sus manos enguantadas de blanco.

—¿Y bien?

—Pues que este dinero —señaló la mesa con los montones de billetes— procede de la generosa mano judía.

Friedrich se cruzó de brazos y suspiró.

—Y recibirá mucho más si escribe algo que deje definitivamente clara su postura con respecto al antisemitismo. No le piden que renuncie a ninguna de sus ideas, faltaría más, sino sólo que haga más explícitos algunos puntos de su pensamiento. Esperan que ello pueda quitar pujanza ideológica a la planta venenosa que está creciendo casi por doquier; asimismo, y por varias razones, consideran a Alemania el terreno más propicio para dicha proliferación. Si, por una parte, las ideas de usted, profesor, son tan extremas y próximas al actual sentimiento antisemita, por otra, y precisamente por eso, pueden ejercer de caballo de Troya, si me permite la expresión; es decir, combatir desde dentro la plaga del antisemitismo. En otros términos, que su filosofía demostraría la posibilidad de un superhombre al margen de la sangre y por tanto de las discriminaciones raciales, un superhombre que podría ser también hebreo, en resumidas cuentas.

Friedrich rio.

—¡Pues claro! Yo no soy racista. Creo que sólo existe una única raza humana, y también que hay que cambiarla. Sin embargo, me gustaría recordarle, maestro, que son precisamente los hebreos quienes más importancia dan a la sangre: se consideran una raza, y además la elegida por Dios, predestinada legítimamente a dominar la Tierra. Pues bien, si hay otros también que se enardecen por eso mismo y aseveran a su vez pertenecer a un pueblo elevado por encima de los demás por un Dios mejor que el semita, yo no puedo por menos que aguardar a ver quién de los dos bandos se lleva el gato al agua, esperando ver sucumbir a entrambos. Dudo de que vaya a vivir para verlo, pero no dudo ni un instante de que al final los hebreos resultarán vencedores de la guerra terrible que se desencadenaría, pues son laboriosos, ricos, estudiosos y emprendedores, cosa que vienen siendo desde hace miles de años, reforzando los lazos comunes al no tener una tierra que los una. Los hebreos están por doquier.

—¿Entonces acepta?

—¿Cuánto dinero?

—Todo lo que necesite para imprimir sus libros, traducirlos a todas las lenguas posibles, acceder a través de seminarios y simposios a las principales universidades del mundo, hacer de manera que los periódicos, todos sin excepción, hablen de su obra..., en fin, para que no le falte de nada. Un hombre de nuestra confianza le entregará de vez en cuando la suma que necesite. No se trataría de un ingreso a cuenta sino más propiamente de un apoyo, de una especie de pensión vitalicia que variaría según las exigencias del momento. Todo ello, empero, a condición de que usted viva aquí, en Turín. En caso contrario, el acuerdo no podrá considerarse válido.

—Si quieres la paz del alma y la felicidad, cree —enunció Friedrich—. ¡Si quieres ser un seguidor de la verdad, busca!

El porqué de aquellas palabras se le escapó al gran maestro, pero no debió de considerarlo muy importante pues no hizo preguntas. Lo que contaba en aquel momento para él era que el profesor Nietzsche le estuviera estrechando la mano con enérgica convicción, y por tanto que el gran proyecto de transvalorización de todos los valores, como él solía llamar a su batalla contra la cultura cristiana, se erigiera amenazadoramente frente a los antiguos y los modernos enemigos del superhombre, anunciando su llegada.

Prosiguieron a través de salas atestadas de símbolos, emblemas, escudos heráldicos y otros objetos que Friedrich no alcanzaba a ver con suficiente nitidez, pues la escasa luz que se filtraba por las escasas ventanas situadas en la parte alta apenas llegaba hasta el suelo.

El gran maestro exhaló un suspiro.

—Si su amigo el barón von Hermann se enterara de esto, usted se encontraría en serias dificultades, profesor.

—Los *volkisch* no son mis amigos.

—Nuestra Orden negaría haber tenido jamás algo que ver con usted. Es mi deber decírselo.

—Hace bien.

—La Orden desempeña una mera función de mediación, movida por nobles propósitos filantrópicos.

—Por supuesto —asintió Friedrich con manifiesta indiferencia. Habría preferido saber adónde lo estaba llevando y qué era eso tan increíble que le quería mostrar.

—El odio hacia los hebreos que se está extendiendo por el mundo como una mancha de aceite es un fenómeno harto singular, ¿no le parece, profesor?

—Sí, en efecto...

—Desde siempre se les ha acusado de intentar perjudicar a la cristiandad. ¡Pero ahora se está dando rienda suelta a la fantasía!

—¿Se refiere a la propaganda antisemita del Partido Cristiano-Social?

—Así es. Son unos fanáticos intolerables.

—Estoy de acuerdo.

—¡Aseguran que las finanzas y la prensa están en manos de los hebreos! Los

acusar de provocar las crisis económicas de los Estados.

—Y a la leña de la hoguera que se está preparando para los hebreos se deberían añadir los artículos del periodista alemán Marr —abundó Friedrich, que no perdía nunca una sola ocasión para subrayar la capacidad de sus connacionales para fomentar la decadencia.

—¿Marr? —El gran maestro se apretó la barbilla con dos dedos y miró hacia arriba—. ¿Wilhelm Marr? ¿El que ha acuñado el término antisemitismo, si no me equivoco?

—No se equivoca.

—Por increíble que pueda parecer, he oído decir que cada vez cuenta con más seguidores.

El pensamiento de Friedrich voló hacia Paraguay: vio la torva figura de Elisabeth con las manos en las caderas y una ceñuda expresión de decepción y reproche por aquella conversación.

—Conozco las ideas con las que Marr pretendería salvar a Alemania y al mundo entero.

—¡Unas tesis incendiarias en un momento como éste!

—Él ve la historia y el futuro de Alemania como una lucha entre los extranjeros semitas (la raza biológicamente inferior, extraña e impura de los hebreos) y la estirpe autóctona teutona... —hizo una pausa y, con gesto de perplejidad, agregó—: aria.

—¡Qué locura!

—Para lograr una hoguera todavía más poderosa, se podrían añadir también las montañas de papel generadas por una ristra de escritores esotéricos y ocultistas, entre los que actualmente destaca una cierta *madame* Blavatsky; no sé si ha oído hablar de ella.

El gran maestro asintió:

—Cómo no.

—Acaba de publicar su última obra maestra de la ignorancia, *Isis sin velo*, un malicioso intento por conciliar el darwinismo con la Edad Media.

—Sí, se está preparando todo esto y quién sabe cuántas cosas más, una mezcla explosiva capaz de aniquilar toda la Tierra —ratificó preocupado el gran maestro—. En fin, ha sido un verdadero placer oírle hablar así, profesor. ¡Ah, si el mundo supiera!

—Estoy aquí por esto, ¿no?

—Ya. —El gran maestro le lanzó una mirada cómplice—. Pero con esto no lo exculpo del todo. —Una segunda mirada cómplice.

—Ahora le revelaré un secreto, maestro.

Éste levantó las manos y se detuvo.

—Estamos en el templo de los secretos...

Le susurró al oído:

—Usted está hablando con el primer espíritu del milenio. Yo soy un predestinado.

El gran maestro frunció las cejas y reprimió un acceso de risa.

—Pues bien, en mis escritos a veces me excedo, me muestro violento, malvado, pérfido, sin escrúpulos. No niego que la he tomado con los hebreos, y con vehemencia. Pero no con el pueblo, sino con sus ideas. Yo no me meto con el ratón sino con las pulgas pestilentes que lleva en el pelo, con su fetidez. ¿Me entiende?

No recibió respuesta.

—El único género de hombre, y por tanto de lector, que es compatible conmigo es el que sabe defenderse de mí, y de lo que lee en general. Pangermanistas, *volkisch*, racistas como Blavatsky o los Wagner..., o como esos crápulas de mi cuñado y su mujer..., no tienen nada que ver con el que suscribe. Yo juzgo las ideas, no el color de la piel de quien las difunde. Yo busco en el prójimo su voluntad de poder, sus ansias de existir y de vivir. El egoísmo de los pueblos, como yo defino la arrogancia de quien se reviste de superioridad a tenor de no se sabe bien qué dogma, yo lo condeno a muerte.

—¡Ah, suspiro por el día en que el mundo lo sepa! —El maestro respiró hondo y se detuvo indicando una entrada enmarcada por dos enormes jambas, coronadas a su vez por un arquitrabe y decoradas (Friedrich sólo pudo inferirlo por algunas sombras) con numerosos grabados.

Símbolos antiguos.

Jeroglíficos egipcios.

—Ahora quiero mostrarle una cosa. Quiero saber su opinión.

Los dos volvieron la mirada hacia la luz oscura que ondeaba suavemente en la sala.

—¿Qué cosa?

—Unas fotografías muy especiales. Debe verlas con sus propios ojos. No quiero echarle a perder el efecto sorpresa.

Una sorpresa.

Una más en aquellos días para él tan preñados de enigmas.

Llovía a cántaros, gotas oscuras como la noche.

—¡Menos mal que aquí, en Turín, tenemos soportales! —exclamó Friedrich arrebujándose en el abrigo.

Prospero le estrechó la mano. Con la otra mantenía el bombín apretado contra el pecho, que le subía y bajaba como un fuelle.

—¡Se acabó el magnífico otoño!

—¡Así es! —suspiró a su vez Friedrich con una especie de simpatía instintiva que notaba se había instaurado entre él y el muchacho. Aquel individuo le gustaba. Respondía a lo que él definía como un «hombre bien logrado». Un joven tallado con una madera dura, delicada y olorosa al mismo tiempo, cuya proximidad es un regalo para los sentidos—. Durante el otoño, el cielo ha sido una permanente pintura de Claude Lorrain —apostilló sonriendo.

Prospero se caló el sombrero, lanzando al aire un inédito efluvio de loción de ámbar, el mismo tipo que usaba Pural, y carraspeó dos veces mientras miraba el cielo henchido de lluvia negra. Se preguntó quién sería ese tal Claude Lorrain.

—¿De dónde vienes, Prospero, y qué haces por la calle una noche como ésta?

—Pues yo iba a hacerle la misma pregunta, profesor.

—A mí me gusta buscar ideas bajo los pórticos cuando está lloviendo, y, para más información, tengo una cita.

—Y yo había decidido volver a casa viendo el tiempo que hacía.

—¿Y por qué no lo has hecho?

—Tengo miedo.

Friedrich se estremeció.

—¿Has dicho miedo?

—Sí, he dicho miedo. —Prospero añadió una nueva dosis a su miedo al ver los ojos furiosos de Friedrich, que llevaba un tartán colgado del brazo y un nuevo bastón.

—Hay que tener valor en la vida. El miedo convierte al hombre en una rata viscosa.

Cada vez más atemorizado y cohibido, Prospero trató de explicarle que su vecina, una mujer ya mayor, había muerto de manera misteriosa después de ver a un individuo muy extraño, y que, como él lo había visto también, no quería volver a casa por miedo a que pudiera pasarle lo mismo.

—Estoy informado de lo que te ha pasado. Pero ser vecinos no significa compartir el mismo destino.

—Lo sé, pero...

—Pero, pero... —protestó Friedrich—. Debería ser la muerte la que tuviera miedo de ti. —Le dio una palmada en la espalda—. Debes cultivar la fuerza, debes

ser valiente. —Agitó una mano—. ¿Entendido, muchachote?

—Entendido. —Prospero bajó tímidamente la mirada—. Lleva razón. Soy un debilucho. Un cobarde.

—¡Bien dicho!

—Soy un pobre hombre.

—Eso es.

—Un ser mezquino.

—Exactamente.

—Soy una mujercilla —añadió riendo y esperando la confirmación de Friedrich, el cual se limitó a decir:

—Hay que estar siempre por encima de la humanidad.

Sin hablar, siguieron caminando. Respiraban profundamente el aire húmedo mientras veían cómo un lado del soportal era una secuencia ininterrumpida de arcos de cielo marrón posado sobre edificios que parecían concebidos para hacer juego con aquel color.

—Usas la misma loción para el pelo que el coronel Pural, tu primo —observó al final Friedrich.

—Debe perdonarme, profesor, pero no pude negarme a lo que me pidió que hiciera; es un apasionado admirador suyo... —alegó Prospero, interpretando la observación del profesor como una alusión a la mentira de la que se había hecho reo.

—No es necesario que divagues conmigo; sé perfectamente que el coronel no es primo tuyo.

Prospero, con los ojos como platos:

—¿No lo es?

—No.

—Yo creía que lo era.

—Pero no te censuro. Se necesita valor para mentir.

—Me vi obligado.

—Lo sé.

—¿Entonces no me considera una gallina, una mujercilla? —exclamó Prospero con un entusiasmo que le hizo levantar de nuevo la cabeza.

—No, mi querido muchacho.

—Ah, pero eso no hace que desaparezca mi miedo a volver a casa, profesor —dijo como para saborear su determinación al perdón.

—No puedo...

Una repentina ráfaga de viento y un trueno impidieron a Prospero oír el resto de la frase.

—¿Qué? —gritó.

—No puedo...

El fragor de otro trueno cubrió las palabras de Friedrich.

—¿Cómo dice?

—¡Que no puedo acompañarte a casa! —gritó Friedrich enfrentándose al fuerte viento.

Prospero, aplastándose el pelo en la cabeza y señalando un punto en el cielo, respondió:

—¡Pero si vivo aquí cerca, junto a la Mole!

Un carruaje tirado por dos caballos, que venía en sentido contrario, seguido por un hombre a caballo y por una racha de relámpagos, cruzó la calle en dirección al soportal.

—¡Profesor! —El *carabiniere* a caballo entró en el soportal. El animal, nervioso, hacía un ruido metálico con los cascos—. ¿El profesor Friedrich Nietzsche?

—El mismo —respondió con la cabeza alta.

—¿Le importaría seguirme? —Le indicó el carruaje, conducido por un cochero acurrucado, impasible como una piedra frente a la cortina de agua—. El coronel Pural dice que no necesito darle explicaciones.

—Muchacho, debo irme —anunció Friedrich posando una mano afectuosa sobre la espalda de Prospero, en cuyos ojos creyó percibir una horda de demonios curiosos—. Como ves, no puedo acompañarte a casa. —Y, con un pie dentro ya del coche, se volvió para recordarle que debía tener valor.

Prospero agarró al *carabiniere* que iba a caballo y le dijo:

—Le suplico me permita ir a mí también.

—No es posible, muchacho; vete a casa.

—No puedo, hay un terrible asesino esperándome; lo he visto, está detrás de mi ventana.

El *carabiniere* tiró de las riendas para ponerse en marcha.

—Vete a casa, muchacho —repitió.

—Yo conozco bien al coronel Pural, es mi primo. Estoy seguro de que no pondrá ninguna objeción. Él sabe que han asesinado a mi vecina. Les ruego que me dejen acompañarles. Yo no vuelvo a mi casa.

—Déjelo que venga —profirió Friedrich—. Tengo necesidad de dos ojos más, y además el muchacho dice la verdad: conoce al coronel.

El *carabiniere* permaneció unos instantes indeciso sobre qué hacer. Pero al final, dadas las circunstancias, accedió con un signo de la cabeza.

—Sube.

—Gracias, muchas gracias. —Prospero puso un pie en el estribo, pero el *carabiniere* lo detuvo.

—No, tú arriba, junto al cochero.

Cuatro débiles lámparas de gas para contrarrestar una tupida capa de oscuridad. Coretti atravesó la estancia con un farol encendido y se apostó al lado de Pural.

—Dentro de poco estará también entre nosotros el profesor Nietzsche, al que algunos de vosotros ya conocéis; me refiero en particular a Cabras, que lleva varios meses siguiéndolo. He decidido solicitar su consejo. ¿Alguna pregunta al respecto?

—Ninguna.

Pural volvió la espalda al pequeño público de inspectores que había reunido en su despacho.

—Entonces, ya podemos empezar. —Llegaron a sus oídos unos breves mugidos de asentimiento—. En este plano que veis, he unido los puntos en los que fueron secuestrados los recién nacidos con los puntos en los que fue visto el hombre luminiscente.

Se invitó a los presentes a dejar de reír y a prestar atención. Era el momento de dar una vuelta por las calles de Turín siguiendo el puntero con el que Pural iba indicando varios puntos precisos sobre un plano pegado a la pared. Mientras el puntero resbalaba por el plano de la ciudad como un carruaje circulando por las calles, seguido por el farol oscilante que sostenía Coretti. Pural ejercía de guía.

—Partimos de *piazza* Vittorio Veneto —enunció—. Seguimos por *via* Po, todo derecho. ¿Lo veis bien?

Los interpelados asintieron a coro inclinándose hacia delante y aguzando los ojos.

—Bien. Seguimos un poco más por *via* Po y llegamos a *piazza* Castello.

Mientras el extremo del puntero atravesaba la plaza, a los demás les pareció casi oír el ruido metálico del carruaje conducido por el coronel en su choque con el adoquinado.

Pero la impresión duró sólo un instante, pues Pural, sorprendiendo a todos, anunció:

—¡Y ahora nos encontramos debajo del *palazzo* Madama!

Un murmullo de estupor se elevó del grupo.

¿Había dicho «debajo»?

—Si seguimos desde aquí —golpeó sobre el plano— en dirección noroeste, llegamos debajo del *palazzo di Città* y a continuación debajo del Regio Senado del Piamonte y de la Cámara Regia de los Condes. Volviendo desde aquí —golpeó de nuevo con el puntero— llegamos fácilmente a la Imprenta Real y a la Casa de la Moneda Real, y un poco más allá a la Secretaría Real de Cerdeña. Desde el Palacio Real llegamos a los Archivos de la Corte Regia. Si seguimos todavía otro poco, acabamos en la Secretaría de Estado, después en la Gran Cancillería, y finalmente... —recorrió un tramo largo a una velocidad imposible en la realidad—, finalmente

llegamos aquí.

Pronunció la última palabra sin marcar un punto preciso en el plano (en realidad, sin hacer ninguna referencia al plano).

Todos los inspectores *carabinieri* que se habían reunido allí para recibir órdenes del coronel, y que habían seguido con extrema atención los desplazamientos de su puntero, lo miraban ahora perplejos, preguntándose si su jefe estaba apuntando nada menos que al suelo.

—Sí, lo habéis entendido bien: quiero decir que llegamos justo aquí, debajo de la zona ocupada por los *Carabinieri Reali*.

Coretti posó el farol sobre la mesa y fue a sentarse con los demás.

—Por debajo de nuestros pies discurre toda una red de canales que conducen prácticamente a todas partes, conectando en particular los edificios más importantes de la superficie. He mandado explorar toda esta red. Los maestros fontaneros y los responsables del alcantarillado —prosiguió Pural arrojando el puntero encima de la mesa, junto al farol—, todos ellos expertos en su especialidad y que conocen como la palma de la mano el subsuelo de la ciudad, no han encontrado nada. Y eso que lo han batido centímetro a centímetro. No siempre este tipo de pasadizos son accesibles, pero por debajo de Turín discurren unos canales sorprendentemente amplios. Existen unas galerías tan espaciosas que son transitables a caballo y, en algunos tramos, incluso en ómnibus.

La incredulidad de los *carabinieri* fue pasando de boca en boca en forma de cuchicheos y murmullos.

Pural miró el plano de la pared. Parecía estar visualizando lo que decía:

—Alcantarillas de la época romana. Cisternas. Grutas alquímicas. Subterráneos de construcción más recientes, dieciochescos, como los de la Ciudadela. Luego están las cavernas de las fábricas de hielo de *Porta Palazzo*. Una miríada de agujeros y recovecos. Más las galerías, increíblemente amplias, que discurren debajo de *via Po*, con bóvedas de varios metros de ancho y pequeñas aceras a los lados. Locales subterráneos con pasajes secretos contruidos en la Edad Media. Bodegas y sótanos debajo de los edificios más suntuosos, todos ellos conectados entre sí, edificios que probablemente fueron (si es que no siguen siendo) utilizados por los señores y las damas para encuentros secretos, de negocios o de placer. Hay razones para creer que se llevaron a los bebés a través de estos canales subterráneos: lugares de reunión y escondites para prácticas tan inconfesables como frecuentes. —Pural dio un puñetazo en la mesa haciendo tambalearse la luz, cuyos reflejos eran débiles y fluctuantes cual algas en medio de la corriente.

Tras el silencio largo y desangelado que siguió a la invitación a hacer preguntas o formular hipótesis, uno de los *carabinieri* levantó la mano.

—Adelante, Cabras —exclamó Pural indicando un mostacho distraídamente asimétrico (al igual que las orejas) y dos ojos pequeños inyectados de pillería que brillaban bajo una frente amplia y lisa atravesada por mechones negros y finos como

rasguños en una porcelana.

—Coronel, nosotros no sabemos quién fue el primero que se ocupó personalmente de las exploraciones subterráneas.

—¿Qué quieres decir, Cabras?

—Quiero decir que los responsables del alcantarillado y los maestros fontaneros, por excelentes personas que puedan ser —aunque yo por principio no me fío de nadie —, no son *carabinieri*. No podemos basarnos en sus declaraciones. Deberíamos explorar nosotros mismos las galerías y los lugares subterráneos a los que usted acaba de referirse.

—Lleva razón —opinó el que estaba a su lado.

—Sí, yo también estoy de acuerdo con Cabras —exclamó otro dándole una sonora palmada en la espalda.

—Deberíamos bajar ahí nosotros también —apostilló Cabras coreado por los demás.

Pural recogió el puntero y volvió junto al plano, sacudiendo la cabeza.

—No es tan sencillo. Son muchos kilómetros de laberinto. Sin conocer el punto exacto al que se baja, no es que haya gran riesgo de perderse sino absoluta certeza.

Cabras insistió.

—Bajo nuestros pies hay toda una ciudad sin ley.

—Si hubiera una lógica clara en medio de tanta confusión... —dijo Pural meditabundo—. Si pudiéramos circunscribir de manera razonable... —trazó un círculo con el puntero en el plano—, una zona no demasiado extensa para peinarla, podríamos tomar también en consideración una bajada al subsuelo... Pero por ahora lo excluyo.

—La red subterránea que ha indicado hace poco, coronel...

—¿Sí, Terzi? —Lo había reconocido por la voz, pero no conseguía individualarlo.

Terzi levantó la mano.

—Sí, adelante.

—La red, decía, y corríjame si me equivoco... —Se levantó en dirección a donde estaba el plano con el dedo enhiesto, listo para indicar un punto exacto—. La zona peinada por los maestros fontaneros parece que ha dejado fuera ésta.

—¿La Mole Antonelliana? —preguntó Pural.

—¿No debía haber ahí una sinagoga?

—Sí —confirmó—. En su origen, debía ser un templo hebreo —explicó—, pero después el gran arquitecto Antonelli ha exagerado su altura y la comunidad hebrea lo ha rechazado. Ahora se va a convertir en la sede del Museo del *Risorgimento*.

—Coronel, yo propongo explorar la zona subyacente a la Mole Antonelliana. Así estaremos seguros de rastrear una zona no inspeccionada aún por los fontaneros.

Pural anotó algo en su cuaderno.

—Pediré explicaciones. Tal vez alguien esté en condiciones de decirnos qué hay debajo de la Mole. —Acogió la observación con evidente satisfacción—. Muy bien,

Terzi.

—Gracias —dijo éste ya desde su sitio, apoyado por guiños de aprobación de parte de sus compañeros.

Se levantó otra mano.

—¡Coronel!

Otra vez Cabras.

—El robo en el Museo Egipcio... ¿no podría haberse realizado a través de los subterráneos? Ello explicaría la ausencia de huellas de los ladrones. Los secuestros y el robo del museo podrían guardar relación.

—Es una hipótesis muy interesante, Cabras.

—¿Hay novedades acerca del homicidio del cardenal Martini?

—Todavía no —admitió Pural de mala gana.

—Pues..., estaba pensando... Supongamos que el billete en el que estaba escrito *ecce homo* fuera obra del asesino del cardenal Martini y que se tratara de un mensaje dirigido a alguien...

—Podría tratarse también de un acto de nigromancia —observó otro.

—Sí, pero supongamos por un instante que se tratara de un mensaje. En mi opinión, deberíamos preguntarnos por su posible significado. ¿A quién podría ir dirigido?

—Lleva razón —prorrumpió Friedrich haciendo su entrada en aquel paraninfo improvisado con el paso experto y seguro de un profesor universitario.

—Si fuera un mensaje de parte del asesino, podría tratarse del mensaje de un *volkisch* dirigido a la Iglesia. Tal vez el cardenal Martini buscaba un *ecce homo*, y terminó siéndolo.

Pural lanzó una mirada de duda a Prospero, el cual, completamente empapado a causa de la lluvia, caminaba escondido detrás de Friedrich. Luego, volviéndose a sus hombres con la mano apuntando hacia los recién llegados, agregó:

—Os presento al profesor Nietzsche.

Un coro de balidos monótono:

—Bienvenido, profesor Nietzsche.

—Y él es Prospero, el único que ha visto de cerca al que... ahora nos dirá.

En coro:

—Hola, Prospero.

Los dos dieron las gracias, inclinándose respetuosamente ante los presentes, y se sentaron donde les indicó Coretti.

—Pero ¿por qué el asesino iba a comunicar un homicidio perpetrado de manera tan flagrante? —preguntó una voz ronca procedente de la última fila.

—¿A alguien se le ocurre una respuesta? —preguntó Pural a la concurrencia.

Pareció como si de repente las sillas se hubieran vuelto más incómodas.

—¿Nadie? —volvió a preguntar.

Nadie.

—¿Profesor Nietzsche?

Friedrich asintió.

—Con la expresión *ecce homo* se indica también el cuerpo de Cristo. Hace poco, al oír pronunciar la palabra *risorgimento* se me encendió una luz.

—Lo escuchamos, profesor.

—*Risorgimento* —silabeó Friedrich con entonación teatral, y a continuación—: *ecce homo*.

—Y bien, ¿profesor?

—La sábana santa. Turín es la ciudad de la sábana santa, un *ecce homo*, tal vez el *ecce homo* por antonomasia.

—Cierto. —Pural anotó algo en su cuaderno—. No lo había pensado.

Las sillas giraron sobre ellas mismas arrastrándose y chirriando sobre el suelo, y todos se volvieron para mirar el rostro inspirado de Friedrich.

—Y la sábana —prosiguió el profesor con aires de profesor—, ¿no es acaso la reliquia que, según los cristianos católicos, da testimonio de la muerte de Cristo en la cruz?

Pural asintió, al igual que todos los demás.

—Durante varios siglos, fue el arma más eficaz contra los herejes que no admitían la muerte de Cristo. Y sin la muerte del hombre-dios, no puede haber resurrección, no existiría la Iglesia. Turín es la ciudad del *Risorgimento* y de la resurrección. Tal vez exista un nexo.

Una multitud de rostros desorientados pidió auxilio a Pural.

—Por favor, profesor, trate de ser más explícito.

—No sé... No tengo un pensamiento bien formado al respecto. Sólo estoy yuxtaponiendo unos elementos que me parecen conceptualmente relacionados... Estoy pensando en voz alta. Son sólo unos destellos, pero podría resultarles útil considerar todo este asunto al margen de todo prejuicio. Yo estaba simplemente tratando de establecer una relación entre Poncio Pilatos, y en concreto entre la frase *ecce homo* que éste pronunció dirigiéndose a los judíos, y la Mole, la cual iba a ser una sinagoga. Después, al oír decir que pronto va a convertirse en el museo del *Risorgimento*, he pensado en la resurrección, en la sábana, en el *ecce homo*... A mí todo esto me parece interrelacionado, como la red viaria que recorre el subsuelo de la ciudad.

—¡Interesante! —exclamó Pural dejando el tintero casi sin tinta—. No sé adónde podría conducirnos esta consideración, pero la encuentro muy interesante.

—Yo vivo al lado de la Mole —intervino Prospero.

Las sillas de los *carabinieri* crujieron al orientarse hacia él.

—Prospero —le pidió Pural—, ¿quieres contarles a mis hombres lo que viste la otra noche?

—Vi a un individuo más que extraño. Como acabo de decir, yo vivo justo a dos pasos de la Mole, y es ahí donde lo vi. —Ante una colección de ojos ávidos, abiertos

como platos, agregó—: Puedo jurar que era más luminoso que ese farol —apostilló señalando el centro de la mesa.

Incredulidad general.

Risitas.

No era posible, simplemente.

—El doctor Rossini, médico forense —intervino Pural en apoyo de Prospero—, no excluye que un ser humano pueda emitir luz.

Las sillas giraron con estruendo hacia Pural.

—Les ocurre a muchos operarios que trabajan en la fabricación de fósforos, por ejemplo. Vomitan materia fosforescente, para decirlo con mayor exactitud, y su piel emite un resplandor diáfano en la oscuridad.

Prospero confirmó:

—El hombre que vi era exactamente como dice usted, coronel.

—Podría haberse sugestionado —objetó Terzi secundado por un murmullo aprobador—. Tal vez, condicionado por todo lo que se cuenta, creyó ver algo que en realidad no era tal y como le pareció.

—Yo no soy un visionario, señor —protestó Prospero con resolución—. Si digo que lo vi es que lo vi. Incluso lo toqué.

El *carabiniere* insistió:

—Sí, pero a veces hay testigos que sostienen con absoluta certeza haber visto cosas que luego se descubre que no son verdaderas. Eso lo sabemos todos.

—Llevas razón —concedió Pural—. Sólo que en este caso se trata de un testigo perfectamente creíble que vio a ese hombre de cerca, durante suficiente tiempo, y lo tocó incluso. Además, Prospero descubrió algo muy interesante que llevaba el hombre consigo. —Mostró el sello de bronce—. La impronta corresponde perfectamente a la serpiente marcada en la oreja de los bebés.

El sello de bronce fue pasando de mano en mano ante unos rostros perplejos mientras Friedrich se unía a Pural junto al plano de la ciudad.

—Creo que deberían bajar a hacer una inspección en regla, coronel, aunque ello le suponga algún riesgo.

Pural, pensativo, asintió despacio. Alguien había conseguido que las inspecciones de los fontaneros dejaran fuera la zona situada debajo de la Mole.

¿Quién?

¿Por qué?

No podía tratarse de una casualidad.

—Muy bien, señores. —Dio unas palmas y se volvió de repente—. Podéis iros —ordenó recuperando el sello de bronce—. No hay más órdenes por el momento; volved a vuestras tareas. Terzi, Cabras, vosotros os quedáis: quiero que hagáis la ronda junto a la Mole esta noche, con los ojos bien abiertos.

—¡A sus órdenes! —exclamaron al unísono, las manos enhiestas delante de la frente. A lo que siguió un redoble de talones.

Aquel respeto a la orden dada y la altivez con la que Pural recibió el saludo de sus hombres hicieron que un suave escalofrío recorriera toda la piel de Friedrich.

Se reflejaba una luna redonda y luminosa en cada charco de la avenida, a la altura del cuartel. Ya no llovía, pero de los pinos seguían cayendo gotas perfumadas de resina, que resbalaban, frías, por los cabellos.

Friedrich sentía un escalofrío cada vez que, con la nariz levantada, inhalaba aquellos aromas recién estrenados y metía sus pies, ya empapados, en todos los charcos que había. El carruaje le esperaba junto a la verja.

—Tengo la ligera sensación, coronel, de que no es sólo por mi asesoramiento por lo que me ha hecho venir aquí esta noche.

—Le aseguro que no tengo ninguna doble intención, profesor.

—Podría ser incluso triple, ya puestos —replicó Friedrich con tonillo.

—Sí, lleva razón. Las pruebas que obran contra usted son numerosas y muy importantes, igual que las personas a las que parece molestar. —Lo miró fijamente—. Es algo que debería esperarse quien se autodenomina «anticristo» y escribe frases como «El sacerdote es la más peligrosa especie de los parásitos, la verdadera araña venenosa de la vida, viciosa como todo lo que va contra natura», etcétera.

Friedrich se limitó a aprobar y suscribir lo que acababa de oír con unos ligeros refunfuños.

—Como ya le dije, yo no lo considero un peligro, sino una persona en peligro, y tengo por muy valiosa su contribución a mis pesquisas.

—Eso me honra, coronel. Estoy deseando saber qué otro enigma me tiene reservado.

—Por el momento, para su bien y para el mío, nos volveremos a ver mañana para trabajar juntos, si no le importa.

El pecho de Friedrich se hinchó como un globo aerostático listo para despegar.

—Me parece una propuesta apasionante, coronel.

Prospero apareció de repente a sus espaldas. Los dos se sobresaltaron.

—Yo no quiero volver a casa. Ayer por la mañana vi y oí a alguien que rondaba junto a mi ventana, y hoy también.

—No tienes motivos para tener miedo. Debiste de oír a mis hombres. Di la orden de que vigilaran tu casa. —Pural sacó a Friedrich del ensimismamiento en que se había sumido guiñándole un ojo para darle a entender que seguirían hablando al día siguiente. Abrió la puerta del carruaje—. Subid. Luigi os acompañará a casa. —Acercó los labios al oído de Friedrich—. ¿Mañana a las diez, delante de la catedral?

—Allí estaré.

Friedrich y Prospero se quitaron el barro de las suelas restregándolas contra el estribo y subieron al coche.

Querida hermana:

He vuelto a recibir carta tuya, y espero te agrade saber que la he leído con mucha indiferencia, sin sombra de rencor, a pesar de que me había despedido de ti y podía con motivo considerar la tuya una vulgar intrusión. No sólo tu carta, sino también su contenido me ha parecido un despropósito. Pase lo de que una ferviente neopagana felicite la navidad al anticristo; pero lo de tu renovada invitación a implicarme en tu empresa antisemita en Paraguay..., los afables saludos de tu pobre Bernhard... En aras de la prudencia, como supongo que supones, también esta vez me guardaré muy mucho de tomar en consideración tanto ir a veros como aceptar los saludos de tu marido. La distancia que me separa de Paraguay y de la Nueva Germania, como — qué poca inventiva— habéis llamado a vuestra colonia antisemita, es muy poca cosa si se compara con la distancia que existe entre mí y vuestro credo racista y pangermanista (te confieso que esta palabra me produce siempre ganas de reír).

Lo que estáis haciendo (y en lo que parece que has encontrado refugio) es casi lo más contrario a mí. No sabes que eres pariente directa de un hombre y de un destino en el que se está decidiendo una cuestión milenaria. El futuro de la humanidad está literalmente en mis manos.

Te ruego encarecidamente no te dejes tentar por una cortés —y en este caso impropio— curiosidad de leer los escritos míos que se están publicando estos días, y mucho menos los que van a seguir. Ciertas cosas podrían herirte sobremanera.

Para que todos puedan estar tranquilos, de mí sólo quiero decir que me siento estupendamente —resuelto y paciente—, como nunca antes me he sentido, ni siquiera una sola hora; que las cosas que antes habían sido difíciles para mí ahora me resultan fáciles, y que me sale bien todo lo que hago. Pero la tarea más ardua que tengo delante es mi naturaleza. Estoy jugando con un peso que oprimiría a cualquier mortal..., pues lo que debo hacer es tremendo, se mire por donde se mire.

Sé que te has convertido en una persona influyente, en una especie de «¡ábrete, sésamo!» (los arañazos de tus uñas llegan hasta aquí, hasta Turín). Eso me alegra: tu perfidia ha suscitado siempre mi más profunda admiración.

Me encantaría tener noticias detalladas sobre las dificultades y fracasos de la colonia, saber cuánto falta para el suicidio de tu marido, aunque no al precio de recibir otra carta tuya.

Dado que, en este momento tan decisivo para mí y para la humanidad entera, quiero evitar infortunios superfluos, no me encomiendo a tu poder, sino a tu afecto.

Tu hermano

Dobló la cuartilla y la metió en el sobre. Colocó la carta encima de un montón de cartas escritas anteriormente, la mayor parte de las cuales, como se podía deducir por el escaso abultamiento de los sobres, eran simples billetes y escritos muy breves. Después cogió un folio en blanco, para el que había preparado un sobre sin dirección (simplemente, «para Irene»), y manchó la pluma de tinta.

Dulcísima *madamin*:

Sé que puedo contar con vuestra discreción y, ciertamente también, con vuestra ayuda. Os ruego expidáis estas cartas, entre ellas una dirigida a mi hermana que está en Paraguay, mañana por la mañana en cuanto hayáis terminado de leer estas pocas líneas.

Mañana no estaré en casa, como me viene ocurriendo a menudo estos últimos días. Es algo poco habitual en mí, lo sé, pero no debéis pensar en nada malo. Tengo que resolver unos asuntos muy importantes que se encuentran más allá de mi escribanía.

Aunque yo sólo recibo cartas al «apartado de correos», y no le he dado nunca a conocer a Elisabeth mi dirección, imagino que ella ha encontrado la manera de haceros llegar alguna carta suya, aunque sólo sea para agradeceros la asistencia que me prestáis con tanta solicitud. Puedo imaginar su contenido y las insinuaciones sobre mi persona.

No la creáis.

Pertenece a la especie más resbaladiza de las anguilas.

En esta situación delicada en que me encuentro, también yo me he vuelto escurridizo con todos ustedes; me hago cargo de ello y lo lamento profundamente. Echo de menos nuestras conversaciones todavía más que las sonatas que tocamos a cuatro manos en el pianoforte. He escrito nuevas músicas para tocar juntos. Una *zarda* y varias baladas, inspiradas sobre todo en la opereta francesa. Las he escrito para nosotros dos; nadie más debe tocarlas antes. Por eso las he escondido en un lugar inaccesible y secretísimo: en un cajón de mi escritorio, el que no tiene llave. Sé que me esperaréis. Ya veréis cómo vuelan hasta el atril cuando vuelva. ¡No hay cosa que no se cumpla ni pensamiento que no se haga realidad!

No tengáis miedo, *madamin*. Sé que en este momento estáis temblando, pues os parece imposible que haya escrito esto en italiano. Es que ahora todo me sale de manera natural, qué le vamos a hacer. Y además este folio, como cualquier otro escrito por mí, está destinado a hacer temblar a quien lo lea.

Beso vuestras manos cándidas y rebosantes de música.

Hasta pronto,

Federico

Y se fue a dormir.

Domingo, 23 de diciembre de 1888

Hacia el final de la noche, pasada en blanco, decidió salir a dar un paseo y se dirigió hacia la catedral. Faltaban unas horas para su cita con Pural.

También la ciudad estaba ya despierta, animada por mozos cargando carretas, panaderos fatigados, gente rica de vuelta de sus holganzas y una horda de niños, que cada mañana, unos instantes antes de amanecer, se desparramaban por el centro, cubiertos de harapos y suciedad.

Vagabundos que salen de vaya usted a saber.

Un mal inocuo, pero no por ello menor.

Brazos como bastones, de los que cuelgan mangas demasiado largas de indumentaria regalada por una familia generosa o, las más de las veces, por un cadáver condescendiente. Piernas lívidas mal tapadas por pantalones demasiado cortos, hechos de retales de otros cien pantalones pertenecientes a otros tantos propietarios. Pies descalzos y sucios hasta el punto de mancillar el lodo que pisan. Rostros nada angelicales, sino mugrientos y arrugados; voces nada celestes, sino roncadas.

Pordioseros. Ladrones.

No hay mujer que no se aparte a su paso, llevándose una mano a la boca para no oler el tufo a excremento que impregna el aire, el hedor a orines y la putrefacción de sus jergones inmundos. «No tienen la culpa», se dicen después con aire apenado. «Unos explotadores sin escrúpulos los mandan a pedir limosna, a robar, o a alguna otra cosa, para que al anochecer vuelvan con el dinero exigido al amanecer». Pero todas huyen a su vista, como de ratas de alcantarilla.

Y no hay hombre que no los aleje de mala manera, golpeándolos con el bastón.

Los niños, indiferentes a todo esto, toman posesión de las esquinas, de los recovecos, desde donde mendigar con la mano tendida y los ojos lánguidos. Otros, los más obstinados y endurecidos por las brutales condiciones de la vida, prefieren la estación de Porta Nuova como lugar donde robar carteras. Todos están dispuestos a todo por una moneda o un trozo de pan. Pero alguien, aunque el caso suele ser raro, consigue escapar del explotador y ganarse la vida honradamente.

Por ejemplo, el chico de cara tiznada que, usando una mano al lado de la boca como megáfono, se desgañitaba cada mañana delante de la catedral.

—¡Dos bebés encontrados muertos en el Dora! ¡Sacados del río los dos cadáveres!

Le bastaba con tocarse fugazmente la boina para dar las gracias a quien le cogía un ejemplar del periódico dejando caer en sus manos sucias de tinta las monedas de

rigor.

—Dios le bendiga, caballero.

Especialmente las últimas semanas, las monedas tintineaban a un ritmo agradablemente regular.

—¡Joven condesa asesinada!

Moneda.

—¡Misterioso homicidio de una joven condesa!

Moneda.

—¡Detenido el asesino del cardenal Martini!

Monedas.

—Gracias. Dios os bendiga.

—Tu dios no es ni siquiera digno de sostenerme el bastón —le espetó Friedrich agitándole encima de la nariz el pomo con la serpiente ensortijada—. Y si no dejas de darme la bendición cada vez que te compro el periódico, ¡conseguirás que pruebe esto en tu espalda!

—Pido disculpas al caballero. Me parece que no lo he visto nunca.

—En efecto. —Pagó con desdén, como quien hace siempre lo mismo de mala gana, y apartó los oídos cuanto pudo de los ladridos ensordecedores del chico.

—¡Asesinada esta noche la condesa Arianna Adam, hija del famoso magnate del fósforo!

—¿Quéee? —Abrió el periódico con tal precipitación que arrancó algunas páginas—. ¿*Madame* Adam? —exclamó incrédulo buscando con avidez la noticia en la crónica de sucesos, literalmente atestada de hechos angustiosos e inexplicables.

La leyó farfullando nerviosamente y saltando de una línea a otra.

Aún no habían dado las doce de la noche cuando fue encontrado delante del Palacio Real, tendido sobre el adoquinado, el cuerpo exangüe de la condesa Arianna Adam [...]

[...] La condesa, conocida entre la alta sociedad como *madame* Adam, era hija del industrial Carlo Adam y de su esposa la duquesa Melissa Barberini Grimaldi, ambos fallecidos prematuramente el año pasado en circunstancias todavía sin esclarecer [...] La condesa podría haber sido arrojada desde un carruaje en marcha [...] A causa de la fuerte lluvia, los guardias no descubrieron el cuerpo hasta varias horas después [...] Se espera para hoy un parte del médico forense [...] Puede que ya estuviera muerta [...] Puede que hubiera muerto a causa de las graves heridas recibidas en la cabeza tras la caída [...] El cuerpo de la mujer, vestida con un traje blanco de noche [...]

Desconcertado, la frente surcada por arrugas profundas, pasó a la noticia sobre la detención del asesino del cardenal Martini.

[...] El doctor Rossini [...] En la morgue [...] Los *Carabinieri Reali* [...] El hecho lo habría presenciado una pareja de campesinos que recogían leña no lejos del punto en el que se detuvo el carruaje a bordo del cual viajaba el cardenal. El hombre que acompañaba a su eminencia el cardenal Martini lo habría matado asfixiándolo con las manos. Junto al asesino había probablemente también una mujer, de la que sin embargo los dos cónyuges no han podido proporcionar una descripción suficientemente precisa como quiera que salieron huyendo despavoridos.

Elevó sus ojos desolados al cielo, donde el sol, ajeno a lo que sucedía en la tierra, iba subiendo despacio, cual caracol por un cristal.

—¡Profesor!

Sintió que alguien lo estaba abofeteando.

—¡Profesor!

Más bofetadas.

Consiguió despegar los párpados. De repente, los sonidos volvieron a cosquillearle los oídos.

—¡Profesor, despierte!

Instintivamente, se llevó la mano a la cara para defenderse de nuevos bofetones y, haciendo un esfuerzo suplementario, consiguió abrir del todo los ojos.

—¿Dónde me encuentro? —farfulló—. ¿Quién es usted?

—¡Santo cielo, profesor! Pero ¿qué le ha pasado? —Le ayudó a levantarse y le limpió los labios con un pañuelo—. Habíamos quedado en la catedral a las diez. ¿Por qué se fue?

—No lo sé —respondió buscando los otros pedazos de su ser—. ¿Dónde me encuentro?

—En el parque Michelotti. ¿Es que no me reconoce?

Friedrich se palpó la cara en busca de las lentes, y después el bolsillo de la chaqueta.

—Aquí tiene sus lentes. —Pural se las dio—. Se le habían caído al suelo junto con el periódico. Pero ¿qué hace aquí, profesor?

Al final de un examen que duró tanto que hizo temer lo peor, Friedrich esbozó una sonrisa y dijo:

—¿Dónde está la catedral? ¿A dónde la han llevado?

Divertido más que fastidiado por el contratiempo, Pural le señaló el carruaje que los esperaba y lo invitó a dirigirse hacia allí.

—Debe perdonarme, coronel, no era mi intención faltar a la cita.

—¿Qué ha ocurrido?

—Al leer el periódico, me enteré de la terrible muerte de mi amiga la condesa Adam y debí de extraviarme en medio de la niebla de mi rabia. Me olvidé de usted, de nuestra cita en la catedral, de todo. He debido de hacer el trayecto que hago siempre en mis paseos..., como hipnotizado.

Subieron a bordo.

Chasquido de látigo y vapor blando por los orificios nasales de los caballos. El carruaje se abrió paso a través del parque.

—No puedo fiarme de nadie —expresó Pural repantigándose en el asiento—. A excepción de usted.

—Yo le ayudaré. —Friedrich se asomó por la ventanilla y vio un reguero de

realidad pétrea y rostros informes, una fotografía movida de una calle de Turín—. En los últimos años, he vivido sin ver, y no me refiero ya a mis problemas con la vista. No sé cómo no vi antes lo que estaban preparando.

—Hay muchas cosas incomprensibles, tanto para usted como para mí, y tal vez podamos ayudarnos mutuamente. —Pural resopló con gesto irónico—. Por un extraño juego del destino, la única persona de la que puedo fiarme es la que debería haber detenido inmediatamente.

—¿Detener?

—Veamos. El cardenal Martini estaba con la condesa Adam cuando lo mataron. Los testigos creían al principio que no habían visto nada con relación a la mujer, pero por la descripción del carruaje y por un detalle que se ha revelado importante hemos logrado remontarnos hasta ella.

—¿Y bien?

—Era su amiga, ¿no?

—¿Y bien?

—¿Me permite? —Pural exhibió un puro.

—Sí, claro.

Brilló toda la cabina; después, la llama fue absorbida por la punta del puro, que se convirtió en un pequeño disco rojo. Desde la primera calada se extendió el olor de la loción capilar de Pural, y a continuación todo su rostro quedó envuelto en humo.

—Prospero. —Aspiró—. Esta mañana no estaba en su casa. —Espiraba palabras humeantes—. Nadie lo ha visto. Ha desaparecido por arte de birlibirloque. —Una tosecita—. Y eso no puede ser.

—¿Puedo abrir? —preguntó Friedrich señalando la ventanilla.

Asentimiento con la mirada.

Una serpiente de humo gris se escapó del carruaje.

—Prospero es más despabilado que el diablo, coronel. No hay motivos para preocuparse por él.

—Ojalá lleve razón. De todos modos, la conclusión es que no puedo fiarme ni siquiera de mis hombres. Debían vigilarlo, y no se han dado cuenta de nada. —Exhaló un hilillo de humo—. *Madame* Adam participó en una sesión espiritista antes de ser arrojada desde un carruaje en carrera. —Acercó los labios al intercomunicador y tiró de una palanca para hablar con el cochero—. ¡Luigi!

Una voz amortiguada le respondió desde el otro extremo del tubo.

—Decidme, señor.

—Vamos a la clínica Turina.

Luigi, que parecía estar al lado de Pural, pero dentro de una botella, asintió y espoleó los caballos.

—Quiero presentarle a alguien, profesor.

—¿A su esposa? El señor Fino me ha informado de que...

—No, no a ella.

—Entonces, ya conozco al doctor Turina —respondió Friedrich con desdén—. ¿No tiene un destino más agradable que proponerme?

—Por desgracia, no. —Pural espiró y lanzó el puro por la ventanilla—. Me gustaría que conociera a Valentino.

—¿Se puede saber quién es?

—Uno que vive en la clínica. He descubierto que en una fase anterior de su vida fue sacerdote.

—¿Ah, sí? —dijo Friedrich con sarcasmo—. Conocería de buen grado a su esposa, pero no tengo ningún interés en conocer a un sacerdote.

—Mi esposa no está... —Elevó el índice hasta la altura de la sien—. No está... ¿me comprende?

—Quiere decir que no está loca, ¿no es eso?

Pural bajó la mirada y, por primera vez, sintió que podía afrontar aquel argumento sin por ello hundirse en el abismo. La mente centrada en lo que debía hacer..., la conciencia de un dolor más grande..., saber que los hijos de otros tenían necesidad de su ayuda..., la esperanza de salvarlos... No era exactamente la medicina que habría pedido que le recetaran, de haber podido elegir, pero todos los males que se estaban abatiendo sobre Turín habían atenuado en las últimas horas su remordimiento por la muerte de la pequeña Lidia.

—Quiero que sepa que perdimos a nuestra hija en un accidente —empezó Pural—. Un día de vendimia. Mi mujer, nuestra hija y yo. —Exhaló un suspiro grave mientras ordenaba a las lágrimas que no brotaran—. Fue por culpa mía. Una fatalidad. Mi mujer reaccionó muy mal. Nunca ha querido aceptar la muerte de Lidia. Tras el accidente, se hundió en una profunda melancolía, de modo que hubo que encomendarla a los cuidados del doctor Turina. —Pronunciar cada frase le costaba un mundo; sin embargo, cada pena expresada se transmutaba en una sensación de alivio nunca antes experimentada. De modo que siguió relatando los detalles de la tragedia y todo lo que había sufrido desde aquel día terrible. La enfermedad de Matilde, que era lo que más lo había abatido, al haberlos privado de la posibilidad de remediar la desgracia con la concepción de un nuevo hijo; su tormento como culpable y como padre a la vez...

El remordimiento.

La soledad.

Y cuando ya no le quedó nada más por decir, al ver la admiración conmovida con la que Friedrich lo había escuchado, se sintió mejor.

Al final, Friedrich, no encontrando palabras para hacerle llegar al coronel su pesar y su respeto, posó una mano en su brazo sin decirle nada.

Pural correspondió con un agradecimiento igualmente mudo, y después, repentinamente fortalecido, expuso:

—No hay tiempo que perder. Ésta es la única certeza de que disponemos ahora, profesor. Debemos ponernos manos a la obra ya mismo. He aquí la situación: en

Turín parece estar celebrándose un carnaval macabro, donde se suceden los delitos sin una lógica aparente y cada acontecimiento parece el resultado de una serie de colisiones casuales, como en una especie de frenesí homicida, con unos individuos muy extraños que se entregan a todo tipo de actos nefandos. Un ovillo realmente inextricable. He repasado todo con mucha atención: he releído todos los informes, todas las actas de los interrogatorios, y la única conclusión a la que he podido llegar es que, tras profundizar en varios casos, existen numerosos indicios que apuntan a miembros de la alta sociedad, no sólo italiana. He seguido, no sin cierta renuencia, varias pistas que me han conducido inclusive hasta la misma corte, aquí en Turín, y hasta la curia vaticana. Y mis superiores... —Instintivamente, bajó el tono de voz—, tampoco tienen las manos muy limpias.

—Me cuesta creerlo —aseveró Friedrich limpiando los cristales de sus lentes de oro con un pico de la camisa, que se le había salido del pantalón.

—A pesar de lo cual, puedo decir que ya no ando tan a tientas en medio de la oscuridad.

—¡Ah, qué suerte tiene! —comentó Friedrich echando vaho a su lente de alta graduación.

—He hablado con el hombre que mató al cardenal Martini.

De manera automática, obtuvo toda la atención de Friedrich.

—Pero no he descubierto mucho. Ha pronunciado pocas palabras. Se ha quitado la vida delante de mí. Pero lo que me ha dicho me ha iluminado sobremanera, si se puede hablar así. Me ha dicho, susurrando, que Dios es malvado, que Satanás es bueno...; todo ello antes de sorber el veneno que llevaba en una sortija. Y lo que es realmente extraño es que las palabras de este hombre son exactamente las mismas que las que pronunció el otro día Valentino en medio de su delirio: Dios es malo, el poder de Satanás es...

—Gnosticismo —lo interrumpió Friedrich.

Pural arrugó las cejas.

—Valentino y ese hombre son gnósticos, herejes. Ha dicho que Valentino fue sacerdote...

—Sí —confirmó Pural pendiente de la boca de Friedrich.

—Coronel, la extrema derecha europea, y en particular la alemana, ha encontrado en estas herejías un terreno abonado donde plantar la semilla del odio antisemita y racista. Además, se descubre cierto gnosticismo en el origen de las doctrinas secretas de muchas sociedades ocultistas. Le estoy hablando de magia sexual, de pecados desenfrenados, de homicidios rituales, de magia negra (pues en la visión inversa ésta es la buena), de sangre, de orgías y de los actos más inimaginables. De muchísima diversión malsana. De muchísimo poder. Del vínculo que acaba creándose entre las personas que comparten secretos tan grandes y sabidurías tan jactanciosas. Los círculos ocultistas alemanes deliran con la llegada de un mesías, con la nueva venida de Cristo, de Lucifer, la serpiente, Satanás. Sueñan con la venida de un mesías que dé

comienzo a un *Reich* milenario, que permita a Alemania y a la raza aria dominar el mundo. Los *volkisch* se han vuelto gnósticos, o lo que es parecido, satanistas. En el contexto lingüístico cristiano en el que nos estamos moviendo, yo mismo soy el anticristo. De los elementos que obran en nuestro poder se debería deducir que el culto practicado por los asesinos de esos pobres bebés es el culto *ofita* (del griego *ofis*, que significa serpiente). Es un culto gnóstico, diametralmente opuesto al Dios del Antiguo Testamento. Para los *ofitas*, los personajes «malos» de la Biblia son los buenos, empezando por la serpiente y siguiendo por Caín, Satanás y todos los demonios rebeldes. La serpiente aporta un rayo de conocimiento a Adán y Eva, a los hombres. Busca las partículas de luz aprisionadas en la materia por un demiurgo ignorante y maligno, por Yahvé, el Creador del universo. Todo esto lo tenía yo bajo mis ojos, pero siempre he mirado a la otra parte con desprecio. Con certeza, sólo sé que toda esta cosa, si es tal y como parece, es más grande que usted, coronel.

—Eso es lo único que yo he tenido claro también desde el principio. —Pural dejó caer la cabeza sobre el pecho y permaneció un rato mudo, mirando hacia abajo—. En estos momentos, ya no estoy seguro de nada. —Lo miró—. ¿Tiene ganas de arriesgar?

—Arriesgar y vivir son sinónimos, coronel.

Pural palpó la palanca para abrir el tubo de comunicación con el cochero. Tal vez había algo más útil que charlar con Valentino. Lo pensó un momento, mirando fijamente los ojos negros de Friedrich; y después tiró de ella.

—Luigi.

—Decidme, señor.

—He cambiado de opinión. Vamos al café Giardino.

Un viraje brusco, chasquidos de látigo y el relinchar contrariado de los caballos fueron una clara demostración de que el cochero estaba haciendo lo que se le acababa de ordenar.

—¿Es éste el riesgo que tenía *in mente*?

Le dirigió un amago de sonrisa.

—Arriesgar no es lo único que se necesita para vivir.

En el café no se tenía aún ninguna noticia de Prospero.

Les fue servida una cena a base de ternera con salsa de atún y vino, que decidieron degustar con calma.

Con la calma que precede a una tempestad.

Friedrich se inclinó hacia delante y dijo:

—Creo que lo he comprendido todo.

Los ojos de Pural se hinchieron de esperanza.

—Ilumíneme, por favor.

—Cada vez estoy más convencido de que nos las estamos viendo con una secta gnóstica. Usted debe saber, sin duda, que el cristianismo, tal y como lo conocemos hoy, se formó en el transcurso de milenios.

Pural movió los ojos hacia el techo y asintió.

—¿No había oído hablar nunca del gnosticismo?

—Sí, pero he de confesar que no sé mucho al respecto.

—La palabra deriva del griego *gnosis*, que quiere decir conocimiento. Más que una religión, el gnosticismo es un modo de entender la religión, a Dios y la relación del hombre con él. Como digo, se basa en el conocimiento, y se podría afirmar que todas las religiones tienen su propia versión gnóstica. El cristianismo no es excepción. Hablo de la Iglesia de Roma. Entre los eclesiásticos, siempre se ha practicado una fe oculta, un cristianismo gnóstico cuya existencia les es revelada a muy pocos, y que se remontaría hasta el mismo Jesús. Obviamente, los iniciados deben ser sacerdotes. Practican cultos secretos y unos rituales antiguos y desconocidos. En los evangelios canónicos abundan también las referencias a una doctrina secreta que Jesús habría revelado sólo a los apóstoles, no a todos. En Mateo, por ejemplo, Jesús dice que habla al vulgo en parábolas pues no está preparado para comprender los misterios, que son revelables (y revelados por él) sólo a unos pocos.

Pural lo miraba mudo, con la barbilla apoyada en la mano, los ojos entrecerrados.

—El verdadero cristianismo, según ellos, es gnóstico, coronel. ¡El verdadero Jesús sería un hereje! Jesús no creía que la salvación dependiera de la fe sino del conocimiento, y por eso enseñaba en secreto la *gnosis*. Para los gnósticos, la materia es mala, el mundo es malo y, en cuanto tal, no pudo ser creado por el verdadero Dios, amor luminoso que se encuentra más allá, en un allende llamado *pleroma*.

—En su delirio, Valentino ha dicho varias veces cosas muy parecidas.

—Tal vez Valentino formara parte de una secta gnóstica, tal vez fuera un sacerdote de los Hijos de la Luz.

—Es lo que él sostiene.

Friedrich tomó aire.

—La aversión de los gnósticos hacia el Dios del Antiguo Testamento y hacia todos los que lo veneran, los hebreos en primer lugar, es como miel para los antisemitas alemanes (y no sólo para ellos, naturalmente). Pero he aquí que, para llevar a cabo su plan tendente a la conquista del mundo por parte de la raza aria, necesitan conquistar el poder político, cosa que no pueden hacer sin el apoyo de las masas alemanas, que son cristianas, ¿comprende? Los *volkisch* pretenden depurar el cristianismo de todo rastro de hebraísmo, y ello a través del gnosticismo.

—¿Y por qué iban a elegir Turín para ejecutar su plan?

—Los templarios practicaban un cristianismo gnóstico, y tuvieron en su poder la sábana santa de Turín. Se dice también que custodiaban, y seguían, un evangelio secreto.

La atención de Pural ya no era una pose de circunstancia.

—¿El Evangelio de Tomás, acaso?

—Eso se dice. Veo que no está tan a oscuras como declara, coronel.

—Pura apariencia. Continúe.

—Durante los tres primeros siglos del cristianismo, Alejandría, que está en Egipto, fue un vivero gnóstico muy importante; y aquí, en Turín, hay un museo egipcio también muy importante...

Pural asintió pensativo.

—Puede que encontraran algo realmente importante en el museo, lo que revigorizó los distintos movimientos gnósticos y los invitó a unirse en una gran *ecclesia*. Puede que haya un poco de todo eso mezclado. Quién sabe. Lo que es indudable, coronel, es que el barón von Hermann está implicado en el asunto. —Friedrich quería terminar con el fruncimiento de cejas de Pural—. ¿Quiere que le aporte ejemplos concretos de demencia cristiana gnóstica?

—Sí, por favor.

Empezó la lista cogiendo el dedo de una mano con dos de la otra.

—Los antitácticos. Practicaban la inversión de los valores, la paradoja; hacían una lectura inversa de la Biblia, de los proverbios, de cualquier forma de ley, divina, social o humana en general. El primer impulso es el que cuenta, la seguridad deriva de la confianza, y las leyes y los dogmas son sólo una coartada para nuestra impotencia. Son precursores míos en muchas cosas. Pero los antitácticos no son filósofos, son seguidores de una religión, y ahí nuestros caminos divergen bruscamente. Celebraban la misa a la inversa porque el Dios de la Biblia es el demiurgo maligno que creó el cosmos y engaña a los hombres presentándoles lo que es bueno como malo y viceversa. Por eso hay que vencer la propia tendencia a la sumisión y hacer lo contrario de cuanto él establece si se quiere alcanzar la luz. Todo mal es bien, y todo bien es mal.

«Antitácticos...». La palabra tenía cierta resonancia militar, que no disgustaba a Pural; así, empezó a darle vueltas en la boca como si fuera un caramelo.

—Los borboritas. Significa los pestilentes, los embarrados. Vivían en

comunidades aparte. Tenían una costumbre ritual harto extraña, ya me dirá: se manchaban la cara con excrementos para impedir que la vieran y para exaltar su esplendor por medio del contraste.

«Borboritas...». Aquella palabra evocaba también movimientos intestinales.

—Los *capocracianos*, de los que ya le hablé, que se hacían una marca detrás de la oreja, igual que hicieron con los niños. Y los nazareos, los marcionitas, los *bogomilos*, los cátaros... La lista no terminaría nunca; el gnosticismo se divide en innúmeras sectas, y presenta una teología igualmente movida.

—Todo esto me parece muy interesante —aseveró Pural—, pero sigo sin ver por qué está tan convencido de que todo esto tiene algo que ver con los secuestros.

Friedrich se lo dijo, saboreando previamente su reacción:

—Los seguidores de algunas sectas del cristianismo primitivo elegían a sus obispos formando un círculo alrededor de una hoguera y pasándose de mano en mano a un recién nacido, inclusive a través de las llamas, hasta que el pobrecito moría en las manos de uno de ellos, el cual quedaba así designado y elegido.

Todos los músculos faciales de Pural empezaron a temblar.

—El médico forense... —murmuró atónito—. Todo lo que está diciendo coincide con las conclusiones del médico forense que examinó los cadáveres.

—También se habla de ágapes en los que se come fetos humanos —prosiguió Friedrich—. Puede ser que los niños secuestrados sean fruto de una orgía sagrada. Tal vez algunas pobres mujeres se han visto obligadas por sus amos a participar en rituales secretos y a alumbrar un niño destinado al sacrificio.

Pural lo detuvo. Estaba profundamente turbado. Tras un breve silencio, empezó a sacudir la cabeza y a repetir «pero ¿por qué?», «pero ¿por qué?»..., no para exigir una explicación sino para rechazarlas todas. No podía haber ninguna explicación para semejante aberración de la mente humana.

—Sé que esto es algo demencial —expresó Friedrich—, si bien hay que aclarar que son testimonios legados por sus adversarios, los padres de la Iglesia. El porqué es absurdo, pero existe. Los gnósticos condenan la creación, la materia y a su Creador (comprenderá entonces por qué gustan tanto a la extrema derecha y a los enemigos del materialismo). Así pues, como los mandamientos son el instrumento del Creador maligno para mantener la luz aprisionada en los cuerpos, los gnósticos cometen sistemáticamente los pecados más inimaginables. Practican los rituales cristianos, como la misa, al revés y, pecando de este modo, creen agotar todas las posibilidades de la materia, con lo que ya no deben reencarnarse en otra vida. Cuanto más pecan más cerca están de romper el ciclo de los renacimientos, ciclo que condena al hombre a la tierra. Al pecar, pueden regresar al reino de la luz, que se encuentra allí arriba, más allá del décimo cielo. Los que usted anda buscando son precisamente gnósticos de este tipo. Individuos para los cuales ir contra Dios es como rezar. El pecado más grave para ellos es la procreación. Un gnóstico de este tipo es la imagen reflejada en el espejo de un creyente cristiano normal: sigue el mismo texto, pero en la dirección

opuesta. La historia los había olvidado. Pero ahora una parte de la Iglesia, junto con los *volkisch* y otros antisemitas, más tal vez algún otro grupo de posesos turineses, al que probablemente estaba vinculada de alguna manera *madame* Adam, están tratando de revigorizar y dar un nuevo sentido a la antigua fe. No se empeñe en comprender. Nadie puede hacerlo. Es un embrollo terrible. Bástele por ahora considerar que los masones son amigos de los hebreos y que se hallan en lucha secreta contra los antisemitas, si bien muchos grupos ocultistas antisemitas fueron fundados por masones, y todos reclutan en la masonería. Los pangermanistas *volkisch* son antisemitas, racistas, neopaganos que creen en el poder mágico de las runas y de la raza aria; sin embargo, abundan también los círculos ocultistas fundados por monjes católicos, o por exmasones. Un revoltijo sin fin que está dando origen a un sincretismo demencial. Creo haberle hablado ya de Helena Petrovna Blavatsky y de su teosofía, ¿verdad?

Pural se peinó con los dedos sus cabellos apelmazados a causa de la loción al ámbar y, como si fueran pensamientos, intentó la difícil tarea de desenredarlos. Aunque hubiera visto con la misma claridad que Friedrich todo lo que éste acababa de decir, no habría encontrado nada útil para sus pesquisas. Tal vez todavía podía hacer algo para salvar a los niños secuestrados (¡qué tormentos debían de estar padeciendo los pobres!). No podía seguir elucubrando por más tiempo sobre unas teologías tan abstrusas.

—Vámonos, profesor.

—¿Puedo saber adónde? —Se limpió los labios con una servilleta blanca.

—Vamos al cuartel.

—No veo el motivo. ¡Deberíamos ocuparnos más bien de esos pobres niños, y de Prospero!

—Hable más bajito, por favor. Es precisamente lo que tengo intención de hacer.

—¿En el cuartel? —Friedrich no comprendía.

—Exactamente —contestó Pural, tras lo cual depositó el importe de la cena en las manos del joven que estaba sustituyendo a Prospero—. No nos debe ver nadie. Nadie debe saber que estoy allí, y todavía menos que estoy con usted. Pasaremos por detrás y esperaremos a que se haga de noche. —Le rozó un brazo—. Tengo un excelente *barbera* en mi despacho.

—¿Y después?

—Después registraremos el despacho del general.

Salieron del café Giardino entre bocanadas de humo, un millar de voces y un tintineo de vasos como no se habían visto ni oído nunca. Sólo la música sonaba menos fuerte que de costumbre, pues nadie prestaba atención a la orquestina, atraídos como estaban los clientes por las lenguas bien informadas sobre los últimos acontecimientos de la ciudad. Los propios intérpretes parecían estar más atentos a lo que estaba contando un fulano sentado en la mesa más próxima, exagerando el *piano* e incluso el *pianissimo* en su afán por oír lo que contaba. Se expresaba consternación por los dos niños encontrados en el río y por los que (quién sabía cuántos) seguían aún en manos de los secuestradores. Alguien se preguntaba si entre los presentes no habría alguien que conociera a alguno de los pobres padres víctimas de aquellas terribles desgracias. Y, con toda la prudencia que exigía el caso, otro sostenía haber oído decir (y todas las cabezas giraron súbitamente hacia él) que aquellos pequeños malhadados no habían sido secuestrados sino que habían desaparecido forzosamente al ser fruto de relaciones turbias entre señores y domésticas.

Las frentes de los músicos se fruncieron también, y el *presto* que estaban ejecutando pasó al *tempo* de *adagio*.

En la mesa contigua se avanzaban varias hipótesis sobre la muerte de la condesa Adam, a la que el individuo con la mandíbula cuadrada y un hoyo profundo en el centro de la barbilla sostenía haber conocido en un encuentro de negocios con su padre ocurrido poco antes de que éste y su esposa murieran en circunstancias misteriosas. Ensalzaba la gracia de la que por entonces era una adolescente, así como los rasgos de la mujer en que se convirtió después, y envidiaba su estilo de vida, si bien añadiendo a continuación que tal vez todo fuera mera apariencias. En efecto, por lo que él había logrado saber, la pobre estaba materialmente abrumada de deudas. Sin duda era una suposición algo aventurada (que expresaba ahora en voz baja y mirando alrededor) pero también bien fundada, por lo que era consciente de que no debía decir lo que sin embargo sentía que debía decir; a saber, que *madame* Adam llevaba una vida poco ejemplar, que tal vez se ganaba el sustento, y también la adquisición de otras cosas superfluas, saciando el apetito de no pocos señores insatisfechos con sus propias esposas.

En la mesa de al lado se había llegado a la misma conclusión. Toda la sala era un hervidero de hipótesis y detalles sobre los últimos sucesos de la crónica local. Escuchar los comentarios de los parroquianos era lo mismo que leer la *Gazzetta Piemontese*.

Tan sólo en la cocina versaba la conversación sobre otro tema.

—¿Aún seguimos sin noticias de Prospero? —preguntó el dueño del café con una aprensión amenazadora que empujó a todos, cocineros y camareros, a inventarse

algo.

—A lo mejor es que ha encontrado una chica muy guapa.

—No es propio de él...

—Lo más seguro es que no se sienta bien.

Y hubo alguien incluso que, con la aprobación general, se atrevió a manifestar que en Turín no era difícil encontrar a un jefe más generoso que él, sobre todo tratándose de un joven tan despierto como Prospero.

El dueño del café se alejó del subsiguiente coro de risas refunfuñando y proclamando que eran todos unos ingratos, que él siempre había tratado muy bien a aquel muchacho y que lo mismo haría con ellos a poco que se le asemejaran.

Miró al interior de la sala y se consoló constatando que estaba llena hasta los topes. Había una mesa, en particular, que atraía las bandejas de los camareros como si fuera un potente imán; para colmo, a espaldas de los ocupantes se había formado un corrillo de clientes para oír lo que estaba diciendo el individuo con la mandíbula cuadrada y un hoyo profundo en el centro de la barbilla.

En otra mesa estaba sentado uno que al parecer conocía al culpable de todo:

—¡Han sido los hebreos! —pontificaba—. ¡Están conchabados con los masones! ¡Nos tienen bien cogidos a todos! Detentan el capital, la banca, la prensa, la industria editorial..., y encima andan tramando contra las monarquías cristianas. La Revolución francesa es obra suya. Desde siempre han matado a niños cristianos. Les sacan la sangre y la echan en un barreño de vino; luego la mezclan con harina para hacer el pan ácimo, y nos maldicen mientras lo comen. ¡Y aquí en Turín les dejan hacer la sinagoga! Increíble. —Engulló de un trago el enésimo vasito de aguardiente resoplando de satisfacción y chasqueando la lengua contra el paladar—. Menos mal que Antonelli ha encontrado la manera de jorobarlos. ¡Las iglesias de los hebreos tienen unos límites de altura que respetar! —Rio profusamente—. Son simios, no seres humanos, que están consiguiendo que nuestra raza degenere. —Y siguió riendo mientras otro se asociaba a su perorata rellenándole el vaso.

Brilló un fósforo. La llama se hinchó y después voló hacia un farol rasgando la oscuridad, como una cuchilla candente rasgando un paño negro.

Lentamente, fue tomando forma el despacho de Pural.

—Prospero no puede haber desaparecido por arte de magia. Lo habrían visto mis hombres y yo habría sido informado. —Indicó con el dedo el escritorio—. Coretti me habría dejado una nota si hubieran encontrado a Prospero. Siempre me deja una nota por lo que sea: siempre me pone al corriente cuando he salido.

Pero la superficie del escritorio estaba completamente lisa, lo que alimentaba más aún las sospechas de Pural.

—El celo del fiel Coretti está debilitándose —observó Friedrich.

—Si así fuera, el responsable no sería él, de eso estoy seguro. Alguna otra persona, un oficial superior a mí, lo debe de estar manipulando. Tal vez sea precisamente el general Linzi, o el gran maestro. Sé que usted... —Le tocó el brazo—. Usted, profesor, se entrevistó con él, ¿no?

Friedrich iba a contestar cuando el ruido de unos pasos que se aproximaban a la puerta obligó a ambos a callar. Pural, con el índice pegado a los labios, apagó el farol.

Permanecieron inmóviles, con la mirada fija en el picaporte como si estuvieran seguros de que la persona que estaba en la otra parte se hubiera propuesto abrirlo.

Los pasos se detuvieron delante de la puerta.

Al igual que ellos, el picaporte no se movió ni un milímetro.

Al cabo de unos minutos, recomenzó el ruido de pasos, pero esta vez alejándose. Pural, exhalando un suspiro, encendió un fósforo.

—No era Coretti: su manera de andar es inconfundible. —Introdujo la llama en el farol y sacudió más de lo necesario el bastoncito humeante.

—Sea quien sea, se debe de estar preguntando dónde se habrá metido el coronel.

—Sí, lo más probable.

—Interesante —comentó Friedrich—. Tal vez el general esté jugando una partida a un nivel más alto utilizándonos a usted y a mí como peones desprevenidos.

—Yo quitaría el tal vez, profesor. El general me convoca y me dice que le tienda una trampa para así poder expulsarlo de Italia, por su propio bien, pero al mismo tiempo le invita a organizar seminarios privados para los seguidores de la masonería turinesa, hace tratos con usted... —Llevó la mirada un poco más allá de las lentes sucias de Friedrich y encontró unos ojos despiertos, jaspeados por una multitud de sombras.

—Si está de acuerdo, me gustaría que nos tuteáramos. Los amigos me llaman Friedrich, salvo ese irritante «Fritz» que utilizan las harpías de mi madre y mi hermana. —Le dio la mano.

Pural la estrechó.

—Mucho gusto, pues, Friedrich.

—El gusto es mío. Además, se da el caso de que tengo más confianza contigo que con nadie. ¡Todos mis mejores amigos tienen la cara rectangular y blanca de una cartilla surcada de arrugas de tinta!

Siguió un silencio risueño.

—El general está jugando a un doble juego —reanudó Pural—. Cree que me la puede pegar de esta manera tan desvergonzada. Estoy seguro de que sabe algo sobre el robo en el museo, y no sólo eso... El director del Museo Egipcio es masón y muy amigo del general.

—Son hermanos —exclamó Friedrich—, ¡hermanos de Italia!

Le pidió que hablara más bajo.

—¿Te ha ofrecido dinero el general a cambio de algo?

—El dinero proviene de la comunidad hebrea —corrigió Friedrich—. El gran maestro...

—El general —puntualizó Pural.

—El general es sólo un intermediario.

La danza de la llama atrajo primero la atención de Pural; después, su mirada vacía y pensativa se posó de nuevo en Friedrich.

—¿Pediste tú mismo el dinero?

—Sí.

—¿Cuánto?

—No fijé una cantidad. Eso quedaba de su cuenta. Sólo sé que era bastante dinero. —La mano de Friedrich se suspendió en el aire como para marcar una altura—. Eran montones de billetes de banco, así de altos.

—¿No los contaste?

—No. El acuerdo no prevé que estén en mi poder. Ellos se encargarán de suministrarme lo necesario cada cierto tiempo. Digamos que me ofrecerán un crédito a fondo perdido mientras siga viviendo aquí, en Turín.

—Eso podría explicar por qué el general quiere que te vayas de Italia.

Friedrich se puso rojo de rabia.

—¡El cerdo asqueroso!

—¿Y qué esperan a cambio?

—Que yo, el autorizado Zaratustra, diga claramente a los racistas alemanes, y no sólo a ellos, que es una estupidez lo del culto a la raza, el culto a la sangre, el antisemitismo..., y que yo no soy un antisemita. Eso es todo.

—Una petición muy encomiable.

—Lo es.

—Pero ¿estás seguro de que el dinero y las promesas del general provienen realmente de la comunidad hebrea?

La certeza brillaba por su ausencia en el rostro perplejo de Friedrich.

—Ante semejante cantidad de dinero se pueden creer muchas cosas.

—O sea, que no lo sabes.

—No. Yo lucho contra el cristianismo, contra la Triple Alianza, y ahora también contra los antisemitas. Pero debo encontrar aliados para esta lucha. Los hebreos tienen en sus manos el capital y los medios de información; desde siempre han sido perseguidos por el cristianismo y ahora van a serlo por los alemanes pangermanistas, neopaganos. —Lo dijo con desprecio—: Los *volkisch*. —Respiró hondo—. Los hebreos son mis aliados ideales en estos momentos en que tanto me esfuerzo por frustrar los planes de mi hermana.

—Como no me gusta ser indiscreto respecto a las cuestiones familiares, no te voy a pedir que te expliques mejor, Friedrich.

—Pues mira, me voy a explicar. —Asintió a la invitación de bajar la voz y se expresó medio susurrando—. Mi hermana quiere que mi trabajo de filósofo se detenga aquí. Hará todo lo posible para impedirme que escriba en defensa de los hebreos, o de cualquier otra cosa. Mis amigos más íntimos están conchabados con ella. Por ejemplo, el sedicente señor Pietro Gasti, cuyo verdadero nombre es Heinrich Köselitz, que reside en Venecia y se guarda muy mucho de venir a visitarme, practica un doble juego con Elisabeth, además de con el mundo entero. Me traiciona refiriéndole el contenido de nuestra correspondencia, y tengo motivos para creer que, si yo muriera, los dos se apoderarían de mis escritos inéditos y los manipularían a su antojo. ¿En qué quedaría todo? —Resopló—. Primero: el superhombre es la raza aria reconducida a su pureza primigenia. Segundo: lo cual sólo se puede conseguir aniquilando a las otras razas, empezando por la hebrea, de la que en Alemania abundan tanto su sangre como sus ideas. Tercero: Jesús no fue hebreo sino ario, y el cristianismo del *Volk* deberá predicar a un mesías superhombre. Y el círculo se cierra. ¿Por qué debería yo volver a abrirlo? —Enlazó una mano con la otra cruzando los dedos, y la apoyó sobre el vientre mientras suspiraba y se sumía en la reflexión.

También Pural sintió necesidad de ausentarse un poco. Los problemas de Friedrich le parecían demasiado distantes.

Y casi se durmió mientras sus pensamientos, ninguno de ellos agradable, se arremolinaban en su cabeza cual hojas secas al viento.

El tictac del reloj que llevaba en el bolsillo siguió su carrera en medio de aquel remanso del olvido: las manecillas iban avanzando sin que nadie se diera cuenta.

Después, como si sólo hubiera transcurrido un instante, Pural se desperezó, se puso en pie y se acercó a la puerta.

Afinó el oído.

Parecía que por fin reinaba el silencio tan esperado. Abrió con cuidado mientras hacía signo a Friedrich de que no se moviera, salió al pasillo y abrió las puertas de las habitaciones para asegurarse de que no había nadie.

Sin que ninguno de sus hombres sospechara nada, les había dado a todos permiso de ausentarse. Su estratagema parecía haber funcionado a la perfección: sólo

quedaban unos pocos *carabinieri* montando guardia en el exterior, más otros pocos reclutas inofensivos.

No había nadie de servicio, como un museo tras la hora del cierre.

La visita podía empezar.

Atravesaron las dependencias desiertas del cuartel, donde todo parecía reducido a lo esencial: las paredes eran simples tabiques; las puertas, paneles con picaporte; las mesas, meras tablas apoyadas en patas. Todo cuadrado y aséptico. A excepción de la sala de oficiales, que estaba adornada con cuadros, divanes y butacas de piel, revistas, mesas de billar y otros pasatiempos y esparcimientos varios, como naipes, juegos de ajedrez con piezas de marfil y de ébano, y, por último pero no menos seductor, un aparador bien provisto de té de calidad, licores y toda una variedad de tabaco de fumar y de inhalar.

Todo lo cual se podía encontrar también en el despacho del general.

—¿Y si hubiera alguien?

—Ahora lo sabremos. —Pural abrió la cerradura sirviéndose de una llave maestra.

Apenas hubieron entrado, Friedrich reparó en algunos libros de la estantería, que para un ojo experto como el suyo eran inmediatamente reconocibles; asimismo vio sobre una cómoda un tablero de ajedrez decorado con dos columnas y una escalera con un triángulo en lo alto; y en el escritorio, un pequeño ataúd con una calavera en altorrelieve y un compás frente a una escuadra.

En aquel momento habría sabido inmediatamente, de no haberlo sabido ya, que el general era un apasionado masón.

Además de símbolos, el escritorio del general estaba abarrotado de objetos exóticos y de papeles amarillentos.

Pural abrió un cajón y registró. Repitió la operación cuatro veces más con otros tantos cajones y sacó del último un cuaderno. Se mojó las yemas de los dedos con el labio inferior y lo repasó rápidamente con creciente desilusión.

—Parecen las anotaciones de un loco —informó volviéndolo a dejar en su sitio.

Pero Friedrich, que tenía un ojo especial para los cuadernos, alargó el brazo para que se lo dejara ver.

—El general es aficionado a escribir diálogos —le informó Pural alargándoselo.

Efectivamente, Friedrich encontró en él toda una serie de diálogos carentes de ambientación, intercalados de apuntes aparentemente sin sentido, algunos de ellos con claras referencias a la astrología y a la magia.

Sin hablar, inmóvil, la frente fruncida y una mueca apenas esbozada, pero que bastaba para producir un escalofrío, miraba a Pural fijamente.

—Y bien, ¿qué es?

Friedrich no reaccionaba.

—¿Por qué me miras de ese modo?

Friedrich siguió mirándolo a los ojos sin decir palabra, mientras la mano que

apretaba el cuaderno empezaba a temblarle y la mueca se extendía sobre su rostro. Categórico, con la voz rota por la emoción, dijo:

—Es el cuaderno de Prospero.

Pural se quedó con él.

Siguió buscando, más a fondo, entre los papeles de los cajones, entre los libros, en cualquier rincón donde pudiera haber algo. Después, como no encontró nada interesante, cogió a Friedrich de un brazo y se lo llevó de allí a toda prisa, pero sin hacer ruido, hasta su despacho, para examinar el cuaderno con más tranquilidad.

«¿Qué hacía el cuaderno de Prospero en el escritorio del general?», se preguntó Pural repetidas veces sacudiendo la cabeza mientras pasaba páginas con aire desalentado. Finalmente, lo lanzó sobre la mesa.

—Tal vez sea mejor que lo mires tú.

Friedrich inclinó la cabeza, se la sujetó con las manos y empezó a leer murmurando. De vez en cuando levantaba la mirada para dar cuenta de lo que leía.

—Debes saber que a Prospero le encanta poner el oído a lo que comentan los clientes sentados a una mesa del café. —Apuntó con el índice una página—. Aquí, dos personas hablan de un sacerdote que blasfemia. Eso me lo leyó precisamente hace unos días. —Pasó varias hojas, siguió leyendo y dijo—: Aquí, en cambio, dos hombres hablan de un asunto de índole sentimental. —Pasó página y siguió leyendo en silencio.

—¿Has encontrado algo? —preguntó al poco tiempo Pural con impaciencia, seguro de que de aquellas líneas saldría alguna información importante.

—Esto... —se lo indicó—. Esto parece interesante.

—Déjame ver. —Pural lo leyó a su vez y, al final, palideció—. Se habla de una momia. —Los codos sobre la mesa, se acercó un poco más al farol—. ¿Está escrito el nombre del que habla?

—No hay nombres.

—Mira bien.

Friedrich pasó a las últimas páginas.

—Ah, mira aquí. —Le acercó el cuaderno.

—Son números —dijo Pural dejando traslucir su decepción pero al mismo tiempo su confianza en la sabiduría de Friedrich.

—Sí, son números, pero... —reflexionó—. Pero... —Leyó mejor—. Prospero marca cada página con una letra y al final apunta números por cada página. —Empezó a percutirse la barbilla con la punta de cada dedo, uno tras otro. Parecía estar calculando como un niño en la escuela que busca las coordenadas de una batalla naval—. 14:P-9:I... ¿Cómo se llama el general?

Pural respondió con el ceño fruncido:

—Pietro Linzi.

—Pues precisamente eso es lo que está escrito aquí: Pietro Linzi —afirmó Friedrich absolutamente convencido—. 14.9.5.18.16.13. —Pietro escrito con números. Le mostró los números que, leídos sucesivamente, equivalían a «Linzi»—. Está escrito Pietro Linzi, no cabe ninguna duda. Esto se llama *gematría*, una de las técnicas de análisis de palabras utilizada por la cábala hebrea. Un método para descifrar significados ocultos de la Biblia. Sólo que aquí Prospero utiliza el alfabeto

italiano.

—¿Y Prospero ha empleado esta *gematría* para ocultar los nombres de las personas que espiaba?

—Así es, aunque no se la pueda llamar *gematría* en sentido propio. Digamos que ha usado el principio de la conmutación de las letras en números y viceversa. Por cierto, el origen de la *gematría* es precisamente éste: un sistema que se empleaba en la antigua Grecia para ocultar los nombres de una persona.

Pural se apoderó del cuaderno y a los pocos minutos ya traducía cada línea de números a una línea de letras, en la que resultaba legible el nombre de alguien. Eran personas en su mayor parte desconocidas, pero había otras que no era la primera vez que llegaban a sus incrédulos oídos.

—Una buena parte de la aristocracia turinesa intercambia sus secretos en estas líneas. En las mesas del café Giardino se han sentado ministros, altos jefes del ejército, jueces y hombres de Iglesia muy prominentes en esta ciudad. Y a todos los ha espiado. Empiezo a temer por la vida de ese muchacho.

—Debemos encontrarlo sin falta antes de que sea demasiado tarde.

—Sí, pero ¿dónde?

Friedrich le arrebató el cuaderno de las manos.

—Intenta comprender lo que dice el general.

—No dice nada. Los números que corresponden a su nombre no forman parte de lo que dice. Son apuntes de Prospero en los que manifiesta que le ha entregado las fotos del muerto. Habla de dinero prometido y no recibido. —Levantó la cabeza del cuaderno y buscó los ojos de Pural—. ¡El muchacho conoce al general!

—El muchacho conoce más cosas de las que yo creía —abundó Pural. El cuaderno volvió a él. Un charco fangoso y oscuro donde sumergirse.

—Hay una cosa que no te he dicho. No creía que fuera importante y, además, había prometido mantenerla en el más completo secreto.

—Te escucho —dijo Pural sin dejar de leer.

—Ayer por la tarde el general me enseñó unas fotos en que aparecía una momia retratada.

—¡No me digas! —exclamó Pural estupefacto—. ¡Eso me parece muy importante!

Friedrich trató de disculparse argumentando lo siguiente:

—Pero era sólo una de las numerosas momias que hay aquí, en Turín: la de un faraón o de un sumo sacerdote egipcio. Los masones no hacen más que fantasear.

—¿La has visto tú? —preguntó la voz sin cuerpo de Pural.

—He visto varias fotografías. El gran maestro, el general, me las enseñó para recabar mi parecer.

—¡Por lo tanto, robaron en realidad una momia y no un canope, como pretendía el director del museo! —exclamó para sí Pural golpeándose la pierna—. Está conchabado con el general para echar tierra sobre el asunto.

—El general —recuperó la palabra Friedrich— me dijo que la momia pudo llegar a Turín en 1759 junto con otros muchos objetos antiguos adquiridos por un tal Donati en nombre del rey, que servirían para explicar el significado de la tabla isiaca, hallazgo que se remonta al primer siglo después de Cristo. Pero el gran maestre parecía más bien defender la hipótesis de que la momia había sido adquirida por el rey Carlo Felice en 1824 junto con la colección de Bernardino Drovetti, que comprendía varios miles de objetos, entre ellos sarcófagos, muchas momias más, canopes, estatuas, estelas, papiros, amuletos... El tema predominante de la colección es la muerte. Pero, sea como fuere, y según el general, la valiosa momia habría quedado relegada al olvido en los almacenes del Museo Regio de Antigüedades Egipcias, fundado precisamente en 1824, hasta que alguien la descubrió... y otro individuo la robó.

—Muy curioso, muy curioso. —Pural escuchaba hechizado, irguiéndose despacio como una hoja cuando le da la luz del día—. Las cosas debieron producirse más o menos de esta manera: el director del museo fue el primero en darse cuenta de las extrañas peculiaridades de aquel hallazgo encerrado en una caja anónima y apilado en un hueco debajo de la escalera. Él y sus hermanos masones hicieron lo posible por apoderarse del mismo, pero no lo consiguieron. Esperaron demasiado tiempo en su intento de actuar sin hacerse notar, sin atraer las sospechas de nadie. Esperaban una ocasión propicia para llevarse el sarcófago de manera legal. Su plan, quizá, consistía en comprarlo a través de otro museo, probablemente el de Londres o el de El Cairo. Pero alguien se les adelantó, y un buen día la momia desapareció.

—Y yo creo que, dadas sus supuestas peculiaridades, el objeto fue robado por las mismas personas que mataron a los niños tras haberlos marcado y martirizado.

—¿Por qué? ¿De qué peculiaridades estás hablando?

—La momia, según el general, podría ser el hombre de la sábana.

—¿Y lo era, según tú?

—Yo diría que no, si bien todo se veía muy oscuro y yo no soy lo que se dice un águila ni tampoco un experto en antigüedades egipcias. Pero el general estaba muy convencido... Si aquella momia era lo que sostiene el general, la Iglesia se habría propuesto hacerla desaparecer como fuera junto a las fotografías y demás testimonios. Eso era lo que intentaba el cardenal Martini antes de ser asesinado.

—Buscaba una momia. Y, después de matarlo, desfiguraron su cadáver imitando el proceso de embalsamamiento. El billete en el que estaba escrito *ecce homo* vendría, por tanto, a significar eso para quien tuviera oídos para oír, es decir, para la curia vaticana.

—Sí —asintió Friedrich—, y los excrementos en el otro ojo pretendían significar un profundo desprecio hacia este hombre de Iglesia (no olvidemos que para los *ofitas* la Iglesia es el mal, Roma es capicúa de amor, y todo es igual pero al revés).

Friedrich volvió a abrir el cuaderno y lo repasó en silencio. Encontró una frase escrita con letras de imprenta repasadas varias veces, como si Prospero hubiera

querido grabarlas mejor en la memoria.

—Aquí está escrito *Elatan*. Y después, más abajo, con letras más grandes, *El camino es igual pero distinto*.

—¿*Elatan*? ¿Igual pero distinto? —preguntó Pural con perplejidad.

—Es lo que hay escrito —corroboró Friedrich con un resplandor en los ojos que no era el simple reflejo de la llama.

—Igual pero distinto —rumió Pural—. Igual pero distinto —repitió rascándose la frente—. ¿Tiene algo que ver con la visión invertida de los *ofitas*?

—Es posible —dijo Friedrich apuntando la página con el dedo—. Mejor dicho, es seguro: ¡*elatan* es *natale*^[1] escrito al revés!

El corazón de Pural se aceleró exultante.

—¡*Elatan*, escrito al revés que *natale*, los niños!

—Los niños —hizo eco Friedrich, asintiendo—. ¡En *natale* nace el niño!

—¡Y en *elatan* muere! —exclamó Pural—. Sí, es cierto: ¡los *ofitas* celebran una navidad inversa en la que matan a niños recién nacidos! —Dio un puñetazo en la mesa, radiante ante el horror—. ¡Ahí está el porqué!

—*El camino es igual pero distinto* —reanudó Friedrich—. Es un enigma y, como todos los enigmas, pretende encubrir algo. No es un juego sin más. Puede que se refiera a la entrada a los subterráneos que estás buscando.

—Igual pero distinto... ¿Un gemelo? —aventuró Pural.

—No. Los gemelos no son del todo iguales, sólo se asemejan.

Se mostró de acuerdo.

—¿Un zapato?

—No...

También en este caso, Pural se dio cuenta de que el zapato derecho resultaría incómodo calzado en el pie izquierdo.

Friedrich sonreía seguro de sí.

—Tú ya lo has pillado, ¿verdad? —preguntó Pural, con el rostro lleno de extrañeza.

—Yo conozco ese enigma desde hace mucho tiempo.

—No te concedo ni un segundo más.

—La imagen en el espejo —explicó Friedrich—. La solución del enigma es ésa. Banal, pero es ésa. —Se quitó las lentes para el ritual de la limpieza, les echó vaho, las puso a contraluz y, no satisfecho, echó más vaho todavía; después se aplicó en restregar los cristales con un borde de la camisa—. He resuelto un enigma ya resuelto anteriormente; no es un gran logro y, para más inri, no consigo ver nada más. Nada que nos resulte útil. Lo siento.

—El espejo indica un camino. Ya es algo. —La mente de Pural se abarrotó de espejos. Todos los que él conocía bajaron de aparadores, se despegaron de paredes y armarios y se ordenaron ante él cual pelotón disciplinado y raudo. Les pasó revista uno a uno, como si cada espejo fuera un soldado. Su imagen, igual pero distinta,

aparecía en un espejo y después en otro, ya con la barbilla en el puño ya con las manos detrás de la espalda ya con los brazos cruzados y la barbilla hundida. El último espejo le devolvía una imagen abatida, mirando hacia abajo.

—¿Hay alguna otra cosa interesante en el cuaderno?

Friedrich, que se había abismado en él con total concentración, reemergía en aquel momento de la última página. Estaba serio. Una sombra oscurecía su frente fruncida.

—Prospero oyó a dos señores hablar de *madame* Adam. Hablaban de una condesita que había que liquidar. Estoy seguro de que es ella, pues hacen referencia a la fiesta del barón von Hermann, a la que la condesa fue invitada. Prospero transcribe lo que oye.

Pural miró a donde le había sido indicado.

—Lee aquí, al lado.

—Aquí son otros los que hablan.

—Eso parecería, difieren los números relativos a los nombres y la fecha. —Hizo cálculos mirando al techo, después aseveró con tono grave—: El barón von Hermann. El exembajador que vive en Turín.

—¿Qué es lo que dice?

—Suelta uno de sus célebres discursos. Creo que para poner a prueba su capacidad de resistencia a la cerveza.

—¿Pero qué dice? —insistió Pural, atraído por aquel cuaderno cual polilla por la luz.

—Dice: «Jesús era hijo de José, hijo de Elías, hijo de Leví, hijo de David, hijo de Jacob, hijo de Isaac, hijo de Enoc, hijo de Set, hijo de Adán, hijo de Dios ¿Qué te parece el árbol genealógico? Tú eres un *volkisch*. ¿Te parecen nombres germánicos? Si Jesús descende del dios de Israel, también ese dios es hebreo». Y el otro le contesta: «¡Jesús es el vástago de una ramera hebrea, María! La Iglesia católica es un gran burdel público».

—Me recuerda los discursos de Valentino.

Friedrich no lo oyó, tan enfrascado como estaba en la lectura.

—Y el primero dice: «Todos los pastores, sacerdotes y teólogos son unos impostores de profesión».

—Éstas, en cambio, parecen palabras tuyas —observó Pural.

—Llevas razón. En efecto, las comparto plenamente. Muy pronto los *volkisch* van a causar un daño inmenso al mundo entero y yo será considerado por todos su profeta. Me espera una vergüenza que tal vez merezca. Yo no tengo nada que ver con los teólogos de la raza ni con los sacerdotes de la sangre aria. La gran cantidad de razas que existe es, para mí, un signo de la exuberancia de la vida, de su voluntad de poder, que la hace rebosar por doquier. Hay que aceptar y amar el mundo, el más acá, tal y como es. Esto es lo que yo digo. No hay ninguna Walhalla, ningún Wotan, ningún espíritu de la sangre, como creen los *volkisch*. Quien se fabrica un más allá no

tiene valor suficiente para aceptar el más acá, y mucho menos para dominarlo.

—Estoy de acuerdo contigo, Friedrich. Pero veamos. —Estudió el cuaderno una vez más—. Tenemos los nombres de los posibles asesinos de *madame* Adam. Después..., una pista sobre un espejo... —Movi6 despacio los ojos hacia los de Friedrich y se detuvo, pensativo—. Podría referirse a la guarida de esos criminales. O tal vez al lugar en el que escondieron la momia.

—Deberías detener a esos dos —dictaminó Friedrich percutiendo con decisión sobre los números del cuaderno correspondientes a los nombres de los que habían preanunciado la muerte de *madame* Adam—. Deberías interrogarlos recurriendo a la tortura. Seguro que tendrían cosas muy interesantes que contar, antes de ser ahorcados.

—¿Basándonos en el cuaderno de un muchacho? —Sacudió la cabeza—. Ahora debemos preocuparnos por los niños, Friedrich. Si nos acompaña la suerte, tenemos un poco de tiempo hasta navidad, es decir, hasta la medianoche de mañana.

—¿Qué piensas hacer ahora?

—Una visita al general Linzi, entre otras cosas —respondió reclinándose en el respaldo de la silla y cerrando los ojos—. Después, como buen filósofo que tú eres y buen *carabiniere* que yo soy, buscar la verdad. —Un guiño—. El camino es igual pero distinto.

—¡Repite lo que has dicho!

El interrogado recibió un golpe violento en el rostro.

Antes, cuando los *carabinieri* hicieron irrupción en su casa, una especie de capilla negra, estaba practicando sortilegios y males de ojo por encargo. Vestido con hábitos de sacerdote, ponía en escena una parodia de la misa católica valiéndose de instrumentos y demás ornamentos eclesiásticos, al tiempo que daba libre curso a sus antojos personales. Era un personaje conocido en todo el barrio, pues tenía la costumbre de asomarse al balcón y blasfemar a voz en grito. Por extraño que pudiera parecer, no lo habían recluido todavía en un manicomio.

—Valentino... ¿quién? —le gritó Coretti.

—Valentino, el jardinero de la clínica Turina —masculló el malhadado, saboreando sangre y saliva—. El coronel Pural lo conoce.

—¿Y tú eres su hermano?

—Sí.

—¿Y pretendes que un demente sea tu fiador?

Otro golpe le hizo volver la cabeza, que ya pendía inerte sobre el pecho.

—El coronel Pural... —susurró—. Déjeme hablar con el coronel.

—Lo estamos buscando, pero estamos convencidos de que tú sabes algo. —Coretti le levantó la barbilla y lo miró a la cara—. Debes decirme todo lo que sabes.

—Yo no sé nada.

En la boca que acababa de hablar, el sabor a sangre caliente.

—Habla mientras todavía puedas —lo amenazó Coretti.

Le dejó tiempo para que se lo pensara.

El hombre levantó la cabeza y lanzó a Coretti una mirada que comunicaba más que palabras: habría muerto de haber hablado.

—Yo ya no formo parte. Mi hermano y yo éramos sacerdotes. Fuimos expulsados porque sospechaban que formábamos parte de un grupo secreto y herético dentro de la Iglesia, en el que sólo se admiten sacerdotes.

—Seguro que las sospechas estaban bien fundadas.

—Sí, formábamos parte de ese grupo.

Coretti empezó a dar vueltas alrededor de la silla del interrogado.

—Continúa.

—Lucifer no es lo que podría parecer a los ojos de un profano: no es un diablo, como lo consideraréis vosotros. Lucifer es para nosotros el mensajero del dios de luz.

—Ahórrame tus teologías. —Coretti se le plantó delante con aire amenazador—. Quiero saber dónde está la iglesia de Satanás y dónde han escondido la santa reliquia. Estoy seguro de que sabes algo que me puedes decir.

El hombre asintió, consciente de que su suerte ya no iba a cambiar.

—¿Puedo beber? —Mostró su boca tumefacta.

—Sí, claro —le susurró, y después se dirigió a uno de sus asistentes—: Nuestro amigo tiene sed.

Le acercaron un vaso a los labios.

Lo ingirió con avidez.

—Yo siento aversión hacia el crucifijo porque es el instrumento con el que mataron a Cristo. Es un instrumento de Yahvé.

Coretti lo interrumpió con una bofetada.

—No divagues.

—Mi hermano y yo nos salimos del grupo con la ayuda y protección del general Linzi, a cambio de revelaciones sobre la secta y sus vinculaciones con los neopaganos alemanes. Hemos colaborado con el general; si estuviera él aquí ahora...

—No está aquí —espetó Coretti—. Te he preguntado dónde se localiza la iglesia de Satanás. —Tenía aspecto de no estar dispuesto a repetir la pregunta otra vez.

Pero el sacerdote ganaba tiempo.

—A la cabeza de los *volkisch* está la hermana de ese filósofo alemán que vive aquí, en Turín, ése con un gran mostacho.

—¿Nietzsche? —preguntó Coretti.

—Sí, él. Y luego está el barón von Hermann, el embajador alemán. Quieren preparar una nueva Iglesia cristiana para un *Reich* milenario que ya está en camino.

—No se necesitan más iglesias —profirió Coretti con tono seco—. Ya basta con una.

—Los *volkisch* lo han arruinado todo. Quieren un cristianismo nuevo que sea antisemita, que acepte la división de la sociedad en castas espirituales, para colocar a la cabeza a la raza nórdica, hasta que ésta sea la única que pueble la Tierra, retrotraída a la pureza original que confería unos poderes, según ellos, extraordinarios.

—Me estás contando un montón de paparruchas. Dime dónde está la iglesia o te arranco los ojos y los pisoteo antes de matarte.

Se puso a reír en silencio.

—Destruirán la Iglesia de Roma.

Un puñetazo en la sien, el puño envuelto en una correa de cuero, produjo un ruido sordo.

—Aquí no hay nada de qué reírse.

El hombre escupió al suelo un hilo rojo de sangre. Su cabeza braquicéfala, diferente a la dolicocefala tan apreciada por los *volkisch*, se irguió mediante un esfuerzo hecho posible sólo por el orgullo.

—¡Me das asco! —gritó—. ¡Tu dios es un maldito!

Un puñetazo más fuerte aún.

—¿Quién estaba a la cabeza de la secta?

El interrogado escupió al suelo grumos de sangre, dientes, saliva.

Puñetazo, pregunta:

—¿El señor Carlo Adam? ¿Es cierto que él y su consorte no están muertos, tal y como se ha dicho..., que todo ha sido una puesta en escena para poderse retirar del mundo y que algunos de los suyos siguen dirigiendo la fábrica de fósforos?

—Me das asco.

Puñetazo en un costado, pregunta:

—El hombre que fue avistado en la ciudad, el que tenía la piel luminiscente, ¿es uno de ellos, un operario de confianza intoxicado por el fósforo?

—Mueren como moscas... —Tosió y volvió a blasfemar.

Coretti lo zarandeó violentamente.

—¿Dónde está la iglesia!

El hermano de Valentino se limitó a escupir de nuevo.

—La hija de Carlo Adam, la condesa, ¿es ella la que ha dirigido la entrada de los *volkisch* en la secta?

—La esvástica será la nueva cruz, la calavera el nuevo cáliz, Lucifer el nuevo cristo hiperbóreo.

—No has respondido aún a mi pregunta.

Coretti pronunció aquellas palabras con cierta renuencia.

—¿Porque no lo sé! —Escupió y expuso el rostro hinchado a la furia de Coretti.

Al final, dijo lo que Coretti quería saber.

—Todos sabíamos que, durante los rituales, nos reuníamos bajo la Mole Antonelliana, pero el acceso no lo conocía ninguno de nosotros. Nos bajaban vendados, de noche, a través de un edificio. Eso es lo único que sé. Dejadme que me vaya.

—Todavía no. —Coretti le acercó los labios a un oído.

—¿Dónde están esos niños?

—Están todavía vivos. Los encontraréis allí abajo.

—¿Para qué sirven los niños?

—Para los rituales, y para designar a los futuros jefes de la secta. Dejadme ya que me vaya...

—¿Por dónde se entra?

Le dijo la dirección del edificio.

—Se entra por el sótano, creo. No sé nada más, de verdad.

Coretti lo creyó y decidió dejarlo ir. Repentinamente tranquilo y sonriente, le desató las manos y le dijo:

—Ya eres libre. —Y después lo mató, sin hacer ruido.

Lunes, 24 de diciembre de 1888

Sin duda, el arquitecto había incluido también al portero en el plano del edificio: ambos altos, adustos, oscuros, desaliñados.

Se podía decir que el edificio no era completo sin la figura inmóvil y silenciosa de aquel hombre, que, los codos sobre las rodillas y la cara perennemente apoyada en las palmas de las manos, y el labio inferior tan caído que parecía una lengua sacada, recordaba poderosamente una gárgola de Notre Dame.

—¡Hombre, el coronel! —exclamó el portero con un gesto de deferencia que no se habría esperado de una estatua—. Dígame cómo es el sol, que ya no lo recuerdo —agregó sin levantarse de la silla. Siempre la misma pregunta a todo el que entraba.

—Redondo y blanco, Ezio. En constante lucha con las nubes, y con la noche.

El portero pareció aliviado al oír que ni siquiera el sol vivía tan cómodamente como él.

—Es un placer volver a verlo. ¿Qué tal está, coronel?

—Estupendamente, gracias.

El hombre bajó la voz.

—¿Y la señora?

—Todo va bien, Ezio. —Pural entró en la portería y se inclinó sobre el oído de Ezio, el cual iba asintiendo con un grado de convicción proporcional al ritmo con el que las monedas iban cayendo en su bolsillo.

—El general no está solo —dijo finalmente el portero señalando hacia arriba con la cabeza y poniéndose en pie—. Lo he visto volver en compañía de dos hombres. Sin embargo, a usted no lo he visto entrar, pues estaba en el baño.

—Gracias, Ezio. Te presento al profesor Nietzsche.

Friedrich dio un paso adelante, saludó tocándose la frente y le tendió la mano.

Ezio la envolvió con la suya, rocosa y gélida, y la estrechó con cuidado para no hacerle daño. Un segundo después, ya se había encerrado de nuevo en su letrina personal.

—El general vive en el último piso —informó Pural con un pie ya en el primer peldaño y un índice en los labios—. Y no está solo.

—¿Piensas entrar por sorpresa?

—No, llamaremos a la puerta. —Llegados al último piso, hizo como había anunciado—. No oigo nada. —Puso el oído.

—Tal vez estén en otra habitación.

—Sí, tal vez. —Pural llamó con más fuerza y volvió a poner el oído en la puerta.

—¿Qué le has dicho al portero? —preguntó Friedrich.

—Que queríamos darle una sorpresa al general.

—Y él...

Pural le hizo señas de callar.

—Alguien llega —susurró apartándose.

—¿Quién es? —se oyó la voz del general.

—Un amigo —respondió Pural guiñando un ojo a Friedrich.

—Un momento —sonó la voz desde la otra parte. Se oyó que se alejaba de la puerta. Tras un minuto largo, volvieron los pasos y se abrió la puerta.

—¡Giorgio! —exclamó el general.

—Buenos días, general, ¿puedo entrar?

—Hombre, claro... —El general parecía preocupado por algo que estaba desarrollándose en la otra habitación, como quien ha dejado una olla hirviendo en el fuego—. Entra, no te quedes ahí fuera. —Se echó a un lado para dejarle pasar pero sin hacerle ningún caso al intruso.

—Le presento al profesor Nietzsche.

El rostro del general devino en una maraña de arrugas.

—¿Tiene visita?

—No, estoy solo. —No sonó tan convincente como le habría gustado.

—¿No está en casa su esposa?

—No, se ha ido de viaje a París. —El general estaba visiblemente nervioso—. ¿Has venido para interrogarme, Giorgio?

—No —respondió Pural con una risita—. No me lo permitiría nunca. ¿Por qué iba a hacerlo? —Habló en voz alta, como para que lo oyera quien quiera que estuviera en otra habitación—. Si su esposa lo ha dejado solo es probable que necesite algo. ¿Puedo ayudarle de alguna manera, general?

—No, gracias. Ahora tengo mucho que hacer. ¿Te molesta si no te pido que te quedes?

—No, por supuesto. ¡Hasta luego!

Si hubiera habido alguien en la casa con el general, escuchando en secreto lo que ocurría en la entrada, habría oído el sonido seco de los talones de un hombre que se cuadraba, habría oído asimismo el refunfuño del hombre que iba con él, el abrirse y volver a cerrarse de la puerta y finalmente los pasos del general volviendo a donde estaba antes.

—Pido disculpas por la molestia, era uno de mis hombres mostrando excesivo celo.

Una sombra, con voz ronca y amenazadora, preguntó si se habían ido.

—Estamos solos —contestó el general manifestando un ligero alivio, que sin embargo desapareció rápidamente al ver la cara apenada y lacrimosa de su esposa, que estaba tendida en la cama atada de manos y pies—. Liberadla, os lo suplico. Ya os he dado lo que queráis.

El hombre manoseó un paquete de fotografías.

—Queremos también el pequeño sello de bronce que el muchacho le sustrajo a nuestro amigo —dijo el segundo hombre, robusto y la cabeza completamente calva, como una esfera cuya uniformidad sólo interrumpían dos ojos que parecían hechos con el hielo azul de un fiordo.

—Yo ya no lo tengo —expresó Prospero, que tenía las manos atadas detrás de la espalda y los pies también fuertemente atados.

—¿Cuál era su valor? Os puedo pagar la cantidad que valiera —propuso el general.

Pero el hombre calvo, furioso, dio un salto hacia delante y puso un cuchillo debajo de la barbilla de la señora.

—¿Dónde está? —gritó—. Ya me he cansado. ¿Dónde está?

El general se estremeció, impotente.

—¡Dejad libre a mi esposa, y al muchacho!

—¡No lo sé, no lo sé! —Prospero rompió a llorar—. Yo no sé nada, dejadme que me vaya.

—¡Lo has cogido tú, niño asqueroso!

La punta de una bota se clavó en el costado de Prospero.

—¿Dónde lo has escondido?

Una mano lo cogió por el pelo y tiró hacia arriba.

—Cuento hasta cinco, y luego... —Le dejó ver el cuchillo, que por el otro lado reflejaba una hilera de dientes amenazadores—. Uno... Dos... Te mato como a un cerdo si no hablas. Tres...

Si hubiera sido un guerrero, como hubiera debido ser, el general habría reaccionado neutralizando al enemigo. Pero era un hombre de despacho, curtido sólo en largas reuniones con sus cofrades y en el análisis incesante de los misterios de la vida. La edad le había arrebatado la escasa prestancia que había tenido en el pasado. Sólo habría empeorado aún más la situación. Lo mejor que podía hacer en semejante brete, con su amada consorte en peligro de muerte, era no hacer nada, o si acaso jugar a la carta de la fabulación, que en aquella circunstancia se había revelado, de todos modos, carente de valor.

—Cuatro...

Prospero ya estaba muerto.

Sobre la hoja se reflejaba su expresión contorsionada y goteaban sus propias lágrimas. Sentía el metal frío debajo de la barbilla.

Una muerte acariciadora.

¡Hay que tener valor en la vida, muchacho! Le vinieron a la mente las palabras de Friedrich, y levantó la cabeza. Dirigió una mirada cargada de desdén a su verdugo, que le estaba echando el aliento en la cara.

—Cinco.

Cerró los ojos y los puños, preparado para el dolor.

¿Qué ruido hace un cuchillo que se hunde en la garganta? Un ruido que no se

puede describir. Se siente en el interior: la carótida chasqueada, los huesos raspados... ¿Qué ruido hace?

¿Es tal vez un crepitar?

¿Explotan los oídos?

¿Se oye en la cabeza el ruido de un pelotón que dispara?

No.

Debe de ser más parecido al trabajo de un carnicero.

Sentir cómo la sangre caliente se derrama por el cuello y el pecho, un estertor sofocado... Y, después, ya nada.

Pero entonces, ¿cómo era posible que estuviera oyendo unas explosiones en vez de notar el chorro de sangre manchándole el cuerpo, y que siguiera aún presente con la mente?

Abrió de par en par los ojos temiendo encontrarse ya en el infierno, un infierno peor que el que acababa de dejar. Vio entre lágrimas las imágenes distorsionadas de varios hombres moviéndose frenéticamente. Se restregó los ojos con las rodillas y volvió a mirar. Disparos, más disparos. Voces como mugidos. Porrazos.

Y finalmente, silencio.

Un espectro se le estaba acercando.

Pero él ya no tenía miedo: ya estaba muerto.

—¡Prospero! —le dijo el espectro—, ahora te desato, estate tranquilo. —Reconoció la voz de Friedrich—. Todo ha terminado, mi querido muchacho. —Y después reconoció la voz del coronel Pural que verificaba el estado de la señora; y oyó los sollozos de ésta.

El general, el muy cobarde, estaba callado.

Ahora se pondría en pie y le daría una lección. Se levantó y lo buscó, furioso, rabioso, pidiendo venganza.

Pero el general yacía en el suelo en medio de un charco de sangre.

La señora se arrojó sobre su cuerpo y empezó a gritar presa de un ataque de llanto y de ira: le golpeaba el pecho sin cesar, conminándole a que despertara.

Pural contemplaba la escena sin dejar de sacudir la cabeza.

Friedrich posó una mano sobre la espalda mojada de Prospero y le explicó:

—El coronel impidió que se cerrara la puerta con una tira de cuero. Luego entró y disparó. —Indicó al primer hombre, abatido a tiempo por la pistola de Pural. Posó después la mirada en el segundo, aniquilado demasiado tarde.

Con una última chispa de vida, con sólo un hilillo de aliento, el general masculló algo dirigiéndose a Pural:

—Debajo de la Mole... —Tosió sangre—. Perdóname —consiguió murmurar todavía agarrado al brazo de Prospero. Y a continuación expiró.

Nubes ondeantes y cielo en llamas.

Corrían hacia la Mole, con sendos faroles apagados bajo el brazo.

—Muchacho, tú sabes más de este asunto de lo que querías dar a entender.

Prospero tragó saliva y se acercó a Pural.

—En el pasado, el general debió formar parte de la secta que secuestró a los bebés, pues esos dos hombres lo llamaban traidor.

También Friedrich se acercó para escuchar.

—¿Por qué, antes de morir, te pidió perdón?

Prospero no tenía la menor idea.

—¿Quiénes eran esos dos individuos?

—Sólo sé que uno tenía acento alemán, como el profesor Nietzsche, y el otro era de Turín, pero no lo había visto nunca. El general ordenó a dos *carabinieri* que me llevaran a su casa porque...

—Yo sé por qué —lo interrumpió Pural—. Descubrió que eras un espía, y quería saber si tenías otros como éste. —Le enseñó el cuaderno, pero no se lo devolvió.

—No sólo por eso. —Prospero agachó la cabeza y agregó—: También por las fotografías.

—¿Estas fotografías? —Pural las había cogido al verlas junto a uno de los asesinos del general. Le había bastado con un rápido vistazo para darse cuenta de que se trataba de un cadáver prácticamente reducido al estado de esqueleto. Agregó jadeando y hablando con voz entrecortada a causa de la carrera—: Las encontraste aquella noche en la ropa del hombre luminiscente junto con el sello de bronce, y luego se las diste al general antes de verme a mí, ¿no es cierto?

—Sí —admitió Prospero—. Pero yo se las habría dado a usted, coronel. No le hablé de eso porque el general me habría mandado arrestar.

—Son las mismas fotografías que me enseñó a mí —hizo saber Friedrich.

—Tú me hablaste de una momia, pero aquí no hay ninguna venda —observó Pural, escéptico. Sin disminuir la marcha, miró las fotografías intentando distinguir bien al hombre de la sábana, pero sólo consiguió ver a un muerto. Aunque quizá, mirando mejor..., aparecía un hombre muerto con signos de violencia..., una herida producida por un corte junto al abdomen..., la cara deformada a consecuencia de fuertes golpes recibidos...

—El general quería protegerme —prosiguió Prospero—. Aquellos dos me andaban buscando, querían las fotos y el sello de bronce que le di a usted, coronel. Sabían que lo tenía yo. —Tomó aire y miró hacia arriba. La Mole crecía a cada paso, enorme, imponente.

—¿Qué quiere decir *elatan*? Estaba escrito en tu cuaderno.

—Ni idea. Oí la palabra y me pareció curiosa. —Trató de recordar: la había pronunciado alguien que no era cliente del café; había bebido, y brindó por *elatan*.

—¿Y «el camino es igual pero distinto»? —preguntó todavía Pural. ¿Sabes lo que significan esas palabras?

Prospero tampoco comprendía aquellas palabras, aunque le habría encantado. Apuntaba las cosas extrañas que oía en el café, esperando poder comprenderlas un día; nada más.

—Sé que es arriesgado, pero te necesito ahí abajo —le expresó Pural—. Si conseguimos encontrar a los niños, me ayudarás a ponerlos a salvo. —Luego miró a Friedrich—. Será peligroso, está muy oscuro.

—Quiero ir —profirió con resolución.

Pural le dio una palmada en la espalda.

—Nunca habría imaginado semejante amor por la acción en un intelectual medio ciego.

—Modera tus palabras. Nadie ve más lejos que yo. Yo veo ya el mañana. ¡Soy hijo póstumo!

—Lo sé, Friedrich, lo sé. —Dirigió los ojos hacia lo alto, hacia la majestuosa altura de la Mole, que le había impedido ser un templo hebreo.

Era una sinagoga fallida. Eso daba más sentido aún a la idea de que el concilio *ofita* y antisemita tuviera lugar precisamente allí abajo.

Bajo el edificio más alto del mundo, el punto más bajo de la humanidad.

Todo lo que había dicho Friedrich respecto a los *ofitas* y a su visión invertida de la Biblia era tan demencial que no podía por menos que ser verdad.

Lanzó una mirada ceñuda a la cúspide de la Mole, que apuntaba al cielo y taladraba el sol, y declaró:

—Vamos a bajar al infierno.

Dentro de la Mole, se regalaron unos minutos para admirar el vasto espacio que se elevaba por encima de sus cabezas, inundados por una energía que dejaba sin aliento, la mirada perdida entre los rayos de luz que resplandecían en el centro de la inmensa cúpula. Pero fue una maravilla fugaz, pues, sabedores de que no tenían tiempo que perder, se pusieron a buscar algo más importante, algo que debía encontrarse justo debajo de aquel edificio.

—¿Se accederá por aquí? —se preguntó Friedrich acariciándose el mostacho—. El que aquí debajo haya algo no implica que se entre también por aquí.

Pural se dirigió hacia el centro a grandes zancadas.

—La guarida debería encontrarse exactamente aquí debajo. —Miró alrededor—. Pero sí, es cierto, el acceso podría estar en cualquier parte. —Se detuvo a reflexionar y, en medio del silencio, le pareció oír un sonido lejano. Se arrodilló y acercó el oído al suelo.

Permaneció así un tiempo. Tenía los ojos cerrados para oír con mayor intensidad.

—Me parece que se oye algo.

Prospero, imitándolo, se puso de gatas con la cara pegada también al suelo.

—¡Es verdad! —exclamó después, procurando no hacer ruido—. Yo también lo oigo.

Finalmente, picado por la curiosidad, Friedrich se arrodilló también y se puso a auscultar el suelo. Si la vista le fallaba, no se podía decir lo mismo de su oído: tenía el fino oído de un experto en sonido, de un consumado sondeador de las profundidades musicales.

—Lo oigo, lo oigo —afirmó—. Es un coro. Son voces humanas.

Pural, el carrillo derecho pegado al suelo, lo miró y asintió en horizontal.

—Sí, son voces humanas.

Se incorporaron excitados, pero sin una idea clara de lo que debían hacer. Exploraron el perímetro mirando por todos los rincones: bajo una pila de ladrillos, bajo un montón de arena, entre los hierros y las mesas de madera con que se estaba acondicionando el museo dedicado al rey Vittorio Emanuele II y al *Risorgimento* italiano. Pero no encontraron más que tierra y polvo.

—Una cosa está clara, y es que no se accede por aquí —estatuyó Pural.

—Estoy de acuerdo —corroboró Friedrich—. Mejor intentar bajar por cualquier boca de alcantarilla.

Prospero se encogió de hombros y señaló en dirección a la vertiginosa cúspide.

—A lo mejor tocando algo ahí arriba se abre otra cosa aquí abajo.

—Creo haber oído decir —comentó Friedrich— que dentro de poco se instalará un genio alado en lo alto de la Mole, y que la estatua ya está la lista, en espera del día

de la inauguración.

Perplejo, Pural se frotó su pelo brillantado y escudriñó el vértice de la cúpula, los entramados góticos, la estrecha escalera que se enroscaba hasta lo alto, la polea que hacía unos meses había transportado hasta allí arriba al anciano arquitecto Antonelli, siempre dispuesto a subir a cualquier parte para controlar personalmente el estado de los trabajos.

—Puedo intentar subir...

—O también... —empezó Friedrich sabiendo que sus amigos se volverían inmediatamente hacia él con los ojos llenos de esperanza.

Como la alternativa de Pural era escalar hasta la vertiginosa punta, no dudó en secundar la propuesta del autorizado profesor.

Friedrich concluyó:

—... podemos intentarlo a partir de los sótanos del edificio de *madame Adam*, que está aquí al lado.

Salieron corriendo y dieron la vuelta a la manzana tras los pasos de Pural.

Tenían que saltar un muro y pasar por el jardín, pues, tras la muerte de *madame*, el edificio había quedado deshabitado. Esperaron a que no hubiera nadie alrededor; después, uno tras otro (Friedrich ayudado por Pural), consiguieron saltar el muro.

Parecía como si el lugar llevara mucho tiempo abandonado.

Se abrieron paso a través de un alfombrado de hojas marchitas y ramas secas con la idea de romper una ventana trasera. Delante del gran ventanal de la entrada había un bordado circular de setos y árboles, bancos de mármol y una fuente seca, inerte, en cuyo centro, de pie sobre un pedestal de piedra, un hombre de bronce envejecía entre la fronda.

—Igual pero distinto podría referirse a una estatua en vez de a un espejo —aventuró Pural lanzando una mirada perpleja a Friedrich.

—Una estatua no podrá ser nunca igual al original —objetó éste, deteniéndose.

—¿Buscamos?

Eso hicieron.

Bajo un espeso estrado de hojas, en la base de la estatua, había una boca de alcantarilla circular, decorada con una multitud de serpientes que representaban los rayos de un disco solar.

—Bajemos a ver qué hay, pero sin alejarnos —propuso Pural—. Si no hay nada volvemos a subir y buscamos un espejo en los sótanos de la mansión, ¿de acuerdo?

Encendieron los faroles.

En medio de la nada aparecieron tres pequeñas volutas de luz, una luz débil que quedaba pegada al cuerpo. Con el brazo tendido, no conseguían iluminar más allá de unos pocos metros. Lo bastante para divisar el inicio de una escalera de caracol, pero de planta cuadrada, con un murete tosco como pasamanos, que se enroscaba hacia un fondo oscuro.

Pural se arrancó un botón de la chaqueta, introdujo cuatro cerillas en sus agujerillos y las encendió; después lo tiró por la caja de la escalera para verificar su profundidad.

Tres rostros iluminados por los faroles se asomaron por el pasamanos. En los ojos abiertos de par en par se empequeñecía la llama, que cayó hasta desaparecer en la oscuridad.

—Preparaos para una larga bajada.

—Entonces era una estatua y no un espejo —dijo Prospero al iniciar el descenso; debajo de él, un número imprevisible de peldaños más cortos que el pie—. Profesor, ¿no había dicho que la respuesta al acertijo que han leído en mi cuaderno era un espejo?

—Debería haber sido un espejo —respondió Friedrich con tono contrariado—. La respuesta a ese viejo enigma es: un espejo. Tal vez encontremos uno muy pronto.

—¿Pero para qué puede servir un espejo en la oscuridad?

—Muchacho, te sugiero que no me sigas importunado, de lo contrario...

—¡Silencio, por favor! —ordenó Pural, que bajaba en cabeza.

Llegados al final de la escalera, se vieron sumidos en un vientre de piedra, succionados por las venas de la tierra. Piedra y tierra excavadas por la oscuridad.

Perdida la orientación después de tantas vueltas y revueltas, siguieron avanzando farol en mano, adentrándose en aquel laberinto de canales y galerías, guiados sólo por un fuerte olor a cera e incienso, así como por otros humos nauseabundos y por el reverberar de voces no demasiado lejanas.

Ésta debe ser la buena dirección, pensó Pural, de repente olvidado del riesgo de quedar atrapados allí abajo.

El aliento frío y mortal de unos antros invisibles pero amenazadores a ambos lados de la galería hacía latir el corazón con fuerza. El fragor de los pasos, amplificados por la bóveda de cañón del canal, anunciaba su llegada, los tornaba más vulnerables, secaba la boca, helaba la sangre. De vez en cuando, Pural se volvía para asegurarse de que Friedrich y Prospero seguían detrás de él, pero no daba señas de querer reducir el ritmo.

Quizá, en vez de salvar a unos bebés estaba poniendo en peligro la vida de otras

dos personas, además de la suya propia. Quizá estaba cometiendo un grave error. Pero de no haber sido por la ayuda de Friedrich y por la revelaciones de Prospero no se habría encontrado bajo tierra con aquel problema y con la esperanza de estar en el buen camino. Mientras se había limitado a dirigir las operaciones desde su despacho, había errado por un túnel más oscuro que las galerías por la que se movía en aquellos instantes.

Los olores que iban siguiendo eran cada vez más intensos, señal de que la galería conducía directamente a su fuente. Pero las voces se habían apaciguado, y el murmullo residual era cada vez menor.

La luz de los faroles rebotaba ahora sobre una pared de ladrillos, sus sombras retorcidas bailaban sobre los muros.

Se habían perdido.

Habían quedado en que apagarían los faroles si se paraban.

No lograban encontrar la salida, tenían frío, pero, sobre todo, en medio de aquella oscuridad ciega, a pocos metros de distancia, algo se estaba moviendo: el tris tras inconfundible de los pasos de una persona, el chirrido de unos zapatos arrastrándose por el piso.

De repente, cesó.

El muchacho sudaba frío, invadido por una oleada de escalofríos.

El filósofo trataba de comprender.

El coronel se llevó una mano a la pistola.

Los tres parpadearon, tratando de ver.

Era como si alguien, escondido en la oscuridad, estuviera desvelando despacio una lámpara encendida, descubriendo poco a poco su resplandor.

Pural se agachó, procurando que nadie lo oyera, y cambió de postura.

—No os mováis —susurró.

La lámpara se veía ahora bien: relucía débilmente delante de sus rostros atónitos y hablaba con una voz ronca y una respiración sibilante, estentórea:

—Una vid fue plantada por alguien que no era mi Padre —recitaba en la oscuridad—, y como no se ha robustecido será arrancada de cuajo y perecerá. —Más que una voz parecía el sonido de unos cristales pisados.

Ciertamente, no era una lámpara lo que había proferido aquellas palabras. Era algo que ninguno de ellos había visto antes. Mejor dicho, nadie salvo Prospero, pues lo que tenían delante era la cabeza calva y fosforescente de un ser humano.

Una mano luminosa amartilló una pistola mientras la otra parecía querer coger algo:

—Se dará más a quien ya tiene; y a quien no tiene le será arrebatado lo poco que tiene.

—¿Quién es usted? —preguntó Pural a una cabeza luminiscente que oscilaba en el aire.

Los pulmones del hombre emitieron un silbido tétrico; después, su garganta graznó:

—Me llamo Hubert. Deje en el suelo la pistola, coronel.

Pural obedeció con gesto teatral, aunque imposible de verse.

Se oyó el ruido de la pistola posándose sobre la piedra húmeda.

El cráneo reluciente del hombre osciló en la nada mientras bajaba para recogerla, después se fue acercando hasta que a la voz se añadió un aliento fétido, estomagante.

—Bienvenidos.

—¿Vive aquí? —le preguntó Pural.

—No, pero vengo a menudo —fueron las palabras con que respondió, encerradas en una nube venenosa y maloliente.

—Aquí, conmigo, están el profesor Friedrich Nietzsche y el señor Prospero.

—No tengo intención de haceros mal.

—Yo lo conozco —expresó Prospero.

El hombre se metió la pistola en el bolsillo. Una pequeña boca exangüe se movió apenas sobre la superficie luminosa de su rostro. Con un chasquido de cristal que se resquebraja, profirió:

—Os sacaré de aquí.

A Pural no le agradaba la idea de desistir precisamente en el momento en el que se le presentaba la oportunidad de alcanzar el objetivo.

—Si quiere ayudarnos de verdad —dijo con tono persuasivo—, guíenos hasta donde están esos pobres niños inocentes. No hemos bajado hasta aquí para irnos con las manos vacías.

—¿Qué queréis hacer? —La luz osciló: Hubert estaba riendo—. ¿Queréis salvarlos? —Rio más fuerte aun, tanto que tosió—. Esos niños son los seres humanos más afortunados del mundo. —Una respiración estridente, sibilante.

Pural habría podido echársele encima de un salto y aniquilarlo suavemente, pero era consciente de que aquel hombre gravemente enfermo, lejos de representar una amenaza era tal vez la única posibilidad que tenían de encontrar una salida del subsuelo. Encendió un farol y lo elevó. Luz caliente en comparación con el resplandor diáfano emitido por la piel del hombre.

—¿Sabe qué es lo que le causa los constantes retortijones intestinales, dolores de cabeza, mareos...? ¿Sabe qué es lo que hace que su sangre emita luz y su piel resplandezca en la oscuridad?

—¿Qué es? —preguntó Hubert riéndose. Ahora, iluminado también por otra fuente de luz, su rostro se mostraba en toda su delgadez exangüe: una calavera cubierta por un velo de piel sombreada por manchas azuladas, pómulos prominentes y carrillos de los que hubieran raspado todo rastro de carne—. ¿Qué es? —volvió a preguntar con tono sarcástico, sibilante—. En mí resplandece la chispa del Padre legítimo. —Tosió.

—Está intoxicado por el fósforo blanco con el que fabricáis las cerillas.

—Yo no soy un operario. Yo me dedico a demoler mi prisión.

—Yo sé bien cómo funciona eso: por cada cerilla que se enciende bajo los ojos estrábicos de un fumador hay un operario de la compañía que se apaga por envenenamiento fosfórico. Haga caso de lo que le digo, y aún podrá curarse.

—Yo no soy un operario —repitió Hubert enojado—. Yo emito luz divina.

—No hay ningún más allá —intentó convencerlo Friedrich—. No existe nada más grandioso, poderoso, misterioso y hermoso que la vida del «más acá», de esta tierra. Para qué fantasear tanto con los ojos cerrados y arrodillarnos ante unas invenciones cuando podemos sumergirnos en la realidad y disfrutarla... Sinceramente, no lo

entiendo, y sin embargo usted... —Se puso en pie y tuvo la osadía de acercarse—. Usted sabe igual que yo qué es el sufrimiento: ¿no lo empuja ello, entonces a glorificar la potencia exuberante de la salud y del vigor?, ¿no le parece mucho más preferible la fuerza a la debilidad?

Hubert sacudió la cabeza.

—Basta ya de palabras. Quiero las fotografías.

—¿Qué fotografías? —preguntó Pural.

—Lo sabe perfectamente. —Empuñó su pistola y también la de Pural, y los apuntó con las dos; después señaló hacia donde quería que se fueran. Inspiró con un silbido y alargó una mano enguantada y apagada—. Las fotos.

Pural lanzó una mirada fugaz a Friedrich, que abrió los ojos de par en par, y después le entregó el sobre con las fotografías dentro.

Los tres encendieron los faroles con la ayuda de un fósforo Lucifer y empezaron a caminar por el túnel.

—¿Por qué nos ayuda?

—Porque así lo ordenó *madame* Adam —respondió Hubert—. Era amiga del profesor. —Un resto de voz en su garganta delató un profundo dolor.

—Fue tu jefe quien la mandó matar, ¿no es cierto?

Hubert no contestó. Los condujo, según lo prometido, hasta la salida, hasta el mismo punto por el que habían bajado. En lo alto de la escalera de caracol, la tapa de la alcantarilla seguía semiabierta y dejaba traslucir una tenue medialuna de cielo azul.

—Si intentáis volver otra vez, ya no os ayudaré —dictaminó Hubert—. Sería lo último que podríais hacer. —Dirigió las pistolas hacia el pie de la escalera—. Y ahora, idos ya.

—Gracias —expresó Pural—. No volveremos.

Una vez arriba, y cerrada la tapa de la alcantarilla, ordenó a Prospero volver a la Mole por un cubo de pintura blanca, no demasiado lleno, y una brocha.

Insistiéndole en que se diera prisa.

Pural se echó vaho en las manos y las frotó.

—Yo creo que Hubert se quedará ahí un rato todavía hasta asegurarse de que ya no bajamos —dijo en voz baja; sonrió, pero con una sonrisa mustia—. Y mientras tanto, seguro que Prospero ya ha vuelto con la pintura. Bajaremos y lo seguiremos. Si tenemos suerte, nos conducirá directamente hasta donde queremos llegar.

Friedrich inclinó levemente la cabeza, como felicitándolo por tan buena argucia.

—Tu táctica se basa en la suerte. Me gusta. Hace meses que no me ocurre ya nada por casualidad.

Unos minutos después, Prospero saltaba el muro del jardín con un cubo en la mano, veloz y silencioso como un topo de campo.

Volvieron a levantar la tapa, extremando la precaución.

Según la suposición de Pural, Hubert no debía haberse alejado demasiado. Pural bajó el primero. Llegado al último peldaño de la escalera, se precipitó hacia la esquina donde arrancaba la galería con la esperanza de avistar el resplandor del hombre.

Al verlo, en lontananza, se le aceleró el corazón.

Tal y como había previsto, Hubert no había dado por concluido el asunto de los intrusos; estaba en la punta de la galería pero sin perder de vista el acceso.

Pural volvió. Con el dedo en la boca, pidió a los dos que no hicieran ruido.

—Es blanca —le susurró al oído Prospero mostrándole cubo y brocha.

Pural mostró su aprobación.

—Marca una flecha en el muro en los puntos que yo te indique. —Acto seguido volvió a la esquina y esperó a que Hubert decidiera alejarse finalmente. Transcurridos unos minutos, lo vio apartarse del muro en el que estaba apoyado. Pero, como si no estuviera del todo convencido, Hubert se volvió todavía algunas veces; por último, aceleró definitivamente el paso.

—Vamos —expresó Pural.

Siguieron al hombre a distancia con los faroles apagados y conteniendo la respiración. Su cabeza era perfectamente visible en medio de la oscuridad. No podía hurtarse a la vista.

Prospero iba pintando aplicadamente en cada rincón una flecha blanca, la dirección a tomar en el momento de la salida.

Flecha tras flecha, esquina tras esquina..., se iban percibiendo mejor los olores y sonidos de antes, sólo que ahora se añadían otros nuevos.

Un fuerte olor a fuego.

Madera quemada.

Velas.

Voces humanas.

Campanillas.

El ladrido de un perro.

Jadeos.

Gritos.

Gemidos.

El llanto desesperado de un recién nacido.

Los dedos de Pural, al no encontrar la pistola, asieron rabiosos la nada, los músculos tensos, la sangre hirviéndole en las venas. Al oír aquellos gritos desgarradores, sufrió un ataque de rabia tan fuerte que dejó momentáneamente de pisar con precaución y tropezó con algo que no consiguió ver pero que produjo el ruido sordo de una piedra que rueda.

Se apretujaron contra el muro frío y húmedo, donde permanecieron inmóviles, los ojos cerrados.

Hubert se detuvo. Se volvió. Durante unos segundos, su rostro se recortó en la oscuridad.

Desde el punto en el que estaban, les resultaba imposible ver lo que estaba haciendo.

Después, de repente, nada de nada.

Hubert había desaparecido, como si su cabeza se hubiera apagado de repente.

Pural estuvo a punto de salir corriendo detrás de él, pero se abstuvo temiendo que, aunque ya no se veía a Hubert, éste pudiera seguir allí, que se hubiera tapado la cara simplemente. Pero después se lanzó a correr.

Llegaron al punto donde había desaparecido Hubert y se preguntaron cómo podía haber sucedido semejante cosa.

Encendieron un farol y examinaron todo el perímetro, incrédulos.

—¡Pero si estaba justo aquí! —exclamó uno tras otro, cada cual más estupefacto.

Pero no, no estaba.

Pural pensó en renunciar a la empresa, a su intento de salvar a aquellos niños de tan infausto destino. Casi lo había decidido cuando Prospero exclamó:

—¡Venid de prisa, mirad aquí!

Pural acudió rápidamente y miró el punto del muro que Prospero estaba señalando. Con inmenso estupor, vio a Prospero señalando a Prospero.

Friedrich se acercó con la cabeza erguida.

—¿Habéis visto? ¿Qué os había dicho?

—Mis disculpas, profesor. —Prospero hizo ademán de quitarse el sombrero.

Pural se concentró en el pequeño espejo encastrado en el muro.

—Friedrich, ven aquí y alúmbrame, por favor.

Buscaban algo que se pudiera abrir, o apretar.

—Pero entonces ¿para qué sirve el espejo? —preguntó Prospero.

—No lo sé, tal vez sea una simple pista para los hombres luminiscentes —

aventuró Pural—. Tal vez indique sólo un punto de la galería. —Como si hubiera comprendido algo, levantó despacio la mirada—. Ah, por eso ha desaparecido tan de repente —apostilló exultante—. ¡Se ha colado por ahí!

En el techo, un boquete se abría sobre sus cabezas, enorme boca sin dientes.

Friedrich miró el agujero excavado en la bóveda de la galería y sacudió repetidas veces la cabeza mientras Pural la metía sin vacilar agarrándose a dos asas colocadas *ad hoc*. Prospero se coló igualmente dando un salto acrobático.

Friedrich oyó la voz de Pural, que lo llamaba desde arriba.

—Friedrich, dame una mano.

No había más opción. Levantó el brazo, agarró la mano de Pural y empezó a contonearse con dificultad. Apoyó el pie contra el muro y, palpando a ciegas, consiguió finalmente agarrarse a un saliente metálico.

—¡Venga, ya está casi! —gimió Prospero agarrándolo por el abrigo.

Con la fuerza que presta la desesperación, Friedrich encontró un apoyo para su pie y, con un fuerte impulso, se encontró en lo alto sin saber cómo, dentro de un túnel estrecho.

Dentro de un pasadizo que parecía una sección intestinal.

Faltaba el aire.

Arrastrándose de rodillas, Pural decidió embocar la galería de la derecha, probablemente la equivocada pues más adelante podía haber otras ramificaciones.

Estaban a punto de volver cuando Prospero exclamó:

—¡Ha pasado por aquí! Estoy seguro.

Tenía las manos impregnadas de una espuma pútrida y luminosa.

Un bendito hilo de Ariadna, perfectamente visible en la oscuridad, los llevó a donde querían llegar, y al mismo tiempo a donde no habrían deseado encontrarse nunca, y a ver cosas que habrían preferido seguir creyendo que eran simples habladurías.

Friedrich sólo percibía una mancha borrosa.

—Dime qué ves.

—Veo —le ayudó Prospero— una inmensa gruta iluminada por miles de velas y antorchas. Hay dos estatuas de hombres desnudos, con los brazos tendidos hacia el cielo y el miembro viril levantado. Hay también un área circular delimitada por grandes piedras; en el centro, un gran fuego encendido y alrededor del fuego una estrella de cinco puntas. —Miró mejor, contó—. Sí, una estrella de cinco puntas trazada en el suelo con pintura reluciente.

—No es pintura, es sangre —corrigió Pural, el cual, para dar desahogo a su rabia, buscó de nuevo la pistola.

—La estrella de cinco puntas o *pentáculo* representa a Abraxas... —Friedrich trataba de atribuir un significado concreto a los elementos de la escena que tenía delante—. Abraxas es el sumo eón que desciende del reino de luz para salvar las partículas de luz aprisionadas en los cuerpos de los hombres espirituales, los gnósticos, y para condenar a los secuaces de Sem, es decir, a los hebreos adoradores del dios creador, el demiurgo maligno. —Los oídos de Pural y Prospero se abrevaban de aquellos susurros esclarecedores—. Esos locos creen que se deben sustraer a la creación y a la materia de la que está hecha. Por eso están ahí abajo.

—¿Por qué? —susurró Pural, los ojos fijos en los celebrantes.

—Para huir del ojo de Yahvé, el sol; y de la visión de los arcontes, las estrellas.

—No entiendo. —Pural parecía cada vez más inquieto. Tenía ganas de bajar.

—Según algunos —siguió susurrando Friedrich—, Abraxas no sería el sumo eón sino el mismo dios de luz con el que anhelan reunirse los gnósticos. Sumando los valores numéricos de las letras A, B, R, etcétera, se obtiene el número 365, los días del año. Los *ofitas* huyen de la creación, se sustraen al ciclo solar material, para adorar al verdadero *Dios de Luz*.

—Sigo sin entender —dijo Pural sacudiendo la cabeza y resoplando.

Friedrich dio un codazo a Prospero.

—¿Qué más ves?

—Está entrando un sacerdote con barba larga y una vestidura blanca, ceñida con un cordón. Encima lleva una estola roja, también hasta los pies: está cosida por delante y tiene la forma de una cruz invertida. Se pone a ordenar varios objetos sobre un altar.

—Llevo más de un año buscándolo —profirió Pural rabioso. Le habrían brillado

también los ojos sin necesidad de aquella multitud de fuegos ardientes.

—Ahora hace su entrada una mujer. Sólo tiene encima una máscara. Hay un montón de personas durmiendo en el suelo. Todas desnudas. Y un perro negro rebuscando entre los restos de un banquete...

—Debe de haberse celebrado un ágape —dedujo Friedrich—. Y ahora está a punto de comenzar la misa gnóstica. Y si aquí se está celebrando un concilio gnóstico, como parece, lo más probable es que lo convocaran tras el hallazgo de la famosa momia. Creo que llevan varios días oficiando ritos ininterrumpidamente, eligiendo nuevos obispos para la nueva *ecclesia*, iniciando a nuevos miembros y celebrando orgías y banquetes rituales sin parar.

—Ágape, misa gnóstica... —Pero Pural sólo pensaba en buscar la mejor manera de bajar. Le pareció ver unas rendijas en la pared, pero debía moverse con mucho cuidado si no quería que lo vieran.

—Hay una cruz plantada en el suelo con muchas serpientes enroscadas que se mueven —prosiguió Prospero horrorizado—. Hay serpientes por todas partes.

—¿Y qué más?

—Un niño muerto junto a la hoguera.

—Yo bajo ya —murmuró Pural rechinando los dientes.

Friedrich lo detuvo.

—Espera.

—¿Debo esperar a que maten más? —La rabia prendía fuego a su cerebro. Respiró. Aguzó el oído. Oyó lamentos de recién nacidos procedentes de una gruta más pequeña a espaldas del altar, una abertura estrecha, baja, que irradiaba luz.

En aquel instante apareció una segunda mujer portando un niño en brazos.

El sacerdote tocó una campanilla y los iniciados se despertaron, recuperándose con lentitud de un profundo sopor.

Repitió la operación a intervalos regulares hasta que todos se vistieron.

Los áspides se movían lentamente en el suelo y en la cruz.

El sacerdote recibió al bebé de manos de la mujer y lo posó sobre el vientre de la segunda mujer, que estaba tendida sobre el altar y cubierta sólo con una máscara de tela negra con agujeros para los ojos y la nariz.

—Debo intervenir ya. —Pural sacó un pie y se preparó para bajar.

—¡Oh tú, Lucifer —prorrumpió el sacerdote levantando al niño—, acoge la luz de este nuestro hijo, acompáñala hasta lo más alto de los cielos protegiéndola contra los arcontes, llévala contigo más allá, junto con Abraxas!

—¿Qué os decía? —bisbiseó Friedrich.

—Reconozco a bastante gente ahí abajo. —Pural estaba ya listo para bajar, los músculos tensos como alambres, el cuerpo en potencia propinqua a explotar—. Algunos exponentes de la Corte, del Parlamento... —Apoyándose en los codos, con la chaqueta cogida por Prospero y Friedrich, encontró un resquicio en el muro y metió un pie; después encontró otro más abajo para el otro pie, y finalmente sus

manos bajaron resbalando por dos barras verticales, que le sirvieron de asidero para el descenso.

Llegado al suelo, miró hacia arriba y les hizo señas de guardar silencio y no moverse. Volvería enseguida para decirles lo que había que hacer.

El llanto del niño en manos del sacerdote y el de los otros que parecían responderle desde la cuevecita, el barullo general, el carraspeo de los iniciados, el continuo crepitar de las llamas... Pural avanzaba poniendo un pie en el suelo en los momentos en que el ruido era más intenso. Sus botas de cuero que le llegaban hasta la rodilla lo protegerían contra las mordeduras de las serpientes, en caso de que fueran venenosas.

Prospero lo seguía desde arriba mientras refería a Friedrich lo que hacía Pural y lo que estaba ocurriendo en la gran cueva. El corazón de ambos rebotaba en la piedra gélida contra la que tenían apoyado el pecho.

—Hay esvásticas muy grandes.

—Sí, las veo. La esvástica es un símbolo muy antiguo, extendido por toda la Tierra. La palabra deriva del sánscrito y quiere decir prosperidad. Representa el ciclo solar. La encontraron en las paredes de las cavernas pintada por hombres del Paleolítico, y todavía hoy es un símbolo sagrado para budistas, hinduistas y otras religiones asiáticas. Los *volkisch* se han metido en la cabeza que es una runa —apostilló con una punta de sarcasmo.

—Ahora veo mejor —enunció Prospero—. Incluso consigo reconocer a algunos. Aquél, por ejemplo. —Señaló al grupo de fieles—. Y también aquél. Los he visto en el café.

Desde el punto en que se encontraba, Pural, no veía a Friedrich ni a Prospero, lo cual lo tranquilizó.

Aunque la luz irradiada por el fuego y las antorchas era muy intensa, se extendía a las cosas de manera irregular, dispar, dejando abundantes manchas de oscuridad. El interior de la gruta parecía una inmensa piel de tigre; él se encontraba en la zona más oscura de esa piel, en el punto más sombrío, encubierto por sombras que fluctuaban amenazantes, agazapado tras uno de los cinco menhires *itifálicos* que marcaban e inscribían el círculo de la parte más sagrada del templo.

Estudió la situación.

El niño calló. Sus pequeños brazos se bamboleaban casi sin vida en manos de su verdugo.

Pural estaba temblando. Todo un cerebro, todo un cuerpo para responder a una sola pregunta: ¿qué hacer?

Si al menos tuviera la pistola...

De la pequeña gruta ardiente, situada detrás del altar, provenía un llanto desgarrado, nervioso, extenuado, desesperado; pero no podía ver su interior ni saber cuántos niños había.

Todo era demasiado espantoso, demasiado insoportable.

Inspiró para llenarse los pulmones de aire fresco, para enfriar el magma que le bullía en el pecho. Esperó a que se atenuara un poco su furia, y después, extremando la cautela, la cabeza baja y los ojos bien abiertos, decidió circunvalar la asamblea.

Antes de pasar a la acción quería tener una visión de conjunto, observar la escena como si fuera un campo de batalla o un tablero de ajedrez (infernol), pero algo que brillaba en el suelo le punzó el ojo.

¿Una moneda?

¿Una perla?

¿Una joya perdida?

¡Qué importancia tenía eso ahora! Le pareció tan absurdo haber tenido semejantes pensamientos en un momento como aquél que se reprendió a sí mismo por haberse dejado distraer por detalle tan fútil. Un escalofrío de decepción le hizo sacudir la cabeza cual perro que sale del agua. Tenía que calmarse y pensar.

Pero el destello seguía solicitando su atención cada vez que la penumbra se extendía por aquel punto.

«Hubert», pensó golpeándose repetidas veces la cabeza.

No necesitó esforzarse mucho para encontrarlo: le bastó con seguir el rastro de las manchas luminiscentes. Estaba un poco más allá, en el límite de la gruta, tendido en el suelo como una sombra, tosiendo, tratando sin conseguirlo de arrastrarse con los

brazos y coger aire, sofocado como estaba por la espuma brillante que le inundaba la boca y le salía por las narices.

Sin pensarlo dos veces, Pural llegó hasta él, lo agarró por los pies y lo arrastró hacia un punto más oscuro.

—Socorro... —murmuró Hubert con el último aliento que le restaba—. Socorro...

Como respuesta, Pural le registró los bolsillos.

—¿Eres Pural?

—Sí, soy yo —contestó cogiendo la única pistola que le encontró encima y asegurándose de que aún seguía cargada pero sin dejar de mirar en dirección al altar.

—Ayúdame.

—Ya es demasiado tarde.

El cuerpo de Hubert se contrajo rápidamente en medio de una serie de espasmos.

Mientras lo registraba, el oficiante posó de nuevo a la criatura en el vientre de la mujer tendida sobre el altar, se remangó las vestiduraa, tomó un cáliz y lo entregó a la segunda mujer.

Lo sacudió.

—¿Dónde están las fotos? ¿Quién te ha dejado en este estado?

Hubert se agarraba a los últimos, tenues, alientos que le quedaban. Quizá, como parece ser que ocurre antes de la muerte, una voz límpida le habló por dentro, toda su vida pasó delante de sus ojos revelándole un sentido hasta entonces oculto; quizá la nube tóxica de fósforo se despejó unos instantes. Pural no podía saberlo. Pero había cesado el temblor del cuerpo grácil que sostenía en sus manos y el resplandor de la piel se iba debilitando, revelando el color plúmbeo de la muerte.

—Coretti —expresó en un último suspiro. Finalmente consiguió sonreír, apretado en un primer y último abrazo.

Pural se puso en pie como un resorte. Se volvió hacia el lugar de la ceremonia y disparó al aire. El ruido fue ensordecedor.

—¡Que nadie se mueva! —La comisura de la boca se le enarcó en una mueca complacida, pero fulmínea. El rostro se le coaguló para hacer frente a las miradas de los congregados, vueltos hacia él como si fuera el único ser vivo que había allí.

—¡*Carabinieri Reali!* ¡Quedáis detenidos! ¡Todos al suelo! —La punta de la pistola indicó lo que debían hacer; después, apuntando al sacerdote, dijo:

—Apartaos del niño. La cara pegando al suelo, ahí junto a los demás. —Todos lo miraban inexpresivos.

—¡Prospero! —gritó—. Encárgate de este niño.

Al punto, una sombra bajó por la pared hasta el suelo y corrió veloz hacia el altar.

Después, Pural gritó:

—¡Friedrich, baja tú también!

Entumecido pero con el corazón lanzado en una carrera irrefrenable, Friedrich no deseaba otra cosa que descolgarse por la pared y ponerse al lado de la pistola.

—Ayuda a Prospero a poner a salvo a los niños. Tapadlos con la ropa de estos señores. Yo me encargo del resto.

No se lo tuvo que repetir: Friedrich se apresuró a envolver al primero con su abrigo.

Por su parte, Prospero se precipitó hacia la gruta y salió de ella exultante, excitado: todos los niños estaban vivos.

—¡La cara pegada al suelo y las manos en la nuca! —conminó Pural de nuevo.

Y de nuevo, nadie le obedeció.

Sólo se movió un perro, que, levantando las orejas, lanzó una mirada aburrida y volvió inmediatamente después a afanarse con su hueso.

—Usted es el señor Carlo Adam, ¿no es cierto? —preguntó Pural al sacerdote.

—Así es —respondió el otro, orgulloso.

—Sospechaba que era usted quien estaba detrás de esta criminal payasada.

—Le felicito por su inteligencia. —El tono era despectivo—. Pero ya es demasiado tarde para estar seguro de ello.

Pural ignoró la solapada amenaza.

—Usted era un hombre rico, estimado, tenía una hija espléndida...

—Mi hija no estaba de mi lado.

—¿Y por eso la mandó matar?

El señor Adam dio un paso adelante.

—¿No le parece motivo suficiente?

—No me parece que pueda existir un motivo para tal cosa, señor sacerdote.

—Y sin embargo, usted debería comprenderme. —Rio—. Usted no es mejor que yo.

—Déjeme llevar a un lugar seguro a los niños y le entregaré las fotografías que quería conseguir del general Linzi. Diga a sus amigos que cumplan lo que les ordeno.

—Esperó—. Hágalo, o de lo contrario me verá obligado a disparar.

—Tiraos al suelo —ordenó al punto el sacerdote.

Al oír la orden, todos se postraron.

Prospero, entre tanto, cogió en brazos al niño que sangraba, y que le pareció que ya estaba medio muerto.

—Coronel, esa arma no puede infundirnos ningún miedo —soltó con tono fofo el señor Adam.

—Miedo, no, pero sí puede hacerles un agujero en la cabeza.

—Está mintiendo, no dispararía nunca.

—Eso lo veremos.

El deseo de matarlo era tan fuerte que su índice estaba a punto de apretar el gatillo.

—Su fiel Hubert ha muerto. Véalo usted mismo. Le he cogido las fotografías. Si las quiere recuperar, estoy dispuesto a hacer un intercambio.

El señor Adam miró a donde señalaba Pural y vio el cuerpo sin luz de Hubert

tendido a la sombra de un menhir. Emitió un prolongado bufido de rabia. Dirigió su profundo rencor hacia Yahvé, que lo había derrotado, o hacia su amado Lucifer, que no lo había ayudado. Permaneció un rato inmóvil y en silencio, como si estuviera rezando. Después dijo:

—Podéis salir por ahí, si queréis. —Señaló un punto situado a espaldas de Pural—. Hay un pasadizo detrás de ese muro, y una escalera que conduce a los sótanos de mi casa.

—Y ahora, quítese de en medio —ordenó Pural—. Ahí, al suelo con los demás.

En aquel momento, resonó una detonación, y de los «demás» quedó uno menos.

Pural, sobresaltado, se volvió. Una columna de humo se elevaba satisfecha de la punta de un fusil.

Antes de exhalar el último aliento, Hubert había sido sincero.

Coretti.

—¿Tú aquí? —Se acercó y le rozó la sien con la punta de la pistola—. ¿Por qué lo has matado?

El teniente esbozó una sonrisa sin dejar de apuntar con su fusil a los cuerpos postrados de los iniciados. Los dos hombres que lo acompañaban controlaban las salidas. Uno tenía encañonado a Pural.

—Esté tranquilo, coronel: son ellos el enemigo; yo estoy de su parte, estoy aquí para ayudarle.

Pural asintió con rápidos e imperceptibles movimientos de la cabeza, el ceño fruncido, echando fuego por los ojos.

—¿De quién recibís las órdenes?

—Si quiere saberlo realmente, antes de ser *carabiniere* fui sacerdote —confesó sin vacilar—. Me infiltré en el cuerpo de los *Carabinieri* y me pusieron bajo su mando para así poder seguir de cerca sus investigaciones.

—Los sacerdotes no tienen familia —objetó Pural.

—En realidad, lo que siempre ha visto usted, coronel, ha sido una farsa. Mi mujer y mis hijos no son tales.

—Y esos, ¿quiénes son? —Señaló a los dos hombres apostados junto a sendas vías de salida.

—Considérelos mis monaguillos, armados.

Sacerdotes, monaguillos... Friedrich, que estaba acunando a un bebé, estrechándolo contra su pecho, retrocedió movido por una especie de aversión instintiva.

La tierra calló: sólo se oía el crepitar de las llamas que inundaban de luz la oscura catedral suburbana.

La mirada atónita de Pural permaneció un rato cruzada con la feroz y sostenida mirada de Coretti.

¡Conque un espía del Vaticano!

No podía creerlo, sobre todo porque le parecía imperdonable haberse dejado engañar. Y con un agravante suplementario: lo había sospechado. Demasiado celoso, el teniente, siempre impecable y, sobre todo, siempre presente. Pero de ahí a adivinar que fuera un sacerdote...

—Coronel, éste es un asunto que no le compete. Llevaos a las criaturas y dejad que disponga aquí la santa Iglesia.

—No sabía que los sacerdotes podían ir por ahí disparando a la gente. —Pural no lo miraba mientras le hablaba: tenía los ojos fijos en el señor Adam, junto al altar.

Coretti dijo con una sonrisita:

—Todos los medios son lícitos cuando se trata de combatir al anticristo.

—¿También matar?

—La Iglesia contempla desde siempre esa posibilidad. Los caballeros templarios, por ejemplo.

—Estás aquí por la momia, ¿no es cierto?

—También.

—¿Y por qué más?

—Para mandar al infierno a los adoradores de Satanás.

Pural desechó aquellas afirmaciones como si fueran moscas molestas.

—¿Pero no te das cuenta? Eres un espía, un traidor. Dices que eres un religioso, pero matas sin piedad. No estás aquí para salvar el alma de nadie, y está claro que la vida de esos pobres niños no parece importarte mucho. Estás aquí sólo para apoderarte de un hallazgo arqueológico que podría poner en cuestión la doctrina de tu Iglesia. Eres tan fanático como los demás. —Señaló el cuerpo de Hubert—. Lo has matado para sustraerle las fotografías de la momia.

—Su perspicacia no hace sino acrecentar mi admiración.

—¿Qué les habéis hecho? —preguntó Pural señalando a los seguidores del señor Adam, el cual seguía firme y mudo junto al altar.

—Están bajo mi completo control —respondió con voz resonante y saltando como un resorte—. ¿No le gustaría poder hacer lo mismo con sus hombres, coronel Pural?

—Prefiero hacerme respetar.

—Ellos me respetan —esgrimió el señor Adam haciendo vibrar su voz sonora y poderosa de sumo sacerdote—. Y yo los respeto. Somos hermanos.

—Como los operarios que deja que se mueran por intoxicación fosfórica en su fábrica de cerillas... También son sus hermanos, ¿verdad?

—Ya no poseo ninguna fábrica.

—Por ahí se dice que sigue siendo usted quien mueve los hilos.

—Leyendas urbanas. La verdad es que el mundo no me importa ya; lo abandoné hace mucho tiempo, y no siento ninguna nostalgia. Yo ambiciono volver al reino de luz.

—Como también ambiciona el exterminio de los católicos y de los hebreos, ¿eh? —terció Coretti.

—¡Nosotros somos los verdaderos cristianos! —replicó Adam—. ¡Nosotros seguimos el verdadero credo de los orígenes!

—Muy bien —zanjó Pural—. No me interesa saber quién de vosotros posee la verdad. Yo sólo quiero llevar al hospital a esos pobres niños.

—Y yo quiero la momia. —Coretti levantó el fusil, pero Pural se lo bajó.

El señor Carlo Adam, alto sacerdote y gran mago de la Sacra Orden de la Serpiente de Luz, avanzó con aire seductor.

—Si la Iglesia consiguiera poseer el cuerpo de Cristo, lo ocultaría sin ningún

género de duda; lo destruiría antes de verse destruida ella misma por la verdad.

Coretti hizo ademán de apuntarle con el fusil, pero obedeció a la mirada furiosa de Pural.

—¿Dónde guarda esa increíble reliquia? ¿Es realmente la momia de Jesucristo?

—Así, es —respondió el señor Adam—. Pero moriría sin dudarle antes que revelaros dónde se encuentra.

—La momia está aquí, en el templo —estatuyó Coretti—. Estoy seguro. La han robado ellos. Se me han adelantado por muy poco. —Dejó un milímetro de espacio entre el pulgar y el índice.

—No, no está aquí —insistió el señor Adam—. Su teniente, el sacerdote, el espía, está mintiendo.

—¡Estos cerdos! —apostrofó Coretti—. Son unos pervertidos, unos criminales. Merecen morir e ir al infierno.

—Serán juzgados según la ley —declaró Pural con firmeza.

—Según la ley de Dios —replicó Coretti.

Pural zanjó la discusión y se dirigió con decisión hacia el altar.

—¡Coretti! —gritó agarrando al señor Adam por detrás—. Creo haber descubierto dónde está la momia que buscas. —Lo registró incluso debajo de su larga y espesa barba—. Y como ya tienes las fotografías... —Le quitó el cordón que le ceñía la vestidura y le ató con él las muñecas—. Podríamos llegar a un acuerdo. ¿Qué dices?

—Proponga, coronel. —Coretti se echó el fusil a la espalda y se cruzó de brazos.

—Los detenemos a todos, y tú puedes quedarte con las antiguallas, ¿vale? —Más allá del fuego, lo vio vibrar como un espejismo, sacudir la cabeza, ponerse a reflexionar, disentir de nuevo con decisión—. Entonces, estás de acuerdo, ¿no? —gritó.

Coretti estaba indeciso.

Entre tanto, Prospero terminó de desnudar a algunos acólitos y envolvió a los pequeños con aquel paño de algodón, caliente y perfumado. Entregó otro a Friedrich y cogió dos en brazos. Quedaban otros dos, que probablemente empezarían a llorar. Salieron del templo corriendo, gritándose el uno al otro que debían darse prisa.

Friedrich iba como en una nube. Cuarenta y cuatro años, y ya tan deteriorado; todavía joven, y ya jubilado; sin mujer, y sin visos de tener una; sin hijos, y seguro de que no tendría ya nunca. La mirada decepcionada de su madre, la odiosa y censuradora mirada de su hermana, que siempre le descubría algún fallo imperdonable... Pero ahora Friedrich corría apretando unos niños contra su pecho. Sus corazones le latían entre las manos.

Nunca se había sentido tan feliz.

El señor Adam acercó los labios al oído de Pural:

—Yo puedo hacer que te conviertas en el hombre más poderoso de la Tierra. Ya has conseguido lo que querías: los niños ya están a salvo...

—No todos. —Lo agarró por el cogote y le giró la cabeza, obligándolo a mirar, junto al fuego, el cuerpo desnudo y quemado de un niño. Y así lo mantuvo un buen rato para que pudiera ver con detalle lo que había hecho.

—¿Cuántos más habéis matado?

—No los hemos matado: los hemos salvado.

—¿Cuántos? —gritó presionándole el cráneo con los dedos.

—Los necesarios para desencadenar potencias mágicas inauditas.

—Usted es un pobre loco.

—¿Un pobre loco, yo? —Una risotada fría volvió a resonar en el pecho del señor Adam—. ¡Si estuviera loco me encontraría en una clínica, como su mujer!

La culata de la pistola de Pural impactó en sus labios.

—Puedo indicarle el camino de la salvación. Mírelos. —Señaló a los fieles con la barbilla ensangrentada—. ¿No reconoce a ninguno? ¡Mueven los hilos de media Europa!

—Dígales que salgan ordenadamente de aquí. —Pural lo zarandeó.

El señor Adam no hizo nada, pero murmuró algo, y los iniciados respondieron a aquella orden incomprensible poniéndose en pie y volviéndose amenazadores ora hacia Pural ora hacia Coretti, el cual empuñó al instante el fusil.

—¡No disparéis! —conminó Pural apuntando a su vez la pistola sobre el grupo, cuyos miembros lanzaban miradas oblicuas con los ojos entrecerrados, aún hinchados de un sueño antinatural pero ya inyectados de veneno.

—Siempre y cuando no se muevan. —El tono a la vez sosegado y voluptuoso de Coretti era una clara invitación a hacerlo.

La inmovilidad de todas las cosas parecía presagiar una explosión.

De repente, el señor Adam dio unas palmas y los hombres y mujeres del grupo se despertaron de inmediato. Sus rostros parecían preguntarse dónde se encontraban; sus miradas delataban una clara turbación.

—¿Qué ocurre? —preguntó un hombre con aire aturdido.

—No os mováis y seguid tranquilos. —Pural les mostró la palma de la mano izquierda como si fuera un distintivo—. Nadie os hará daño.

La mueca de Coretti prometía lo contrario.

Prospero volvió al poco tiempo, señal de que el camino de salida indicado por el señor Adam, tal vez el mismo empleado por Coretti para entrar, era más corto y practicable que el camino seguido por ellos. Sin parar mientes en lo que estaba ocurriendo, se dirigió con resolución a donde estaban los dos últimos bebés mientras aseguraba que todo estaba saliendo bien.

La alegría inundó las mejillas de Pural; unas gotas saladas se habían detenido en la comisura de su boca.

—Barón von Hermann —exclamó Carlo Adam invitándolo a acercarse—, tal vez esté usted en mejores condiciones que yo de hacer razonar a nuestros amigos.

Pural no sabía si creer a sus ojos.

El barón se apartó del grupo tapándose las partes pudendas con las manos.

—Me gustaría hablar en privado con el profesor Nietzsche, si es posible.

—No, no es posible. —Pural ordenó sonreír a sus labios, pero no a sus ojos, que, imperturbables, reflejaban la fogata que ardía en el centro del *pentáculo*; unas llamas como lenguas le acariciaban las pupilas—. Hable para todos —propuso—; estamos entre amigos.

La oscuridad apremiaba desde lo alto.

—He oído hablar de usted, coronel.

Pural se quitó la chaqueta y se la cedió.

—Por ejemplo, una cosa que se dice acerca de usted es que es un hombre magnánimo —dijo anudándose la chaqueta a la cintura.

—¿Ah, sí, se dice eso?

—Coronel, usted se ha inmiscuido en un asunto que lo supera, ¿no lo sabía?

—No le hagas caso —exclamó Friedrich—. La gente que está ahí fuera pronto sabrá lo que estaba haciendo aquí abajo; ya no tendrá ningún poder. Es un hombre acabado, ya no cuenta para nada, para nada. Igual que todos los demás.

—Confirmo eso de que es un hombre acabado —profirió Coretti con el fusil apuntando.

—¡Dejadme hablar! —insistió el barón.

Pero Friedrich no le hizo caso.

—¿Está por casualidad mi hermana entre los presentes?

Silencio.

—¿No está?

Ninguna respuesta.

—¡Barón von Hermann! —Friedrich avanzó ufano hacia él—. Barón... —cerca ya de su cuerpo desnudo, rio—. Barón, pero usted...

El barón, el ceño fruncido y agitando las manos, exclamó:

—¿Qué hace usted aquí?

—Eso mismo le pregunto yo a usted —replicó Friedrich.

El barón, los ojos irrigados de sangre, no contestó.

—Aunque para qué, no hace falta —prosiguió Friedrich guiñando un ojo a Pural—. No se moleste. Lo sabemos perfectamente. —Siguió gesticulando—. Oh, han descubierto el ocultismo, el gnosticismo... ¡Qué chicos tan listos!

—¡Dejadme hablar, he dicho!

—... Y luego se le ocurrió la idea de hacer un pequeño sacrificio humano como signo de desprecio a la materia, para desencadenar una merecida dosis de poder mágico contra los arcontes y los demonios del dios de la Biblia...

—¡Usted está loco! —vociferó el barón, furioso.

—... Porque, de lo contrario, ¡qué aburrida sería la vida de sus señorías!

—¡Basta ya!

—... Y también han barajado esta idea: ¿Por qué no hacer un día un inmenso sacrificio humano con todos los hebreos del mundo, los siervos de Yahvé? Y, acto seguido, se han ido nada menos que hasta América del Sur para dar pábulo a sus ideas. Lo más lejos posible, como pensando: allí no nos oirá ni verá nadie..., y luego, cuando los tiempos estén maduros, quién sabe...

—¡Que alguien le mande callar!

Pural se limitaba a mirar. Su rostro había cambiado desde que ya no le llegaba el llanto desgarrador de los niños.

Ya estaban a salvo.

Lo había conseguido.

El resto ya no tenía tanta importancia. Casi le divertía la actitud desenvuelta de Friedrich y su audaz puesta en escena.

—¡Ah, el gran mago! —prosiguió Friedrich señalando ahora a Carlo Adam—. Les ha hecho beber mescalina y los ha hipnotizado. Y estos grandes señores de apellidos, imagino, tan altisonantes se dejan manejar como corderitos. ¿A dónde puede llegar la estupidez? A la magia sexual. A la astrología. A la fantasía religiosa. Al antisemitismo. ¡A mi hermana! Y a sus amigos. —Llegado a aquel punto, Friedrich estalló en una risotada estruendosa, diabólica.

—Su hermana, *Herr* Nietzsche, será puntualmente informada de su comportamiento. Usted está enfermo, debería estar internado en una clínica de enfermos mentales.

—¿Yo, enfermo? Es lo que a todos os gustaría, ¿verdad? No me extrañaría descubrir que habéis sacrificado a uno de esos pobrecitos para maldecirme, para que deje de escribir y de pensar. Confesadlo: lo habéis hecho por eso, ¿a que sí? Para dejarme fuera de juego. Pero no os resultará tan fácil. No sois más que unos viles y decadentes...

—¡Nosotros no ofrecemos sacrificios a Dios, no somos hebreos! —profirió con vehemencia el barón von Hermann.

Coretti, cada vez más impacientado, intervino:

—¡Eh, por qué no terminamos ya con esta comedia! —Mandó unos mensajes muy claros con los reflejos de su fusil—. Coronel, o encontramos la momia o no sale nadie vivo de aquí. Yo no tengo nada que perder. He mandado colocar cargas de explosivos para que todo esto quede bien sepultado. Dentro de poco saltaremos todos por los aires. A usted le toca decidir.

Decidió creerlo. No era cuestión de arriesgar tantas vidas por un cadáver tan anónimo como vetusto.

—De acuerdo —dijo—. Busquemos la momia.

—No es necesario —exclamó Friedrich deteniéndolo—. Prospero ya la ha visto. —Movió los ojos hacia la gruta, a espaldas del altar.

Unos segundos después, Pural estaba allí.

Coretti hizo un signo a los suyos, los cuales, como si les hubiera llegado el momento de llevar a la práctica el plan establecido, obedecieron: uno apuntando al grupo con el fusil y el otro desapareciendo simplemente. Después se unió al coronel en la gruta.

Lo encontró inmóvil, junto a Friedrich, las manos en el pelo.

Al fondo, sobre un catafalco colocado en el centro de una segunda cámara, más amplia, se erguía un sarcófago de mármol. La luz de las antorchas permitía leer con claridad unas inscripciones grabadas en piedra: Ἰησοῦς Χριστός Θεῷ Υἱός Σωτήρ. Y más abajo: ΙΧΘΥΣ, dentro de un símbolo con forma de pez.



—Es griego. Significa: «Jesús Cristo Hijo de Dios Salvador» —explicó Friedrich, que se había acercado a la reliquia para poder leerla—. La palabra griega ΙΧΘΥΣ dentro del símbolo significa «pez». Era el símbolo del cristianismo originario antes de ser suplantado por la cruz.

—¿Y esto? —preguntó Pural.

Friedrich se inclinó para leer unas palabras grabadas en un costado del sarcófago. Se desplazó para no obstaculizar la luz.

—Está escrito... —Ayudándose del tacto, deslizó los dedos sobre la piedra—. Aquí está escrito: *Kaulakau, Saulasau, Zeesar*. —Se incorporó y, estupefacto, buscó los ojos de Pural. Los encontró y vio que temblaban—. Son las tres palabras misteriosas y secretas de los gnósticos naasenos —informó—. Son de Hipólito, un obispo católico del siglo III, de su obra titulada *Refutación de todas las herejías*.

—¿Los naasenos? —preguntó Coretti abriéndose paso con decisión, como si quisiera recordarles a todos, y también a sí mismo, quién era el dueño de la momia.

—¿Tienen que ver con los *ofitas* de los que me habló? —preguntó Pural, el rostro

a la vez tenso y estupefacto.

Friedrich asintió.

—En hebreo, *naas* significa serpiente. *Naasenos* es el equivalente hebreo al griego *ofitas*. Si aquí dentro estuviera realmente lo que parece... —Pensaba en voz alta, incrédulo—. Entonces Jesús era un...

Las palabras vacilantes de Friedrich quedaron repentinamente silenciadas por el enfurecido bramido del señor Adam.

—«Y Jesús llevó a Tomás aparte y le dijo tres palabras. Si os dijera una de las palabras que Jesús me ha dicho cogeríais piedras para lapidarme. ¡Y fuego saldría de las piedras para quemaros!».

—Abrámosla —dijo Pural a Coretti—. No querrás negarme el privilegio de ver lo que contiene... Mi palabra de honor que no revelaré nunca a nadie lo que voy a ver, y que después te lo entregaré todo. ¿No quieres estar seguro de sepultar al cadáver correcto?

—De acuerdo —convino el falso teniente poniéndose el fusil en bandolera—. Abrámoslo. —Y empezó a empujar la tapa.

—¡No lo hagáis! —advirtió el señor Adam—. Os conjuro que no lo hagáis.

Los demás se echaron atrás.

—Coronel, cometeríais un grave error si entregarais estos objetos a la Iglesia. Os ruego que no lo hagáis.

Empujaron con más fuerza todavía.

—¿Sigues estando seguro de que se trata de una momia falsa?

Friedrich, mugiendo a causa del esfuerzo, contestó:

—Nunca he dicho que fuera falsa. Sólo he visto unas fotografías.

—¿Y esto? —preguntó Pural con un nudo en la garganta—. La inscripción del sarcófago dice que aquí dentro está Jesús.

—No es una prueba —replicó Friedrich sin dejar de empujar y mugir—. Pero la hipótesis no deja de ser fascinante.

—Eres tú quien ha dicho: Dios ha muerto.

—Sí, pero no me refería a esto.

—Tal vez lleves razón, Friedrich: la casualidad no existe.

Vencida por la fuerza de los tres, la pesada piedra acabó cediendo, reaciamente, primero un intersticio, después un triángulo mientras la luz de las antorchas iba penetrando en el sarcófago. Primero aparecieron los pies, después las piernas, el busto, el rostro, y finalmente se pudo ver todo el cuerpo de un hombre en perfecta quietud, convertido en cuero con el paso de los siglos.

Tenía barba y pelo largo.

La frente plagada de pequeños agujeros.

El rostro deformado.

Un orificio en cada muñeca y pie.

Un desgarró oval en el costado.

Todos acudieron a mirar. Sólo el barón von Hermann se quedó aparte, abatido, afligido.

—El auténtico pensamiento de Cristo es gnóstico —dijo Adam—. Nuestro hermano Jesús fue crucificado por haberse opuesto al *statu quo*. No era Dios sino un hombre espiritual, un Perfecto, un iluminado por la sabiduría y el conocimiento del Padre. Su luz ha vuelto a casa. Su luz ha quedado impresa en la sábana. Y esto —agregó señalando la momia—, este envoltorio inmundo, es la prueba de que él murió en la cruz y no resucitó. Lo que estáis viendo demuestra que la Iglesia de Roma es una colosal impostura inspirada por Yahvé. ¡Nosotros seguimos la verdadera enseñanza de Cristo!

—¿Y yo soy el loco? —exclamó Friedrich mirando con desprecio al barón von Hermann.

Coretti posó una mano en el hombro de la momia y le susurró al oído:

—¡Quién iba a decir que también tú subirías a la hoguera por orden de la Iglesia!

—Ayúdame a sacarlos todos de aquí sanos y salvos —le dijo Pural—. Y después haces ya lo que quieras.

Lo pensó.

—De acuerdo —expresó al final. Fusil en ristre, se dirigió al sacerdote armado que se había quedado con él—. Encárgate de alimentar el fuego. —Después, a los demás—: Que nadie se mueva si quiere salvar su pellejo. —Se echó la momia a la espalda y la sacó de la gruta.

Pural intentó hacerle entrar en razón.

—¿A dónde la llevas? ¿Qué tienes intención de hacer?

—Lavar esta herida —respondió Coretti acercándose al fuego, que cada vez ardía con mayor fuerza en el centro del *pentáculo*.

—No lo hagas. No puedes cometer semejante pecado.

Pero Coretti estaba enloquecido.

—¡No! —Lanzando un bramido desesperado, el barón von Hermann se abalanzó sobre Coretti: una rosa de perdigones le entalló una flor de sangre en el pecho, a la altura del corazón. Cayó contoneando las piernas. Intentó levantarse. Cayó.

Coretti rompió a reír; pero no era una risa divertida sino nerviosa, convulsa. Los ojos desorbitados, resplandecientes, un temblor acompañaba todos sus gestos.

—Váyase, si puede. —Rio estruendosamente—. ¡Coronel Pural, el salvador! ¡Sálvese!

Para impedirle quemar la momia Pural habría tenido que dispararle; pero los dos que estaban con él habrían abierto fuego sin dudarlo un instante. Y ello habría supuesto el fin de todos. Los buscó, pero sólo vio a uno. Recordó lo que había dicho Coretti: que había colocado explosivos para que todo y todos quedaran allí sepultados. Buscó a Friedrich.

—Estoy aquí.

—¿Dónde está Prospero?

—Debe de estar fuera, con los niños... Hace tiempo que no lo veo.

—Debes salir inmediatamente de aquí. Pero vete por donde vinimos. Sigue las flechas de pintura. ¡Corre!

Coretti parecía completamente fuera de sí. Se movía a trompicones, un hilo de saliva le bajaba por la comisura de la boca, se le había metido algo en la cabeza. Colocó en el suelo la momia, rígida y ligera como un maniquí de madera de balsa; después, tras liberar la cruz de la maraña de serpientes que dormían en ella, la arrancó del suelo.

—¡Fuera todos! —gritó Pural—. ¡Por ahí! —Señaló la pared por la que aún se divisaba la silueta de Friedrich trepando hacia la abertura por la que habían venido, y los instó a que lo siguieran y se dieran prisa. Pero, en vez de prestarle oído, todos se congregaron alrededor del señor Adam, que los llamaba a ir a su lado.

Las palabras le rebullían en la cabeza cual bandada de pájaros asustados. Buscó de nuevo con la mirada a los dos hombres de Coretti. Ahora había desaparecido incluso el segundo.

Espías del Vaticano, pensó. Y posiblemente también sacerdotes consagrados al martirio, dispuestos a hacer estallar la dinamita, con lo que ellos mismos quedarían sepultados. Lo mismo se podía decir de Coretti.

Aquello era un infierno.

Coretti empezó a cantar a voz en grito mientras se quitaba el cinturón de los pantalones.

El señor Adam bebió algo de una copa y cayó al suelo fulminado. Los que tenía a su alrededor lo imitaron, y fueron cayendo a su vez.

Los niños estaban a salvo: lo más probable era que Prospero se hubiera quedado fuera con ellos; Friedrich ya debía haber llegado a la superficie. Algo le decía que todo estaba a punto de saltar por los aires y de que era su última oportunidad de escapar.

Empezó a correr hacia la salida lo más rápidamente que pudo; de vez en cuando se volvía, como pidiéndole tiempo al explosivo.

Coretti seguía cantando. Se sirvió del cinturón para fijar la momia a la cruz.

Jadeando de excitación, tropezando en la oscuridad, Pural llegó hasta la pared, encontró el agarradero, puso las manos en las hendiduras laterales y fue subiendo en

un último esfuerzo.

Se volvió.

Coretti estaba colocando sobre el fuego la momia crucificada mientras cantaba en latín, desentonadamente, una melodía monótona.

—*O ignis spiritus, o ignis caritatis...*

Una vez arriba, en la galería, se volvió una última vez.

La momia ardía en medio de la hoguera. Coretti, deslumbrado por las llamas, la contemplaba extasiado mientras se iba consumiendo.

—*O ignis, sanctus es tergendó fetida vulnera!*

¡Qué inmensa e ilimitada era la ciudad en la superficie, adonde los sonidos y los perfumes podían llegar desde lugares lejanos, en brazos de un majestuoso océano de viento!

El señor Fino, con sus ojos de almendra siempre arrugados en una involuntaria sonrisa, había mirado a través de los escaparates empañados de todos los cafés del centro en busca del profesor Federico, el cual no había vuelto a casa a dormir.

Entraba en cada uno de ellos y preguntaba a los que conocía (aunque sólo fuera de vista) si por casualidad lo habían visto, pero nadie le dio ninguna noticia realmente útil.

Por su parte, el dueño del café Giardino le contestó lo siguiente, levantando las manos:

—Sí, lo vi ayer por la tarde. Estuvo en el café con un señor con el que no suele estar nunca.

—¿No tiene la menor idea de a dónde pudo ir?

El dueño del café se rozó los carrillos con los dedos.

—¡No, ni idea! Ah, y también ha desaparecido Prospero, el chico que trabaja aquí. Tampoco tengo la menor idea de dónde se ha podido meter. Confieso que estoy muy preocupado. Ese joven tiene tendencia a meterse en líos. ¡Es muy fisgón! Un día le dije que antes o después acabaría pagando las consecuencias.

No era exactamente una buena información, pero contenía algunas pistas. Sobre todo, que Prospero conociera a Federico; y el hecho de que también él hubiera desaparecido podía significar que estaban juntos. El señor Fino consideró aquella eventualidad como una noticia positiva (al menos Federico no estaba solo) y sintió cierto alivio.

—¿Puedo ofrecerle algo de beber?

—No, gracias, tengo que volver a casa —contestó estrujando el sombrero—. Si por casualidad tuviera alguna noticia, ¿podría comunicármela de inmediato? Se lo agradecería infinitamente.

—¡Pero hombre, tómese al menos un vasito de *grappa*! —Cogió una botella, le echó una mano al hombro y lo empujó fuera de la cocina, hasta una mesita de la sala—. Paga la casa.

—No, de veras, tengo que irme —intentó decir mientras se sentaba—. ¿Puedo contar también con su generosidad por lo que al profesor Nietzsche se refiere?

—Sí, por supuesto. —El dueño del café destapó la botella—. Si tengo noticias tuyas, mandaré inmediatamente a alguien que se las transmita, descuide. —La botella sufrió una profunda inclinación hacia el vaso, que quedó lleno de lava transparente.

Se quedó un rato mirándolo, esperando a que bebiera, y Fino no tuvo más

remedio que contentarlo.

—Deme su dirección, *monsieur*.

—Me puede encontrar en el quiosco de periódicos, junto a la oficina de correos, en *piazza* Carlo Alberto.

—¡Ah, claro! —Se dio un golpe en la frente—. Ya sabía yo que lo había visto en alguna parte. ¡Usted es uno de los nuestros!

Fino enrojeció, pero fue por el calor repentino de la *grappa*.

—Bueno, por esta zona yo también conozco a todo el mundo —refrendó. Dio un sorbo, pensativo—. Estoy preocupado por el profesor...

—¡Y qué le voy a decir yo respecto de mi chaval!

—El profesor es más frágil y desvalido que su chaval, de eso no hay duda. Está enfermo, no ve bien...

—*Monsieur*, yo diría que está casi ciego.

—Y con el paso de los días, ese «casi» va desvaneciéndose inexorablemente.

El dueño del café miró satisfecho al señor Fino, que ahora parecía más relajado bajo el influjo generoso de la *grappa* y humedeció los labios con el poco líquido que quedaba en el vaso. Le dio la impresión de que quería prolongar la conversación.

—¿Tanto afecto le tiene usted? —le preguntó con una inclinación de cabeza acompañada de una sonrisa afable.

—Vive en nuestra casa desde hace varios meses.

—Entiendo. —Apoyó un codo en el respaldo de la silla y se volvió con un dedo enhiesto—. ¡Tráeme un vaso a mí también!

El camarero, que estaba sustituyendo a Prospero provisionalmente, se cuadró y, en lo que tardó el dueño en volverse de nuevo hacia el señor Fino, ya estaba de vuelta con un vaso reluciente en la punta de los dedos.

La botella se inclinó.

—Los encontraremos, ya verá.

Bebieron, propinándose mutuamente un codazo y mirándose a los ojos.

—¿Ha probado ya en el café Fratelli Fiorio? Creo saber que el profesor alemán va allí a menudo a escribir.

Fino asintió.

—No lo han visto desde primeros de mes.

Su interlocutor lo miraba con una expresión vacía e intensa al mismo tiempo, como si estuviera viendo a través de su cuerpo algo que se encontraba en otra parte. Después miró fijamente los reflejos del vaso vacío y se puso más serio.

—Prospero es un chico extraño, y bastante fisgón.

Fino sintió simpatía por aquel muchacho, un tipo extraño al igual que su común amigo.

—Ahora comprendo por qué el profesor Nietzsche trabó amistad con él —dijo sonriendo—. Como se suele decir, Dios los crea...

—¡Mejor no nombrar a Dios delante de ninguno de ellos! —comentó el dueño del

café intercambiando una sonrisa por detrás del vaso, cada vez más vacío.

—Bueno, nosotros pensamos igual —señaló el señor Fino.

El otro le tendió la mano.

—¡Democracia, igualdad, libertad, razón, ciencia, progreso!

Fino se la estrechó.

—Lo suscribo enteramente.

—¿Estaría de acuerdo el profesor Nietzsche?

—No con lo de igualdad y democracia, me temo; pero con lo demás... ¿Sabe? Es un polvorín colocado debajo de la Iglesia. Un filósofo de primera fila. Pronto se dará cuenta el mundo entero. En cierto modo, yo me siento partícipe de su obra. Y responsable de su salud.

—¿Le ha expuesto alguna vez su filosofía?

—Por supuesto, muchas veces. Pero confieso que no estoy a la altura de todas sus disquisiciones.

—¿Y qué ha comprendido, si no es mucho preguntar?

Esta vez fue el señor Fino quien acercó el vaso.

—Sólo una gotita, gracias.

—¿Y bien? —Su anfitrión puso a un lado la botella, saludó al último cliente que abandonaba el café, próximo ya a cerrar, y se dispuso a escuchar.

—Su pensamiento se basa en una visión cíclica y circular del tiempo, opuesta a la dominante aquí, en Occidente, como una línea recta que tiende a un fin último. Él lo llama el eterno retorno de lo igual.

—Yo no soy ninguna luminaria, pero eso no me parece un hallazgo muy original.

—Lleva razón, no lo es. Sin embargo, el eterno retorno de Nietzsche es una provocación para los cobardes: No podéis escapar. ¿No os gusta este mundo? Pues bien, sabed que no hay otro y que todo lo que estáis viviendo lo volveréis a vivir tal cual numerosas, infinitas veces.

—¡Caramba! —exclamó el otro abriendo los ojos de par en par.

—Nietzsche sostiene que dios ha muerto, y además ha escrito un libro titulado *El anticristo*.

—¡Caray!

El señor Fino prosiguió:

—Es darwinista. Pero, a diferencia de Darwin, sostiene que en la base de todo subyace la voluntad de la vida de afirmarse también sobre la vida misma (que él llama voluntad de poder). Según este planteamiento, la selección no conlleva necesariamente mejoras, pues la vida tiene unas ansias tan grandes de afirmarse sobre toda cosa (repito, también sobre sí misma) que se permite el lujo de la destrucción.

—¡Caracoles!

—Nietzsche realiza a partir de esto un análisis del hombre actual, el cual según él se comporta de una manera cobarde frente a la vida, invitándonos a todos a superar ese hombre y a favorecer, primeramente dentro de uno mismo, el advenimiento de un

hombre nuevo que diga sí con entusiasmo a la vida y sea fiel a la tierra, al más acá, y que frente a las dificultades piense: «¿Es esto la vida? ¡Pues entonces, más!». A ese hombre él lo llama el «superhombre».

—¡Qué bárbaro!

—Un año es como una clepsidra en la que florecen las horas. —La señorita Irene volvió sus ojos tristes hacia la ventana y suspiró, el reflejo de su rostro desaparecido bajo un disco de vapor.

Su madre, la señora Bianca, levantó los ojos del bordado y se puso a mirar el rostro de su hija, que volvía a aparecer lentamente en el cristal.

—Me quedan aún unas puntaditas, hija mía.

—Estoy preocupada.

—También yo, cariño. Todos le tenemos mucho cariño al profesor Nietzsche. Todos, incluido tu hermano, aunque no lo manifieste.

—Ernesto lo considera el usurpador de su querida habitación.

—Pero también él le tiene afecto. Tu padre lo anda buscando en estos precisos momentos, a pesar de ser Nochebuena. Y Giulia, tu hermana..., me ha parecido verla llorar. —Agachó la cabeza sobre el bordado y, como obedeciendo al mandato de la mirada, la aguja apareció sobre la tela en su punto justo—. En fin, Federico tiene ya edad de sobra para saber lo que se hace, al menos eso espero. Y tú eres una mujer: no deberías mostrar tanta aprensión por un hombre que no es tu marido ni está destinado a serlo.

—No hay nada malo en querer a una persona.

De los labios delgados de la señora Bianca escapó un comentario ligeramente sarcástico:

—No me negarás que somos muy poquitos los que nos estamos preocupando por él.

—Federico recibe muchas cartas —objetó Irene, consciente de lo inútil que eso era.

—La verdad desnuda es que ya no lo aguanta nadie. Ninguno de los que han recibido su invitación se ha decidido a venir a verlo.

—No es lo que tú crees, mamá. Sólo recibe cartas en el apartado de correos; nadie conoce su dirección. Necesita este aislamiento para desarrollar su filosofía.

El bordado de la señora Bianca se hacía menos preciso, el trazo del hilo perdía su suavidad.

—Ya, el animal herido que se retira a su guarida.

—Es lo que él dice.

—Yo dudo mucho que su hermana Elisabeth y sus amigos más íntimos, ese Pietro Gasti y el señor Overbeck, no sepan que vive aquí, con nosotros.

—Adoran sus libros pero les gustaría que los hubiera escrito otro. Lo odian. No aceptan su plena libertad de pensamiento, sus contradicciones, y sobre todo tienen mucho miedo de que pueda cuestionarlos: ¿quién más autorizado que Nietzsche para

refutar a Nietzsche? Bueno, en realidad es lo que está haciendo constantemente.

—¿Has leído sus últimos escritos?

Irene sacudió suavemente la cabeza.

—Sus cartas.

De repente, la fotografía de una mujer cosiendo, sentada en un sillón, la expresión perpleja.

—¿Has leído sus cartas?

—Sí.

Acercó la cabeza para decirle en voz baja:

—Eso no se hace.

—Me ha mandado él que lo haga.

La aguja volvió a correr por la trama.

—¿Y qué dice en esas cartas?

—Dice que los alemanes son unos idiotas, lo cual es una provocación intolerable para quien propugna la supremacía racial de los germanos y pregona el pangermanismo. Él los llama *volkisch* y habla muy mal de ellos. También condena el antisemitismo, y dice que pretende sellar una alianza con los hebreos, algo que también es intolerable para antisemitas como su hermana.

Todavía una instantánea de una mujer que cose: una sonrisa incrédula le entreabre los labios.

—¿Una alianza con los hebreos?

La mirada de Irene siguió el perfil de las montañas, donde sus ojos vaporosos veían paz. Sacó un pañuelo de la manga, lo desplegó y se sonó delicadamente la nariz mientras asentía.

—Sí, una alianza.

—¿Y por qué un hombre como él iba a hacer una cosa semejante?

—Porque los hebreos son enemigos jurados del cristianismo y además porque disponen del dinero necesario para la publicación de sus libros, sobre todo ahora que les ha vuelto la espalda a los alemanes y a los antisemitas. Ésta es también una de las razones por las que siento miedo.

—¿Tú crees que se encuentra bien? —Se tocó la sien, después volvió a coser en espera de la contestación, aunque estaba claro que el objetivo de la pregunta era la propia pregunta.

—No tendría motivos para sentir tanta aprensión si estuviera segura de que sabe controlarse. Y no es que esté enfermo. Es un ingenuo, un intelectual que vive al margen del mundo, con la cabeza siempre en otra parte. No sabe vivir en la realidad, por mucho que la exalte y la ponga por encima de todo. Es una de sus muchas, aparentes, contradicciones.

—Hablas como una enamorada —sentenció con el tono condigno a una madre severa.

—No lo estoy —rebatía la hija con un tono dictado por el respeto—. El señor

Federico ha sufrido mucho.

—Otra contradicción: precisamente él, ¡el que pregona la salud de los hombres e incluso de los pueblos!

Más allá del cristal empañado por los constantes suspiros de Irene, a lo lejos, la luna parecía quererle recordar la condición de Friedrich con su ardua ascensión por un cielo tan terso que no suministraba ningún agarradero, tan liso e uniforme que resultaba resbaladizo.

—Es pura dinamita —murmuró Irene.

Fue como si la hubiese conjurado.

La señora Bianca levantó la cabeza. Estaba a punto de preguntar a su hija qué era lo que acababa de decir, pues había hablado bajito y no la había oído, cuando un enorme estruendo hizo vibrar el edificio en sus cimientos.

Fue un instante dilatado por el terror.

—¡Irene! —gritó. La vio salir disparada por la onda expansiva mientras la ventana, transmutada en una nube de fragmentos de cristal, iba al encuentro de su cara.

La reverberación del trueno, que azotó y percutió el aire, se abatió sobre todos los objetos de la casa.

No podía ser un temporal. Las estrellas reinaban imperturbables en el cielo despejado.

—¡Ay, Dios mío! —exclamó la señora Bianca corriendo a abrazar a su hija—. ¿Estás herida?

Irene levantó la cabeza, mostrando una cara inmaculada. Le zumbaban los oídos, pero estaba bien.

—¡Gracias sean dadas al cielo!

Un cielo ahora jaspeado por lenguas de humo negro.

En la calle, todas las bocas repetían lo mismo:

—¿Pero qué ha pasado?

Los cocheros intentaban mantener quietos a los caballos asustados, mientras por las ventanillas se asomaban rostros atónitos.

—¡Una bomba! —exclamó un transeúnte.

Unos señores que caminaban por la acera apuntaban con sus bastones a la Mole Antonelliana.

—Una explosión por esa parte —informó uno.

—¡No habrá sido un atentado anarquista! —profirió otro.

Todos miraban hacia la Mole, de donde se elevaba una columna de humo, que extendía por doquier un inconfundible olor a pólvora.

Sólo uno miraba en la dirección contraria: el señor Fino.

—¿Todo bien? —gritó a la esposa y a la hija, que miraban por la ventana.

—Sí —respondieron—. ¿Qué ha ocurrido?

—No lo sé. Una explosión por donde la Mole; desde aquí no se puede averiguar.

Voy a ver.

—¡Ten cuidado!

Empezó a correr, y al poco se volvió agitando el sombrero.

—¡Vuelvo enseguida!

Una vez en el lugar de la explosión, se unió a la multitud a la que se le estaba impidiendo aproximarse. Se abrió paso entre un sinfín de narices levantadas, y a base de codazos y de pedir permiso consiguió llegar hasta el cordón de los *carabinieri* que montaban guardia.

—¡No hay nada que ver! —gruñó el que tenía enfrente.

—¿Pero qué ha ocurrido? —preguntó Fino jadeando, empujado por todas partes.

—Nada. ¡Circulen!

Era demasiado evidente que algo gordo había ocurrido. Pero no se podía ir más allá. Además, se veían llegar refuerzos de *carabinieri*, que pronto dispersarían a los curiosos sin demasiadas contemplaciones.

Salió de las apreturas reculando.

—¿Ha conseguido ver algo? —le preguntó uno.

—No, no dejan acercarse. —Dirigió una mirada preocupada hacia la casa—.

Debe de haber explotado una tubería de gas.

—Aunque también puede ser —aventuró el otro con ademán desconfiado— que en la bodega de algún ricachón se guardara dinamita en vez de botellas.

—Yo ya no me extraño de nada —repuso Fino.

—¿Es que no huele a pólvora?

Aguzó el olfato.

—Sí, no cabe ninguna duda.

—¡Ah, en qué mundo vivimos!

Volaron los respectivos sombreros.

Y Fino aceleró el paso.

Remontó *via* Po resoplando nubes blancas e, imprimiendo a las piernas el ritmo de una locomotora, llegó hasta *via* Carlo Alberto con la cabeza bien levantada para ver así mejor las ventanas de su casa.

Incrédulo, feliz, Fino se dejó abrazar.

—¿Pero dónde has estado, Federico?

—Allí.

—¿Allí, dónde?

—Allí, donde se ha producido la explosión.

—¿Y has visto lo que ha pasado?

—Muchos muertos.

—¿Pero qué dices?

—Me están buscando.

¿Quién te está buscando?

—Los espías de la Iglesia.

—¿Y por qué iban a hacerlo?

—Porque lo he visto.

—Cálmese, señor Federico. —Irene le acercó un vaso y dos ojos llenos de agua.

—Gracias, señorita. —Se sentó y bebió con avidez—. ¡Más, más por favor!

Le rellenaron el vaso.

Fino abrazó a su mujer y a sus hijas y dejó de hacer preguntas. Había vuelto también Ernesto, que se unió al abrazo.

Todos estaban en trémula espera.

—Prospero, el chico del café...

—¿Estaba contigo? ¿Sabes dónde está?

—Temo que haya podido morir en medio de la explosión. —La cabeza de Friedrich subió y bajó repetidas veces—. Los perdí de vista... No lo sé, no lo sé.

Fino cogió una silla y se sentó delante. Le puso una mano en el hombro.

—Federico, ¿estás seguro de lo que cuentas?

—No me siento muy bien. —Se tocó la frente. Bajo la capa de tierra que le cubría el rostro se podían ver sus mejillas pálidas. Sus ojos, relucientes e hinchados, suplicaban poderse cerrar para descansar.

—Señorita Irene, ¿sería tan amable de tocar para mí? —profirió.

Ella echó una mirada al padre, quien asintió, tras lo cual se dirigió de puntillas hacia el pianoforte. Colocó bien el taburete, se recogió la falda y se sentó.

—Toque, le ruego.

Giulia, a petición del padre, se le unió para pasar las páginas.

Ahora que no lo oían, ya podía hablar. No quería turbarlas con su relato.

—Señorito Ernesto, ¿tendría la amabilidad de vigilar la calle?

El señor Fino, asintiendo, lo miró y le señaló la ventana.

—Quédate ahí. Si ves algún movimiento sospechoso, avísanos inmediatamente.

—Después se volvió hacia Friedrich—. ¿Quién había? ¿Qué más has visto allí abajo?

—No me creeríais.

—Lo intentaremos. Empieza por el principio.

—¿Has oído hablar alguna vez de Carlo Adam?

—Sí, por supuesto —afirmó Fino—, desapareció junto con su esposa hace unos años...

—No —lo interrumpió Friedrich—, no desapareció. Se escondió. Fundó una secta gnóstica que tenía su templo en los subterráneos de la ciudad, justo debajo de la Mole. A lo que parece, había conseguido apoderarse, tiempo ha, de un evangelio desconocido y de otros textos gnósticos, gracias a los cuales reclutó a un número enorme de seguidores, entre ellos a muchas personalidades y hasta a una parte importante de la Iglesia católica. Sus últimos seguidores de esta larga lista fueron los *volkisch*, que vieron en el gnosticismo un cristianismo antisemita perfectamente *ad hoc* para la nueva Alemania del futuro. —Hizo una larga pausa para mostrar su desconcierto; después continuó—: Los niños secuestrados debían servir para orgías sagradas: estaban destinados a la muerte desde el momento mismo de su concepción. Eran sustraídos a sus madres, en su mayoría sirvientas agraciadas y jóvenes reclutadas para tales orgías; después los bautizaban marcándolos detrás de la oreja y los utilizaban finalmente para establecer las jerarquías internas de la nueva Iglesia gnóstica. —Leyó la pregunta dibujada en el rostro exangüe de la señora Bianca y apostilló con dolor—: Tras una larga agonía, el pobre niño moría en brazos del predestinado.

La señora no quiso oír más y bajó la mirada. Las notas del piano tocadas por Irene borboteaban en medio de un silencio lacerante.

—En el Museo Egipcio se guardaba la momia de Jesús Nazareno —prosiguió Friedrich ante aquellos rostros perplejos—. Los masones, que gestionan el museo, acababan de descubrirla. Pero, al parecer, no llegaron a tiempo para trasladar la momia a otro museo: se les adelantaron el señor Adam y los amigos de Elisabeth.

—¿Era entonces una momia lo que se llevaron del museo? —preguntó Fino estupefacto.

—Sí, y no una momia cualquiera. Yo la he visto. Era el hombre de la sábana santa. Estoy seguro.

No podían dar crédito a sus oídos.

—El cardenal Martini quiso pactar con los *volkisch* a fin de quedarse con ella: aquel objeto podía dar al traste con la Iglesia de Roma. Pero lo mataron. El coronel encontró dentro de uno de sus ojos un billete con la inscripción *ecce homo* y pensó enseguida en mí. Pero no. Con aquel mensaje, el asesino estaba aludiendo a la momia. Una parte de la propia Iglesia dio también pábulo desde el principio a la locura de Carlo Adam: pretendía la depuración del catolicismo de todas las adherencias del Antiguo Testamento y la vuelta a la Iglesia cristiana primitiva, a la verdadera enseñanza de Cristo. Puedo asegurar que, a menos que se trate de una

falsificación, en el sarcófago que contenía la momia había grabadas unas palabras inequívocamente gnósticas.

Creerlo resultaba cada vez más difícil.

—Prospero —prosiguió Friedrich— vio a uno de los ayudantes de Carlo Adam, medio muerto, en el porche del edificio donde vive. Encontró en su poder unos objetos que ayudaron al coronel, y a un servidor, a comprender lo que estaba sucediendo, entre ellos unas fotografías muy comprometedoras para el Vaticano. Y es que, tras robar la momia, la fotografiaron inmediatamente, tal vez con la intención de chantajear a la Iglesia o para enseñársela a alguna persona que no pudiera venir aquí, a Turín, a verla. —Se detuvo—. He visto a varios hombres ilustres oficiando un ritual de magia negra, he visto a un niño morir, a un hombre con la piel luminiscente... —Volvió a detenerse.

—Cálmate —expresó el señor Fino apretándole una mano. Dirigió a la esposa una mirada indefinible: no se sabía si era la mirada de quien escucha los desvaríos de un loco o la de alguien sinceramente preocupado por un peligro inminente.

Friedrich aspiró una gran cantidad de aire antes de volver a hablar; bajando el tono de voz, trató de mantener el control.

—La Iglesia está haciendo lo posible por borrar cualquier rastro de lo que está sucediendo aquí, en Turín. Un sacerdote que se había infiltrado entre los *Carabinieri* con el grado de teniente, y que respondía al nombre de Coretti, tenía la misión de mantener controlado al coronel Pural.

—¿También el coronel ha muerto ahí abajo? —preguntó Fino.

—No lo sé. Yo también le debo la vida. Al igual que esos niños..., que si siguen vivos es por mérito suyo. El coronel Pural es un hombre ejemplar.

Entre tanto, Irene empezaba una nueva ejecución de la misma pieza; ahora marcaba mejor el *tempo*.

Friedrich la aprobó con una mirada lánguida.

El señor Fino expresó sus dudas acerca de la profesionalidad de Pural, pues no lograba explicarse cómo había podido llevarse con él para una empresa tan arriesgada a un profesor desvalido y a un jovencito.

—No habría podido encontrar nunca a esos niños sin mi ayuda —rebatía Friedrich—. Y, sin su ayuda, yo mismo yacería ahora sepultado allí abajo. Pural me sugirió que escapara en el momento justo. Había descubierto un pasadizo, y dejamos marcas en las paredes para poder encontrar después la salida... La explosión no me alcanzó; pero si hubiera pasado por las bodegas me habría quedado allí sepultado. Así, he podido volver a la superficie sano y salvo. —Se acercó a la ventana y miró a la calle—. Mientras esté en esta casa no correré peligro.

Los dueños de la casa se miraron como buscando un motivo que sustentara semejante afirmación.

—La Iglesia actúa en la sombra —explicó Friedrich—, y yo aquí, en Turín, estoy demasiado expuesto a la luz pública. Debo abandonar la ciudad lo antes posible.

Partiré mañana mismo.

—Antes debes recuperarte, Federico. Tienes muy mal aspecto. Debes descansar. Entre tanto, yo me encargaré de organizar tu marcha a Alemania. Escribiré a tu amigo, el señor Overbeck, para que venga a buscarte. Pero no ahora: no te encuentras bien. ¿Estás completamente seguro de lo que acabas de contarnos?

—Admito la posibilidad de no estar del todo en mis cabales. —Se señaló la frente—. Pero el coronel Pural, si está vivo, podrá confirmar todo lo que he dicho. —De repente, Friedrich se nubló. Su rostro se volvió grave, sombrío. Prosiguió con tono fúnebre—: Me ocurrirá como a Jesús Nazareno, como a sus palabras olvidadas. Yo ya soy un apócrifo. Vosotros sois testigos de que no soy antisemita. Yo amo la vida. Soy ateo, antimoralista, ¡soy el anticristo! —Levantó la mano—. ¡El anticristo crucificado! ¡Cristo el anticristo!

—Bien, ya basta, Federico. —Fino le rozó una mejilla: estaba gélida—. Estás muy cansado. Es mejor que descanses ahora un poco. Toma un par de cápsulas de Dover y vete a dormir. Ya verás cómo después todo te parece más ligero.

—Llevas razón —asintió Friedrich tocándole la mano—. Necesito un buen descanso. —Tomó dos cápsulas de la mano de la señora Bianca y las ingirió—. Después prepararé las maletas.

—Después tomarás un baño caliente y ya veremos qué es lo que más conviene, Federico. Ahora relájate.

Dirigió una sonrisa al pianoforte mientras amagaba un aplauso silencioso.

—¡Muy bien tocado! —susurró con fuerza.

La señorita Irene hizo una inclinación con la cabeza, mientras su padre lo ayudaba a levantarse y lo acompañaba a su habitación.

Friedrich enfiló el corredor canturreando en voz baja. Después, despegándose de su afectuoso acompañante, le dio sus más sentidas gracias y se dejó caer en el colchón. Todavía le quedaron fuerzas para balbucear:

—Todo está perdido, mi querido amigo. Todo. Ahora y por toda la eternidad.

Miércoles, 26 de diciembre de 1888

Hoy Matilde no miraba las colinas con su habitual melancolía. Sonreía. Balanceaba uno de sus racimos de cristal haciendo incluso tintinear los granos. Su cara estaba bañada por las reverberaciones de luz que emanaban de ellos. Llevaba el elegante vestido, guantes y sombrero con los que había entrado en la clínica. Durante la espera, acogía con voluptuosidad los rayos de sol sobre las mejillas. Parecía recién salida de quién sabía dónde, retornada de un más allá inconfesable, de una pesadilla frente a la cual la realidad parecía maravillosa.

Parecía transfigurada, como repentinamente libre de un mal oscuro que no conseguía recordar.

Su presencia altiva generaba estupefacción en los rostros de los enfermeros, confusión en el del doctor Turina, muda indiferencia en los rostros pálidos de los pacientes.

Imposible haberla imaginado tal y como se presentaba ahora a la vista de todos.

Y, sin embargo, su mirada, presente y penetrante, disipaba toda duda.

¿Era un milagro?

En ausencia de una respuesta certera, nadie se atrevía a decir nada.

Aunque había pasado más de un año desde que su alma empezara a apagarse, un poco cada día, como la esperanza de verla curada, Pural no se había rendido y había prestado oído a cualquier esperanza, también a la última, la más irracional.

Corrió a su encuentro ligera, de puntillas, llena de emoción. El contexto que habría explicado mejor su comportamiento era el de una estación ferroviaria: recién bajada del tren, regresada de una larga ausencia. Quizá por eso el doctor y los enfermeros se miraban unos a otros como en busca del tren que la había traído del más allá hasta aquí, hasta el mundo de los vivos.

—¡Amor mío! —fueron sus primeras palabras.

Pural la estrechó contra su pecho y lloró.

—Ahora te saco de aquí —le susurró al oído.

Aquel hálito tan caliente, y tan próximo, la hizo estremecerse y reír unos instantes, pero de repente se volvió seria.

—No sé qué es lo que me ha pasado —dijo—. ¿Has sufrido por mi culpa?

—Si yo te amo, ¿cómo voy a sufrir por tu culpa?

Lo cogió del brazo y, con la cabeza apoyada en su hombro, se dejó conducir hasta el exterior. Los esperaba un carruaje y un aire fresco que acariciaba toda la tierra.

—¿A dónde vamos, coronel? —preguntó el cochero mirando hacia abajo y levantándose el sombrero en señal de homenaje a la señora.

—A casa —respondió Pural—. Pero ¿podemos pasar antes por el circo La Fleur?

—¿El circo? —preguntó extrañado el cochero.

—Sí —corroboró Pural—. Sabes dónde está, ¿no?

—Llevé allí a muchos niños antes de navidad, señor.

—Entonces, vamos.

El hombre se encogió de hombros y empuñó el látigo.

Los caballos, ante aquel gesto, se prepararon para echar a andar, y cuando la ventanilla se hubo cerrado el carruaje se movió.

—Llevo tanto tiempo esperando este momento... Nunca he dejado de creer que llegaría.

—¿Dónde estaba, Giorgio?

Le cogió una mano.

—Sólo sé que ahora estás aquí. —Y se la llenó de besos—. No importa dónde estabas, sino que has vuelto.

Matilde bajó los ojos y no habló durante un buen tramo del trayecto. De cuando en cuando, contemplaba por la ventanilla la ciudad, que se condensaba lentamente: la tierra del camino transmutada en adoquines, los arbustos en árboles, las pequeñas viviendas de la periferia en casas señoriales.

La idea de volver a casa y afrontar el vacío dejado por Lidia no le gustaba. Pero no tenía ganas de protestar.

El carruaje se apartó del camino y se detuvo mientras la voz del cochero silbaba por el tubo:

—Ya hemos llegado, señor.

—Ven conmigo. Quiero saludar a una amiga. —La cogió de la mano y la ayudó a bajar.

Pero el circo ya no estaba; en su lugar, un silencio que planeaba sobre el pequeño campo yermo, en cuyo centro resaltaba un disco sin hierba.

En el lugar ocupado por la caravana de *madame* La Fleur estaba ahora sentada, inmóvil, una mujer encorvada. Junto a ella, un hombre mataba el tiempo afilando con una navaja la punta de una rama.

—Espéranos aquí —dijo Pural al cochero.

Los caballos asintieron.

La mujer tenía el pelo rizado y oscuro, cogido por detrás con un pañuelo de colores; unos pendientes largos con flores de plata casi rozaban sus hombros recubiertos con un chal que le caía por los antebrazos, que a su vez descansaban sobre una falda ancha.

El hombre estaba saludando con el relampagueo de sus ojos negros. De debajo de su poblado mostacho, que podía soportar la comparación con el de Friedrich, salió una voz áspera.

—Usted debe de ser el coronel Pural.

—Sí, el mismo.

—*Madame* La Fleur dijo que vendría. Ella, partida. Saluda a usted. Mi gente agradece y bendice.

A Matilde, el acento gitano de aquel hombre le resultó una confirmación superflua.

—Soy yo quien os da las gracias —expresó Pural depositando una discreta suma de dinero en el gorro que tenía la mujer en la mano—. ¿Le transmitiréis mis saludos?

El gitano dejó ver el oro que tenía en la boca.

—Todo lo que el coronel desee.

—Dígale que mi esposa se ha curado, como había dicho.

A Matilde le brotaron las gracias de manera espontánea, aunque no comprendía.

—Sois un gran hombre —profirió el gitano estrechándole la mano—. Sois un gran hombre. Nosotros no robamos niños. No aquí, no ahora.

—Lo sé.

El gitano sonrió de nuevo, una sonrisa abierta, nuevamente dorada, y se besó la punta de los dedos llevándose la otra mano al pecho.

—Mucha suerte y vida. A vosotros, mucha suerte.

Pural y Matilde dieron las gracias de nuevo y volvieron a la carroza acompañados de las bendiciones del gitano. Subieron a bordo bajo la mirada extrañada del cochero y partieron rumbo a su casa.

—El que yo lo crea o no tiene poca importancia.

Matilde escuchó con atención.

—Durante tu convalecencia en la clínica, han ocurrido cosas muy graves en la ciudad. Entre ellas, numerosos secuestros de bebés. Los primeros sospechosos fueron los gitanos, naturalmente. Pero desde muy pronto algo me decía que ellos no tenían nada que ver. En resumidas cuentas, que me propusieron un pacto y yo acepté.

—¿Qué pacto?

Pural cerró los ojos y sacudió la cabeza.

—¿Qué pacto? —insistió ella.

—Me comprometí a ayudarles a muchos de ellos a abandonar la ciudad mientras se resolvía el caso de los niños. Y he protegido a los pocos que han quedado. Por ejemplo, no suministrando a la prensa ciertas noticias. A cambio, me revelaron un secreto. —Marcó una pausa y después continuó, como respondiendo a la pregunta que aparecía grabada en el rostro de Matilde—: *Madame* era vidente. Según ella, cuando inicié las investigaciones sobre aquellas personas, tú, nuestra hija y yo fuimos objeto de una maldición. Me juró que cuando salvara a esos niños tú quedarías curada.

—¡Acudiste a una maga gitana! —El rostro de Matilde se frunció.

A la mente de Pural volvieron los sonidos del órgano *calíope*.

—Una noche. Por casualidad. Me topé con *madame* La Fleur. Su circo estará recibiendo ahora muchos aplausos en otra parte. —Hizo una larga pausa—. Ni siquiera sé cómo ocurrió. Iba caminando y acabé allí. Ella conocía mi nombre. Me

llamó. Parecía como si me estuviera esperando. Lo mismo que ahora esos dos. — Señaló con la cabeza en dirección al descampado vacío, ya lejos, a sus espaldas. La miró a los ojos—. No tenía nada más a lo que agarrarme y la escuché. Pero lo que realmente importa ahora es que tú estás de nuevo bien.

Matilde se sentía tan confusa y agitada que albergaba muchas dudas al respecto.

—Yo no digo que crea, pero ¿cómo explicar esto? —La agarró por los hombros. ¿Cómo se puede uno curar de repente?

—¿Sería entonces una maldición la causa de la muerte de Lidia y de mi enfermedad?

—Para tomar en serio algo semejante yo debería nacer de nuevo —dijo Pural—. Tal vez lo mejor sea olvidar. Tal vez todo sea una pura coincidencia. Pero cuando leí el mensaje del doctor Turina invitándome a ir a ver lo inimaginable con mis propios ojos, no pude por menos de creer en la gitana. En fin, sea como fuere, pensé que debía ir a darles las gracias.

Matilde suspiró y se agarró a él.

—Esperemos, entonces, que todo haya acabado.

—Sí, esperemos.

Viernes, 28 de diciembre de 1888

—¡Cuántas veces he de repetirle que estoy bien! —Friedrich no podía moverse: el doctor estaba encima de él tratando de meterle en el ojo otro ojo gigantesco.

—Mire aquí, por favor. —El doctor Turina tenía unos modales a la vez amables y categóricos—. Mire a la luz, profesor. —La respiración, que le salía de la nariz con un silbido, sabía a menta.

—*¡Pas malade, pas malade!*

De vez en cuando, el señor Fino carraspeaba para recordarle a Friedrich que estaba allí con él. Pero no servía de nada. Por eso se limitaba a estar a su ladoteniéndole la mano sobre el hombro y ejerciendo con los dedos una leve presión a fin de tranquilizarlo. Era como si a su amigo no le preocupara ya nadie, como si hubiera perdido toda inhibición. Manifestaba una fogosidad fuera de lo común, una ebriedad furiosa, un entusiasmo desbordante. En aquel momento, Fino pensó que aquellas expresiones eran muy propias de Nietzsche. Pero era el único que pensaba tal cosa: El doctor Turina torcía la nariz y mantenía una mirada de preocupación.

—Tiene usted una pupila más dilatada que la otra, *Herr Professor*. Mire hacia la luz, por favor.

—Ah, sí, la luz...

—¿Está dormido o despierto cuando practica estas danzas nocturnas, desnudo, en su habitación?

—Estoy despierto —contestó Friedrich—. Ya no lo haré más.

—¿Ha hecho alguna vez uso del cloral?

—No, sólo del polvo de Dover.

—No debería.

—Tu mente es maravillosa —le expresó Fino con tono afectuoso—. El doctor la hará volver a la normalidad.

Hacía ya bastantes meses que Fino tenía a Friedrich como huésped; desde ese tiempo, el afecto por el extraño profesor alemán no había hecho sino ir en aumento, a pesar de las dificultades que su presencia suponía para su casa. El profesor Nietzsche era huraño pero amable, autoritario pero dócil, extraño pero amigable, estaba dentro de su casa pero nadie se hallaba más lejos que él.

Recordó el día en el que se presentó frente al quiosco de periódicos, con el aire despistado de un viandante que no tiene idea de dónde se encuentra.

—Disculpe —le preguntó quitándose sus lentes doradas—. Busco una habitación para alquilar. ¿Sabe de alguien que...?

Los ojos de Fino no pudieron apartarse del rostro mostachudo de aquel forastero

que hablaba un francés discreto mezclado con algunas palabras italianas mal pronunciadas. Su acento (pronunciaba una efe en lugar de cada uve) era inequívocamente alemán.

—¿Busca una habitación en alquiler, señor?

Obviamente, no era una pregunta propiamente dicha: Fino había comprendido perfectamente lo que le había preguntado aquel hombre. Era sólo una manera de ganar tiempo mientras lo observaba de arriba abajo, curioso ante su mostacho sobreabundante, sus cejas superpobladas, sus ojos penetrantes aunque con toda evidencia tenían dificultad para ver. Su mirada parecía un punto maliciosa, severa; era enérgica, con un matiz seductor. El pelo, más bien ralo, lo llevaba peinado hacia atrás, dejando así en perfecta libertad su frente amplia y sin arrugas. Algo decía que no superaba en muchos años los cuarenta, aunque demostraba diez más. El aspecto cansado de su rostro, dominado por su gran mostacho, no impedía la expresión de una inteligencia fuera de lo común.

Fino le preguntó cómo se llamaba y, al oírlo, sintió un gran escalofrío; estuvo a punto de desmayarse, como una mujer joven presa de una conmoción. No acertaba a creerlo. Lo había estado observando mientras, en espera de recibir respuesta, él encendía un puro y leía por encima los títulos de los periódicos expuestos. Fino había notado que llevaba un tartán colgado del brazo y que tenía el hombro izquierdo más alto, razón por la que se escoraba ligeramente hacia la derecha. En conjunto, habría podido resultar algo bufo, pero no lo era en absoluto. Antes bien, infundía temor, y, a un espíritu rebelde y culto como el suyo, unas ganas desmesuradas de conocerlo.

Hechizado, le hizo saber:

—Yo alquilo una habitación. —Y le sonrió.

También a su esposa le alegró la idea de hospedarlo. Sus hijas apreciaron muy pronto la presencia del profesor en la casa, pues podían tocar el piano con él. De todos modos, de no haber sido así, el señor Fino no habría concedido derecho alguno a la contestación. La única dificultad de peso que tuvo que afrontar fue a la hora de pedir a su único hijo varón que cediera su habitación a aquel individuo extraño.

Pero la cedió, y no se habló más del asunto.

—*¡Pas malade, pas malade!* Friedrich, cada vez más molesto con la situación, con el doctor encima de él auscultándolo, volvió a gritar.

—Esté tranquilo, profesor, de lo contrario no le voy a creer. —El doctor Turina empezó a sustituir su actitud amable por otra más imperiosa—. Tosa. Respire profundamente. Contenga la respiración. Tosa de nuevo.

La mano de Friedrich buscó a tientas la de Fino sobre su hombro y cuando la encontró la agarró con fuerza.

—Davide, dile al doctor que estoy bien ya que a mí no me oye.

—Sí, claro, Federico. Pero debes saber que el doctor es un amigo.

Friedrich resopló y calló. Aunque estaba muy enfadado por el trato que estaba recibiendo, comprendió que no era prudente bromear con el doctor, el cual podía

fácilmente declararlo demente y retenerlo en la clínica.

Se preparó para escuchar el diagnóstico sin rechistar.

—No sabría qué decir —empezó el doctor quitándose la bata, vacilando, pensativo—. ¿Ha habido en su familia algún caso de deterioro cerebral?

—No —respondió sabedor de que mentía: su padre, Karl Ludwig, que fuera pastor protestante en Röcken, el pueblecito de la Sajonia prusiana donde nació él, había muerto precisamente de ese mal. Él tenía entonces seis años.

El doctor Turina se dirigió al señor Fino.

—¿Ha manifestado alguna vez otros síntomas raros?

—Pues... —También Fino decidió mentir—. No.

Friedrich intervino:

—No entiendo por qué se está ensañando usted tanto conmigo.

—Si está tan bien como dice, entonces ¿por qué han venido a mi clínica? —preguntó el doctor sacando una cuartilla de una carpeta y empezando a escribir.

—He aceptado sólo porque...

El señor Fino lo tocó.

—Ha sido cosa mía, doctor. Tal vez haya sido demasiado aprensivo. Creía que el profesor... Pero olvidémoslo. —Le dio una palmada en la espalda—. Venga, Federico, vámonos a casa.

Mientras Friedrich se vestía, el señor Fino se quedó a solas con el doctor, le pagó sus honorarios y le estrechó la mano.

—Ayúdelo a volver a Alemania antes de que sea internado aquí, en Italia —le aconsejó el doctor Turina mientras le entregaba una receta—. Lo mantendremos calmado con un sedante hasta el día de su partida.

Domingo, 30 de diciembre de 1888

Gotas de tinta marcaban el paso del tiempo hacia la gloria y la eternidad. Pocas gotas a la vez: la dosis que hace el veneno^[2].

Dos líneas a un querido amigo, Pietro Gasti o Peter Gast, cuyo verdadero nombre es Heinrich Köselitz, músico, compositor:

Par excellence (aunque está nublado)

Querido viejo amigo:

En este momento la orquesta municipal de Turín está tocando bajo mi ventana con toda su potencia, como si yo fuera ya *princeps Taurinorum, caesar caesarum* o algún otro título parecido.

Hace poco pasé por delante de la Mole Antonelliana —por extraño que parezca, aún no tiene nombre—, tal vez el edificio más genial jamás construido a causa de su impulso supremo hacia lo alto. En efecto, no recuerda a ninguna otra cosa, a excepción de a mi Zaratustra. La he bautizado con el nombre de *Ecce Homo* y la he circundado idealmente de un enorme espacio libre. Después me dirigí a mi palacio, actualmente *palazzo* Madama, y luego, con una bravuconería propia de un héroe aristofánico, escribí una proclama a todas las cortes europeas para que se aniquile la casa de los Hohenzollern, ¡esos subnormales escarlata, esa raza de criminales! He nombrado emperador a Vittorio Bonaparte, hermano de nuestra Laetitia.

También participé, en noviembre, en las exequias del viejísimo arquitecto Antonelli. Murió cuando terminé *Ecce homo*, el libro. El libro y también el hombre.

Friedrich Nietzsche

El lunes 31 de diciembre escribió dos palabras más a Köselitz, o Peter Gast o Pietro Gasti, tras enterarse de su condición multiforme y falsa, como sus numerosos nombres.

Y había aún veneno en la punta de la plumilla.

A August Strindberg.

He reunido a los príncipes en Roma, mandaré matar al joven emperador.

Hasta la vista, porque nos volveremos a ver. *Une seule condition: Divorçons...*

Nietzsche Caesar

3 de enero. A Meta von Salis.

Como Dios está en la tierra, el mundo está transfigurado. Todos los cielos exultan. ¿No ve? Hace poco que he tomado posesión de mi reino, mandaré meter al papa en prisión y fusilar a Guglielmo, Bismarck y Stöcker.

El Crucificado

4 de enero. A Heinrich Köselitz.

Canta para mí una canción nueva: el mundo está transfigurado y todos los cielos exultan.

El Crucificado

A Umberto I rey de Italia.

A mi amado hijo Umberto.

¡Que mi paz sea contigo! El martes estaré en Roma y quiero verte al lado de su santidad el papa.

El Crucificado

A Franz Overbeck.

A mi amigo Overbeck y señora.

Aunque habéis demostrado poca confianza en mi solvencia, espero no obstante poder demostraros que soy de los que pagan sus deudas, por ejemplo la que tengo contraída con vosotros... Estoy ordenando que maten a todos los antisemitas.

Dionisos

El 6 de enero, la última carta. El veneno para darles a los demás ha terminado; lo que queda es para el olvido propio.

A Jacob Burckhardt.

Mi querido señor profesor:

Mi hijo Umberto llega mañana, junto con su graciosa Margherita, pero los recibiré en camisa, también aquí. Lo que queda es para la señora Cosima... Ariadna... de vez en cuando se hacen sortilegios...

Voy a todas partes con mi abrigo de estudiante, a veces doy una palmada en la espalda a quien encuentro y le digo: ¿estamos contentos? Soy Dios, he hecho esta caricatura...

He mandado detener y encadenar a Caifás; y el año pasado me tuvieron crucificado mucho tiempo los médicos alemanes. Todos los antisemitas y Wilhelm Bismarck han sido aniquilados.

Haga de esta carta el uso que quiera, siempre y cuando no me desacredite ante los ojos de los basilienses.

Un cordial saludo,
su Nietzsche

Y la luz que hasta aquel momento había brillado vigorosa en la mente de Friedrich, se apagó.

Epílogo

Weimar, noviembre de 1935

Solemne funeral de Estado.

Arde una llama en el gran pebetero. Las campanas callan. Los tambores redoblan con respeto, sin fragor.

Ni una lágrima a pesar del gran dolor; todavía no.

El cortejo pasa por delante de villa Am Silberblick. Es un río negro, mudo, que discurre bajo la mirada vigilante del águila, que mira a la esvástica. Sólo se separan algunas mujeres, una o dos cada vez, que depositan en el suelo ramos de flores unidos por una escarapela de satén blanco adornada con una esvástica negra y reluciente. Las flores forman una montaña ante la cual desfilan los alemanes, infinitos, el torso erguido, la mirada fiera vuelta tres cuartos hacia los restos mortales, el brazo derecho levantado y la mano extendida.

Los *volkisch*, con ropa ceremonial de montaña, depositan coronas a lo largo de la calle.

El río negro parece ahora una serpiente que avanza sinuosa y sibilante. La cabeza ya está en la iglesia, donde resuena la música solemne de Richard Wagner, pero todavía hay llamas ardiendo en los pebeteros.

Una cascada de pétalos olorosos separa altar y féretro de la multitud sentada en las naves, que se va agolpando lentamente. Hay miembros de la *Germanenorden*, entre los que destacan Jörg Lanz von Liebenfels, Rudolf von Sebottendorff, Alfred Rosenberg y Anton Drexler. Están también presentes muchos jerarcas del Tercer Reich, destacando el número dos Rudolf Hess y el *Reichsführer* de las SS Heinrich Himmler.

La absoluta altanería no permite lágrimas.

Todavía no.

Pero después, uno, sólo uno, llora cubriéndose la cara con las manos, de las que pende un bastón cuyo pomo está animado por un sol de oro y una serpiente enroscada.

Es un regalo de la difunta; había pertenecido a su hermano.

Un regalo especial para el *Führer*.

Adolf Hitler se levanta esgrimiendo el bastón como un cetro, lanza una mirada afilada a todos los corazones, inundando la multitud con sus lágrimas, subyugándola con su solemne fiereza. Habla con el pensamiento y dice: «Ahora, Hijos de la Luz, también vosotros podéis llorar. ¡Ha muerto Elisabeth Nietzsche!».

—¿Todo está aquí? ¿No hay nada más escrito?

—No, señor. Es un cuaderno nuevo; acababa de empezar.

—¿Tiene nombre?

—Prospero, señor. Prospero Linzi. Sesenta y cuatro años. —El suboficial alemán dio la vuelta al documento para dejárselo ver a su superior—. Llegó ayer de Turín. Un espía, señor.

—¿El hotel donde se alojó anoche?

—Ya he dado orden de que borren su nombre del registro. No había estado nunca en Weimar.

—Muy bien.

—Estaba solo, lo hemos sorprendido entre la multitud tomando notas durante el funeral.

El oficial nazi cogió el cuaderno, lo hojeó rápidamente deslizando el pulgar por el borde de las páginas, echó un rápido vistazo a las pocas que había escritas, pero como no comprendía el italiano lo arrojó con desprecio.

El último cuaderno de Prospero cayó sobre su pecho inmóvil.

—Excelente trabajo, camarada. Haz desaparecer todo.

—¡A sus órdenes, señor! —El suboficial se cuadró, el brazo derecho tieso como la cadena de un perro rabioso—. ¡Ese hombre y su cuaderno no han existido nunca!

Nota de agradecimiento

Es un placer trabajar con la Newton Compton bajo la mirada experta de mi maravillosa editora Chiara Ferrari, a la que agradezco en particular sus preguntas siempre puntuales e iluminadoras. Doy las gracias a mi familia y a mi primer lector, Salvatore Sanna, por sus ánimos tan valiosos. Y gracias especiales también a mi amigo y maestro Pirro, así como a Rosa, que me sostiene a lo largo del camino y sin la que no existiría este libro.

Notas

[1] N. del T.; *natale*, en italiano, es navidad en español. <<

[2] Las que siguen son cartas auténticas de Friedrich Nietzsche, las últimas. <<